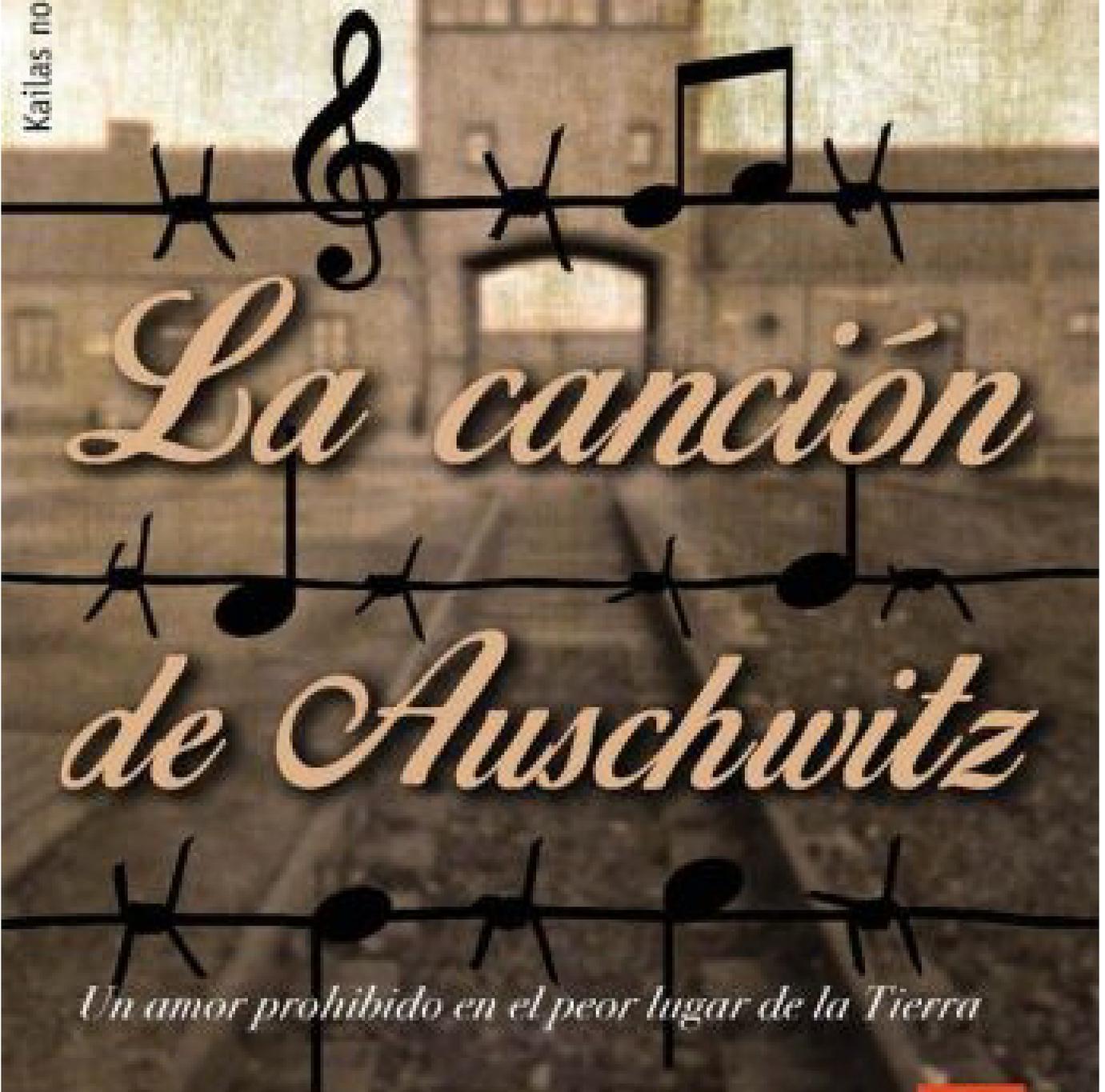


Kailas novela histórica

A graphic design featuring three horizontal lines of barbed wire. Between these lines are various musical notes, including a treble clef, a quarter note, and a half note. The background is a sepia-toned photograph of a stone building with a central arched doorway and a tower-like structure on top.

La canción de Auschwitz

Un amor prohibido en el peor lugar de la Tierra

Francisco Javier Aspas

D.J.57



LA CANCIÓN DE AUSCHWITZ

FRANSCICO JAVIER ASPAS



KAILAS

Una estremecedora novela que revela la posibilidad del amor en el campo de concentración en el que se exterminaron cientos de miles de vidas y de sueños.

Helena y su amiga Rivka, dos chicas judías de Eslovaquia, viajan hacinadas en un tren a una fábrica en Alemania junto a cientos de mujeres. Pronto descubrirán que su destino es, en realidad, una «fábrica» de eliminación de judíos.

Una de las noches en el barracón, para tranquilizar a una de sus compañeras, Helena canta una «canción prohibida» que cambiará su destino. En un ambiente tan infernal, en el que parece que no hay lugar para el amor, un joven de las SS se enamora de una bonita voz.

Basada en personajes reales y documentada de manera exhaustiva, La canción de Auschwitz muestra la cara más siniestra del ser humano y los sentimientos contradictorios de lealtad, compasión y culpa que afloran en situaciones extremas.

Título: La canción de Auschwitz

© 2018, Francisco Javier Aspas

*© 2018 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid*

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-17248-14-7

ISBN papel: 978-84-17248-06-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Esta novela describe sucesos y personas reales, con diálogos ficticios, además de escenas y personajes añadidos por el autor.

A las víctimas del Holocausto.

PRÓLOGO

EL TREN

Estación de Poprad, norte de Eslovaquia. Marzo de 1942

La joven rubia había resbalado y caído de bruces, perdiendo su atillo en la caída. Su rostro reflejó, sobre la placa de hielo que se había hecho en el suelo, un terror difícil de describir.

—¡Levántate! ¡Inútil!

Al levantar la vista, sus ojos tropezaron con dos botas de montar negras. Al elevar más la mirada, el uniforme negro del hombre que le gritaba transformó en oscuridad el brillo blanquecino de esa tarde de finales del invierno. Sobre la cabeza, la borla que decoraba el gorro con detalles dorados se balanceó dejando a la vista el escudo con el águila amarilla que sostenía entre sus garras un haz de varas. En el pecho del águila sobresalía un círculo azul y blanco con la cruz de dos brazos en su interior.

La mano de la joven morena que la acompañaba se extendió ante ella. La joven rubia la agarró con fuerza, ayudándose para levantarse. Recogió su atillo.

—Levántate Rivka. Por favor, levántate.

El soldado de la Guardia de Hlinka la empujó, golpeándola en la espalda con su fusil. El rostro de Rivka se contrajo en un gesto de dolor.

—Helena, yo...

Helena hizo un gesto con su mano, casi inapreciable, para que se callara. Marchaban en una larga fila junto a un tren de veinte vagones estacionado frente a la arcada de la puerta principal de la estación. Era un tren de vagones de madera, con puertas cruzadas por grandes cerrojos de hierro. Un tren de mercancías.

En la puerta de la estación se había concentrado un numeroso grupo de curiosos. Entre la maraña de cabezas, Helena había distinguido algunos rostros conocidos. Rostros de personas que hasta hacía muy poco habían sido sus vecinos. Ahora, les gritaban como perros salvajes toda clase de insultos imaginables:

—¡Largaos, putas judías! ¡No volváis nunca!

—¡Judíos, fuera de Eslovaquia! ¡Llevaos vuestra mierda a otro lugar!

—¡Que os maten, judías asesinas!

—¡Los alemanes sabrán que hacer con vosotras! ¡Os utilizarán de putas para sus perros!

Risas. Un grupo de jovencitos, poco más que niños, se divertían lanzando bolas de nieve sobre las mujeres más ancianas de la fila, que marchaban al principio. Soltaban grandes risotadas cuando alguna de ellas caía al suelo. Su particular éxtasis de diversión llegaba cuando los soldados de la Guardia de Hlinka golpeaban con sus fusiles a las ancianas, obligándolas a levantarse.

—Los alemanes no nos harán esto, ¿verdad, Helena? —preguntó Rivka con su habitual tono de ignorancia.

—No, Rivka. Ya te lo he dicho muchas veces. Jalenko me ha asegurado que trabajaremos en una fábrica, y que los alemanes nos tratarán bien...

—Pero Jalenko es uno de ellos, Helena.

Los ojos de Rivka se habían desviado hacia uno de los soldados de la Guardia de Hlinka.

—No, Jalenko no es como ellos. Tú lo sabes.

La respuesta de Helena no pareció satisfacer a Rivka. Bajo la gran arcada de la puerta principal de la estación, la muchedumbre había cambiado los insultos hacia los judíos por un aluvión de gritos patrióticos.

—¡Eslovaquia, Eslovaquia! —gritaban unos.

—¡Tiso! ¡Tiso! —vociferaban otros.

De manera espontánea, de entre la multitud, alguien entonó las primeras estrofas del himno nacional, *Relampaguea sobre los Tatra*.

Nad Tatrou sa blýska hromy, divu bijú...

En pocos segundos todo el mundo cantaba alborozado, hasta los soldados de la Guardia de Hlinka que organizaban la fila.

Uno de esos soldados, un muchacho joven, de la misma edad que ellas, muy rubio y con el rostro enrojecido por el gélido y cortante viento, colocó violentamente una de sus manos sobre el pecho de Helena, provocando que se detuvieran bruscamente.

—¡Mujeres jóvenes! ¡Aquí, en este vagón!

Otros dos soldados corrieron a la puerta del vagón, descorrieron el cerrojo y la abrieron. La oscuridad de su interior pareció salir de él, cubriendo con un velo maligno las últimas luces de la tarde agonizante.

—¡Arriba! ¡Subid dentro! —bramó el joven soldado.

Helena lanzó su pesada maleta al interior del vagón. Había una altura considerable, así que apoyó sus manos en el borde, dio impulso a su cuerpo y consiguió ascender. Sintió como una de sus medias se rompía. Pero eso ahora no importaba. En cuclillas, extendió el brazo esperando que Rivka cogiera su mano. Pero su amiga no lo pudo hacer.

—¡Coge mi mano, Rivka!

—¡No puedo! —la muchacha solo consiguió lanzar su atillo dentro del vagón.

Helena se percató de que el joven soldado había hecho un gesto para deshacerse de la correa de su fusil y golpear con él a Rivka. Reaccionó rápido. Clavó sus ojos en los del chico y, moviendo lentamente los labios, sin dejar salir ningún sonido de ellos, dijo:

—Ayúdanos.

El rostro del joven soldado parecía atribulado. Miró a ambos lados. Con un movimiento rápido, cogió a Rivka por la cintura y la ayudó a subir. Helena apretó fuerte la mano de su amiga y tiró de ella.

—Gracias —dijo Helena al joven soldado, moviendo solamente los labios.

Entonces el soldado habló:

—No me des las gracias, puta judía. El tren tiene que salir y esta mierda judía no puede quedarse en tierra.

Sin hacer caso del comentario del muchacho, Helena y Rivka se dieron lentamente la vuelta. Solo entonces vieron lo que había en el interior de aquel vagón.

Estaba atestado. Sesenta, setenta, ochenta, no podía precisar el número de personas que se encontraban allí hacinadas. Todas ellas muchachas jóvenes, como ellas. Todas tendrían entre los dieciséis y los veinticinco años, ninguna de más edad. Muchas de ellas las miraban con ojos aterrados. Otras dormían,

agazapadas en el suelo, junto a sus pertenencias. O fingían dormir. Las había elegantemente vestidas, con ropas caras, chicas burguesas de ciudad. El aspecto de otras era harapiento, su ropa se había reducido a andrajosos camisones descoloridos, que alguna vez fueron blancos, cubiertos ahora de todo tipo de manchas que pueden provocar los fluidos humanos. Intentaban protegerse del frío con raídas mantas militares. Su cabello se veía sucio y desaliñado. Al final del vagón, había un tercer grupo de chicas, cuyas vestimentas delataban su origen rural. Chicas de campo. Solo había dos ventanucos, que permanecían cerrados y donde habían hecho unos agujeros para que entrara algo de luz y de aire.

—¿Qué es esto, Helena? Tengo miedo...

Helena había descubierto un hueco junto a una de las paredes del vagón.

—Tranquila, Rivka, no te preocupes. Mira, nos colocaremos allí.

Se quitó el pañuelo que cubría su negro cabello, y se tapó con él la nariz y la boca. El hedor del vagón era insoportable, nauseabundo. Un desagradable olor a orina rancia y excrementos humanos lo impregnaba todo. Helena no sabía de dónde procedía ese tren, ni cuánto tiempo llevaban todas esas muchachas allí dentro. Pero presentía que era mucho.

Caminaron hacia el último hueco disponible, mientras los ojos temerosos de las demás muchachas las seguían sin apartarlos de ellas. Helena colocó su maleta en el suelo y se sentó sobre ella.

—Ven aquí, Rivka. Siéntate junto a mí.

La joven obedeció, como hacía siempre. Dos años menor, Helena ejercía sobre ella la influencia de una hermana mayor. Colocó sobre el regazo de sus piernas el pequeño atillo.

En los pocos minutos que llevaban en ese vagón, Helena había escuchado lenguas diversas. Eslovaco, checo... incluso le pareció oír algunas palabras en alemán. Eso le hizo sentir bien, Jalenko le había dicho que se dirigían hacia una fábrica en Alemania, y ella entendía algunas cosas en alemán. Le costaba construir frases y difícilmente podría llevar una conversación, pero lo comprendía bastante bien, sobre todo si estaba escrito. Incluso conocía alguna canción en alemán. Tenía que agradecerse a su profesora en la escuela judía, Frau Richter. Frau Richter era una judía alemana originaria de Fráncfort, que le había dado algunas clases de alemán cuando terminaban sus lecciones diarias, al descubrir el interés que Helena mostraba por los idiomas. Claro, eso fue antes de que los hombres de Hlinka llegaran al poder y Frau Richter desapareciera para

siempre. Como desaparecieron tantos otros.

—Helena, los alemanes no serán así, ¿verdad? Ya sabes, quiero decir como los soldados de Hlinka...

Helena sonrió. Retiró un mechón rubio de cabello rebelde de la frente de su amiga.

—No, Rivka, te lo he repetido muchas veces. Los alemanes son un pueblo culto, instruido. Un pueblo educado. Frau Richter me decía que los hombres son auténticos caballeros, y las mujeres damas distinguidas. No tienen nada que ver con esos eslovacos paletos que nos han increpado en la estación.

—Y esa fábrica... ¿sabes cuál será nuestro trabajo allí?

—No, Jalenko no me ha comentado nada al respecto, solo que los alemanes nos darán trabajo y protección. Y que nos tratarán muy bien, como solo ellos saben tratar a las señoritas.

—Jalenko. No me gusta Jalenko. Helena, una vez él me llamó...

—Déjalo ya, Rivka. ¿Crees que yo iba a dejar a mis padres, a mi hermana y a mis sobrinos bajo la protección de Jalenko si sospechara de él? Jalenko es un buen hombre, solo que se ha dejado arrastrar por la situación y por...

—Y porque te desea a ti, Helena.

Helena guardó silencio. Eso era verdad, pero estaba orgullosa porque nunca había cedido a las presiones de ese amigo de su familia. Nunca. Ella siempre recordaba las palabras que le había dicho su padre al convertirse en mujer: «Recuerda que eres una mujer judía, hija mía. Y que siempre lo serás». Jalenko no era un hombre judío, y ella tenía que esperar a que un hombre judío le propusiera matrimonio, solo a él podría entregarle su cuerpo y su alma.

Fuertes gritos llegaron del exterior, alarmando aún más a las muchachas que se hacinaban en el vagón. Todas las miradas se dirigieron a la abertura de la puerta.

—¡Cerrad las puertas! ¡Rápido! ¡Cerrad las puertas!

Vieron llegar a dos soldados de la Guardia de Hlinka, que se apresuraron a cerrar la puerta. El chirriar del cerrojo provocó que Helena se estremeciera.

La oscuridad lo envolvió todo.

1

LA FÁBRICA. SELECCIÓN Y REGISTRO

Antes de que el tren aminorase la marcha, empezaron a escuchar el ajetreo y los gritos en alemán. La expectación y el nerviosismo hicieron acto de presencia en el oscuro y atestado vagón.

—¿Ya estamos en Alemania, Helena? —preguntó Rivka con voz nerviosa y asustada.

—No creo, no puede ser. Solo llevamos unas horas de viaje, Rivka. Esto no puede ser Alemania...

—Pero esas voces que se escuchan suenan a alemán, ¿no? Y el tren se está deteniendo. Jalenko te dijo que la fábrica estaba en Alemania.

—No sé por qué nos detenemos aquí. Pero estoy segura de que esto no es Alemania.

El tren se detuvo. Las carreras y los gritos arreciaron en el exterior. Helena había llegado a perder en el interior de aquel nauseabundo vagón la noción del tiempo, pero aun así, calculó que debía de estar a punto de amanecer.

Un estrépito se escuchó en el vagón. Ya no era solo la cantidad de muchachas que viajaban en él, además, había que sumar los equipajes y las pertenencias amontonadas por todos los lados. Una montaña de maletas había caído al detenerse el tren, propiciando el estrépito.

Una muchacha muy joven, casi una adolescente, corrió por la oscuridad del vagón al escuchar el ruido.

—¡Mi violín! ¡Mi violín! —gritaba como una loca.

—¡Olvida tu jodido violín! —bramó una voz en otro lugar del vagón—. ¡Van a matarnos a todas y solo te preocupas por tu jodido violín!

—¿Van a matarnos a todas? ¿Por qué dice eso, Helena? —La voz de Rivka

sonó temblorosa.

—No lo sé, Rivka. ¡Y deja de hacer tantas preguntas! —le reprendió Helena.

El sonido chirriante del cerrojo al abrirse provocó que todas las muchachas se pusieran en pie y todas las miradas se desviarán hacia la puerta.

La puerta se abrió. Un viento gélido penetró en el interior del vagón.

—¡Aire! ¡Aire fresco! —gritaron las muchachas más cercanas a la puerta.

De todos los escenarios posibles, el que estaba viendo con sus ojos era el único que Helena no había valorado. Quizá Rivka tuviera razón. Quizá esa rata inmunda de Jalenko le había engañado.

El tren se había detenido en las vías. No se divisaba ningún apeadero cercano. A través de la espesa e intensa niebla de la madrugada, solo se distinguían soldados. Soldados con uniformes grises del ejército alemán. Todos portaban pesados fusiles y metralletas. Y perros, perros rabiosos que brincaban, gruñían y soltaban dentelladas ciegas, invisibles tras sus feos bozales. Algunos de los soldados apuntaban con sus fusiles al interior del vagón. Otros, las enfocaban con sus deslumbrantes linternas. Helena y Rivka se cubrieron los ojos con las manos.

—*Raus! Alles raus!*

Primero fue solo uno, pero después se unieron muchos más. Mientras apuntaban con sus fusiles, los soldados gritaban esas palabras a una multitud de muchachas asustadas que no sabían lo que tenían que hacer.

Fueron las chicas que Helena había escuchado hablar en alemán las primeras que arrojaron sus maletas a las vías y saltaron sobre la nieve congelada. Una marabunta de muchachas se abalanzó hacia la puerta, arrastrando a Helena y a Rivka a su paso. En el exterior, los gritos de los soldados no cesaban,

—*Alles raus! Alles raus! Schnell!*

Helena lanzó su maleta y saltó sobre la nieve. Se torció un tobillo en su caída. Pero haciendo caso omiso del pinchazo de dolor que ascendió por su pierna, se giró hacia la puerta del vagón, donde Rivka se había quedado detenida, abrazando el atillo sobre su pecho.

—¡Salta, Rivka! ¡Tira el atillo y salta!

La joven saltó cayendo a los pies de Helena, que la ayudó a levantarse. Recogieron la maleta y el atillo y se posicionaron en una de las filas que los soldados estaban formando ayudándose con las culatas de sus fusiles.

—¿Qué lugar es este, Helena? ¿Dónde estamos?

Helena no contestó. Observó que solo tres de los vagones se habían abierto.

El resto permanecían herméticamente cerrados. Solo las muchachas más jóvenes habían descendido del tren. No lo habían hecho las ancianas, ni los niños, ni sus madres, ni las jóvenes embarazadas que había visto subir en la estación de Poprad. Además, mientras empezaban a caminar por ese tramo de vías, Helena pudo ver como uno de los soldados hizo un gesto con la mano hacia la locomotora, acompañado de un potente silbido. La locomotora resopló, lanzando un chorro de humo al cielo blanquecino. El tren se puso en marcha. ¿Adónde se dirigía?

La niebla impedía, todavía, que pudieran distinguir hacia donde se encaminaba la fila de mujeres escoltada por los soldados. Por lo menos, los gritos habían cesado, si bien, aumentaban en la lejanía. Helena observó como potentes focos de camiones militares se acercaban lentamente hacia un camino cubierto de nieve negruzca y barro, por el que había empezado a caminar la columna de muchachas. Los vehículos llevaban una grotesca cruz roja pintada en las puertas. De ellos, descendieron hombres con ropas sucias y aspecto desaliñado. Recordaban a prisioneros. Se colocaron alrededor de los camiones, en espera de algo desconocido.

En el camino les esperaban más soldados, algunos uniformados con largos abrigos de cuero negro. Llevaban látigos y trallas en sus manos. Había más perros, mastines y pastores alemanes. Estos no llevaban bozal y sus ladridos cortaban la niebla, rasgando las primeras y tristes luces del alba.

La columna se detuvo. Uno de los soldados gesticulaba y vociferaba impartiendo órdenes a las muchachas. Helena no entendía nada, se encontraba mareada, le dolía el tobillo y tenía ganas de vomitar. Por lo menos Rivka caminaba tras ella en total silencio. Sus preguntas parecían haber cesado de momento. Empezaba a ser consciente que las clases de Frau Richter le iban a servir de poco en ese lugar. De nuevo fueron las chicas alemanas las primeras que dejaron sus pertenencias a un lado del camino. Maletas, bolsos, pequeños maletines, atillos. Los soldados estaban formando dos nuevas filas con las jóvenes que ya habían dejado su equipaje.

—*Links! Rechts!*

Izquierda y derecha, al menos eso lo había entendido. En ese momento, los hombres de aspecto sucio y desaliñado se arrojaron como una jauría de perros sobre las pertenencias que las muchachas estaban dejando en el camino. Dirigidos por otros, que llevaban un brazalete blanco en el brazo izquierdo de sus chaquetas, arrastraban los equipajes hacia los camiones militares. Otros soldados habían desplegado unas escalerillas, para que pudieran subir y vaciar

todos los equipajes dentro del camión. Las preguntas de Rivka regresaron.

—¿Tenemos que dejar nuestro equipaje? Pero yo llevo mis...

—Haz lo que hace todo el mundo y cállate, Rivka.

Habían llegado junto a los tres soldados que impartían las órdenes. Eran algunos de los hombres que Helena había visto que llevaban largos abrigos de cuero negro. Uno de ellos jugueteaba con una linterna, como si dibujara con la luz figuras en el suelo congelado.

Helena dejó su maleta en un nuevo montón que se estaba formando. El soldado de la linterna pareció mirarla con súbito interés. Levantó el haz de luz que impactó en el rostro de Helena.

Era un joven atractivo, de rasgos muy finos, casi femeninos. Su nariz y sus labios formaban una simetría perfecta con el resto de su rostro. Pero sus ojos, muy azules, destilaban un aire de fiereza. Llevaba una gorra de plato, donde lucía una siniestra calavera plateada.

Sin apartar la luz del rostro de Helena, lanzó una carcajada burlona mientras miraba a otro de los hombres, este con una mueca mezquina en su cara. Volvió a bajar la linterna, antes de decir:

—*Gut Gebaut. Links!*

Los tres hombres rompieron en otra sonora carcajada. Helena caminó hacia la fila que se estaba formando a la izquierda. El corazón le palpitaba con fuerza. Sabía que era el turno de Rivka. Solo respiró aliviada, cuando escuchó que el mismo soldado gritaba:

—*Links!*

La espera se hizo eterna. El frío traspasaba el abrigo de Helena, penetrando como un cuchillo de hielo en el interior de su cuerpo. Detrás de ella, sentía como Rivka temblaba. La niebla no se dispersaba. El día no acababa de romper.

Despojadas de su equipaje, las filas comenzaron a moverse. Al final del camino se podía distinguir una puerta de hierro y, tras ella, una sucesión de edificios de ladrillos rojos y aspecto tétrico. Los camiones con sus pertenencias partieron en sentido contrario.

—¿Dónde crees que se llevan nuestras cosas, Helena?

—No lo sé, pero ya verás como nos las devolverán luego.

Un nuevo grupo de soldados las esperaba junto a la puerta de hierro. Entre ellos había una mujer, vestida con una guerrera y una falda larga de color gris. Llevaba una pañoleta marrón cubriendo su cabello y, en su brazo izquierdo, uno de esos brazaletes blancos que Helena ya había visto antes.

Uno de los soldados hizo un gesto para que otro levantara la barrera que daba acceso al recinto, mientras otros dos salieron de una construcción de madera que asemejaba un cuerpo de guardia y corrieron para abrir las dos pesadas hojas de la puerta. Los jirones de niebla revoloteaban rabiosos ante un pequeño foco redondo que emitía una luz tenue desde lo alto de la puerta.

Antes de pasar bajo ella, la mirada de Helena se elevó hacia una leyenda escrita en el hierro retorcido:

arbeit macht frei

«El trabajo os hará libres». Helena lo entendió perfectamente. Frau Richter no era tan mala profesora.

—¿Qué dice en esa puerta, Helena? —susurró Rivka a sus espaldas.

—Jalenko tenía razón, Rivka. Es una fábrica.

Una fábrica. Sí, una fábrica militar, por eso había tantos soldados. ¿Una fábrica de armas? Sí, eso era lo más probable. Una fábrica de armas. Al final Jalenko no la había engañado. En ese momento llegó a sentirse mal por haber dudado de él. Una fábrica de armas en Alemania. Solo que, si bien ese lugar estaba repleto de soldados alemanes, no podían estar en Alemania. Era imposible, el trayecto en tren había sido demasiado corto. Entonces... ¿Dónde estaban?

A la izquierda, un gran edificio de ladrillos rojos y tejados inclinados cubiertos por la nieve. Árboles a los dos lados del camino por el que caminaban. A la derecha, un edificio alargado y bajo, de color grisáceo, con una sucesión de chimeneas en el tejado y grandes puertas de madera. ¿Era esa una parte de la fábrica? Al pasar ante la puerta del edificio más grande de la izquierda, la mirada de Helena se dirigió hacia una pequeña placa de madera sobre la puerta, donde decía:

Block 24

Casi todas las edificaciones eran iguales, los mismos trazos exteriores, el mismo ladrillo rojizo, los mismos tejados inclinados... el mismo aspecto lúgubre. A esas horas, la actividad en ese aparente complejo industrial parecía inexistente. Solo ellas, las dos filas que marchaban hacia no se sabía donde y los soldados que las acompañaban rompían la quietud del lugar. Entonces, su corazón dio un vuelco. Al final del camino por el que transitaban, divisó una

alambrada electrificada y tras ella, una torre de vigilancia de madera oscura cubierta por un tejadillo inclinado de teja roja. En su interior, se distinguía la imagen de un soldado con metralleta. ¿Qué clase de fábrica era esa? ¿Qué fábrica podía estar rodeada por una alambrada electrificada y torres de vigilancia? Ese lugar tenía todo el aspecto de ser...

La mujer de la pañoleta marrón hizo que las dos filas se detuvieran de manera brusca. Helena casi chocó con la chica que caminaba delante, y Rivka tropezó con ella. Estaban ante la puerta principal de otro de esos siniestros edificios de ladrillo rojo. Sobre la puerta, otra pequeña placa de madera anunciaba:

Block 26

Del interior del edificio salieron más soldados. Había algo que los diferenciaba de todos los que habían visto anteriormente: cubrían su nariz y su boca con una especie de pañuelo de un color gris aún más claro que su uniforme. Tras intercambiar unas palabras con ellos, la mujer que las dirigía también cubrió la parte inferior de su rostro con uno de esos pañuelos grises. Llevaba en su mano una especie de bastón, retorcido en una de sus puntas. Un bastón picudo. Los soldados se retiraron a un lado. La mujer hizo un gesto con el bastón para que las filas se pusieran en marcha y entraran en el edificio.

Antes de ascender por la pequeña escalinata que daba acceso al interior de ese bloque, Helena advirtió que las chimeneas del tejado escupían bocanadas de humo al neblinoso cielo matinal. «No me importa lo que haya ahí dentro, pero por lo menos dejaremos de pasar este frío», pensó para sí misma.

—*Schnell! Schnell!*

Los gritos de los soldados arreciaron, mientras las muchachas entraban en algo parecido a una antesala, que cruzaron casi a la carrera, para introducirse en un largo pasillo de paredes desnudas. La luz era muy tenue, una sucesión de tubos Bergman en el techo del que sobresalían unos portalámparas redondeados, eran los únicos focos de luz que iluminaban el pasillo. El miedo se adueñó de las filas. La mirada de muchas de las chicas se elevó hacia ese techo, miradas aterrorizadas y nerviosas, como si esperaran que algo maligno descendiera sobre ellas.

Al final del pasillo, llegaron a una sala de grandes proporciones. Paredes de azulejos de color blanco de aspecto mohoso y descuidado. La misma

iluminación tenue que en el pasillo. En las paredes, una sucesión de colgadores de madera. Cuatro largos bancos también de madera, bajo los colgadores, rodeaban las cuatros paredes de la habitación. Frente a Helena, una puerta que permanecía herméticamente cerrada.

Helena pensó en girarse y lanzar a Rivka una mirada de tranquilidad. La tranquilidad que para si misma no tenía. Supuso que su amiga debía estar aterrorizada, la conocía. La conocía muy bien. Sin embargo, se concentró en la acalorada discusión que la mujer de la pañoleta marrón mantenía con uno de los soldados, quizá el de mayor graduación. Los dos repetían continuamente una palabra: *Effinger*. Helena no conocía el significado de esa palabra, pero intuyó que se trataba de un nombre o de un apellido.

Por la misma puerta por la que ellas habían accedido a la sala, empezó a entrar un numeroso grupo de hombres. Vestían con esas mismas ropas que les proporcionaban aspecto de prisionero, como los que Helena había visto junto a las vías. En sus manos llevaban unas voluminosas cestas de madera.

—*Ziehen aus!* —vociferó la mujer de la pañoleta marrón.

La mayoría de las jóvenes se miraron desconcertadas.

—*Ziehen aus! Schnell! Ziehen aus!* —gritaron los soldados que empezaban a recorrer las filas.

Una vez más, las chicas alemanas fueron las primeras en empezar a desnudarse. Se deshicieron de sus abrigos y los depositaron en los colgadores de la pared. Helena miró hacia los hombres que habían entrado con las cestas. Sus rostros resultaban cansados, tenían la piel muy pálida y los ojos hundidos. Parecían muy asustados. Helena empezó a desabrocharse los botones de su abrigo. Los hombres tenían la mirada perdida en el suelo, como si fueran conscientes del pudor destruido de todas esas jóvenes obligadas a desvestirse delante de ellos. No sabía bien por qué, pero simpatizó con esos hombres desde ese mismo momento. Se sacó por la cabeza el grueso jersey que le había prestado su hermana y comenzó a desabrocharse los botones de su camisa de lino blanco.

—¿Por qué nos obligan a desnudarnos, Helena?

Helena no contestó. Los soldados que cubrían parte de su rostro con los pañuelos grises, paseaban alrededor de las filas mirándolas de manera desafiante. Dejó la blusa en el colgador y empezó a desabrocharse la falda.

Le aterraba la idea de desnudare allí, delante de todas esas chicas, de los soldados y de los hombres con aspecto de prisionero. En toda su vida, solo su

hermana Rózinka y su madre la habían visto desnuda. Ni siquiera se había desnudado delante de los hijos de su hermana y eso que eran muy pequeños. Mientras se quitaba las medias sintió que empezaba a temblar, en parte, porque la estancia no estaba tan caliente como había imaginado y en parte, por la situación que estaba viviendo.

Las chicas alemanas habían terminado de desvestirse, se habían quedado en ropa interior. La mujer de la pañoleta marrón caminó hacia ellas dando grandes zancadas y agitando el bastón que llevaba en su mano, mientras gritaba:

—*Alle! Alle! Alle, schnell!*

El colgador estaba ya repleto de ropa, había más chicas que colgadores y tenían que compartirlas. Helena dejó sobre el banco de madera su falda y empezó a quitarse la ropa interior.

Permanecieron de pie, desnudas, hasta que la última de las chicas terminó de desvestirse. Intentaban tapar su desnudez con los brazos y las manos, como podían. La mayoría de ellas temblaban de frío. Otras sollozaban.

Helena había sentido un dolor especial cuando tuvo que dejar sobre el banco sus zapatos, su madre se los había regalado el verano anterior, por su vigésimo cumpleaños. Además, al quitarse uno de los zapatos se dio cuenta de que el tobillo se le había inflamado. Desde que se arrojó del tren no había dejado de dolerle.

Uno de los soldados impartió una orden. Los hombres con aspecto de prisionero se abalanzaron sobre las prendas que las chicas habían depositado en los colgadores o dejado encima de los bancos de madera. A una velocidad endiablada, descolgaban la ropa y la introducían en las cestas que llevaban en sus manos. En ningún momento las miraron, ni cuando pasaron a su lado, ni mientras descolgaban las prendas. Los ojos de esos hombres estaban concentrados en las prendas que recogían y, cuando terminaban de llenar las cestas, regresaban al fondo de la sala y clavaban la mirada en el suelo. Los soldados y la mujer de la pañoleta marrón iniciaron una nueva revisión de las filas: buscaban algo más. Dos de los prisioneros los seguían con otras cestas de un tamaño más pequeño.

Relojes, pendientes, gargantillas, cadenas de oro, anillos. Todo aquello que las chicas llevaran encima les era arrebatado. Helena respiró tranquila, ella no tenía nada que entregar a esa gente. Había hecho caso a Jalenko y había dejado todas sus joyas en casa. Jalenko le advirtió que en la fábrica donde la llevaban podía haber trabajadoras polacas o checas que robaran sus joyas. Le dijo que las

dejara en casa, que él las protegería hasta que ella regresara, como protegería a sus padres, a su hermana y a sus sobrinos. Jalenko...

La mujer de la pañoleta marrón llegó hasta Helena. Le hizo un gesto, Helena le enseñó sus manos. No llevaba nada. Sintió un escalofrío al mirar los ojos de la mujer. Resultaban despiadados. Era una mujer atractiva, sí, pero esos ojos la convertían en una especie de animal salvaje. La mujer agarró con fuerza el rostro de Helena por la barbilla y le obligó a abrir la boca. Escudriñó la dentadura de forma meticulosa. Helena sintió un pinchazo de dolor en la mandíbula cuando la mujer soltó su rostro. La mujer siguió con la inspección de la chica que había delante de ella. Helena había observado algo mientras esa mujer examinaba el interior de su boca: en el brazalete blanco que rodeaba su brazo tenía escrita la palabra *kapo* y, encima del bolsillo de la guerrera, un número cosido y, debajo de él, un triángulo de color negro. Pensó que podía tratarse de algún tipo de jerarquía que ella desconocía.

Pasaron unos minutos, que para Helena y el resto de las chicas se convirtieron en eternos. Una vez que terminaron de requisar las joyas de todas las chicas, los hombres con aspecto de prisionero abandonaron la sala con sus cestas rebosantes. Dos de los soldados habían separado los grandes bancos de madera de la pared. La mujer de la pañoleta impartió otra orden, señalando los bancos:

—*Setzen! Setzen, hier!*

Las chicas corrieron a sentarse en los bancos. Contra la pared. Las sentaron mirando a la pared. Helena tomó asiento al lado de Rivka. Su amiga intentaba cubrir sus pequeños pechos con las manos. No se atrevieron a mirarse. El banco estaba helado. La madera endurecida y desgastada se clavaba en las nalgas desnudas.

—*Setzen! Setzen, hier!* —continuaba gritando la mujer.

Percibieron que otro grupo de hombres había entrado en la habitación. Los escucharon moverse detrás de ellas, tomando posiciones, uno o dos en cada banco. Helena y Rivka mantenían la mirada clavada en la pared de mohosas baldosas blancas.

—¿Qué clase de sitio es este, Helena? ¿Dónde nos han traído?

—No lo sé —musitó Helena, sin apartar la mirada de la pared.

Sí que lo sabía. O creía saberlo. El infierno. Ese lugar en el que se encontraban solo podía ser la antesala del infierno.

Los hombres que habían entrado en la sala también llevaban ropas de

prisionero. Y también cubrían su nariz y su boca con ese pañuelo gris claro. A Helena no le sorprendió que cuando uno de ellos llegó junto a ella, cogiera un mechón de su cabello y lo cortara. Hacía un rato que estaba escuchando el sonido de las tijeras. Y los llantos y los gimoteos de muchas de las chicas. Rivka rompió a llorar cuando vio caer los primeros mechones de su cabello rubio junto a sus pies.

De todo lo que había sucedido hasta ese momento, esto resultó lo más duro para Helena. Perder su pelo, perderlo así. Toda su vida se había sentido orgullosa de su bonito pelo negro. Rózinka y su madre se lo habían peinado muchas veces y siempre lo alababan, especialmente su hermana. Ahora ese pelo caía sobre su cuerpo desnudo en grandes mechones, maltratado por unas tijeras sucias y unas manos torpes. Escuchó el tintineo de una palangana de hojalata blanca desconchada que el prisionero había dejado en el suelo. Contenía un agua sucia y amarillenta, y donde solo se veía una o dos burbujas flotando, que indicaban que allí habían echado jabón. Sintió que el hombre introducía una navaja oxidada en la palangana. No bastaba con cortarles el pelo, tenían que rasurarlas. A su lado escuchaba el sollozo de Rivka, que no dejaba de llorar. El filo de la sucia navaja hacía daño en la piel de su cabeza. Incluso era posible que ese hombre le hubiera hecho algún corte. Dando un toquecito en el hombro, el prisionero le indicó que se levantara y se girara hacia él. Helena obedeció sin rechistar. El hombre se agachó y metió la navaja en la amarillenta agua de la palangana. Volvió a incorporarse. Era un hombre joven, pero tenía el aspecto de un anciano. Le hizo un gesto para que levantara los brazos. Mientras Helena lo hacía, el hombre la miró furtivamente a los ojos y susurró:

—Lo siento.

Helena elevó la mirada hacia el techo de la sala, mientras el hombre rasuraba sus axilas.

En otra parte de la habitación se escuchó una algarabía. Una de las chicas estaba gritando.

—¡No! ¡Eso no! ¡Por favor, no!

Helena miró en esa dirección. Uno de los prisioneros se había arrodillado para rasurar el vello púbico de la joven. Reconoció a la chica, era la adolescente que buscaba su violín en el interior del vagón del tren. La mujer de la pañoleta marrón llegó junto a ella, la cogió por el cuello con el bastón picudo y la tiró al suelo. Gritó algo en alemán que Helena no pudo entender. La pobre chica seguía gritando, mientras la mujer de la pañoleta marrón la arrastraba por el centro de la habitación. Entregó el bastón a uno de los soldados, que continuó arrastrándola

hasta que desapareció por la puerta. La joven pateaba, intentaba arrancarse con las manos el gancho del bastón que le aprisionaba el cuello. Su cara estaba roja e hinchada. Helena tuvo la sensación de que nunca volverían a verla. En la sala se hizo un silencio sepulcral. Resultaba curioso, pero durante todo el incidente, el prisionero no había dejado de trabajar en las axilas de Helena con la navaja. Ni siquiera se había girado a mirar lo que estaba sucediendo. Ninguno de los hombres que las estaban rasurando lo había hecho. Era como si esos hombres estuvieran acostumbrados a vivir ese tipo de situaciones.

El prisionero volvió a agacharse y otra vez limpió la navaja en la palangana. Se arrodilló y levantó sus ojos hacia Helena. Hizo una mueca rara con su rostro, como si quisiera decir, «sé que esto es algo humillante». Las axilas le ardían, igual que la cabeza. Cuando sintió que la navaja empezó a rasurar su pubis, giró la cabeza hacia Rivka. Fue uno de los peores momentos de su vida.

Rivka había desaparecido. No reconoció a la joven que la estaba mirando. Su rostro no era el mismo. La nariz, las orejas, Helena nunca se había fijado en esos detalles de la anatomía del rostro de su amiga. Sus ojos parecían estar hundidos. Su mirada resultaba triste, perdida. Rivka ya ni siquiera lloraba. Posiblemente, ya no tenía ganas de volver a preguntar donde se encontraban. O ya lo había adivinado. Aquello no podía ser ninguna fábrica. En ninguna fábrica las habrían tratado así, a no ser que fueran esclavas. Por el gesto en el rostro de su amiga, Helena pensó que Rivka tampoco la había reconocido cuando sus miradas se cruzaron. Ya no eran las mismas personas que habían sido unas horas antes. No era solo que en muy poco tiempo les hubieran arrebatado sus pertenencias, sus ropas o su cabello, no. Les habían arrebatado su dignidad. Helena lo sabía. Y Rivka también.

Cuando concluyeron su trabajo, los hombres abandonaron la estancia con sus utensilios con la misma rapidez con la que habían llegado. La mujer de la pañoleta marrón volvió a ordenar que formaran dos filas. Instintivamente, casi todas las chicas volvieron a ocupar la misma posición que tenían cuando habían entrado en esa sala. Aunque ya no fueran las mismas. Todas tenían la cabeza baja, mirando hacia el suelo. Nadie se atrevía a mirarse a la cara.

La mujer de la pañoleta marrón abrió la puerta que hasta ese momento había permanecido cerrada. Dos de los soldados se posicionaron junto a ellas.

—*Betreten!* —gritó la mujer.

Las filas entraron en esa nueva habitación.

Duchas. Era una casa de baño. Tres largas hileras de duchas colgaban del

techo. Había más chicas que duchas, así que tuvieron que compartirlas. Bajo alguna de las duchas se juntaron hasta cuatro chicas. Helena la compartió con Rivka y con una joven menuda con unos bonitos ojos verdes.

Silencio. Nadie hablaba. La mujer de la pañoleta marrón se había recostado en la pared junto a la puerta. Los soldados permanecieron fuera, hablando entre ellos. Reían. Eran indiferentes a las más de cien chicas desnudas que había dentro de esa casa de baño. Helena pensó, que si ellas hubieran sido ganado esos soldados se hubieran comportado de igual manera. Quizá para ellos, todas ellas solo fueran eso: ganado.

No podría explicar el porqué, pero casi todas las chicas levantaron la mirada hacia esas duchas que pendían del techo. Eran miradas heridas, miradas asustadas. Nada, de allí no surgía nada. Ni tan siquiera les habían proporcionado jabón.

Se produjo una exclamación general cuando las duchas se abrieron y el agua cayó sobre ellas. Agua helada. Resultaba casi imposible aguantar ese chorro de agua cuando caía sobre el cuerpo. Restregarse con las manos causaba dolor porque las axilas seguían escociendo, igual que sucedía con la cabeza y el pubis. Helena se dio cuenta de que muchas de las muchachas estaban aprovechando esa circunstancia para orinar. Desde que bajaron del tren, no les habían permitido ir al baño. Para las chicas resultaba fácil pensar, que la mujer de la pañoleta no se daría cuenta de que el agua que resbalaba por su cuerpo y caía al suelo iba acompañada de orina. Tampoco los soldados, que seguían con su charla y sus risas. Helena comprobó, por una torsión en las piernas de Rivka, que su amiga también estaba aprovechando esa situación. Y la joven menuda de los ojos verdes.

Estuvieron en las duchas hasta que el agua se cortó de pronto. Cien cuerpos temblorosos esperaron a que la mujer de la pañoleta marrón ordenara formar otra vez las filas y gritara:

—*Austreten!*

De nuevo les ordenaron que se sentaran en los largos bancos de madera. La mayoría de ellas titiritaban, otras permanecían muy erguidas, intentando dar muestra de una dignidad dañada. A los pies de las chicas empezaron a formarse pequeños charquitos provocados por el agua que seguía resbalando por sus cuerpos. Los soldados daban vueltas y vueltas por la habitación. La mujer de la pañoleta marrón desapareció por algo más de media hora. De otras partes del edificio llegaban gritos.

La chica menuda de los ojos verdes, se sentó junto a Helena y Rivka. A partir de ese momento ya no se separaría de ellas. También era eslovaca, había aprovechado un descuido de los soldados para decirles que se llamaba Lenka y que era natural de Presov. Helena estaba intrigada con su edad, la joven apenas había desarrollado su cuerpo, sus pechos eran extremadamente pequeños. No aparentaba más de catorce años.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Helena, con los ojos clavados en su maltrecho tobillo.

—Dieciocho —contestó Lenka, sin apartar la mirada del suelo.

Helena no lo esperaba. Sentadas juntas, el portentoso y desarrollado físico de Helena contrastaba con el de la joven de Presov. Cualquiera que las mirara pensaría que se trataba de una madre joven y de su hija adolescente.

—¿Eres judía?

Lenka movió afirmativamente la cabeza, para después preguntar:

—¿Qué sitio es este? Yo creía que nos enviaban a una fábrica...

No dio tiempo a contestar. La mujer de la pañoleta entró en la sala acompañada de otros prisioneros. Estos portaban cestas que dejaron en el centro de la sala. Eran cestas de ropa. Pero no era su ropa. Su ropa había desaparecido.

Las primeras contenían unos horrorosos vestidos de dril de rayas grises y azules. En las siguientes unas blusas de color blanco, bragas y sujetadores. Las últimas eran de calzado.

La mujer de la pañoleta explicó que cada una de ellas podía coger la ropa que se aproximara a su talla. Las chicas alemanas fueron las primeras que se abalanzaron sobre las cestas. Por primera vez, el grupo de muchachas perdió la compostura. Parecían perras rabiosas lanzándose sobre los despojos de un preciado tesoro. Empujones, codazos, patadas. Alguna de las chicas cayó al suelo. Helena se lo tomó con calma, era su temperamento. Cogió uno de los vestidos rayados, una blusa, bragas y sujetador, y un par de zuecos holandeses de madera hechos de una sola pieza que servían de calzado. De una cesta más pequeña cogió una pañoleta a juego con el vestido rayado. Con todas las prendas en sus manos regresó junto al banco de madera.

Las bragas tenían grandes manchas oscuras en la entrepierna. Helena se las puso, apartando de su cabeza la aprensión natural que provoca ponerse una prenda íntima usada, una prenda que ha pertenecido a otra persona. El sujetador estaba desgastado y además le apretaba un poco. Algunas costuras de la blusa estaban descosidas y, aparte de estar llena de manchas en la espalda, le faltaban

dos botones. Sin embargo, había acertado con la talla del vestido rayado. Lo peor vino al ponerse los zuecos de madera. Sintió un pinchazo de dolor cuando tuvo que encajarlo en el pie de su tobillo hinchado. Guardó la pañoleta en un bolsillo del vestido.

Una irreconocible Rivka la miraba sentada en el banco. Helena tomó asiento a su lado. Los ojos de su amiga estaban vidriosos. Lenka se sentó junto a ellas, las mangas de su vestido rayado le cubrían las manos.

Permanecieron en esa posición hasta que la última de las chicas terminó de vestirse. La mujer de la pañoleta marrón les ordenó formar dos nuevas filas. Había llegado el momento de salir de ese horrible lugar. Las filas se pusieron en marcha. Abandonaron el bloque por el mismo pasillo por el que habían llegado.

Cuando salieron al exterior, debía de ser alrededor del mediodía. Sin embargo, la niebla no había desaparecido por completo. El cielo tenía un color gris y sombrío. Para Helena, ese sería el primero de sus muchos días sin luz.

En el complejo se percibía una gran actividad, pero por todos los lugares por los que ellas transitaban, los callejones entre bloques estaban desiertos. Más alambradas electrificadas, más torres de vigilancia y soldados por todos los lados. Si en aquel complejo había alguien más a parte de los soldados, ellas no los vieron. Aunque caminaban con la mirada clavada en la sucia nieve derretida y el barro del suelo, Helena tuvo tiempo para leer una señal de advertencia instalada sobre una de las vallas electrificadas. Debajo de una siniestra calavera negra, vio escritas dos palabras: *Halt!* y *Stoj!* Una de las mejores amigas de su pueblo, Adela Grossmann, tenía familia en Polonia. Helena había trabado amistad con una de las primas polacas de Adela, una jovencita pizpireta llamada Edita. Edita no hablaba eslovaco y, aunque este idioma y el polaco eran muy parecidos, había algunas palabras que no comprendían, así que las dos jóvenes inventaron un código de gestos para entenderse mejor. *Stoj!* Esa palabra se parecía mucho a algunas de las expresiones que más utilizaba Edita. ¿Estaban entonces en Polonia? Por la duración del viaje entre Poprad y ese lugar, esa hipótesis era más verosímil a que se encontraran en Alemania.

Las filas se detuvieron ante otro bloque del mismo aspecto que el anterior. Sobre la puerta, otra pequeña plaquita de madera anunciaba:

Block 11

Una mujer vestida con uniforme militar, chaqueta y falda de color gris, y una

gorra de medio lado sobre su cabeza, salió del bloque y se dirigió de manera elegante hacia la mujer de la pañoleta marrón.

—*Zugang* —dijo esta cuando ambas mujeres se encontraron.

La mujer del uniforme militar comenzó a recorrer las filas, mirando detenidamente a cada una de las chicas allí formadas. Era una mujer muy atractiva, rubia y con unos penetrantes ojos azules. Sin embargo, su rostro destilaba cierta dulzura, muy diferente a la mujer de la pañoleta marrón. Pero ninguna de ellas se atrevió a mirar a su rostro. Al llegar ante Helena se detuvo un instante. Helena desvió la mirada hacia unas letras cosidas en el pecho de la mujer, encima de su bolsillo izquierdo: *Kommandoführerin* langefeld. Helena imaginó que se trataba de algún grado jerárquico.

La mujer no se había detenido por Helena, sino por Lenka, la joven de Presov, que se encontraba detrás de Rivka. Con tono enérgico, dijo:

—*Alter!*

Lenka no contestó, no había entendido la pregunta de esa mujer.

—*Alter!* —volvió a repetir la mujer.

Helena tenía que hacer algo. Sabía lo que esa mujer quería de Lenka, lo mismo que ella le había preguntado un rato antes, después de salir de la casa de baño. Era posible que se la jugara, pero tenía que hacerlo. No quería que le pasara nada a esa pobre chica. Helena era así.

—Quiere saber tu edad —dijo en voz alta.

La mujer de la pañoleta marrón hizo acción de abalanzarse sobre ella, al escucharla hablar. Pero la mujer uniformada la detuvo, haciendo un rápido movimiento con la palma extendida de su mano.

—Dieciocho —dijo Lenka con voz temblorosa.

La mujer del uniforme gris miró a Helena.

—*Achtzehn* —contestó Helena.

La mujer uniformada hizo un gesto afirmativo con la cabeza y continuó su camino.

Terminada la revisión de las filas, la mujer de la pañoleta marrón se despidió de la mujer del uniforme gris. No volverían a verla hasta la última hora de esa misma tarde.

No entraron en el bloque por la puerta principal. Lo hicieron a través de una pequeña puerta de madera, que se encontraba en un lateral. La mujer del uniforme gris marchaba al frente de las filas. Otro grupo de soldados caminaba junto a ellas. Pero en esta ocasión, sus rostros estaban descubiertos.

Ascendieron por unas angostas escaleras que conducían a una pequeña antesala de paredes desnudas. Continuaron caminando por un largo pasillo pobremente iluminado. Ventanas enrejadas ofrecían la deprimente visión de un patio entre bloques donde sobresalía un murete de ladrillos rojizos. Se cruzaron con muchos más soldados por ese pasillo, algunos vestidos con uniformes de color negro. Helena observó que muchos de ellos no portaban armas. Tuvo la sensación de que se encontraban en un edificio de tipo administrativo. No se equivocaba.

Desembocaron en otra sala de grandes proporciones. Habían instalado taburetes de aspecto primitivo repartidos por toda la sala. La mujer uniformada les ordenó que continuaran de pie. Al fondo de la sala, había una puerta abierta que comunicaba con una habitación. Desde la posición en la que se encontraba Helena, no se distinguía nada del interior de esa estancia. Sin embargo, hasta ellas llegaba el traqueteo continuado de las máquinas de escribir.

Una media hora más tarde, un grupo de hombres con vestimentas de prisionero entró en la sala. Llevaban una mesa de madera y sucios y destartalados pucheros de los que brotaba un desagradable olor. Comida. Helena ya no podía recordar cuando había sido la última vez que había ingerido algo de alimento. Bueno, sí, el día anterior, antes de partir de la estación de Poprad, los hombres de la Guardia de Hlinka les habían dado un mendrugo de pan y una ración de mantequilla.

Los hombres con aspecto de prisionero colocaron los pucheros sobre la mesa y empezaron a repartir entre las filas unos abollados platos de hojalata y unas sucias cucharas. Una a una, pasaron a recoger su ración de comida a la mesa. Al igual que sucediera en el bloque anterior, esos hombres nunca las miraron a la cara. Sus miradas se concentraban en los grandes cazos con los que cogían la comida y en los platos de las chicas, que llenaban hasta el borde. Era una sopa sucia, que desprendía un olor nauseabundo y en la que flotaban unos trozos de zanahoria. «Por lo menos es algo caliente», pensó Helena. La mujer uniformada les había indicado que se sentaran con su ración en uno de los taburetes. Helena se sentó entre Rivka y Lenka.

Revolvió la sopa con aprensión. Pensó que lo mejor era no pensar. Cerró los ojos y tragó una cucharada. Estaba agria, pero caliente. En realidad, era agua caliente con unas pocas zanahorias. Rivka la imitó, pero su cuerpo reaccionó de una manera diferente. Tan pronto como la sopa llegó a su estómago, volvió a salir. Tras una pequeña arcada, la sopa regresó al plato.

Esto captó la atención de la mujer uniformada, que estaba hablando con dos

de los soldados. Los tres giraron la cabeza en dirección a Rivka. Helena se dio cuenta y se apresuró a llevarse otra cucharada a la boca. Lenka también lo advirtió. Casi susurrando, mientras daba vueltas a la sopa con la cuchara, le dijo a Rivka:

—Cómetelo.

—¿Qué?

—Que te lo comas. Esa mujer se ha dado cuenta. Cómetelo.

—Pero...

Rivka lanzó una mirada desesperada a Helena. Pero Helena siguió comiendo.

—Cómetelo. Te puedes estar poniendo en peligro y, de paso, nos puedes poner en peligro a las demás. Cómetelo —repitió Lenka.

La mirada de Rivka se perdió en la sopa. Metió la cuchara en el plato y cerró los ojos. Se llevó a la boca la cuchara que contenía la sopa y su propio vómito.

Terminada la comida, los hombres con aspecto de prisionero recogieron los platos, las cucharas, los pucheros y la mesa, y desaparecieron por el largo pasillo. La mujer de uniforme les ordenó que formaran de nuevo. De dos en dos, empezaron a pasar a la habitación donde se escuchaban las máquinas de escribir. Helena y Rivka tardaron en entrar más de dos horas.

Era una habitación oscura, las ventanas estaban cerradas. Por todos lados se veían amontonados papeles, documentos, informes y cajas archivadoras de cartón. Dos mesas de madera, muy desgastadas, sobre ellas una máquina de escribir y una lámpara y, tras las mesas, un hombre de mediana edad y una mujer más joven con esos uniformes grises, que ni siquiera levantaron la mirada hacia ellas cuando las vieron entrar. Helena se colocó frente a la mesa del hombre y Rivka, frente a la de la mujer.

En la pared del fondo, entre dos ventanas, había un cuadro de Adolf Hitler con uniforme militar. En un rincón, una bandera del Reich alemán casi cubierta por una fila de cajas archivadoras de cartón.

El hombre extrajo un cigarrillo de un arrugado paquete de la marca Trommler y lo encendió. Introdujo un documento en la máquina de escribir, y preguntó a Helena:

—*Vor und Zuname.*

—Helena Citrónová.

La mujer le preguntó lo mismo a Rivka. Pero esta no contestó.

Desde el incidente con Lenka frente a la puerta del bloque, Helena había pensado mucho en Frau Richter. Aquellas clases de alemán que le había

impartido en la escuela judía podían sacarla de más de un atolladero en ese lugar al que la habían conducido. Eran nociones básicas del idioma, lo sabía, pero que se estaban demostrando como muy importantes. Frente al bloque, se la había jugado por una chica de Presov a la que había conocido unas horas antes. Ahora, tocaba jugársela por su mejor amiga.

—*Vor und Zuname* —volvió a preguntar la mujer.

—Tu nombre completo —dijo Helena, sin mirar a Rivka.

—Rivka Dolnik —contestó su amiga.

El hombre y la mujer continuaron escribiendo en sus respectivas máquinas. Helena respiró aliviada.

—*Geboren Datum* —preguntó el hombre, tras dar una larga calada a su cigarrillo.

—26 de agosto de 1922, Humenné, Eslovaquia —respondió Helena.

La mujer hizo a Rivka la misma pregunta.

—Fecha y lugar de nacimiento —dijo Helena.

—29 de abril de 1924, Humenné, Eslovaquia —contestó Rivka.

El hombre continuó rellenando el documento. Cuando terminó, lo extrajo y lo dejó encima de la mesa. Helena observó que en el ángulo izquierdo del documento había una Estrella de David amarilla, en cuyo interior y en letras negras se podía leer la palabra *juden*. El hombre timbró el documento con un sello de tinta azul que contenía el águila del Reich, sobre una firma ininteligible. Introdujo otro documento en la máquina de escribir y copió los datos que había escrito en el documento anterior. Cuando terminó, extrajo el segundo informe y por primera vez, miró a Helena a la cara.

—*Ein, Vier, Zwei, Vier, Sieben. Das ist deine Häftlingsnummer.*

Helena cogió el documento. Las dos salieron de la habitación con el documento en sus manos, como antes habían visto salir a tantas chicas. Helena había entendido los números, pero no lo que esa numeración significaba. Como tampoco había entendido lo que significaba el nombre escrito en el encabezamiento del documento:

Stammlager I, KL Auschwitz.

¿Auschwitz? ¿Qué significaba Auschwitz? ¿Qué lugar era ese? Nunca había oído hablar de un lugar llamado Auschwitz.

Con el documento entre sus manos, volvieron a ocupar su lugar en las filas.

Permanecieron de pie durante otra larga hora, lo que tardaron todas las chicas en pasar ese trámite. Su siguiente destino fue una habitación contigua,

completamente vacía y con otra puerta abierta de donde, en esta ocasión, en lugar de escucharse el traqueteo de las máquinas de escribir, se percibían los sonidos característicos de una cámara fotográfica. En esta ocasión la espera fue mayor, pues las muchachas tuvieron que pasar de una en una. El cansancio estaba haciendo mella en ellas. Una de las chicas sufrió un desvanecimiento. La mujer uniformada ordenó a uno de los soldados que la sacara de la sala. El soldado lo hizo, cogiéndola por el cuello del vestido rayado y arrastrándola hasta la puerta. No volvieron a verla.

En el interior de la habitación había dos de esos hombres con vestimentas de prisionero. Ambos tenían los rostros cansados y demacrados. Uno de ellos, que estaba sentado detrás de una mesa de madera, llevaba uno de esos brazaletes blancos con la palabra *kapo* escrita en letras negras. El segundo manipulaba una cámara fotográfica instalada en el centro de la habitación. Helena dedujo que eran polacos porque hablaban el mismo idioma y con la misma cadencia que su amiga Edita. El hombre sentado tras la mesa llamó al fotógrafo *Tadeusz* en más de una ocasión.

Helena avanzó hacia la mesa. El prisionero sentado tras ella le pidió el documento que tenía en la mano. Sobre la mesa había una plaqueta con números y letras intercambiables. Formó en la plaqueta el número que figuraba en el documento. Con las letras, configuró la palabra *jude*. Bajo estas, se podía leer *kl auschwitz*. Esas letras estaban fijas. No escribió su nombre. Helena empezaba a sospechar algo que se confirmaría en las siguientes horas: que en ese lugar había perdido su nombre. Que en ese lugar, estaba condenada a ser solo un número.

Llamó al fotógrafo y le entregó la plaqueta. El fotógrafo acompañó a Helena hacia una sucia pared grisácea iluminada por dos potentes focos de pie, ocultos en el interior de una pantalla metálica. El fotógrafo le indicó que se situara de perfil. Cuando sus miradas se cruzaron, el hombre le dedicó una sonrisa amarga. Tenía grandes bolsas negras debajo de los ojos. Daba la impresión que ese hombre llevaba muchos días sin dormir.

El fotógrafo empujó hacia Helena algo parecido a un caballete de madera, que colocó tras ella. Le pidió que apoyara la cabeza, a la altura de la nuca, sobre un clavo grande que sobresalía de ese artefacto. Desplegó una solapilla de madera y, sobre ella, colocó la plaqueta con los datos de Helena. Con un gesto de sus manos con las palmas extendidas, le pidió que no se moviera. Regresó junto a la cámara fotográfica y realizó el primer disparo.

Caminó nuevamente hacia Helena. Le pidió que se pusiera de frente. Retiró la plaqueta y guardó la solapilla. Apartó el caballete, que volvió a desaparecer en

una zona no iluminada de la habitación. Realizó el mismo gesto para indicarle que permaneciese quieta. Después de esa segunda fotografía, Helena cerró los ojos, había sentido un ligero mareo. El fotógrafo le preguntó en polaco si se encontraba bien. Ella afirmó con movimientos rápidos de su cabeza. Para la tercera fotografía, le indicó que se colocara del perfil contrario a la primera. Tomándola por la barbilla, elevó un poco el rostro de Helena. Le hizo una señal para que mirara en dirección al techo y le pidió que no se moviera.

Tras esa tercera fotografía, el hombre que estaba tras la mesa se levantó y le entregó el documento. Abrió una pequeña puerta que conducía a un largo pasillo y le hizo un gesto con la mano para que pasara. Antes de abandonar ese lugar, Helena volvió a mirar hacia el fotógrafo. El hombre también la estaba mirando, mientras limpiaba con un trapito las lentes de su cámara fotográfica. Sus ojos transmitían una tristeza infinita.

Había anochecido. Helena lo pudo comprobar a través de una ventana enrejada que daba a un triste patio entre bloques. Al final del largo pasillo se encontraba una fila de chicas detenidas delante de otra puerta. Antes de llegar, uno de los soldados le indicó que se subiera la manga izquierda de su vestido rayado. Todas las chicas de la fila se habían arremangado el vestido de igual manera. A los pocos minutos, Rivka se unió a la fila. Y después Lenka. La entrada a esa puerta misteriosa se hizo eterna.

Durante el tiempo que permanecieron en esa fila, habían escuchado cosas. Cosas poco tranquilizadoras. Gritos. Alaridos. Además ninguna de las jóvenes que había entrado en esa estancia había vuelto a salir por allí, así que no sabían bien a que se enfrentaban. Por primera vez, se hallaban ante una puerta que se cerraba herméticamente cada vez que una chica la traspasaba.

Fue la mujer de la pañoleta marrón la que le indicó con un movimiento brusco del bastón que pasara cuando la puerta se abrió. Había sido un prisionero de edad avanzada quien había abierto y asomado la cabeza buscando a la siguiente chica.

Aquella habitación era mucho más pequeña que las anteriores, se podría decir que poco más grande que un cuartucho. Estaba iluminada por una bombilla pelada que colgaba del techo y por un flexo de pantalla instalado sobre una sucia mesa de madera. Tras ella se encontraban otros dos prisioneros de edad avanzada, uno de ellos se afanaba en limpiarla con un trapo de aspecto sanguinolento. Helena sospechó entonces que lo que el hombre limpiaba era sangre. Al fondo del cuartucho había una puerta abierta que comunicaba con unas escaleras. Le indicaron que se sentara en un taburete delante de la mesa. El

hombre que había abierto la puerta se colocó tras ella.

Uno de los prisioneros movió los dedos con agilidad solicitándole el documento que llevaba en las manos. Helena lo entregó. Sobre la mesa, había un sello de metal con unas agujas más o menos de un centímetro. Al lado un bote sucio y, en su interior, algo parecido a tinta de color azul.

En ese instante, Helena supo que algo malo iba suceder. Algo traumático. Algo que la marcaría para el resto de su vida, una experiencia terrible que la haría regresar una y otra vez a ese sucio cuartucho. Su corazón latía con fuerza. Pese a estar sentada en el taburete, parecía que estuviera corriendo por un campo devastado y solitario. En el interior de ese cuartucho, el frío era más intenso que en cualquier otro lugar en el que había estado con anterioridad y, sin embargo, Helena sintió que estaba sudando. Una pequeña película de gotitas de sudor se había formado en su cabeza rasurada. Y otras de esas gotitas descendían por la piel de su espalda.

Mientras uno de los prisioneros manipulaba las agujas del sello de metal, el otro le pidió que pusiera el brazo que se había descubierto sobre la mesa. Señaló un lugar concreto del lado externo del antebrazo izquierdo.

El prisionero que había tras ella, le agarró con fuerza por los hombros.

* * *

Hacía un rato que caminaban por un pequeño camino embarrado entre una alambrada electrificada y un muro de cemento de más de dos metros de altura. Lo hacían en filas de diez, tal como la mujer de la pañoleta marrón las dividió tras salir del bloque donde les habían tatuado la piel. Los zuecos de madera resbalaban sobre el barro y la nieve derretida que cubrían el camino. En otras circunstancias, esos resbalones habrían provocado que el dolor que sentía en su tobillo le hiciera cojear y no pudiera seguir el ritmo que la mujer de la pañoleta marrón había impuesto a las filas. Como el escozor que sentía en las ingles o en las axilas, que no había cesado ni un momento desde que fueron rasuradas por aquellas manos torpes. En otras circunstancias. Sin embargo, era tal el dolor que sentía en su brazo izquierdo, que cualquier otro, en cualquier otra parte del cuerpo, quedaba completamente solapado. Afortunadamente, Rivka y Lenka caminaban tras ella, en su misma fila, algo que no había sucedido con todas las chicas. Las que se habían desvanecido durante el tatuado de sus brazos o después, mientras se encontraban formadas a la intemperie delante del bloque,

habían desaparecido del grupo. Helena no sabía a donde las habían podido llevar.

Las filas avanzaban hacia los diez bloques que unas semanas antes habían sido separados por ese alto muro del resto del complejo. Ya antes de llegar, pudieron ver a un grupo de mujeres que parecían esperarlas junto a uno de esos bloques de aspecto sombrío. Esas mujeres llevaban el mismo vestido rayado que ellas, solo que encima de este vestían con una guerrera azul y, que al igual que la mujer que las dirigía, llevaban pañoletas oscuras en sus cabezas y esos brazaletes blancos donde destacaba la palabra *kapo* en letras negras.

—Esto no es una fábrica, Helena. Esto es una prisión. Nos han conducido a una prisión. Y esas mujeres son nuestras carceleras —dijo Rivka, aprovechando que la mujer de la pañoleta marrón se había reunido con el resto de las mujeres *kapo*.

Una lágrima solitaria rodó por el rostro de Helena. Tenía que contenerse, llorar no era una buena idea. Le podía ocasionar problemas. Limpió la lágrima con la manga derecha de su vestido rayado de dril. No podía mover el brazo izquierdo.

Cada una de las mujeres *kapo* se colocó delante de cada una de las filas. Llevaban en una de sus manos una especie de informe y en la otra un bastón picudo. En ese momento Helena pensó que habían tenido suerte. La mujer que se posicionó delante de su fila era una joven más o menos de su edad, muy atractiva, de rasgos dulces y contenidos; labios finos, una nariz casi perfecta, ojos grandes de color pardo. Sus cejas parecían perfiladas. Unos mechones castaños que escapaban de su pañoleta contrastaban con una piel muy blanca y fina.

—*Abzählen!* —gritó la mujer de la pañoleta marrón.

Aquel primer recuento se desarrolló de una manera muy diferente a los que lo sucederían en los siguientes días. Las chicas todavía no sabían cómo decir en alemán el número tatuado en su piel, así que las *kapos* les ordenaron que se subieran la manga del brazo izquierdo de su uniforme rayado. Por segunda vez las lágrimas brotaron de los ojos de Helena, pero en esta ocasión, al sentir el pinchazo que la áspera tela provocó al rozar la herida sangrante en su piel tatuada.

Ante la pobre luz que emanaba de los pequeños farolitos sobre la puerta de acceso a los bloques, y en medio de un vendaval que se había levantado repentinamente y que hacía revolotear la nieve aún acumulada en el suelo, el recuento se hizo largo y doloroso. Una por una, las *kapos* tenían que leer el

número y contrastarlo con el que tenían en el informe. A su vez, escrutaban detenidamente a las chicas. Después, se colocaban el bastón entre las piernas y escribían algo en el informe. Helena pudo verlo por el rabillo del ojo cuando la *kapo* del rostro dulce leyó en voz alta el número tatuado en su piel. En el informe, junto al número, figuraban las palabras *Stube* y *Block*. No pudo distinguir lo que la *kapo* escribió junto a la primera palabra, pero sí lo que anotó junto a la segunda: otro número. El número cuatro.

Ya entonces creía saber lo que significaba. Lo certificó cuando la *kapo* les ordenó que la siguieran. Se dirigieron hacia uno de esos tétricos edificios de ladrillo rojizo y tejados inclinados. En la pequeña placa de madera sobre la puerta se podía leer:

Block 4

Entre los bloques 4 y 5 había otra construcción, más baja y alargada. Helena ya había visto ese tipo de construcciones, en los callejones entre los primeros bloques. La *kapo* cambió de rumbo y las dirigió entonces hacia esa pequeña construcción. Al llegar ante la puerta, señaló con el bastón picudo al interior y dijo:

—*Latrinen.*

Las diez chicas de la fila entraron en su interior. El frío era tan intenso como en el exterior, porque ese edificio de letrinas no tenía puerta.

Había once retretes de aspecto primitivo, situados en dos hileras, unos frente a otros. Entre ellos no había ningún tipo de separación. Tras la segunda fila de retretes se levantaba un pequeño muro. Al otro lado del muro, una casa de baño con veintidos grifos adosados a la pared.

La *kapo* les ordenó que cada una de ellas se colocara delante de un retrete. Hizo un gesto con el bastón picudo para que se sentaran en ellos. Las chicas obedecieron sin rechistar. La *kapo* se recostó en la pared junto a la puerta, sin apartar la mirada de ellas.

Así permanecieron todo el tiempo que la *kapo* les dio para hacer sus necesidades. Una pequeña nube de vaho emergía de sus bocas cada vez que las abrían. Helena pensó que aquel era uno de los momentos más humillantes de toda su vida. Además, adivinó que tras las dulces facciones de la *kapo* se escondía una mueca invisible de regocijo. Disfrutaba con esa degradante escena. Empezaba a pensar que tal vez no hubieran tenido tanta suerte al caer en manos

de esa mujer.

Sentada en el retrete contiguo al suyo, Rivka temblaba. Trataba de proteger su cuerpo del frío abrazándolo, pero no lo conseguía. Los brazos de Lenka se apretaban contra su vientre, la joven se contorsionaba hacia atrás y hacia delante, como si estuviera sintiendo un fuerte dolor.

Se levantaron del retrete cuando la *kapo* dio un golpe contra el suelo con el bastón, pero les ordenó que no se subieran las bragas. Las chicas dieron unos pasos hacia el centro de forma torpe, intentando no caer. Tenían las bragas enrolladas en los tobillos, encima de los feos zuecos de madera.

La *kapo* revisó el estado de los retretes. Llevaba el bastón en sus manos entrecruzadas detrás de la espalda. Sus dulces facciones se habían contraído en un rictus sarcástico. Nueve de los retretes estaban completamente limpios, ninguna de ellas había podido hacer sus necesidades en tales circunstancias. Pero uno de los retretes estaba lleno de excrementos. El que había ocupado Lenka. Una sonrisa gélida se instaló en el rostro de la *kapo*.

La *kapo* señaló con su bastón hacia el fondo de la sala. En un rincón de la pared de la zona donde se encontraban las duchas, había cuatro o cinco cubos de hojalata amontonados. Le ordenó a Lenka que cogiera uno de esos cubos. Cuando regresó con él, la *kapo* la cogió con fuerza por el brazo y la arrastró hacia las escalerillas de salida de las letrinas. Junto a la puerta de entrada, en la pared, había un grifo pelado. Le ordenó que llenase el cubo.

Con el cubo lleno, Lenka intentó subir las escaleras. Su fragilidad física era tal, que a duras penas podía con él. Derramó parte del agua antes de volver a entrar en las letrinas.

La cólera se adueñó de la *kapo*. Volvió a coger a Lenka por el cuello y la arrastró hacia el sucio retrete. El rostro de Lenka estaba muy rojo, los ojos parecían salirse de sus órbitas. Un espumarajo escapó de su boca cuando la *kapo* retiró las manos de su garganta.

Con el bastón picudo, la *kapo* señaló unas palabras escritas en la pared sobre las duchas.

Unsauerberkit ist die Grundlage Krankheit

«La falta de limpieza es la base de la enfermedad». La *kapo* dejó el cubo de agua en el suelo y ordenó a Lenka que se subiera el vestido rayado. Antes de que terminara de hacerlo, la empujó con tanta fuerza que la joven cayó sentada sobre el cubo. El cubo de agua helada. La *kapo* volvió a agarrarla por el cuello y le

exigió que se limpiara las nalgas. Por un momento, Helena pensó que la joven de Presov estaba a punto de morir ahogada. La *kapo* soltó su cuello y la levantó de un tirón. Subió con el bastón el vestido rayado de Lenka y comprobó que sus nalgas estuvieran limpias. Después se encaminó hacia el rincón donde los cubos estaban amontonados, cogió algo y regresó junto a Lenka. Arrojó a sus pies un cepillo de púas y una gruesa pastilla de jabón. Golpeó con el bastón picudo el retrete manchado de excrementos. Todavía volvió a coger a Lenka por el cuello una vez más para, acercando su rostro al de la chica de Presov, decirle unas palabras en un torpe alemán. Lo dijo de una manera tan lenta que Helena pudo escuchar algo parecido a: «Quiero que dejes esto brillante».

Volviendo al frente de la fila, ordenó a las chicas que la siguieran. Dejaron atrás las letrinas, y a Lenka arrodillada junto al retrete, restregándolo con el cepillo de púas.

La fila de nueve chicas se dirigió a la puerta del bloque número cuatro. La mirada de Helena no se apartaba de esa bestia de rasgos dulces que las dirigía. En los siguientes días, Helena descubriría que esa *kapo* era de nacionalidad polaca y que se llamaba Katarzyna Jelen. Y descubrió también que, en ese lugar infernal al que las habían conducido, la maldad más absoluta podía esconderse tras unas facciones dulces.

Pero esa noche, Helena todavía haría un descubrimiento más. Quizá, el peor descubrimiento de todos.

—*Zugang!* —gritó la *kapo* después de abrir la puerta y de encender la luz del bloque número cuatro.

Ninguna de las nueve chicas podía dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo en el interior de esa oscura y pestilente madriguera.

Caminaban muy despacio, con movimientos asustados, por un pasillo a cuyos lados se sucedían literas de madera de tres niveles. Las mujeres que allí se alojaban estaban totalmente hacinadas, dos o tres muchachas ocupaban los mugrientos colchones de paja de las literas. Mujeres que las miraban en silencio con ojos hundidos y derrotados, desprovistos de todo indicio de vida. Sus rostros reflejaban una lividez enfermiza. Cabezas rasuradas, donde el pelo comenzaba a crecer de manera desigual. Vestían con feos camiones blancos cubiertos por todo tipo de manchas que se pudiesen imaginar. Algunas parecían ancianas, aunque Helena sospechaba que ninguna de ellas tendría más de treinta años. Otras ni siquiera pudieron mirarlas, yacían en los colchones con la mirada perdida, el rostro cubierto de sudor y temblando con un ritmo espasmódico. Eran mujeres enfermas. Quizá esas muchachas no llevaran en ese lugar más que unas

semanas, pero parecía que hubieran pasado años en el interior de aquella casa de los horrores. Aparte de las literas, Helena distinguió tres ventanas por las que se colaba el intenso frío de la noche; una arcaica estufa de carbón que parecía apagada; unos quince armarios de madera que permanecían cerrados y algunas mesas y taburetes donde terminaban las literas.

Una joven de su misma edad preguntó al verlas pasar:

—¿Sois eslovacas?

—Sí —contestó Helena.

—Nosotras también. Venid aquí, en este colchón todavía caben dos más.

La chica y su compañera ocupaban la parte baja de una litera. Helena no lo pensó dos veces. Tiró con fuerza del brazo de Rivka y la introdujo en el interior de aquel oscuro nicho.

—Me llamo Klara y soy de Kezmarok —explicó la muchacha—. Mi amiga se llama Sara.

Señaló a una joven que dormía de forma inquieta junto a ella.

—Nosotras somos Helena y Rivka, de Humenné. Acabamos de llegar... ¿Qué le pasa a tu amiga? ¿Está enferma? —preguntó Helena.

—No lo sé, lleva así desde que nos hemos acostado. ¿Habéis llegado hoy?

—Sí, bueno, ayer, nosotras...

La muchacha no le dejó terminar. Asomó la cabeza al pasillo y volvió a esconderla con rapidez, ocultándose de la luz.

—Es igual, ya me contaréis. Aprovechad que esa bruja de la *kapo* Jelen no ha apagado la luz. Tenéis que ir a los armarios que hay al fondo del barracón, dejad vuestros vestidos en un colgador y coged dos de estos camisones. Pero tened cuidado.

—¿Cuidado de qué? —preguntó Rivka.

—Del camisón que cogéis. Aseguraos de que no tenga piojos ni liendres entre las costuras. Es la maldición de este lugar. ¡Venga, hacedlo ya! ¡Antes de que apaguen la luz!

—¿Qué lugar es este? Nos habían dicho que veníamos a una fábrica, pero...

Ante la pregunta de Helena, Klara sonrió.

—Yo también creía que venía a una fábrica, pero esto no es ninguna fábrica. Bueno, a lo mejor en el otro campo, a unos kilómetros de aquí hay alguna fábrica, pero lo desconozco. Ese lugar se llama Birkenau, pero nosotras, las mujeres, no vamos a Birkenau. Solo los hombres van allí. A nosotras no nos dejan mezclarnos con los hombres así que... Pero por Olga me he enterado de

que los «marcados» sí que van allí...

—¿Quiénes son los marcados? —preguntó Rivka.

—Ya hablaremos de eso más tarde. ¡Venga, id a poneros esos camiones!

—Oye, has dicho que esto es un campo. ¿Qué clase de campo? —preguntó ahora Helena.

Klara volvió a sonreír. Cada vez que lo hacía, se le formaba un simpático hoyuelo en la barbilla.

—Pues eso, un campo. Un campo de concentración.

2

LA RAMPA. LA CANTINA DEL LAGER

No le gustaba en absoluto. Pasar el día en la soledad de su despacho del Departamento Económico contando dólares, zlotys polacos, coronas checas, dracmas griegos, francos franceses o guilders holandeses era una cosa; meterlos después en esas cajas de madera que le proporcionaban y enviarlos cuando se lo ordenaban a Berlín no le parecía una mala ocupación. Vivir alejado de los horrores del campo resultaba satisfactorio. Pero tener que asistir en la rampa a ese infame proceso de selección, vigilando las pertenencias de esos desgraciados que jamás volverían a verlas le revolvió el estómago. Desde que el *Obersturmführer* Kretzer le ordenó esa nueva tarea comía menos, dormía mal y bebía el doble. Siempre vodka y ron. Día tras día. Había una máxima en el *Lager* que decía: «En el frente te pueden matar las balas, aquí te mata el hígado».

Los ojos del contable se deslizaron con lentitud por la escena que transcurría ante él. Esa madrugada habían llegado dos nuevos trenes a Birkenau: uno procedía de Varsovia, el otro, cargado de mujeres, había partido de Praga y realizado una escala en Poprad, Eslovaquia. De ese segundo tren ya se había hecho una primera selección en el *Stammlager* principal: las mujeres jóvenes y fuertes, listas para trabajar, habían descendido unos kilómetros antes para ser recluidas en los diez barracones que se habían dispuesto para acogerlas. Lo que ahora llegaba, eran los desechos. A Birkenau, solo llegaban los desechos: ancianas y ancianos, mujeres con niños y niñas, jóvenes embarazadas. De Varsovia, familias a las que no se encontraba ningún tipo de utilidad. Bueno, alguna les encontrarían, claro. De lo contrario, no sabía qué iban a hacer con esos cientos de personas que se agolpaban en la rampa.

Hacía mucho frío. Ya había tenido que limpiarse con un pequeño pañuelito tres veces las gafas redondas, que siempre lo acompañaban, porque se le habían

empañado. Mientras daba vueltas a los montones de maletas, bolsos, mochilas y atillos que los recién llegados habían ido depositando junto al segundo tren, observaba el trabajo de los SS. Abrían los cerrojos de los vagones para que esas mujeres descendieran de ellos. Gritaban y les apuntaban con sus fusiles, algo que el contable nunca había terminado de entender. Exactamente no sabía que resistencia podían encontrar en esas mujeres que viajaban hasta ese lugar, obligadas y hacinadas como si se tratase de ganado. Lo que se escondía detrás de las puertas de madera de un tren utilizado anteriormente para transportar mercancías, no eran soldados del Ejército Rojo. Ni de ningún otro ejército contendiente en esa guerra.

Sin embargo, el contable sabía que esa gente que descendía de los trenes pertenecía a otra guerra, otra guerra no menos importante que la que se desarrollaba en los frentes de batalla: la guerra biológica. La guerra interior. Así se lo habían enseñado desde que ingresó en las SS. En realidad, esa gente de aspecto asustado podía llegar a ser tan peligrosa como los soldados del Ejército Rojo, aunque no lo aparentaran. Quizá eso justificara las medidas de seguridad que tomaban sus compañeros. Al menos, él quería creerlo así. Debía creerlo así. Pensaba mucho en esas cosas cada vez que abandonaba la protección que le proporcionaba el Departamento Económico.

Otros SS se afanaban en colocar las escalerillas en los camiones Mercedes que trasladarían a los prisioneros a los barracones del campo. El contable esperaba impaciente la llegada de otros camiones: los Opel *Blitz* que traerían hasta la rampa a los hombres del comando de Effinger. Él tendría que comprobar que todos los objetos amontonados junto al tren llegaran a su destino en el sector Kanada. Últimamente, se habían dado casos de rapiña y eso, no podía ser tolerado. Afortunadamente, muchos de los ladrones ya habían dado con sus huesos en el bloque número once, pero ni aun así habían podido cortar totalmente el hurto de objetos. Por eso Kratzer le había ordenado supervisar directamente el trabajo en la rampa de los hombres de Effinger. Una vez en el Kanada, Wunsch o Bott, o Breitweiser o Hocker ya se encargarían de que las chicas de Effinger almacenaran los equipajes y procedieran a su registro y selección. La ropa con la ropa, la comida con la comida, las joyas con las joyas, el oro con el oro, los relojes con los relojes. Y el dinero con el dinero. Al final, el dinero y solo el dinero, terminaría en su departamento, y él se encargaría de contabilizarlo y enviarlo a Berlín. Con la seguridad y la tranquilidad que produce el saber que esos desgraciados nunca lo reclamarían y que en Birkenau tampoco les haría falta.

Del interior de uno de los vagones del tren polaco llegó el sonido de un disparo. Eso solía suceder con asiduidad: alguna de las personas que viajaba en el tren se encontraría enferma y los SS la habrían rematado en el vagón.

En el centro de la rampa los miembros del Departamento Político y los del Departamento Médico estaban procediendo a la selección. Unos, a la fila de la izquierda; otros, a la de la derecha. Después, unos a los camiones situados a la derecha y otros, a los camiones situados a la izquierda. El contable no sabía adónde se dirigían después los camiones y tampoco le preocupaba excesivamente. Se frotó con desespero sus manos enguantadas. Lo que le preocupaba realmente era que el frío cada vez se hacía más intenso y los camiones con los hombres de Effinger no llegaban.

Sus ojos se pasearon por las montañas de basura que se acumulaban en torno a la rampa. Era otra de las cosas que no comprendía, cómo era posible que se llegara a concentrar tanta cantidad de basura después de la llegada de cada tren. Ver esas montañas de basura era otra de las cosas por las que le asqueaba asistir a esas selecciones. El olor que emanaba de ellas le revolvió el estómago.

En la rampa, el griterío podía llegar a ser ensordecedor. No solo gritaban los SS, también gritaba toda esa gente cuando eran separados. Gritaban los hombres cuando los separaban de sus mujeres, y las mujeres cuando las separaban de sus hijos. El contable se había quedado absorto contemplando esa escena, cuando distinguió a los primeros Opel *Blitz* que llegaban a la rampa, apartando la neblina a su paso. Por fin, ya estaban aquí. Tendría que hablar con Hahn para que eso no volviera a suceder en ninguna otra ocasión.

De repente, algo captó su atención. En la rampa, una de las mujeres del tren eslovaco estaba enfrentándose a un SS. Le reclamaba algo, mientras el joven la obligaba, empujándola con su fusil, a que se colocara en la fila de la derecha. El contable se dio rápidamente cuenta de lo que la joven quería decirle al SS: en la fila de la izquierda, rodeado de basura, había un niño abandonado, sentado en el suelo, levantando los brazos y llorando de manera desesperada. Era muy pequeño, llevaba un abrigo gris abrochado hasta el último botón, una bufanda verde y una gorrita a juego con el abrigo. Otras dos jóvenes, estas embarazadas, se unieron a la primera, reclamándole al SS que mirara hacia el niño que lloraba sin consuelo sentado en el suelo. Pero el SS no las escuchó, siguió empujándolas con su fusil. Debía de estar demasiado borracho para entender lo que le estaban diciendo. Allí, la mayoría de ellos siempre estaban borrachos. Era extraño ver a un hombre sobrio ni en acto de servicio. Una de las jóvenes embarazadas cayó al suelo. Arrastró en su caída a más jóvenes de la fila.

El contable sintió ganas de gritar hacia el SS, decirle que esa mujer estaba buscando a su hijo abandonado. Pero no podía hacerlo. No debía hacerlo. Tenía que esperar a los hombres del comando de Effinger para que se llevaran los equipajes amontonados. Ese era su trabajo. No otro.

Un *rapportführer* llegó a la fila. Llevaba en su mano la cadena de un pastor alemán que se abalanzó sobre las muchachas que forcejeaban con el SS. Más jóvenes cayeron al suelo, tropezaban las unas con las otras. El SS por fin le dio un culatazo en el rostro a la joven que no dejaba de gritar. La muchacha cayó desplomada al suelo. Agarrándola por el pelo, la arrastró hacia uno de los camiones. Un pañuelo azul de seda quedó perdido en el camino.

Un tercer SS se acercó al *rapportführer* y le dijo algo. El hombre miró hacia la fila de la izquierda, hacia el niño que lloraba sentado en el suelo. Le entregó la cadena del perro al SS y caminó dando bandazos en dirección al niño. Los ojos del contable se movían de un lado a otro de la escena. Dos SS introdujeron el cuerpo desvanecido de la joven en uno de los camiones preparados para partir.

El *rapportführer* llegó junto al niño. El pequeño levantó aún más los brazos, como pidiéndole al hombre que lo levantara del suelo y lo llevara junto a su madre. El *rapportführer* no sabía qué hacer. Se limitó a mirar al niño y gritarle:

—¡Cállate!

Los lloros del pequeño arreciaron. El *rapportführer* zarandeó al niño. La gorrita cayó de su cabeza.

—¡Cállate! ¡Deja de llorar! ¡Cállate!

El *rapportführer* cogió al niño por las piernas. Miró en todas las direcciones. La bufanda del niño se descolgó, cayendo también al suelo. Boca abajo, el niño movía con más rapidez los brazos. Y su llanto crecía en intensidad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del contable.

El *rapportführer* se había dado cuenta que detrás de él había un camión Mercedes. Con fuerza, golpeó la cabeza del niño contra el hierro del camión. El cuerpo del niño se quedó inerte, sus brazos colgando. Y el llanto había cesado por fin.

El *rapportführer* caminó con el niño en brazos hacia el camión donde habían introducido a su madre. Lanzó el cuerpo del niño al interior como si se tratase de uno de esos atillos amontonados frente al tren.

Los hombres de Effinger habían llegado junto al contable. Empezaron a cargar sobre sus hombros las maletas más grandes que había en ese montón. Pero el contable no estaba haciendo su trabajo. Ni siquiera se había dado cuenta

de que esos hombres habían llegado.

Su rostro estaba desencajado. Sus ojos se habían detenido en la mancha roja que la cabeza del niño había dejado en el hierro del camión. Su cuerpo temblaba. Esa madrugada hacía mucho frío.

* * *

Alguien dijo que la cantina de las SS era un lugar donde «los hombres bebían por beber y fumaban por fumar; comían por comer y vivían porque morir no era algo divertido». Wunsch y el contable estaban sentados en una mesa junto a una ventana que ofrecía una imagen neblinosa del *Lager*. Las finas cortinillas de hilo blanco con ribetes verdes y rojos a cuadritos que rodeaban la ventana desentonaban con el lugar. Wunsch daba vueltas a su vaso de *Schnapps* con una de sus manos y, con la otra, se llevaba a la boca regularmente un cigarrillo Trommler. El contable tamborileaba con sus dedos sobre la mesa, tenía la mirada clavada en su vaso de vodka. Hacía rato que estaba en la misma posición. A su alrededor, el humo, el olor a alcohol fuerte, las risas y la algarabía cotidiana. Grupos de SS jugando a las cartas. Hombres que entraban y hombres que salían. Así sucedía durante el día y durante la noche, la cantina nunca cerraba. La voz de Lale Andersen inundaba la estancia, repitiendo una y otra vez que todo había llegado a su final.

*Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei,
Auf jeden Dezember, folgt wieder ein Mai...*

—¿Qué te pasa, contable? —preguntó Wunsch tras dar una larga calada a su cigarrillo.

—Nada, solo estoy pensando.

La voz del contable sonó lejana y distante.

—Pensar. Este no es un buen sitio para pensar, contable.

*Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei,
Doch zwei die sich lieben, die bleiben sich treu...*

Krauss llegó como una exhalación. Se sentó en la mesa y dejó unos papeles arrugados sobre ella.

—Chicos, no os vais a creer lo que traigo...

Wunsch miró de reojo los papeles que Krauss había dejado sobre la mesa.

Viniendo de él, podía tratarse de cualquier cosa. Aparte, su rostro colorado demostraba que a esa hora podía llevar ya alguna que otra botella de *Schnapps* en el cuerpo. El contable echó una ojeada a los papeles con desdén. Desvió su mirada hacia la ventana.

—He estado tomando unas copas con algunos de los muchachos del bloque once: Dreser, Dylewski, Hoffmann... habían sacado esto de uno de esos libros que hay...

—¿Habéis arrancado esas hojas de uno de los libros de...? —preguntó el contable alarmado.

—¿Y qué más da? ¡Aquí nadie lee! ¿A quién le puede importar? — interrumpió Krauss dando una palmada sobre la mesa.

Wunsch apagó el cigarrillo en un atestado cenicero de latón. Cogió los arrugados papeles de Krauss y los miró con un gesto de resignación.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó.

Era una estructura negra de metal de unos dos metros de altura. Tenía dos puertas abiertas, con una sucesión de clavos oxidados a lo largo de las mismas. Tenía aspecto humano, de mujer. El rostro representaba a una doncella.

—La llamaban La Doncella de Hierro de Núremberg. Dylewski está obsesionado en construir una aquí. Dice que se aburren repitiendo todo el día esa misma retahíla de torturas. Tienen que inventar algo. Dreser nos ha dicho que cuando metían a un convicto en esa máquina de tortura, las puertas se cerraban y los clavos punzantes penetraban en zonas no vitales de su cuerpo. Tardaban mucho en morir y con un gran sufrimiento. Esos judíos que llevan al bloque once se les mueren al tercer golpe, llegan ya demasiado débiles para que los chicos puedan divertirse un rato. Los judíos vomitan, se cagan y se mean por todos los lados... —Krauss golpeó otra vez la mesa con la palma abierta de su mano—. En este aparato por lo menos no se irían cagando por todas partes. Lo harían dentro, así morirían rodeados de su propia mierda. Y luego están los gritos. Esta estructura de tortura disponía de puertas de gran grosor, por lo que los gritos no podían escucharse en el exterior. Dreser dice que ya no soporta los gritos. Se le meten en la cabeza, ya sabéis... cuando camina por cualquier parte del *Lager*, sigue escuchando esos gritos dentro de su cabeza, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Sobre todo los gritos de las mujeres. Le sucede hasta cuando se encuentra en Solahütte...

Wunsch dejó los papeles sobre la mesa. Volvió a mirar por la ventana antes de decir:

—Esto es una tontería, Krauss. Estás borracho.

Krauss cogió el vaso de Wunsch e ingirió el *Schnapps* de un solo trago. Golpeó con el vaso en la mesa. Eructó. Señalando con un dedo acusador a Wunsch y al contable, dijo:

—Una tontería para vosotros. Se vive muy bien entre putitas judías como haces tú en Kanada, Wunsch. O contando dinero como tú, en el Departamento Económico. Pero cuando te enfrentas...

—Todos cumplimos con nuestro deber, Krauss. Todos. Para ninguno es sencillo. Pero te puedo asegurar, que es mejor que estar en el frente combatiendo contra el Ejército Rojo...

—¡Oh, ya habló el gran héroe de guerra! —exclamó Krauss.

Krauss recogió sus papeles. Se levantó, haciendo que se volcara la silla y dijo:

—Me largo. Voy a buscar a Dorf. Seguro que a él le hace más gracia que a vosotros. Os estáis convirtiendo en unos amargados, camaradas.

Krauss se marchó dando grandes zancadas hacia la barra. Allí, Dorf brindaba rodeado de unos muchachos recién llegados. Todo el mundo le admiraba. Dorf dirigía dos grupos de *sonderkommandos*. Abrazó a Krauss en cuanto lo vio llegar. Pidió para él otro vaso de *Schnapps*. Wunsch miró al contable y le sonrió. El gesto del contable permanecía inalterable.

—Esta madrugada he visto algo, Wunsch. En la rampa. No consigo apartarlo de mi cabeza...

—Todos vemos cosas, contable. Todos. Lo mejor es no mirar. Ver, pero no mirar.

—Y no pensar, ¿verdad, Wunsch? Tu filosofía es demasiado sencilla...

—No es filosofía, contable. Es supervivencia. Son cosas distintas. Mira a Dorf. Ahí lo tienes, riendo, bebiendo y volviendo a reír. Él ve las cosas que todos sabemos que pasan, pero que muchos no hemos visto. Y, sin embargo, ahí lo tienes, como si nada sucediera. Sobrevive, contable. Esa es la clave. Como dice esta estúpida canción que no deja de sonar, todo tiene que terminar algún día, ¿no? Después vendrá lo peor, contable. Hazme caso.

El contable se levantó y caminó hacia la barra. Se hizo un hueco entre otros dos hombres. Pidió otro vodka y otro *Schnapps*. Regresó a la mesa. Wunsch se encendía otro cigarrillo. El contable arrastró el *Schnapps* hacia él, se sentó y dio un trago al vodka.

—¿Tú has visto esas cosas que pasan, Wunsch? ¿Las has visto alguna vez?

Wunsch hizo una mueca extraña con su rostro. Se recostó en la silla. Cogió el *Schnapps* en la mano y, antes de beber un trago, dijo:

—Qué más da, contable. Hemos firmado una declaración jurada. No podemos hablar de nada. No hemos visto nada, no hemos escuchado nada. No sabemos nada. Para nosotros y para los nuestros, este lugar ni siquiera existe. Hemos hecho un juramento de lealtad. Queríamos pertenecer a la élite de nuestro Reich, y aquí estamos. Supongo que estamos haciendo lo que tenemos que hacer, nada más. Estamos en guerra, ¿no?

El contable no contestó. Volvió a perder la mirada en su vaso de vodka.

—¿El de esta madrugada era un tren de mujeres? Yo estuve en una selección, en el *Stammlager*. Mujeres jóvenes, algunas muy guapas. Las han alojado en esos bloques que han separado por un muro. Aumeier se ha hecho cargo de ellas —dijo Wunsch.

—Eran dos trenes, uno de mujeres y otro que procedía de Varsovia. Pero lo que pude ver en la rampa... era un niño, Wunsch. Un niño pequeño. Eso no tendría que haber sucedido...

—Todos los días llegan niños, contable. Todos los días, en todos esos trenes. Es una parte importante de nuestra misión...

—Si, lo sé. La sangre, todo se reduce a la sangre. La sangre que corre por sus venas es el motivo de la infección, somos nosotros o ellos, o los exterminamos o esos mismos niños crecerán y terminarán acabando con nosotros. Todo eso ya lo sé, solo que...

—¿Qué, contable?

El contable dio otro trago a su vodka. Se quitó sus gafas redondas, sacó un pequeño pañuelito del bolsillo de su pantalón y limpió las lentes con delicadeza. Se volvió a poner las gafas. Wunsch esperaba su respuesta con expectación.

—Que si tenemos que hacerlo, lo podíamos hacer con cierto orden. Creo que alguien tendría que decir estas cosas, ya sabes, a los superiores. Los trenes no paran de llegar, el *Lager* está atestado, no somos muchos, los chicos están cansados, beben demasiado... alguien tendría que exponer esto en la oficina correspondiente, no sé, he pensado en hablar con Kratzer...

—No es una buena idea, contable —afirmó taxativo Wunsch.

—Cosas como las de esta madrugada no sucederían si hubiera cierta organización... sí, lo tengo decidido. Mañana mismo acudiré a la oficina de Kratzer y le expondré este asunto...

—¿Y qué crees que te dirá? ¡Que hace todo lo que puede! Pero que las cosas

son las que son. También nosotros en Kanada tenemos problemas, Bott, Breitweiser, Hahn, Meier, yo mismo, todos hemos pasado por su despacho. Necesitamos más muchachas cualificadas para la clasificación. A Effinger cada dos por tres le dejan sin los prisioneros necesarios para traernos las pertenencias amontonadas junto a los trenes. ¿Y qué? Nada. Apela a tu juramento, y te repite mil veces que hace todo lo que puede.

—Entonces solicitaré el traslado, Wunsch. Lo tengo decidido. No quiero seguir en este lugar, no en estas condiciones. Contar el dinero de esos desgraciados es una cosa, pero tener que asistir a todo lo demás... Yo no entré en las SS para esto, Wunsch. Tú por lo menos has estado en el frente.

—Haz lo que quieras, contable. Pero no lo aceptará. No dará curso a Berlín de tu petición de traslado. Eres bueno en lo tuyo, muy bueno, y muy eficiente. Y no das problemas. Kratzer no estará dispuesto a desprenderse de alguien como tú. No sabe lo que le pueden traer después. Él también sobrevive. A su manera, pero sobrevive.

Casi a la vez, los dos hombres apuraron sus bebidas hasta la última gota. Wunsch se incorporó. Mientras se ponía el abrigo largo de cuero, le dijo al contable:

—Ah, y una última cosa, contable. Esa gente que llega al *Lager* no son unos pobres desgraciados. Son judíos. No lo olvides si vas a hablar a la oficina de Kratzer.

3

EL COMANDO DE TRABAJO. LA MATRIZ DEL MAL

Helena no había podido dormir en toda la noche. Permanecía con la mirada clavada en la luz grisácea y mortecina que penetraba por la única rendija de la ventana que era visible desde el camastro de paja que compartía con las otras tres chicas. El brazo no había dejado de dolerle ni un solo segundo, como tampoco el tobillo, que sentía cada vez más inflamado. Además, se había unido un dolor intenso en la planta de sus pies, había notado que estaban empezando a formarse ampollas. Eran los primeros estragos de los zuecos holandeses de madera. Comprendió que le iba a resultar muy difícil echar el pie a tierra cuando tuviera que salir de ese nicho hediondo en el que se habían metido.

Había visto entrar a Lenka, acompañada por la *kapo* Jelen, que se había instalado en una litera frente a la suya en compañía de unas jóvenes que hablaban un idioma que identificó como griego. Sara no había dejado de sudar y hablar entre sueños durante toda la noche; Rivka, muy inquieta, no paraba de rascarse el pecho y la espalda. Solo Klara había podido conciliar el sueño.

—Helena...

La que habló fue Rivka. Su tono era muy bajo, casi un susurro.

—¿Qué quieres, Rivka?

—No puedo dormir. Me pica la espalda y debajo de los pechos. Y me escuece. Cuando me rasco, la piel arde.

—Duerme, Rivka. Vas a despertar a...

Klara se incorporó de repente. Sus ojos parecían brillar en la oscuridad del barracón.

—¿Qué sucede?

—Es Rivka, dice que le pica la espalda y...

—¡Piojos! —exclamó Klara.

Incorporándose, trepó por encima de Helena y de Sara. Introdujo la mano debajo del colchón de paja. Extrajo tres bultos de color grisáceo. Tres mantas.

—El camión, el maldito camión... —dijo—. Os advertí que comprobarais que no había piojos en los camiones.

—El mío estaba limpio —replicó Helena.

—Yo no vi ningún piojo...

—¡Pues había piojos, querida! —exclamó Klara interrumpiendo a Rivka.

Klara le dio una manta a cada una. Ella se quedó con la tercera.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Helena.

—Tenemos que desnudarnos. Hay que revisar toda la ropa, especialmente el camión y la ropa interior de Rivka. Tenéis que envolveros totalmente con la manta. Ya os explicaré como, pero solo las manos pueden sobresalir de la manta —explicó Klara.

—¿Y esto es necesario? —preguntó Helena.

Klara no contestó. Volvió a trepar por encima de Sara y, de nuevo, introdujo las manos debajo del colchón. Rebuscó. Sacó dos objetos: una pequeña vela y una caja de cerillas.

—No preguntéis de donde he sacado las cerillas.

Encendió la vela. Trepar por encima de Rivka, iluminó una parte de la pared enfrente de ellas. Alguien se revolvió en la litera de arriba. Klara se llevó el dedo índice a los labios para pedirles silencio.

—No sé alemán, pero Olga me explicó lo que dice esa frase pintada en la pared. Olga es una judía alemana, me ha enseñado a entender mi número para el recuento, ahí dice...

Helena leyó lo que habían escrito en esa pared, en letras góticas negras:

Ein Laus dein Tod

—«Un piojo es tu muerte» —leyó Helena.

—¿Sabes alemán? —preguntó Klara abriendo los ojos como platos.

—Un poco, solo un poco.

—Pues ya lo has visto, Helena. Regularmente el *blockführer* hace controles de piojos en el barracón. Puede suceder en cualquier momento. Si descubren que aquí tenemos piojos... desapareceremos. En este lugar hay muchas maneras de desaparecer, ya lo comprenderéis. Además, esos bichos pueden propagar el tifus.

—¿Quién es el *blockführer*?

Klara no prestó atención a la pregunta de Rivka. Arrodillada sobre el colchón y estirando sus brazos todo lo posible, rebuscó entre los bordes de la madera que sostenía la litera de arriba. Extrajo una cuchara. Volvió a sentarse en el colchón. Vertió un poco de cera de la vela en la cuchara. Sobre la cera ardiente, colocó la base de la vela. La dejó en medio del pequeño círculo que habían hecho encima del colchón.

—Venga, tenemos que desnudarnos...

—¿Y ella? —preguntó Rivka señalando a Sara y sin dejar de rascarse.

Klara se giró hacia Sara. La chica seguía revolviéndose entre sueños. Puso su mano sobre la frente de Sara.

—Tiene mucha fiebre. Está enferma...

—¿Y no se puede avisar a un médico? —preguntó Helena.

—Ni se os ocurra... Mirad, en este lugar hay dos bloques que debéis evitar a toda costa si queréis seguir con vida: uno es el número diez y otro, el once. No conozco a nadie que haya sido enviada a cualquiera de esos dos bloques y haya regresado. El bloque número diez es el bloque médico.

—¿Y el número once? —otra vez la pregunta procedió de Rivka.

—La Gestapo.

Se hizo el silencio. Escuchar esa palabra provocó en Helena un estremecimiento, que no pudo evitar que se hiciera visible. La pequeña llama de la vela tintineaba empujada por el viento gélido que penetraba a través de las rendijas de la madera del barracón, iluminando y oscureciendo por momentos el rostro de las tres mujeres.

—Lo mejor es que la dejemos descansar. Espero que mañana le haya bajado la fiebre cuando se realice el recuento. De lo contrario...

La mirada de las tres chicas se dirigió a Sara.

—Venga, no tenemos tiempo que perder.

Se desnudaron. Primero se quitaron el camisón, después la ropa interior. Helena observó que las bragas de Klara estaban todavía más sucias que las que les habían entregado a ellas. Klara alumbró con la vela los pechos de Rivka. Dos grandes manchas rojas habían aparecido bajo ellos. La joven se dio la vuelta. Las manchas de la espalda eran todavía más rojizas y más extensas.

—Los piojos están en el camisón. No te rasques, si lo haces aparecerán costras. Eso será insoportable.

Klara les enseñó como cubrirse con la manta. Durante ese proceso tenían que

aislar su cuerpo de los piojos que habitaban en las prendas.

Enseguida descubrieron a esos pequeños bichos bulbosos que corrían por el camisón de Rivka. Al poco tiempo el camisón comenzó a llenarse de pequeñas, diminutas manchitas rojas muy difíciles de distinguirse a la tenue luz de la vela. Las uñas de Helena también se llenaron de unos pequeños cascarones de color rojizo. Era la sangre de Rivka, que había sido absorbida por esos pequeños insectos. En las costuras de las mangas y en las que rodeaban el cuello, Klara les enseñó a eliminar las liendres, los huevos que habían puesto los piojos. Resultaba muy complicado localizarlos por su pequeño tamaño, pero Klara les dijo que era necesario perder todo el tiempo que hiciera falta porque, de lo contrario, a la noche el camisón volvería a estar lleno de piojos. Aunque matizó algo.

—Tendremos que hacer esto muchas veces. Estos bichos están por todos los lados, salen de todos los sitios. Y luego están las chinches y las pulgas. Y ahora no tenemos pelo, pero en cuanto nos crezca en algunas partes, aparecerán las ladillas. Ya os lo dije antes, estos bichos son la maldición de este lugar.

Revisaron los camisones de Helena y Klara, sin encontrar nada. Y la ropa interior. Entre las costuras del sujetador de Rivka encontraron nuevos grupos de liendres. Klara se encargó de eliminarlos. Cuando revisaban las bragas de Klara, esta se dio cuenta del rictus de aprensión que se había instalado en el rostro de Helena, al ver las manchas marrones en la entrepierna de la prenda íntima de la joven.

—Sé lo que estás pensando —dijo mirando a Helena fijamente—. Pero pronto descubrirás que aquí no es fácil...

—¿Qué manera hay aquí de lavar estas prendas? —preguntó Helena, cambiando el gesto de su rostro.

—Es muy complicado. Tienes que hacerlo antes de que las *kapos* entren a despertarnos con sus silbatos. Ahí fuera, en el barracón de las letrinas, hay un grifo pelado en la pared. Suelen dar el agua muy pronto. Pero son muy estrictos con eso de que abandonemos el bloque. Si te pillan, puedes dar todo por perdido. Quizá los primeros días te arriesgues, yo lo hice, pero después te dejarás llevar. También puedes intentar hacerlo en el poco tiempo que nos dan para asearnos. Pero si te duchas, no puedes lavar la ropa y si lavas la ropa, no te da tiempo para ducharte. Te aconsejo que te duches.

Solo cuando terminaron de examinar toda la ropa interior, volvieron a vestirse. Entonces examinaron las mantas, sobre todo la que había cubierto a

Rivka.

—En cuanto terminemos, tenemos que intentar dormir un poco. Las *kapos* no tardarán en venir a despertarnos...

—¿Tan pronto? —preguntó Rivka.

—Sobre las cuatro y media. No debe de faltar mucho. Aquí, el horario de trabajo es entre las seis de la mañana y las cinco de la tarde, solo paramos media hora para el almuerzo.

—¿El horario de trabajo? Pero ¿no nos habías dicho que esto no era una fábrica?

La pregunta procedió de Rivka. Helena y Klara se miraron. Después, dirigieron sus miradas a la chica que preguntaba.

También examinaron minuciosamente la parte del colchón que ocupaban, no quisieron molestar a Sara. Klara tardó muy poco en recoger las mantas y volver a esconderlas debajo del colchón de paja, al igual que la vela y las cerillas. Y la cuchara, que regresó a una de las juntas de la madera en el techo de la litera. Pero Rivka no dejaba de rascarse, aunque le habían advertido de que no lo hiciera.

Pasó muy poco tiempo entre que intentaron volver a dormir (solo Klara lo consiguió), y que las luces del barracón se encendieran.

Las *kapos* entraron en el bloque haciendo sonar los silbatos. Helena y Rivka se incorporaron de golpe. También Klara. Sara seguía con los ojos cerrados, sudando y sin parar de moverse.

—*Aufstehen! Aufstehen, schnell!*

Los gritos de la *kapos* atronaban por todo el barracón, acompañando el sonido de sus silbatos. Eran tres, con la tal Katarzyna Jelen al frente.

Las cabezas rasuradas, los rostros lívidos y cadavéricos, las caras asustadas de las chicas, empezaron a emerger de los oscuros agujeros en los que habían pasado la noche.

* * *

—*Aufgehen! Aufgehen!*

Noche cerrada. Lo más penoso no fue correr hacia el barracón de las letrinas con ese piojoso camisón, mientras el barro del suelo empapaba sus piernas y su cuerpo. Lo más penoso fue ver a muchas de las jóvenes más débiles caer de

bruces sobre el barro y la nieve ennegrecida, y ver como tenían que levantarse cuando las *kapos* las golpeaban con sus bastones picudos y con las porras. La *kapo* Jelen golpeó a Helena en la espalda con la porra cuando ascendía por la pequeña escalinata por la que se accedía al barracón de las letrinas, solo porque había resbalado. Otro dolor más que añadir a su maltrecho cuerpo.

Ocupar esas letrinas sin separación a la vista de todo el mundo, con las *kapos* dando vueltas, vigilándolo todo, resultó una experiencia denigrante para las chicas recién llegadas; y con el griterío ensordecedor que provocaban las muchachas que se agolpaban fuera, esperando que los retretes quedaran libres. Se sentó al lado de Rivka y Klara. Lenka estaba en el retrete frente a ella.

—Nada, no puedo hacer nada. No sale nada de mi cuerpo —dijo Rivka.

—Eso aquí es normal, querida. Muchas de las chicas que llevan más tiempo ni siquiera menstrúan. Aquí esas cosas desaparecen. Aquí todo termina desapareciendo.

—Baja la cabeza, mira al suelo. Intenta apartar de tu mente que estás aquí, rodeada de todas nosotras. Piensa que estás en la soledad del cuarto de baño de tu casa, como hacíamos cuando aún éramos seres humanos. Eso te ayudará —dijo una de las muchachas que ocupaba uno de los retretes de enfrente.

Una de las *kapo* golpeó con su bastón en la pared. Todas fuera. Tenían que levantarse, estuvieran como estuvieran, y dar paso al siguiente grupo. Klara tuvo que ayudar a Sara, que no podía ni levantarse del retrete.

—Dios quiera que esas brujas no se den cuenta de su estado. Porque si se dan cuenta... —dijo Klara, mientras caminaban apresuradas hacia la zona de las duchas.

Esa mañana no encendieron las duchas. Tuvieron que asearse en algo parecido a una fila larga de abrevaderos de latón, con unos grifos pelados unidos por tubos oxidados de los que emanaba un agua gélida. Con rapidez se quitaron los camisones y la ropa interior ante la atenta mirada de las *kapos*. Helena introdujo las bragas y el sujetador en el abrevadero, bajo uno de los grifos, y empezó a restregar.

—¿Qué haces? —le preguntó Klara—. Te he dicho que era mejor que aprovecharas el agua para lavar tu cuerpo...

—Me duché ayer. No puedo soportar llevar esta ropa sucia...

Klara meneó la cabeza, mientras se restregaba con fuerza las axilas primero y las nalgas después.

—¿Y dónde las secarás luego? Tendrás que ir todo el día con esas bragas

mojadas. Y todavía hace mucho frío.

Helena no la escuchó y siguió restregando la ropa interior. Era inútil, las manchas no desaparecían.

Rivka parecía sollozar mientras se tiraba con las manos el agua por encima de su cuerpo.

—Esto es humillante —dijo—. Nunca me podía imaginar que...

—Pues no te quejes —interrumpió Klara—. Lo de los hombres es mucho peor. Los dejan desnudos durante horas delante del barracón de las letrinas. Muchos no aguantan...

—¿Dónde están los hombres? —preguntó Helena.

—Al otro lado del muro. Hay cientos, miles. Y más en el otro campo, en Birkenau. Yo no los he visto, pero Olga...

—Siempre hablas de Olga. ¿Dónde está Olga? —preguntó Rivka.

—La han cambiado de barracón. Pero espero que podáis hablar con ella...

Sara había metido la cabeza debajo del grifo, en un intento para que bajara la fiebre. Incorporándose, miró fijamente a Klara con sus ojos febriles y dijo:

—Di la verdad, Klara. Fue gracias a esa bruja de la *kapo* Jelen, por hacerle...

—¡Cállate, Sara! No vuelvas a decir esas tonterías. —El tono empleado por Klara fue duro y cortante.

Intentando justificarse, miró a Helena para decir:

—Es por la fiebre, está enferma y no sabe lo...

Una de las *kapos* golpeó con furia su porra contra el abrevadero de latón entre Klara y Helena.

—*Stille!* —gritó, al tiempo que lanzaba una mirada desafiante.

Continuaron aseándose en silencio. Helena intentando limpiar la suciedad de su ropa interior. Le hacía falta algo más que agua. Cuando llegaron había visto una escuálida y sucia pastilla de jabón. Pero la pastilla pasaba de mano en mano de las chicas que estaban intentando lavar su cuerpo en esas penosas condiciones.

La *kapo* Jelen no tardó en golpear con una porra en la pared para indicar que el tiempo había terminado.

Se vistieron apresuradamente. Otro grupo de chicas ya corría hacia allí para poder asearse. Helena comprendió entonces lo que Klara le había intentado decir. Las bragas y el sujetador estaban empapados y sería muy difícil que se secaran con el frío que hacía. Otra vez regresaron al barracón. Ahora tocaba vestirse y adecentar la litera todo lo posible. Después venía el desayuno, antes

del recuento y de la selección.

El desayuno consistía en un café agrio que se servían de un puchero, y que tomaban en una inmunda taza de hojalata.

—Algunos días también nos dan una especie de agua caliente con sabor a pies —explicó Klara—. Lo llaman té.

Bebían el brebaje en grupo: Helena, Rivka, Klara y Sara. Se les había unido Lenka. Desde la noche anterior, la joven de Presov no había abierto la boca. Sara hacía arcadas disimuladas después de cada trago que daba. Tampoco hablaba, no podía. Su rostro febril delataba que su estado de salud era pésimo. Helena miraba absorta a la *kapo* Katarzyna Jelen, que charlaba animadamente con otras tres *kapos* y una de esas mujeres de uniforme gris. Había escuchado que la llamaban *aufseherin* Inge. Era una mujer horrible, con un rostro que recordaba un perro de presa y dos grotescos moños a cada lado de su cabeza. Contrastaba con la dulzura de las facciones de la *kapo* polaca. Eran tan distintas y sin embargo...

—¿Quiénes son esas mujeres? ¿Por qué nos tratan así? —preguntó, mirando a Klara.

—¿Las *kapo*?

—Sí, las *kapo*.

—Son prisioneras como nosotras. Todas las que yo conozco son alemanas y polacas. Las polacas todavía son peores que las alemanas, como esa bestia de Jelen. ¿Has visto los rombos negros y verdes que llevan en la guerrera? La mayoría de ellas son prostitutas o criminales comunes. Intentan hacer méritos ante los alemanes para vivir cómodamente y salvar el culo —explicó Klara.

—¿Son judías? —era la primera vez que Helena escuchaba hablar a Lenka desde la noche anterior.

—En el tiempo que llevo aquí nunca he visto a una *kapo* judía. Todas son alemanas y polacas.

—¿Y por qué nos odian los alemanes? ¿Por qué nos tratan así, como si fuéramos animales? ¿Qué les hemos hecho?

Nadie contestó a la pregunta de Rivka. Pero en esta ocasión, no fue por la insistencia de la joven en hacer preguntas.

Fue porque ninguna de ellas conocía las respuestas a esas preguntas.

—*Abzählen!*

La palabra que brotó de la boca de la *aufseherin* Inge rompió el silencio que rodeaba a las chicas. Todas corrieron a formar delante de las puertas de sus

barracones.

Un grupo de hombres se acercó a ellas. Vestían con uniforme de oficial. Les acompañaba un importante grupo de SS muy jóvenes. Iban armados con fusiles y metralletas. El grupo de hombres y la *aufseherin* Inge mantuvieron una breve conversación. Le impartieron órdenes. A su vez, la *aufseherin* reunió a las mujeres *kapo*. Ahora, eran ya más de media docena. Algunas de ellas llevaban unos documentos en su mano que parecían listas. Listas de números.

Helena se había puesto al frente de una de las filas. Klara estaba a su izquierda y Rivka a su derecha. Sara estaba detrás de Klara, y Lenka detrás de Rivka. La *kapo* Jelen era una de las mujeres que portaba esos documentos. Se colocó al frente de la fila de Helena.

Una fría neblina cubría el campo. Tras ella, vieron aparecer unas luces brillantes y el rugido del motor de varios camiones. Camiones Mercedes que estacionaron frente a las filas. De ellos descendieron más SS.

Katarzyna Jelen pidió a Rivka que extendiera su brazo. Leyó el número y miró la lista. Después llegó ante Klara. Leyó el número que llevaba cosido en el pecho del vestido rayado. Helena sintió un pinchazo cuando la *kapo* le exigió que mostrara su número. Después de confirmarlo con la lista, escrutó su rostro. Continuó su camino. Ahora le tocaba a la segunda fila.

Después de que confirmara el número de Lenka, Helena observó como Klara cerraba los ojos. Le tocaba el turno a Sara. Helena ya había visto como muchas chicas eran sacadas de las filas y llevadas a los camiones Mercedes. La mayoría de ellas mostraban una enorme debilidad o parecían enfermas. Cuando la *kapo* continuó su revista, Klara abrió los ojos y respiró aliviada. Sara se había salvado. Helena no sabía de qué, pero sí que se había salvado.

Aprovechó que las *kapos* estaban ocupadas en el recuento para, sin mirarla y susurrando, preguntarle a Klara:

—¿Dónde las llevan?

—No lo sé. Quizá al otro campo. Pero estoy segura de que no volveremos a verlas.

Pasó mucho tiempo hasta que terminó el recuento. El frío era muy intenso y la neblina no había desaparecido.

Entonces la *kapo* Jelen les ordenó que se pusieran en marcha. Lo que quedaba de las filas del bloque cuatro empezó a caminar.

* * *

Anduvieron durante algo más de una hora por caminos embarrados, en algunas zonas todavía cubiertos por la nieve. Sobre ellas caía una fina cortina de lluvia fría. A su alrededor, alambradas electrificadas y más alambradas electrificadas. Torres de vigilancia. Los lindes de un pequeño, pero oscuro bosque. Siempre bajo la vigilancia de las *kapos* y del grupo de jóvenes SS. Siempre acompañadas por los gritos amenazantes de las *kapos* y de la *aufseherin* Inge. En la distancia podían sentir la frenética actividad que se desarrollaba en ese segundo campo del que les habló Klara, ese lugar al que llamaba Birkenau. «El lugar del que nadie regresa». Dos columnas de humo negro emergían de algún punto de ese lugar, del interior de lo que parecía un bosque de mayores dimensiones. Escucharon llegar más trenes, y la algarabía de voces y gritos que se producía cuando se detenían. Las sesenta o setenta chicas del comando de trabajo caminaban en absoluto silencio con la cabeza baja, y la mirada perdida entre sus feos zuecos de madera y el fangoso suelo del camino. Los soldados charlaban entre ellos o lanzaban estridentes risotadas. En alguna ocasión, se dirigían a ellas para insultarlas, gritando:

—*Judebrut!*

Algunas de las recién llegadas sonreían, no sabían ni lo que significaba esa expresión. Los SS reaccionaban haciéndoles gestos obscenos.

Llegaron a lo que debió de ser un gran caserón, ahora completamente derruido. Piedras, cascotes, pilas y pilas de escombros. En la explanada junto al caserón en ruinas había tres camiones aparcados. Los conductores charlaban y fumaban en círculo en torno a la cabina de uno de los camiones. Habían puesto unas escalerillas junto a la zona de carga de los vehículos.

No hacía falta entender alemán para comprender lo que la *aufseherin* les explicó antes de que el comando se pusiera a trabajar. Tenían que transportar, una por una, todas las piedras y los escombros del caserón hasta los camiones.

Desde el primer momento hubo problemas. A las que estaban más en forma, como Helena o Klara, no les costó tanto cargar las piedras entre sus manos, caminar con ellas hasta el camión, subir por las escalerillas y arrojarlas dentro. Pero para las que tenían un físico más endeble, como Lenka, o se encontraban enfermas, como Sara, ese trabajo se convirtió en un infierno. Continuamente caían a tierra, y aunque eran ayudadas por las demás muchachas en un intento de que las *kapos* o los soldados no se dieran cuenta, era inevitable que estas las descubriesen y arremetiesen contra ellas golpeándolas con sus bastones picudos y con sus porras.

—*Los! Weiter machen! Los!*

Esos gritos se escuchaban en todo momento. Martilleaban sus cabezas. Helena pensó que eran peores esos gritos que el sufrimiento por el trabajo que estaban realizando.

—¡No puedo, Helena! ¡No puedo!

Rivka repetía esas mismas palabras en cada viaje que hacía.

—Cállate y sigue trabajando.

La contestación de Helena era siempre la misma. Klara la miraba con resignación. Sara parecía una moribunda arrastrando su cuerpo cada vez que cargaba con una de las piedras. Lenka cayó de bruces en varias ocasiones. Su cuerpo poco desarrollado se convirtió en un objeto de risa y burla por parte de las *ka-pos* y los SS.

Helena y Klara trabajaban al mismo ritmo. En ningún momento habían sido reprendidas. Aprovechaban cualquier ocasión para hablar.

—¿De verdad han cambiado a tu amiga Olga de barracón, Klara?

Habían cargado dos pesadas piedras del muro que rodeaba el caserón. Caminaban trabajosamente con ellas hacia el camión.

—Sí, bueno, la han cambiado a otra parte del campo. Ahora trabaja en la cocina del pabellón del personal femenino de las SS. Dicen que buscaban a una joven que hablara alemán —contestó Klara.

—¿Aunque sea judía? Pensaba que los alemanes despreciaban demasiado a los judíos como para que preparáramos su comida. Llevo aquí solo un día, pero he visto que hay chicas polacas y...

—La verdad es que la *kapo* Jelen recomendó a Olga. Eso es lo que quería decir Sara en el barracón de letrinas.

Habían llegado junto a las escalerillas del camión. Subieron por ellas y arrojaron las piedras en su interior.

—¿A cambio de qué, Klara? —preguntó Helena mientras regresaban hacia los escombros.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Mira, solo llevo un día aquí, pero quiero saber en que lugar me encuentro. Quiero saber cómo funciona esto.

—Está bien, a cambio de determinados «favores». No sé cuales son esos «favores». Se lo pregunté a Olga pero no me lo dijo. Escucha, en este lugar tienes que sobrevivir. De eso se trata. Olga me lo ha explicado muchas veces. Algunas de las chicas están deseosas de hacer favores a las *ka-pos*. No es que lo

apruebe, pero Olga es mi amiga, a pesar de ser una de ellas.

—¿Por eso ella puede cruzar el muro y ver a los hombres?

—Sí.

—¿Y ha estado en ese segundo campo?

—Creo que no.

—¿Quiénes son los «marcados», Klara?

Cargaron sobre sus brazos otras dos pesadas piedras. Una de las *kapos* las miró de manera desconfiada, posiblemente las había visto hablar. Helena vio cómo Rivka se trastabillaba al subir por las escalerillas del camión.

—Ahora eres tú la que hace demasiadas preguntas en vez de tu amiga Rivka.

—¿Quiénes son los «marcados»?

—Yo los llamo así. Son prisioneros. Llevan en la espalda una cruz pintada de color rojo. También les llaman «los portadores de un secreto». Ellos van a Birkenau. Son los únicos que regresan de allí. Me lo contó Olga. No sé nada más, solo lo que ella me dijo.

—Fue Olga la que te proporcionó las cerillas y la vela, ¿verdad?

—Sí. Y más cosas. Pero ahora no podemos hablar. Es peligroso.

Mientras subían por las escalerillas, Klara le hizo un gesto con la cabeza. La *kapo* que las había mirado con rostro desconfiado estaba hablando con la *kapo* Jelen. La bestia polaca de rasgos dulces caminó hacia ellas.

Katarzyna Jelen les cortó el paso poniéndoles el bastón picudo a la altura del cuello. Dijo unas palabras en alemán, que Helena pudo llegar a entender.

—Vosotras dos habláis demasiado. No os quiero juntas. Tú por aquí, y tú por allí.

Helena caminó hacia los escombros del muro que rodeaban el caserón. Klara hacia el interior del edificio derruido.

Helena cargó otra pesada piedra. Se clavaba en su pecho a cada paso que daba. Su ropa interior continuaba mojada. El dolor del tobillo había remitido, pero las plantas de los pies le ardían. No acababa de acostumbrarse a caminar con esos zuecos. No podía apartar de su cabeza la mirada que le había dedicado la *kapo* polaca cuando la había separado de Klara. No podía descifrar esa mirada. Pero sabía que algo oscuro y terrorífico habitaba en el interior de esa mujer. Cualquiera podría verlo.

Estaba a punto de subir por las escalerillas cuando se detuvo de pronto. Todas se detuvieron. Todas las cabezas se giraron hacia el griterío que llegaba del interior de los muros derruidos del caserón.

Una de las *kapos* salía arrastrando por un brazo el cuerpo de Sara. La joven gritaba y pataleaba, intentando zafarse. Klara soltó la piedra que llevaba e intentó correr hacia Sara. Pero la porra de otra *kapo* la detuvo. Le golpeó en el rostro y Klara cayó al suelo. La *kapo* la levantó de un tirón y la empujó hacia el lugar donde había arrojado la piedra. Le ordenó que volviera a cogerla.

La otra *kapo* arrastró el cuerpo de Sara hasta los pies de la *kapo* Jelen. La *aufseherin* Inge llegó junto a ellas. Parecía encolerizada. Se entabló entre ellas una fuerte discusión. El rostro de la *kapo* polaca estaba encendido, rojo como la sangre que manaba de uno de los orificios nasales de Sara. Apoyándose en los brazos, la joven intentaba incorporarse. Pero no podía. Las piernas no le respondían. Entre los gritos y pese a que hablaban muy rápido, Helena distinguió algo de lo que decía una de las *kapos*:

—¡Esta mujer está enferma!

La *aufseherin* reprochó algo a la *kapo* Jelen. Después, caminó con paso decidido hacia el grupo de SS que observaban la escena con rostro serio. Se dirigió a uno en concreto, el que parecía más joven.

—Llévate a esta mujer al bloque médico.

Eso le pareció entender a Helena. El joven soldado, un chico alto con cara de niño, se dirigió hacia Sara. Antes de llegar a ella, se colocó sobre el rostro uno de esos pañuelos grises que llevaban cogidos al cuello. La levantó de un solo tirón, agarrándola por el cuello del vestido rayado.

—¡Llegarás antes si atraviesas el bosque! —gritó la *aufseherin* dirigiéndose al SS.

—*Weiter machen! Weiter machen!* —empezaron a ladrar las *kapos*.

Helena subió las escalerillas cargando con la pesada piedra.

El comando volvió al trabajo. Como si nada hubiera sucedido.

* * *

Se habían adentrado en el bosque. El SS *Schütze* Reinhard agarraba del brazo a la joven judía que caminaba junto a él. Sentía aprensión de tener que tocar la carne flácida y blanda de esa puta judía, una mujer que tenía toda la pinta de estar muy enferma. Oía mal. Desprendía un olor agrio y desconocido. Quizá tuviera una de esas enfermedades que les habían dicho que se propagaban habitualmente por el *Lager*: tifus, malaria... quién podía saberlo. Pero, por encima de todo, estaba el cumplimiento del deber. Y su deber era llevar a esa

mujer hasta el bloque médico del *Stammlager*.

Sin embargo, había algo que le inquietaba. Por sorprendente que pudiera parecer, una extraña excitación se había apoderado de él cuando habían entrado en el bosque. Quizá fuera la situación de la joven, su torpe caminar, su mirada perdida, ida; la sangre que no cesaba de brotarle de una de sus fosas nasales, el sudor que cubría su pálido rostro. Su aspecto de enorme fragilidad. O quizá fuera el hecho de que, en la soledad de aquel bosque, él ostentaba todo el poder. Esa joven judía estaba completamente a su merced. Allí, en ese *Lager*, en ese bosque, él era el señor y ella la esclava. Podía hacer con ella todo lo que quisiera, todo. Y todo le estaba permitido. Naturalmente, luego tendría que justificarlo ante sus superiores. Pero en las escasas semanas que llevaba en el *Lager*, sus compañeros ya le habían explicado muchas formas de justificarse. Algunos de ellos habían cometido excesos, era natural, se encontraban sometidos a una enorme presión. Sobre todo los que servían en esas dos casas de campo polacas junto al bosque de abedules. Y en los comandos de trabajo, como era su caso. Los mandos solían ser comprensivos con ellos.

La joven tropezó y cayó al suelo.

—¡Venga, levántate!

Al intentar ponerla de pie, el MP-40 escapó de su hombro. Tuvo que cogerlo al vuelo. Siguieron caminando. La muchacha no podía más, estaba a punto de desfallecer. Abría y cerraba los ojos, jadeaba, sus pasos resultaban descontrolados, como si sus piernas no pudieran seguir las órdenes que enviaba su cerebro. Tal vez se estaba muriendo. Tal vez no saliera viva de aquel bosque. Tenía que hacer algo.

Se detuvieron. Cogió a la joven por los hombros y la miró detenidamente. Quizá, si no tuviera el pelo rasurado ni ese aspecto de moribunda, podría parecerle una muchacha bonita. Aunque ahora pareciese un despojo humano.

Los ojos de la chica no respondían, miraban a todas partes como si no pudieran centrarse en su rostro. Muy despacio, desabrochó el botón de la cartuchera donde guardaba su *Luger*. Extrajo la pistola y la puso delante del rostro de la chica.

La muchacha tuvo una arcada, como si fuera a vomitar. El SS *Schütze* Reinhard miró en derredor. Ya estaban casi al final del bosque, en la lejanía podía distinguir la alambrada. Era un buen lugar.

Deslizó el cañón de la *Luger* por el sudoroso rostro de la joven. La chica judía ni siquiera pareció darse cuenta, como si no sintiera el frío metal que

acariciaba su piel. Hizo otra especie de arcada y, aún sin caminar, continuó jadeando. Reinhard deslizó la pistola por el contorno de los labios cuarteados de la chica.

Se bajó el pañuelo que cubría su rostro y acercó la boca al oído de la muchacha.

—Venga, márchate. Vete, huye de aquí.

Por primera vez, los ojos de la chica judía se centraron en los suyos. Parecía desconcertada, como si hubiera entendido lo que le había dicho y no diera crédito a esas palabras.

—¡Venga, corre! Te he dicho que te vayas, deja atrás el bosque y escapa de aquí.

Lentamente, la joven judía se dio la vuelta. Extendió los brazos y, torpemente, empezó a caminar hacia la luz, hacia el final del bosque.

El SS *Schütze* Reinhard elevó la *Luger* muy lentamente, deleitándose con ese momento. La joven consiguió caminar más rápido, casi podía correr.

Disparó.

La bala impactó en su cabeza. La joven cayó de rodillas, con los brazos extendidos. Pero su cuerpo no terminó de caer.

Volvió a disparar. Esta vez la bala le alcanzó la nuca.

Ahora sí, el cuerpo de la muchacha judía se desplomó sobre el suelo.

Permaneció con la mano extendida que portaba la *Luger* durante unos instantes. En las semanas que llevaba en ese *Lager* había estado rodeado de la muerte en todo momento. Pero todavía no sabía lo que significaba acabar con esos parásitos que intentaban destruir su nación. Ahora sí, ahora sí que sabía lo que se sentía.

Había escuchado el ladrido de los perros que se dirigían hacia él. Debían pertenecer a la patrulla que recorría los límites de las alambradas exteriores. Vio a dos SS que ya penetraban en el bosque.

Caminó hacia donde se encontraba el cuerpo de la chica. Lo miró. Una de las balas casi le había reventado la cabeza.

Los guardias de las SS contuvieron a los perros cuando llegaron junto a él. Miraron el cuerpo de la joven judía. Uno de ellos preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—La llevaba al bloque médico del *Lager*. Me dijeron que estaba enferma. Ha intentado escapar. Posiblemente haya fingido la enfermedad porque corría muy deprisa. No he podido hacer otra cosa.

Los dos SS afirmaron con la cabeza. Uno de ellos, desvió la mirada hacia la *Luger* que Reinhard llevaba en la mano.

—¿Y por qué la *Luger*? ¿Por qué no has empleado el MP-40?

—Ah, esto. Me fío más de la *Luger*. Me gusta disparar.

Los tres SS sonrieron, mientras los perros seguían ladrando al cuerpo que yacía a sus pies.

* * *

Estaban cenando en una de las primitivas mesas de madera del barracón. Si a eso se le podía llamar cenar. Habían comido sentadas sobre las piedras del caserón derruido una ración de mantequilla y unas salchichas frías. Ahora, después de once horas de transportar escombros con las manos, otra de descanso, y otra hora y media más de estar formadas bajo la llovizna fría para el recuento de la noche, la cena consistía en otra sopa sucia, esta vez con unos nabos flotando sobre esa agua de olor pestilente, y unos 300 gramos de pan de larga duración que tenían que dividir en raciones de dos. A su alrededor, se vivía una actividad frenética. Había llegado un nuevo tren procedente de Francia, de un lugar llamado Drancy. Las nuevas compañeras, todas chicas jóvenes y sanas como ellas, estaban ocupando los sitios que habían quedado libres en las literas tras la selección de la mañana. Muchas de ellas lloraban desconsoladas, porque habían sido separadas de sus familias. Estas habían continuado el viaje tres kilómetros arriba, hacia ese segundo campo llamado Birkenau.

Klara no había vuelto a abrir la boca desde que regresaran del caserón derruido. Daba vueltas y más vueltas a la sopa sin ingerir bocado. Tenía un moratón de grandes proporciones en uno de sus pómulos, en el lugar en que la *kapo* le había golpeado con la porra. Helena la miraba continuamente, pero Klara permanecía con la mirada fija en la mesa y dándole vueltas a esa sopa nauseabunda. Había intentado entablar conversación con ella durante la hora de descanso, pero sus palabras habían sido escasas:

—¿Dónde crees que habrán llevado a Sara? ¿Volverá pronto al barracón? —le había preguntado Helena.

—No sé dónde la han llevado. Nunca volveremos a verla —respondió Klara sin ni siquiera mirarla.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

Klara no le había contestado. Lo intentó cambiando de tema.

—Hoy, cuando volvíamos al bloque, he escuchado hablar a los hombres. No los he visto, pero sí que los he escuchado...

—Era un rabino recitando unos versos del Kadish de los huérfanos, la plegaria por los muertos —había concluido Klara. Y después de decir esas palabras, se había dado la vuelta en el colchón y había cerrado los ojos.

Cuando las *kapos* entraron con las nuevas chicas francesas, Klara se había hecho cargo de una de ellas. Pese al rasurado de su cabeza, era una joven muy bonita, con unos preciosos ojos negros. Su nombre era Clarice. Klara le dijo que podía ocupar el sitio en el colchón que había dejado Sara, y le dio sus pocas pertenencias, porque las dos eran más o menos de la misma estatura. Ese comportamiento intrigó a Helena. Durante todo el tiempo transcurrido no había dejado de darle vueltas a ese asunto.

Helena estaba sentada en la mesa enfrente de Klara, rodeada por Rivka y Lenka. La joven francesa, Clarice, se había sentado junto a Klara. Al igual que le sucediera a Rivka el día anterior, había vomitado la sopa en cuanto se había tomado el primer sorbo.

—Tú sabes algo más, ¿verdad, Klara? Sabes algo más de lo que cuentas. Sabes lo que sucede en este lugar. ¿Te lo ha dicho tu amiga Olga? —preguntó Helena con tono inquisitivo.

Klara dejó la cuchara en el plato y clavó su mirada en los ojos de Helena. Rivka y Lenka se mostraron alarmadas. Clarice las miraba moviendo muy rápido sus bonitos ojos negros y sin entender nada de lo que se decía en la mesa.

—No, yo no sé nada más de lo que te he contado. Eso es todo lo que sé. Todo lo que Olga me ha confiado.

—No te creo, Klara. ¿Cómo es posible entonces que le hayas dado las pertenencias de Sara a esta chica francesa? ¿Cómo sabes que Sara no volverá con nosotras?

Sin apartar la mirada de Helena, Klara retiró el plato de hojalata con las dos manos, dejándolo en mitad de la mesa. Se incorporó y dijo:

—Lo sé. Eso es todo.

Se marchó. Una joven griega de aspecto escuálido ocupó la silla que había dejado libre. Cogió el plato de Klara y empezó a comerse la sopa dando grandes sorbos. Y sin dejar de sonreírles y de hacer gestos de agradecimiento con la cabeza.

Esa noche el silencio en la litera era absoluto. Ninguna de las cuatro chicas hablaba. Esperaban desalentadas a que las *kapos* apagarán las luces. Helena

ocupó su puesto en el colchón entre Rivka y Klara. La chica francesa se convirtió en la cuarta ocupante de ese agujero oscuro y mal oliente.

Desde el mismo momento en que las *kapos* apagaron las luces, un sollozo silencioso recorrió las cuatro paredes del barracón. Procedía de una litera cercana a la que ocupaba Helena. Alguien repetía una monótona letanía: «Grete, Grete, ¿qué te pasa, Grete?». Y después, más sollozos. Pese al cansancio y a lo dolorido de su cuerpo, Helena no podía dormir. Tampoco Klara, que no apartaba su mirada vidriosa de la madera de la litera superior. Helena se incorporó de golpe y dijo:

—A esa chica le pasa algo. Voy a ver lo que le pasa.

—No lo hagas. Las *kapo* pueden entrar... —dijo Klara sin apartar la mirada de la madera mohosa.

—Tengo que ir. A esa chica le pasa algo.

—Allá tu.

Helena salió de la oscura litera. Como si se tratara de una bailarina, casi de puntillas, caminó intentando no hacer ruido. Sintió un terrible dolor en los dedos de sus pies, en las ampollas que le habían provocado los zuecos de madera.

Los sollozos provenían de una joven eslovaca que, al igual que ella, habitaba la zona más baja de una de las literas. Junto a ella había otra chica. Su estado era pésimo. Helena se introdujo en la litera.

—¿Qué le pasa? —preguntó Helena a la chica que lloraba.

—Está muy enferma. Debe de tener mucha fiebre. Mira, su camisón está empapado. Hace rato que la llamo, pero no me contesta.

Era la misma situación que había vivido la noche anterior con Sara. El mismo rostro cadavérico, el sudor que cubría su rostro y su cabeza rasurada, los labios cuarteados y los movimientos espasmódicos en sus brazos y sus piernas.

—¿Se llama Grete?

—Sí, es alemana, de Breslau. Yo me llamo Olinka, hace unas semanas que compartimos el colchón.

—¿Qué puedo hacer por ella? —preguntó Helena, mientras ponía su mano sobre la cabeza de la joven judía alemana. Estaba ardiendo.

—¿Sabes alguna canción en alemán? Lo último que dijo es que quería que alguien le cantara algo en alemán. Su madre lo hacía todas las noches...

—Sé una canción, me la enseñó una profesora que se llamaba Frau Richter en la escuela judía. Pero no la recuerdo entera, solo algunas partes.

—Da igual, canta lo que recuerdes. Ella te lo agradecerá.

Sabía que se la estaba jugando. Pero daba igual. En el poco tiempo que llevaba en ese lugar había comprendido una cosa: que allí te jugabas la vida por el mero hecho de respirar. Sin pensarlo dos veces, empezó a cantar:

*Am Brunnen vor dem Tore
Da steht ein Lindenbau
Ich träumt in seinem Schatten
So manchen süssen Traum...*

Una a una, en silencio, las cabezas fueron saliendo de las oscuras madrigueras para escuchar la canción. Grete esbozó una sonrisa, y después, dos lágrimas resbalaron por su rostro. No fueron las únicas. En la oscuridad de aquel barracón maldito, en ese lugar llamado Auschwitz, fueron muchas las lágrimas que provocó la triste y melancólica canción que Helena estaba interpretando. Lloró Rivka, y Lenka. Y la joven judía francesa llegada de Drancy. Y Klara, que por primera vez descargó la rabia acumulada por lo que había sucedido con Sara. A la quietud de un barracón solo iluminado por esa luz grisácea que penetraba por las ventanas, se le unió el sonido sordo de las lágrimas de sus jóvenes ocupantes y algún que otro sollozo.

*Ich schnitt in seine Rinde
So manches liebe Wort
Es zog in Freud und Leide
Zu ihm mich immer fort...*

La luz se encendió de repente. Una *kapo* irrumpió en el barracón. Golpeó la pared con su bastón.

—¿Quién está cantando aquí? ¡Que salga inmediatamente!

Las cabezas regresaron a la oscuridad del interior de las literas. Todas, llevaran en ese lugar el tiempo que llevaran, habían reconocido la voz de la *kapo* Jelen.

Helena salió de la litera. Se quedó allí, de pie, en el centro del pasillo que separaba las filas de literas de madera.

Katarzyna Jelen clavó sus ojos en el rostro de Helena. Despedían fuego pero, ni aun así, había desaparecido el dulce rictus de su rostro.

—He sido yo —dijo Helena, antes de bajar su mirada hacia el suelo.

La *kapo* se golpeaba la palma de la mano con el gancho picudo del bastón.

—Vuelve a tu litera. ¡No quiero oír ni una palabra más en este barracón!

Sin levantar la cabeza del suelo, Helena regresó a su litera.

La *kapo* Jelen apagó la luz y cerró la puerta del bloque.

Helena ocupó su puesto en el colchón. Rivka se abrazó a ella.

—Esta noche no te ha hecho nada, pero a partir de mañana te perseguirá sin piedad. Noche y día. No tendrás descanso. Dentro de una semana te arrepentirás de haber nacido —dijo Klara.

—Mañana será mañana —contestó Helena, antes de abrazar a Rivka.

A la mañana siguiente, cuando las *kapo* entraron en el barracón con sus silbatos y sus gritos, un alarido desgarró el bloque número cuatro. Helena se tiró del colchón y corrió por el pasillo, sin prestar atención a que su camisón también estaba empapado y que las plantas de los pies le dolían como si caminara sobre brasas.

Era Olinka la que había lanzado el alarido.

Grete se encontraba inmóvil, con los ojos muy abiertos y clavados en el techo de madera de la litera superior.

* * *

El contable daba vueltas en su cómoda litera del cuerpo de guardia. Hacía días que no podía dormir. Su visita al *Obersturmführer* Kratzer en el edificio de la *Kommandatur* había transcurrido tal y como Wunsch le había anticipado. Había expuesto sus argumentos y Kratzer le había escuchado pacientemente, incluso tuvo la impresión de que mostró cierto interés en algunos momentos de su exposición. Pero después llegaron las justificaciones: «Hacemos todo lo que podemos», «Estamos saturados», «Los chicos están nerviosos», «Tenemos que tener paciencia», «Vamos por el buen camino», «Comunicaré su punto de vista al *Kommandant* Höss»... y la apelación a su juramento de lealtad, a la gran misión que estaban desarrollando, al agradecimiento que el pueblo alemán y el *Führer* tendrían siempre para los hombres que estaban eliminando al más peligroso de sus enemigos, incluso a costa de los sufrimientos personales que les tocaba padecer. En realidad, Kratzer llegó a tranquilizarlo. Sin embargo, él fue incapaz de cumplir aquello que se había propuesto: pedirle que cursara a Berlín su solicitud de traslado. No se atrevió, pensó que era un paso demasiado importante, demasiado definitivo después de todas las razones que Kratzer le había expuesto para que permaneciera firme en su puesto. Abandonó el edificio

de la *Kommandatur* con una sensación extraña en el estómago. Después continuó en su departamento inventariando todas las pertenencias que llegaban al *Lager* en los trenes y contabilizando el dinero de todos esos judíos que no dejaban de arribar a la rampa de Birkenau. Y durante todo ese tiempo, no desapareció la extraña sensación del estómago. Como tampoco lo había hecho esa noche, en la que le había tocado guardia. Era la sensación que le recordaba, como una penitencia, que no había hecho aquello que tenía que hacer.

Una potente luz, que penetró en la habitación dormitorio del cuerpo de guardia, provocó que se incorporara en su cama. Procedía de una de las torres de vigilancia del *Lager*. Después, se escuchó la alarma. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Vogel entró en ella y encendió la luz. Llevaba el MP-40 en sus manos.

—¡Arriba, chicos, tenemos una alerta! ¡Un intento de fuga!

Los cuatro hombres que dormitaban en las literas se arrojaron de ellas. Krauss, Hahn, Sammler y él mismo. Los días que les tocaba guardia dormían vestidos, así que solo tenían que ponerse el abrigo y coger el fusil.

—¡Menuda mierda! ¡Menuda mierda! —exclamó Krauss mientras corrían por el pasillo en busca de las armas.

Se pusieron los abrigos. Vogel ya había abierto el armero, así que cogieron sus MP-40 sin ninguna dilación. La alarma seguía sonando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el contable.

—Un intento de fuga. Un pequeño grupo de judíos ha escapado y se han escondido en el bosque. Tenemos que buscarlos y darles caza. Esas son las órdenes —contestó Vogel.

Salieron al exterior. El frío era intenso. Por lo menos había dejado de llover. Corrieron en dirección al bosque.

—No es que me importe matar judíos, al contrario, es una de las pocas cosas divertidas que se pueden hacer en un sitio de mierda como este —dijo Krauss—. Pero la verdad, hoy me esperaba una noche más tranquila.

—Sí, sobre todo para que se te pasara el efecto de la botella de vodka que te...

—¡Silencio! —ordenó Vogel, él estaba al frente del grupo. Hahn no pudo terminar la frase.

Habían llegado a las lindes del bosque. Penetraron en él.

El contable caminaba detrás de Vogel. No conocía ese sector de Birkenau, jamás había atravesado ese bosque de abedules. No le importaba la misión que

estaban realizando, a decir verdad le estimulaba mucho más que su trabajo diario en el Departamento Económico. Le gustaba el ejército, siempre le había gustado. Por eso había ingresado en las SS. Reconocía que perseguir en mitad de la noche a un grupo de judíos desarmados, que solo intentaban escapar, no era como enfrentarse a un ejército de verdad, como había hecho Wunsch. Él había llegado al Departamento Económico de Auschwitz después de haber servido como contable en una oficina de administración de las SS. No como Wunsch, que había llegado tras ser herido en combate en el frente oriental. Sin embargo, su idea el día que corrió a alistarse al hotel donde las *WaffenSS* reclutaban soldados para el frente era muy distinta. Lo hizo incluso sin consultarlo con sus padres. En aquellos días, nunca imaginó que terminaría contando el dinero de los judíos en un *Lager* perdido y olvidado de la mano de Dios.

El suelo del camino estaba completamente embarrado. La luz había desaparecido casi totalmente en esa zona del bosque. La oscuridad era absoluta. No habían encendido las linternas para no alertar a los judíos evadidos, si es que se encontraban allí. Vogel se había posicionado como hombre punta, y los otros cuatro SS le rodeaban formando una especie de formación de estrella, rotando sobre si mismos, concentrados en cualquier ruido, el movimiento extraño de cualquier rama, cualquier sonido que les alertara de que allí había presencia humana. Nada. Caminaban y caminaban y allí no parecía haber nadie.

—Aquí no hay nadie —dijo Sammler, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Por dónde han escapado?

—Cerca de la torre dos —contestó Vogel.

—¿Y adónde demonios iban? —ahora la pregunta procedió de Krauss.

—No lo sé.

Se escuchaban voces en la lejanía, voces en alemán. Vogel levantó la mano en señal de que se detuvieran. Había un montón de ramas a un lado del camino. Encendió la linterna. Enfocó con ella el suelo, se observaban pisadas pero no parecían recientes. Desvió la linterna hacia el montón de ramas, mientras los demás SS apuntaban con su fusil. Vogel apartó una de ellas con su pie, y luego otra. Nada, allí no había nadie.

Continuaron caminando. El frío aumentaba en intensidad. Las voces que habían escuchado estaban cada vez más cerca. Ruido de motores de camiones, lejanos ladridos de perro. Esos eran los sonidos habituales de la noche en el *Lager*.

Vieron unas ramas moverse delante de ellos, y Vogel ordenó otra vez al

grupo que se detuviera. Hacía rato que sentían un molesto olor a quemado. El contable no le dio importancia, desde hacía un tiempo se observaban durante el día o la noche columnas de humo negro en una zona cercana a la que ellos se dirigían. Esas columnas ya formaban parte del paisaje del *Lager*. El contable nunca les dio importancia. En un lugar como ese había muchas cosas que quemar. Por ejemplo, la ropa de los presos. Ese invierno habían padecido un brote de tifus, tanto en el *Stammlager* como en Birkenau. Además, conocía que el crematorio habitual del *Lager* había causado muchos problemas, incluso había rumores de que podía ser demolido. A nadie le sorprendió que se hubiera habilitado otra zona para quemar toda la inmundicia que un sitio como ese generaba.

Vogel ordenó que continuasen. Quizá solo fuera alguna ave nocturna la que había provocado que la rama se moviera. Pero las voces que venían escuchando estaban ahora mucho más cerca. Incluso una pequeña luz se dejó ver entre los abigarrados árboles.

Apareció ante ellos de repente, de manera inesperada. Como un espejismo, como una ilusión. Algo que ninguno de ellos se esperaba encontrar.

Una casa en un claro del bosque.

Solo Krauss pareció no sorprenderse, pero el contable dedujo, por la expresión de su rostro, que lo intentaba ocultar.

De allí procedían las voces. Se acercaron a ella muy lentamente, con sigilo. Todavía con sus fusiles en posición de guardia.

Era una casa de campo típicamente polaca. Sin embargo, todo en ella resultaba extraño e inquietante. Las cuatro ventanas que eran visibles desde su posición habían sido herméticamente tapiadas. La puerta estaba cruzada por dos sólidas barras de bloqueo. Sobre ella, una bombilla iluminaba con un brillo mortecino. A un lado de la pared se distinguía algo parecido a una trampilla y bajo esta, una escalera.

Junto a la puerta había cuatro oficiales, charlando animadamente y fumando. El humo de sus cigarrillos se confundía con el vaho que emanaba de sus bocas. Un grupo de SS, con perros, patrullaban a su alrededor. Más voces parecían acercarse a la casa, alguien en la lejanía impartía órdenes. Se escuchaba el estridente chirrido de las carretas de madera avanzando sobre el barro.

La mirada del contable se había centrado en los cadáveres que había a los pies de los oficiales. Siete u ocho cadáveres ensangrentados, desde su posición no lo podía precisar bien, vestidos con uniformes rayados. La búsqueda de los

fugados había concluido.

—Chicos, me parece que nuestra misión ha terminado —dijo Vogel.

Los cinco miembros de la guardia salieron del bosque y caminaron hacia la casa.

Los perros se alborotaron al verlos, los SS tuvieron que tirar fuerte de las cadenas para contenerlos. El grupo de oficiales pareció sorprendido con la presencia de la guardia. Uno de ellos dejó el grupo y caminó a su encuentro. El contable creyó reconocerlo, era uno de los *Lagerführer*, un tipo con rostro de asesino y una sonrisa cincelada en su boca de aspecto despreciable. Recordó que alguien le había dicho que se llamaba Hössler.

Vogel se cuadró y realizó el saludo reglamentario. Los otros cuatro SS lo imitaron, aunque la cabeza del contable estaba en otra parte. En un sonido. Un sonido extraño que salía del interior de esa casa. Un murmullo. Un murmullo sobrecogedor de origen desconocido.

—Hemos tenido una alerta, estamos buscando...

El oficial sonrió. Con gesto despectivo, señaló los cadáveres amontonados.

—Podéis volver a casa. Vuestra búsqueda ha terminado. Los hemos abatido. Ahora vendrán a recogerlos.

—Como ordene.

Vogel se cuadró y repitió el saludo. El oficial arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó con un movimiento firme de su bota, mientras los obsequiaba con esa despreciable sonrisa. Caminó hacia el corro que formaban el resto de oficiales. El murmullo que se escuchaba en el interior de la casa no remitía, al contrario, parecía crecer en intensidad. Los SS de la guardia dieron media vuelta y caminaron en dirección al bosque.

—¿Habéis escuchado ese murmullo? —preguntó el contable.

—Sí —respondió Vogel— Provenía del interior de la casa. ¿Qué coño es esa casa?

Habían entrado en el bosque. Se detuvieron. Ahora las sombras los protegían.

—¿Qué coño es esa casa, Krauss? —preguntó el contable.

—No tengo ni idea. Sé lo mismo que vosotros.

Uno de los SS que llevaban a los perros caminaba en dirección al bosque.

—¡Agachaos! —ordenó Vogel.

Los cinco hombres le obedecieron. Cada uno se había protegido detrás de un árbol. El SS se detuvo, miró en la posición contraria a ellos. Esperaban a alguien

más. Quizá a las carretas, que cada vez se escuchaban más cerca. Probablemente vinieran a buscar los cadáveres de los huidos.

Dos SS aparecieron de pronto por un lateral de la casa, como si vinieran de la parte posterior del edificio. Uno de ellos llevaba algo en su mano, algo que brillaba bajo la luz mortecina, pero que el contable no pudo identificar. Al verlos aparecer, los oficiales cubrieron parte de su rostro con los pañuelos grisáceos que llevaban cogidos en el cuello. Uno de los SS recién llegados habló con ellos. Rieron. El SS se quitó la gorra y cogió entre sus manos una máscara antigás, que estaba junto a la escalera. El otro SS había dejado sobre uno de los peldaños los objetos que llevaba en su mano, y que todavía no podían identificar. Le ayudó a su compañero a ponerse la máscara antigás.

—¿Qué diablos están haciendo? —la pregunta de Vogel sonó sincera.

—No tengo ni idea —contestó Krauss. Su respuesta sonó falsa.

—Sí que lo sabes, Krauss. Tienes que decirnos que está pasando —dijo el contable.

—He escuchado hablar del asunto del gas, pero... pensaba que solo era un rumor, un rumor más de los que corren por el *Lager*.

—¿Gas? ¿Qué gas? —preguntó el contable.

«Las cosas que todos sabemos que pasan, pero que nadie ha visto». El contable recordó la conversación que había tenido con Wunsch unos días atrás en la cantina del *Lager*. ¿Era eso a lo que se refería Wunsch? Tendría que preguntárselo. Wunsch no era como Krauss, un zoquete sin remedio. El austriaco era un joven educado, hábil conversador y muy inteligente.

El SS terminó de colocarse la máscara antigás. Caminó hacia la escalera y ascendió varios peldaños. El otro SS le entregó los objetos que llevaba en la mano, se apartó de la escalera y se reunió con el grupo de oficiales. El SS abrió entonces la trampilla que había a un lado de la ventana tapiada. Avocó a su interior el contenido de los objetos, cerró la trampilla y bajó apresuradamente de la escalera.

Los cinco miembros de la guardia se estremecieron. No por lo que habían visto, sino por el tremendo alarido que emergió del interior de la casa. El murmullo, el murmullo que habían escuchado se convirtió en un aquellarre de voces y gritos desesperados, un coro de aullidos desgarradores que cruzó el bosque y se perdió sobre las grises aguas del Vístula, allá donde terminaba el *Lager*.

—¡Santo Dios! —exclamó el contable—. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede en esa

casa?

Nadie contestó. Todos estaban boquiabiertos, paralizados ante aquello a lo que acababan de presenciar. Pese al frío, el contable percibió que estaba sudando. Se quitó con la manga del abrigo militar el sudor que cubría su frente.

—¿Habéis oído eso? ¿Cuánta gente podía haber ahí dentro?

Ese alarido de cientos de voces solo duró unos pocos minutos. Sin embargo, nadie se acercó a la puerta. Indiferentes, los SS y los oficiales charlaron, rieron y fumaron bajo la luz mortecina durante más de veinticinco minutos. Y el contable y los hombres de la guardia permanecieron escondidos entre la penumbra que les proporcionaba el bosque. Pasado ese tiempo, uno de los oficiales y el SS, que había arrojado el contenido de esos misteriosos objetos a través de la trampilla, se acercaron a la puerta y retiraron las dos barras de bloqueo. El SS abrió la puerta. Pero ninguno de los dos penetró en su interior.

Lentamente, el contable se incorporó, se puso de pie al contemplar la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos. Ni siquiera le importó que alguno de aquellos hombres lo descubrieran. Vogel, Hahn y Sammler lo imitaron. Incluso Krauss, aunque este último parecía muy excitado. Esta vez, fue Sammler quien exclamó:

—¡Santo Dios!

Lo que podían ver desde su posición era una gran sala, como las que se utilizaban para la desinfección de los internos que llegaban al *Lager*. En el suelo, amontonados, yacían cientos de cuerpos desnudos. La lividez de su piel contrastaba con la oscuridad de la noche. Hasta donde el contable podía ver, todos eran hombres. Muchos de los cadáveres estaban grotescamente retorcidos, los brazos y las piernas contorsionadas formaban extrañas figuras. Daba la impresión de que habían intentado huir. Había sangre, mucha sangre. Sobre todo en las paredes de la sala.

Un grupo de judíos con uniforme rayado llegaron a la puerta de la casa. Llevaban una tétrica cruz dibujada con pintura roja en la espalda de su uniforme. Eran ellos los que arrastraban las carretas de madera. El contable sabía que les llamaban los *sonderkommandos*. Y también sabía que se dedicaban a hacer el trabajo sucio, aquel trabajo que nadie quería o podía hacer en el *Lager*, como recoger los cuerpos de aquellos que morían en los comandos de trabajo o los que, ante cualquier descuido de la guardia, se arrojaban a las alambradas electrificadas. Pero jamás hubiese podido sospechar que su principal misión sería lo que estaban a punto de hacer.

Junto a los *sonderkommandos* caminaba un grupo de SS. Reconoció de inmediato al que los dirigía. Era Dorf. El contable desvió su mirada alterada hacia Krauss.

—Mira, Krauss, tu amigo Dorf. El otro día bebíais y charlabais en la cantina. ¿Todavía me quieres decir que no sabías nada de todo esto?

Krauss miró desafiante al contable, pero no respondió. El que sí habló fue Vogel, una especie de confesión.

—Yo había escuchado algunas cosas... sobre el gas, ya sabéis. Entre *Schnapps* y *Schnapps*, o mientras jugábamos a las cartas, algunos de los muchachos habían dicho algo, pero nunca hice caso de esas cosas. Creía que era una habladuría más de las muchas que recorren el *Lager*. Yo nunca pensé...

Varios de los *sonderkommando* desvistieron los cadáveres de los judíos huidos y arrojaron después los cuerpos a una de las carretas. Dirigidos por Dorf, el resto de los *sonderkommando* se colocaron máscaras antigás y caminaron hacia la puerta de la casa. Llevaban en sus manos ese tipo de bastones picudos que también utilizaban los *kapos*. Uno a uno, penetraron en el interior de la casa, en la sala donde se amontonaban los cadáveres desnudos.

—¿Dónde los llevan ahora? —preguntó Sammler.

—Yo lo sé —respondió Krauss.

Todos lo miraron. Especialmente el contable. La suya era una mirada de desprecio.

—Yo sé adónde los llevan. ¿Queréis verlo? —repitió Krauss.

Nadie contestó. Solo Vogel movió afirmativamente la cabeza.

—Entonces, seguidme. Ahora soy yo quien dirige la guardia, Vogel.

Volvieron a introducirse en el interior del bosque. Tenían que desandar el camino andado. No lejos de ellos se escuchaba a los *sonderkommandos*, arrastrando las pesadas carretas. Los gritos de los SS exigiéndoles rapidez retumbaban en la soledad de la noche. Los ladridos de los perros que los acompañaban formaban parte del hábitat habitual del *Lager*. Mientras caminaba, el contable recordaba que desde el primer día que llegó a ese lugar, en un tren procedente de Kattowitz, esos gritos y esos ladridos habían acompañado todas sus noches. Pero el contable siempre pensó, que los gritos pertenecían a los SS que trasladaban a los recién llegados desde la rampa hasta los barracones. Y los ladridos, a los canes que acompañaban a las patrullas que vigilaban los límites internos y externos de la red de alambradas. Siempre había pensado eso, hasta esa noche.

Conforme caminaban, se iban acercando más a las dos columnas de humo negro visibles desde cualquier punto del *Lager*. Abandonaron el bosque para continuar el camino junto a una vía férrea en construcción. El sonido de las carretas de los *sonderkommandos* se oía delante de ellos, a una distancia prudencial. Al rato se adentraron nuevamente en el bosque.

Una mezcla de humo y niebla cubría esa parte. Al alzar la mirada, el contable vio cómo esas dos columnas de humo se elevaban por encima de las copas de los árboles, como dos viejos colosos que quisieran escapar de este mundo. Un hedor nauseabundo, que identificaron con la carne humana quemada, envolvía el bosque. A esas alturas, todos sabían ya lo que se iban a encontrar.

Un poco más adelante, una imagen apocalíptica apareció ante ellos: dos enormes zanjas ardientes de donde brotaban llamas de la altura de un edificio pequeño. Recordaban a las hogueras del *Julfest*, que al contable tanto le gustaban años atrás. De allí procedían las dos grandes columnas de humo negro que todos habían visto día y noche. El contable se cubrió la nariz y la boca con el pañuelo gris que llevaba al cuello. Era una prenda obligatoria del uniforme, servía para protegerse de las habituales epidemias que asolaban el *Lager* y de aquellas enfermedades que podía transmitir el gentío que llegaba hacinado en los transportes de mercancías que arribaban a la rampa. Pero en esta ocasión, lo que intentaba, al igual que sus compañeros, era aislar la nariz y la boca del hediondo olor a carne y grasa quemada que lo invadía todo. Los *sonderkommandos* habían detenido las carretas repletas de cuerpos desnudos al borde de la zanja.

—Vamos allá, dejadme a mí —dijo Krauss antes de abandonar el bosque.

Salieron del bosque y caminaron hacia las zanjas ardientes. El contable se detuvo, no quería acercarse más a esos pozos inmundos de incineración. No podía. No soportaba la idea de ver los cuerpos quemados. Sentía unas ganas horribles de vomitar. Sus gafas nubladas provocaban que los cuerpos de aquellos que se movían en torno a las zanjas se deformaran como en una horrenda pesadilla.

—¡Dorf! —gritó Krauss.

El *unterscharführer* Dorf se giró y miró a Krauss con incredulidad.

—¿Krauss? ¿Qué cojones hacéis aquí? ¿Tenéis autorización?

—Sí, estamos buscando a unos judíos que...

—Pues ya podéis volver a casa. Están aquí, en una de esas carretas.

Un SS se acercó a Dorf y le pasó una botella de vodka. Se retiró el pañuelo que cubría su rostro y echó un largo trago. Dirigiéndose a Krauss y al resto de la

guardia, dijo:

—Venga, venid aquí y echad un trago. Es la única manera de poder sobrellevar toda esta mierda.

Krauss, Vogel y Sammler rodearon a Dorf en el borde de la zanja ardiente. El contable no se movió, estaba como petrificado. Inmóvil, contemplando una escena que solo podía calificar como dantesca.

Entre gritos de los SS, los *sonderkommandos* trabajaban a destajo. Se empleaba a dos hombres del *sonderkommando* para cada cadáver. Cogiéndolos, uno por los pies y otro por los brazos, cargaban los cuerpos desnudos desde la carreta a la zanja y los arrojaban al fuego. Cuando descargaban todos los cadáveres de la carreta, daban media vuelta y regresaban por donde habían venido para recoger más cadáveres. Había un oficial al frente de la incineración. El contable lo reconoció al instante, se llamaba Moll. Parecía molesto por la aparición de la guardia y la actitud de Dorf.

—¿Cómo podéis aguantar este olor? Es insoportable... —dijo Krauss después de dar un trago a la botella de vodka.

—¿Esto te parece insoportable? Ahora esto no es nada, hemos mejorado. Al principio los enterrábamos en las zanjas. Arrojábamos sobre ellos cal viva y los cubríamos con tierra. Pero este verano pasado, con el calor y las lluvias... no te lo creerás, Krauss, pero muchos de los cadáveres volvieron a salir a la superficie. Tuvimos que desenterrarlos a todos, empleando a los *sonderkommandos*. Sacamos los cadáveres descompuestos y los quemamos en estas zanjas. Algunos de los *sonderkommando* enloquecieron, tuvimos que matarlos aquí mismo. Era una pena verlos sufrir... —Dorf lanzó una risotada.

—¿Cuántos cadáveres incineráis aquí? —preguntó Vogel.

—Muchos, muchos, créeme. La mayoría nos llegan desde la casita roja. Ahora habrá más trabajo, estamos habilitando otra de esas casas de campo polacas. Esto es más sencillo. Al principio prendíamos la pira con fardos de paja. Pero hemos ideado un sistema nuevo: rellenamos las zanjas con cinco capas de madera y otras cinco capas de cadáveres. Entonces arrojamos la gasolina o el etanol y prendemos las piras. Cuando las llamas alcanzan este nivel, ya se pueden arrojar los cadáveres directamente a las zanjas y entonces, todos estos judíos se convierten en humo. Es un trabajo de mierda, pero en ocasiones lo pasamos bien. Sobre todo cuando los cuerpos se llenan de aire y explotan. ¡Es increíble! A veces los pulmones o el estómago se inundan de aire y gases, y hacen un ruido realmente gracioso. Y luego están las erecciones...

—¿Erecciones? —preguntó Krauss con un gesto divertido en el rostro.

—¡Sí, erecciones! No sé por qué sucede, pero en ocasiones, cuando empiezan a arder, a estos judíos se les pone la polla tiesa y dura como una piedra, y los huevos se les hinchan como si tuvieran dentro dos bolas de plomo. ¡Resulta muy divertido! Tendrías que verlo, sí, resulta divertido...

Por un momento, el rostro de Dorf cambió su habitual rictus burlón. Tomó otro largo trago de vodka. Su mirada se perdió en las poderosas y crepitantes llamas que emergían de la zanja.

—Lo mejor es cuando quemamos a los hombres, como esta noche. Pero luego, cuando nos llegan las mujeres y los niños... Bueno, nos han prometido que las cosas mejorarán. Este procedimiento no es definitivo, el *Kommandant* Höss está valorando nuevas opciones para deshacernos de los cadáveres...

Esa noche, ante las zanjas ardientes, mientras Dorf y los chicos de la patrulla charlaban y bebían vodka y los *sonderkommandos* arrojaban cadáveres al fuego, el contable tomó una decisión. Una decisión definitiva. A la mañana siguiente, volvería a acudir al edificio de la *Kommandatur* y pediría ser recibido por el *Obersturmführer* Kratzer. Esta vez, le pediría que enviara a Berlín su solicitud de traslado. Con efecto inmediato.

4

LOS DÍAS SIN LUZ. ARRIESGÁNDOLO TODO

Agosto-Septiembre de 1942

A toda velocidad, Helena terminó de colocarse la pañoleta en su cabeza. Su pelo había crecido y, afortunadamente, al contrario que les pasaba a algunas otras chicas, no habían vuelto a rasurarla.

La palabra maldita se había pronunciado. En los meses que llevaban en ese lugar, esa palabra se había convertido en el mayor de los terrores que pudieran imaginar, más que los piojos, el tifus, el hambre o los malos tratos continuados que sufrían a manos de las *kapos* o de los alemanes.

—*Sortierung! Sortierung! Sortierung!* —gritaban las *kapos* mientras golpeaban con sus porras y sus bastones las paredes y las literas de madera del barracón.

Selección. Nadie sabía lo que sucedía después de una selección. Nadie sabía qué sucedía con las mujeres que subían a esos camiones militares una vez que se ponían en marcha. A la luz de las velas, en las largas y oscuras noches del barracón, muchas voces especulaban lo que podía pasar durante esas selecciones. Había quien decía que te llevaban a ese otro campo, dos kilómetros arriba, de donde nadie regresaba; otras decían que te conducían al bosque, donde te descerrajaban un tiro delante de una fosa común; e incluso había quien llegaba a decir, que las muchachas que no pasaban la selección eran encerradas en una sauna hermética donde les aplicaban un gas que acababa con ellas. Todo eso eran habladurías, en realidad, ninguna de ellas conocía el destino de esas muchachas. Y eso, convertía a la selección en algo mucho más terrorífico que todas las habladurías que corrían por el campo: el indescriptible terror que provoca la incertidumbre cuando tu vida está en juego.

Lo único cierto es que ese día no habría comandos de trabajo, no recogerían piedras ni escombros de ningún edificio derruido, no trabajarían en las vías férreas que se estaban construyendo, ni limpiarían letrinas. Esa mañana estarían formadas durante horas mientras se llevaba a cabo la selección.

Las miradas cruzadas entre Helena, Rivka, Clarice y Lenka, mientras terminaban de vestirse, alertaban de algo todavía más peligroso y desconocido, algo que no había sucedido nunca: todas las *kapos* estaban movilizadas, los diez barracones ocupados por las mujeres estaban siendo evacuados.

—*Laufen! Laufen!*

Corriendo, corriendo. A la carrera, abandonaron el barracón. Algunas recibieron el porrazo de rigor que te propinaban las *kapos* de manera aleatoria. Esa mañana le sucedió a Rivka. Recibió un porrazo en la espalda solo porque a la *kapo* le pareció divertido.

Salieron al exterior bajo una lluvia torrencial. Lo que vieron allí activó todavía más la alarma que genera ese espíritu de supervivencia que habita en aquellas personas que se consideran condenadas. Había más camiones que nunca en el embarrado camino frente a los bloques. Había más SS, muchos de ellos con perros, que ningún otro día. Todas las *aufseherin* las esperaban estoicamente bajo la lluvia, y los *blockführer* que charlaban en un corro, protegidos por los paraguas, con los *rapportführer Schreiber*.

Como siempre, se formó la acostumbrada confusión mientras formaban en filas de cinco. Helena aprovechó ese momento para preguntar a Klara:

—¿Qué está sucediendo esta mañana?

—No tengo ni idea, pero no me gusta nada.

—¿Te habló Olga sobre esto?

Klara se las ingeniaba para ver todas las noches a Olga y sonsacarle información. Lo hacía en el tiempo que tenían libre entre el recuento y la cena. Helena también tuvo la oportunidad de conocer a Olga. No le gustó. No le gustó la manera en que la miraba. Había algo turbio en la mirada de esa chica.

—No, no me dijo nada —respondió Klara.

La selección de esa mañana resultó mucho más rápida que en anteriores ocasiones. O eso pensaron ellas. Las *kapos* iban anunciando a voz en grito los números de aquellas muchachas que tenían que abandonar las filas y caminar hacia los camiones. La *kapo* Jelen se encargó de leer los números de las chicas del barracón número cuatro.

Hasta ese día siempre habían tenido suerte en la selección. Hasta ese día.

Helena cerró los ojos cuando escuchó a la *kapo* Jelen leer el número de Lenka.

Helena vio a Lenka abandonar cabizbaja la fila y dirigirse hacia uno de los camiones. La chica se giró hacia ella, como si quisiera despedirse, justo en el momento en que su corazón dio un vuelco.

El número de Rivka. La *kapo* Jelen había pronunciado el número de Rivka.

Esta vez, Helena miró hacia el frente. No quería mirar a Rivka. No la quería ver abandonar la fila y dirigirse hacia el camión. Si la miraba, podía gritar su nombre y echarse a correr hacia ella. Eso podría costarle la vida. Ya habían sucedido cosas así durante la selección.

Sin mirarla, Klara le dijo unas palabras:

—Lo siento, Helena.

El tono de Klara resultaba sincero.

Varios camiones ya se habían puesto en marcha. El de Rivka y Lenka fue el último. Nunca las volvería a ver. Estaba convencida. Esa mañana sería la última vez que vería a Rivka.

Cuando el último camión partió, la *kapo* Jelen gritó una orden que servía para todas las chicas, de todos los barracones. Aquellas que se habían salvado de la selección:

—*Sich Hinknien!*

Todas las chicas se arrodillaron sobre el barro. Sabían que era uno de los peores castigos.

—*Arme im Kreuz!* —bramó de nuevo la *kapo* polaca.

Los brazos de las chicas se extendieron a la vez, formando la señal de la cruz.

En esa posición, dos lágrimas rodaron por el rostro de Helena. Allí se confundieron con la lluvia que la golpeaba sin piedad.

* * *

Estaban en ese segundo campo, ese lugar al que llamaban Birkenau. Desde el camión que las trasladaba pudieron ver la sucesión de barracones de madera y piedra que componían el complejo, y los kilómetros de cercas de alambres de púas electrificadas. Fueron conducidas hasta un barracón de piedra rodeado por un muro. En el interior del camión nadie hablaba. Rostros agotados y miradas derrotadas. Cabizbajas, los ojos hundidos miraban al suelo del camión. Lenka y Rivka se miraron en varias ocasiones, pero no intercambiaron palabra alguna.

Cuando el camión cruzó la puerta del muro y entró en la explanada del bloque 25 de Birkenau, había ya media docena de camiones aparcados. Las chicas de los cinco primeros camiones eran conducidas a golpes dentro del barracón. Reinaba una enorme confusión entre las *kapos*, las *aufseherin*, los SS y un grupo de *rapportführer* que estaban intentando organizarlo todo. Una de las *aufseherin* hacía gestos ostensibles indicando que el barracón estaba saturado. Uno de los *rapportführer* caminó hacia el conductor del camión que había estacionado delante del de Rivka y Lenka y le comunicó algo. Después, hizo lo mismo con el conductor del camión en el que permanecían las chicas eslovacas. En los meses que llevaba en ese lugar, Rivka ya había aprendido muchas palabras y nombres en alemán. Ya entendía su número y podía pronunciarlo. De esa breve conversación entendió dos palabras: « duchas » y « desinfección ».

Instintivamente, Rivka se llevó la mano a la pañoleta que cubría su cabeza e introdujo sus dedos buscando acariciar su bonito pelo rubio. Miró a Lenka y le dijo:

—Creo que va a empezar otra vez todo, como la noche que llegamos a este lugar. Ha dicho algo sobre duchas y desinfección. ¿Crees que volverán a rasurarnos la cabeza?

Lenka no contestó, se limitó a llevarse la mano a la boca. Una joven sentada junto a Lenka que la había escuchado, dijo:

—Todo esto es por culpa de los piojos y del maldito tifus. Una epidemia. Por eso han evacuado los diez barracones del campo y nos han traído aquí. Las que se han quedado allí también vendrán, pronto nos reuniremos. Hoy había más camiones que ningún otro día aparcados frente a los barracones.

Rivka se hubiera alegrado al escuchar esas palabras, eso significaba que pronto se reuniría con Helena, pero la posibilidad de que volvieran a rasurarla lo ensombrecía todo. En ese momento, la mayor preocupación de Rivka era que no le cortaran el pelo.

Los dos últimos camiones se pusieron en marcha y dejaron atrás el bloque número 25. Atravesaron una embarrada carretera bordeada de vallas electrificadas. En un momento dado, pudieron ver otra comitiva de camiones que transportaban maletas y equipajes. Grupos de prisioneros cargaban también con equipajes y otras pertenencias en pesadas carretas de madera que empujaban con sus manos. Algunas de las carretas habían quedado atascadas en el barro. Soldados SS golpeaban el suelo con sus látigos instando a los prisioneros a que hicieran más fuerza para desencallar las carretas.

Rivka miró con curiosidad una zona separada del campo donde había más de treinta barracones de madera. Pudo ver a un grupo de mujeres que, en una gran explanada, trabajaban llevando las pesadas maletas hacia un edificio bajo de piedra grisácea. La pañoleta de sus cabezas era de color blanco.

Entonces los camiones penetraron en el bosque. Un tupido y oscuro bosque de abedules. Tenían que agarrarse con fuerza a los bancos de madera que servían de asiento porque los camiones se balanceaban a uno y otro lado por culpa de los baches del camino.

El lugar al que las llevaban era una casa de campo en un claro del bosque. De alguna manera, recordaba a una granja. Había un grupo de SS con perros que fue el que dio el alto a los camiones. En la puerta de la casa, charlaba un grupo de SS con uniforme de oficiales. Rivka ya había empezado a distinguir los uniformes. Uno de esos oficiales llevaba una bata blanca sobre el uniforme. También había numerosas *kapo* y un pequeño grupo de prisioneros que descansaba alrededor de unas cestas de madera.

Para Rivka, esa imagen fue la peor. Era la certificación de que volverían a pasar por la desagradable experiencia de la noche que llegaron al campo. Desnudarse, entregar sus pertenencias, rasurarles la cabeza. «No, Dios mío, no. Que hagan lo que quieran conmigo pero, por favor, que no me corten el pelo».

Descendieron de los vehículos de manera tranquila y ordenada. Los SS habían puesto escalerillas para que pudieran bajar. Por primera vez, vio algo para ella inaudito: algunos de los SS prestaban sus manos a las chicas más débiles o enfermas para que pudieran descender de los camiones. ¿Era ese sitio un lugar diferente del que habían estado? Por el camino, había visto muchas edificaciones que parecían naves industriales. Cerca de donde se encontraban trabajando las jóvenes de la pañoleta blanca, un grupo de operarios se afanaba en levantar una gran chimenea en un edificio que se encontraba en construcción. ¿Sería esa la fábrica de la que Jalenko le había hablado a Helena? A lo mejor Helena estaba equivocada, muchas veces le había dicho que Jalenko la había engañado, y se ponía muy triste al pensar qué podía haber sido de sus padres, su hermana y sus sobrinos en manos de ese hombre. ¿Y si al final de todo, Jalenko tuviera razón? ¿Y si ese lugar, al que llamaban Birkenau, fuera la fábrica de la que hablaba?

Las hicieron formar en dos filas, bajo la lluvia. Avanzaban muy despacio, porque el oficial con la bata médica se había colocado en la puerta e inspeccionaba, una por una, a las chicas que entraban en la casa. Lenka parecía contrariada, muy triste. Rivka intentó animarla esgrimiendo una sonrisa.

—Qué casa tan rara, Rivka. Mira las ventanas, están tapiadas.

Lenka tenía razón. Todas las ventanas de la casa estaban tapiadas. En un lateral de la fachada, se distinguía algo parecido a una trampilla. Debajo de la trampilla, una escalera. La única luz exterior de la casa, una bombilla encima de la puerta, estaba encendida a pesar de que todavía era de día.

Sin embargo, por primera vez, el trato era cordial. Las *kapo* no gritaban, ni las golpeaban con sus porras o bastones picudos. Al contrario, una de las *kapo* miró a Rivka y le sonrió. Sin embargo, pensó que no estaría completamente tranquila hasta asegurarse de que nadie iba a cortar su cabello.

El oficial médico escrutó a Rivka y Lenka cuando llegaron ante él. Las miró de arriba abajo, les hizo abrir la boca, investigó en su interior y luego, dándoles un golpecito en el hombro y sonriéndoles, las hizo pasar dentro de la sala.

Era una sala de grandes dimensiones, húmeda y mal iluminada. Las luces redondas sobre las paredes proyectaban una luz triste y de vez en cuando, tintineaban como si fueran a apagarse. Habían llegado nuevos camiones que traían a más chicas, así que pensaron que la espera sería larga. Las *kapos* paseaban entre las muchachas, preocupadas por mantener el orden. Su sola presencia hacía que ninguna de las chicas hablara. Solo lo podían hacer cuando se cercioraban de que ninguna de las *kapos* las estaba mirando.

—¿Crees que nos cortarán el pelo, Lenka?

—¿Cómo? ¿De pie? Aquí no hay ningún sitio para sentarse.

Eso ilusionó a Rivka. Era verdad, no había ningún sitio para sentarse en esa sala. Y no parecía que la casa tuviera más habitaciones.

—¿Has notado ese olor? —preguntó Lenka.

Rivka no pudo contestar, una de las *kapo* las estaba mirando. Pero era cierto, había un olor extraño en ese lugar. No era un olor desagradable, más bien, parecía que alguien hubiese limpiado esa sala poco tiempo antes.

Cuando la última de las chicas entró en la sala, uno de los SS con uniforme de oficial lo hizo tras ella. Dio tres palmadas con sus manos enguantadas para que todas le prestaran atención:

—A ver, se ha declarado una epidemia en los barracones que ocupabais en el anterior campo, por ese motivo habéis sido trasladadas aquí. Ahora, tendréis que desnudaros completamente, en orden y silencio, y meter vuestras ropas y las pertenencias que llevéis encima en las cestas que pondremos a vuestra disposición. Tenemos que deshacernos de esas ropas por motivos de higiene. Luego, tomaréis una ducha y os haremos entrega de ropa nueva y limpia.

El oficial dio media vuelta y salió de la sala dando grandes zancadas. Las

kapo y un grupo de prisioneros que portaban las cestas entraron en la estancia. La chica que había viajado con ellas en el camión dijo, mientras empezaba a desabrocharse el uniforme rayado:

—Veis, yo tenía razón. Esos malditos piojos han desatado una epidemia. Lo mejor que podían hacer era demoler esos apestosos barracones.

El gesto de Rivka mientras se desnudaba era de una gran satisfacción.

—¡Ves, Lenka, no ha dicho nada de cortarnos el pelo! ¡Y nos van a dar ropa limpia y nueva! ¡Eso lo he entendido!

Lenka no contestó. Se había quitado el uniforme de rayas y ahora, se desabrochaba los botones de la blusa. Su rostro seguía pareciendo contrariado.

Rivka se quitó el uniforme, la blusa, las bragas y el sujetador. Se descalzó los zuecos holandeses y se deshizo de unos calcetines verdes llenos de agujeros que les había conseguido Klara. Esperó con la ropa en la mano y un gesto de satisfacción en el rostro. Introdujeron toda la ropa en uno de los cestos que llevaban los prisioneros. Más adelante, en otro cesto, metieron los zuecos de madera.

Cuando terminaron su recolecta, los prisioneros abandonaron la sala con sus cesta llenas. Las *kapos* salieron tras ellos. Dos SS con metralleta, que habían permanecido todo el tiempo a ambos lados de la puerta, fueron los últimos en abandonar la estancia. Antes de hacerlo, durante unos segundos, deslizaron su mirada por los cientos de cuerpos de muchachas desnudas que intentaban protegerse, más del frío, que de sus ojos.

La puerta se cerró.

—¿Por qué cierran la puerta? —preguntó una de las chicas.

El sonido de dos barras de bloqueo deslizándose tras la puerta se pudo escuchar con total nitidez.

Un murmullo recorrió la sala.

—¿Cuándo podremos tomar la ducha? —preguntó una voz perdida entre la multitud.

—¿Qué ducha? ¡Pero si en esta sala no hay grifos por donde pueda salir el agua! —replicó otra voz anónima.

Rivka y Lenka se miraron. Como el resto de esos cientos de chicas, contuvieron la respiración esperando que sucediera algo.

La luz se apagó. Esta vez, fue una exclamación colectiva la que recorrió la sala.

En el exterior, un SS equipado con máscara antigás trepó por la escalera y

abrió la trampilla. En sus manos llevaba unas pequeñas latas redondas.

Una pequeña luz se hizo en la sala, en un lateral de la pared. Fue la señal que dio paso a una espontánea estampida de pánico en dirección a la puerta.

Antes de ser arrastradas, Rivka y Lenka se abrazaron. Fuerte, muy fuerte. Todo lo fuerte que les fue posible.

* * *

Víktor ayudó a Aaron a colocarse la máscara antigás. Esta vez, por lo menos, le habían tocado las tijeras. Víktor había tenido peor suerte, los SS le habían repartido una de las tenazas. Los *sonderkommando* detestaban las tenazas. Cuando terminó de ajustarle las cinchas de la máscara en la nuca, Víktor le lanzó una mirada de desesperación a través de los grotescos cristales redondos que protegían sus ojos. Esa característica respiración mecánica que provocaban los tubos de la máscara parecía agitada. Abrió la mano enguantada y le enseñó las tenazas. Aaron movió afirmativamente la cabeza, indicándole que comprendía el motivo de su agitación.

Dos de los SS habían retirado las barras de bloqueo y abierto la puerta de la cámara. Los cadáveres desnudos y amontonados de esas pobres chicas aparecieron ante ellos como si se tratase de una pesadilla surgida del pozo más recóndito del infierno. Junto a la puerta el *Gaskassier*, el cajero del gas, se había quitado la máscara y se encendía un cigarrillo mientras charlaba con uno de los oficiales. Reían y bromeaban a la vez que lanzaban el humo en grandes bocanadas. Había pasado más de media hora desde que los terribles gritos de las chicas habían cesado. Ahora tocaba el turno de otros gritos, el de los SS que les indicaban que ya podían entrar en la cámara y hacer rápido su trabajo. En el interior de la cámara todavía quedaban restos del hidrógeno de cianuro que dejaba el gas, así que solo ellos y dos SS matarifes penetrarían en su interior. La labor de los SS era rematar a las chicas que no hubieran muerto durante el gaseamiento. Su trabajo era mucho peor. Sí, mucho peor.

Aaron cogió la cesta y corrió hacia el interior de la cámara. Algunos de sus compañeros apartaron los cuerpos ensangrentados de las muchachas que habían muerto aplastadas junto a la puerta, para que pudieran entrar. Había sangre por todas partes, por las paredes, por el suelo... El olor que desprendían los filtros de la máscara evitaba en parte, que el hedor de la sangre, las heces y el gas llegaran hasta sus fosas nasales. En mitad de la sala, distinguió dos cuerpos abrazados.

Una de las muchachas tenía un bonito cabello rubio. Empezaría por ellas.

Apartó varios cuerpos que las cubrían parcialmente y se agachó ante los cadáveres abrazados. Esas chicas no habían muerto como consecuencia del gas, sino pisoteadas por la marabunta de muchachas que habían intentado llegar a la puerta cuando el gas Zyklon penetró por la trampilla de la pared. Dicen que el ser humano es capaz de acostumbrarse a cualquier cosa, pero contemplar esos cuerpos cubiertos de heridas sangrantes y moratones provocó que una arcada de bilis trepara desde el estómago y se detuviera en su garganta. Había tenido suerte. Escuchó a uno de los SS matarifes disparar sobre dos cuerpos que aún respiraban. Si hubiera vomitado dentro de la máscara, era posible que ese mismo SS hubiera disparado contra él. Aaron sabía que cualquier día sería conducido hacia una de las fosas y ejecutado, ese era el destino final de todo *sonderkommando*. Pero de momento estaba viendo cada nuevo amanecer, y no perdía la esperanza de que toda esa locura terminara antes de que llegara su hora. Sí, sabía que era una esperanza idiota, pero había jurado aferrarse a la vida hasta el último segundo. Hasta el mismo instante en que tuviera que caer a la fosa.

Intentó separar a las dos chicas abrazadas pero fue imposible. Sus brazos mostraban tal rigidez que, incluso haciendo toda la fuerza de las que disponía, le resultó imposible separarlas. Parecía que sus cuerpos hubieran sido cosidos, uno al otro. Imaginó que la única manera de separarlas sería rompiendo los huesos de sus brazos con algún martillo. Pero ese no era su cometido. Cogió un mechón de cabello de la chica rubia, lo cortó con las tijeras y lo lanzó dentro de la cesta. Ese era su cometido. Recolección de pelo. Habían escuchado que el pelo de esas chicas se utilizaba luego para fabricar colchones en Alemania. Cogió otro mechón.

Mientras lo cortaba, desvió la mirada hacia Víktor. Había encontrado a una muchacha que tenía algún diente de oro. Había cogido su cabeza, le había abierto la boca, y tiraba con todas sus fuerzas de las tenazas para extraerlo.

* * *

Caminaron desde el camión que las había trasladado hasta el nuevo barracón bajo un aguacero que parecía no remitir nunca. Helena tenía las rodillas destrozadas, después de estar durante horas arrodillada sobre el barro en la puerta de su antiguo barracón. Algunas de las chicas no lo habían aguantado y habían caído desplomadas sobre el barrizal. A rastras, las *kapos* y los SS las

habían conducido hasta los camiones aparcados junto a la alambrada. Horas más tarde, las habían obligado a subir a uno de los camiones que las había transportado hasta el campo de mujeres de ese lugar llamado Birkenau. «Ese lugar del que nunca se vuelve», pensó Helena. Caminaba detrás de Klara y delante de Clarice. No perdía la esperanza de reencontrarse con Rivka y con Lenka, deseaba con toda su alma que las chicas se encontrasen en alguno de esos 28 barracones de piedra delante de los cuales estaban pasando. La *kapo* Jelen se había hecho cargo de una cincuentena de ellas. Al resto de las chicas, las estaban repartiendo entre los demás barracones. Desconocían el motivo del traslado, pero cuando vieron aparecer las torres de vigilancia, mucho más primitivas que las del campo donde habían pasado los últimos meses, Klara, que viajaba junto a Helena en el camión, le había dicho:

—No sé por qué nos han hecho venir aquí, pero sí que sé que nunca regresaremos. Nunca saldremos de aquí, Helena. Nunca. Ninguna de nosotras.

Su nuevo barracón de destino estaba atestado. Era todavía mucho peor que aquel que habían dejado atrás. Era como una cueva húmeda, oscura y profunda. El agua se colaba por todas partes. Ya desde el exterior se percibía que esos barracones habían sido construidos con materiales mucho más rudimentarios que los del campo anterior. Imaginó que en el invierno, la muerte llegaría cabalgando sobre un corcel llamado frío. El enorme pasillo central, que separaba las dos filas de mugrientas literas de madera, estaba inundado por el agua. Los zuecos desaparecían cubiertos por un líquido pestilente de color negro.

La mayoría de las mujeres que se hacinaban en aquel barracón eran judías francesas, procedentes del campo de Drancy. Eso alegró a Clarice, que reconoció a muchas de las chicas con las que había viajado en el tren desde Francia. Sin embargo, allí no eran todas muchachas jóvenes como en el anterior campo. Allí había desde jovencitas que no superarían los dieciséis años, hasta ancianas de ochenta. Había madres con hijas, y nietas con abuelas. Esta era la peor de las visiones que ofrecía aquel barracón: la de las ancianas, algunas moribundas, que las miraban desde las literas con rostros tan desgastados por el tiempo, como castigados por el hambre o la enfermedad.

Se instalaron en una de las pocas literas que quedaban libres. Esta vez, afortunadamente, en el segundo piso. Aunque había que ingeniárselas para subir allí, por lo menos evitarían que el agua que inundaba el pasillo mojara el colchón de paja. Después de pasar todo el día bajo la lluvia, lo único que Helena quería era un lugar donde poder descansar y secar su ropa.

El recuento de la noche dio paso a la cena. Fue entonces cuando

comprendieron que sus pésimas condiciones de vida habían empeorado drásticamente. Se les proporcionó una cuchara a cada una, pero para la cena les dieron un único cuenco de hojalata en el que tenían que comer cuatro personas. Una sopa apestosa, con unas cuantas peladuras de patata flotando, y 300 gramos de pan para repartir. Tuvieron que pelearse entre ellas para conseguir una de esas peladuras de patata.

Sobre el sucio e infecto jergón, Klara lloró desesperadamente esa noche. Inició una conversación con Helena en la que ella era la única interlocutora. La cabeza de Helena estaba en otra parte. Pensaba en Rivka. Esperaba que llegara el nuevo día para ver si podía encontrarla entre las mujeres retenidas en ese sector del campo. En ese momento, ese era su único pensamiento.

—Para vivir así, es mejor morir, Helena. A veces lo pienso. Morir en un lugar como este es muy sencillo. Basta con que mañana durante el recuento o la selección me ponga a gritar como una histérica, o que me abalance sobre una *kapo* para intentar quitarle la porra, o que me arroje sobre una de esas alambradas electrificadas. Qué más da, morir antes o morir después, si al final hemos venido aquí a morir. Si no nos matan las *kapos* o los alemanes, nos matará el hambre o la enfermedad. El tifus, la malaria, la disentería. O el frío. ¿Has visto en que condiciones está este barracón? El agua se mete por todas partes, el otoño está al llegar. ¿Y el invierno? ¿Cómo vamos a vivir aquí en invierno? No, Helena, lo mejor es terminar cuanto antes. No quiero prolongar este sufrimiento ni un día más. Ni una hora más.

Helena desvió su mirada hacia Klara, pero no contestó. Pensó que ahora que le había crecido el pelo, era una joven muy bonita. Tenía unas pequeñas pecas alrededor de la nariz que le conferían un aire especialmente atractivo. Sus ojos eran grandes y negros. Si la barbarie no se hubiera cernido sobre Europa, seguramente Klara sería una joven a la que no le faltarían pretendientes, ni hombres que la cortejaran. Sin embargo, ahora era un guiñapo más, un despojo humano confinado en uno de esos nichos oscuros y mugrientos. Como ella misma. Como todas ellas. Helena no contestó a las palabras de Klara, pero la comprendió. Ella había pasado por lo mismo durante esos meses de maltrato y humillaciones continuadas. Había pensado lo mismo todas las noches. Lo mejor era terminar pronto, terminar ya. Imaginó que todas ellas pensaban de la misma manera. Todas y cada una de ellas. Esa gente monstruosa que las castigaba por el mero hecho de ser judías había conseguido uno de sus principales propósitos: llevarlas hasta la cima más alta de la desesperación. Anular su capacidad de resistencia, sus ganas de luchar, sus ansias de vivir. Habían conseguido que para

todas ellas, la muerte se convirtiera en la mayor de las bendiciones. Pero por otro lado, existía en Helena una capacidad de supervivencia que le había hecho desechar esos planteamientos tan naturales. Las palabras de su padre acudían a su cabeza: «Recuerda siempre, hija mía, que eres una mujer judía y compórtate como tal». Muchas noches, se había refugiado en esas palabras para poder levantarse al día siguiente y seguir aguantando los malos tratos, el cansancio de los trabajos forzados, el hambre, la suciedad y la miseria que la rodeaba. Había visto a muchas mujeres abandonarse, desesperarse y dejarse llevar por esa locura demencial. Ella, sin embargo, intentaba mantener una cierta dignidad personal en medio de esa situación de pesadilla. Comprendía las palabras de Klara, pero no se resignaba ni a aprobarlas, ni a compartirlas.

Esa noche el *blockführer* visitó el barracón, acompañado de su corte de *kapos* y hombres uniformados. Revisaron litera por litera y se llevaron a muchas mujeres, la mayoría ancianas enfermas. Muchas literas quedaron semivacías, pero al rato, llegó otro cargamento de mujeres judías procedentes de Francia. A la mañana siguiente, el barracón estaba tan atestado como cuando ellas llegaron.

* * *

La visita a las letrinas del campo de mujeres fue una de las peores experiencias que podían recordar. Las letrinas se encontraban muy lejos del barracón, al final del sector. Eran cinco edificios absolutamente iguales, bajos y alargados, con el tejado inclinado. Consistían en dos o tres largas hileras de agujeros alternos sobre un pequeño murete. Las tapas de los agujeros eran de madera. La entrada era desordenada y a la carrera, consistía en llegar antes que las demás al murete, subirte el vestido rayado y poner el culo sobre el agujero. Por supuesto, las personas de más edad tenían muchas más dificultades. Las *kapos* intentaban mantener el orden utilizando los silbatos, las porras y los bastones picudos cuando era necesario.

Klara y Helena compartieron dos de los agujeros alternos.

—Cagar en estas letrinas es todavía más humillante que de donde venimos, Helena. Allí por los menos había retretes de verdad —dijo Klara.

Verhalter dich Ruhig, decían unas palabras escritas en letra gótica negra sobre una de las paredes. Helena se había concentrado en ellas, para tratar de evadirse de esa humillante situación. Muchas pensaban que había tres circunstancias cotidianas en ese lugar de pesadilla que eran todavía peores que

los malos tratos y el trabajo extenuante: comer esos ranchos abominables que les proporcionaban; dormir rodeadas de piojos, pulgas y chinches; y cagar solo cuando te dejaban y en esas condiciones denigrantes.

En la puerta de entrada de las letrinas se había producido un altercado entre las mujeres que intentaban entrar. Las *kapos* corrieron en esa dirección, para poner orden utilizando sus porras.

Una joven en el agujero contiguo al de Klara aprovechó ese momento para rebuscar algo en uno de sus zuecos. Lo encontró. Miró a Klara y le sonrió. Era un papel. La joven lo partió en tres trozos y le dio uno a Klara y otro a Helena.

—Tomad. Lo encontré ayer.

—Gracias. ¿Eres eslovaca? —preguntó Klara.

—No, soy checa —respondió la joven.

La muchacha introdujo el papel por debajo de su vestido y se limpió. Volvió a sacarlo y, antes de tirarlo en el agujero, lo miró.

—Qué raro —dijo extrañada—. Sangre.

—Yo no he menstruado desde que llegué aquí —dijo Klara.

—Nadie lo hace —sentenció Helena.

Golpes con las porras en la pared. Otro turno. Las mujeres que estaban en la puerta se abalanzaron sobre los agujeros sucios que quedaban libres.

Fue al salir de las letrinas cuando sucedió. La *kapo* Jelen les dio el alto, interponiéndose en su camino. Clavó su mirada en los ojos de Klara y, sin apartarlos, le dijo a Helena:

—Tú, continúa.

Lo último que escuchó Helena fue como la *kapo* polaca le decía a Klara:

—Tú, sígueme.

Caminaron en dirección a los cuarteles de las *kapos*, que se encontraban al principio de ese sector. En ningún momento la *kapo* Jelen habló con ella, ni siquiera se giró para mirarla. En sus pensamientos más profundos y prohibidos, Klara había llegado a admirar a la *kapo* polaca. Era cruel y despiadada, pero sus facciones dulces, su figura estilizada y esa forma de caminar tan segura y elegante le conferían un aspecto poderoso. Y su extraordinaria belleza, una belleza que Rivka definía como «diabólica». La *kapo* Jelen era una mujer temida y admirada. Había escuchado que hasta las *aufseherin* alemanas la consideraban una de las suyas, aunque para los alemanes, los polacos constituían una raza inferior. Pero en ese momento, el terror era más poderoso que la admiración. Sabía que esa mujer era capaz de los más sádicos actos. Una de las frases que

recorría los barracones era: «Esto puede ser peor que quedarte a solas con la *kapo* Jelen».

Entraron en uno de los barracones de madera. Algunas de las *kapo* charlaban y fumaban alrededor de una estufa todavía apagada. Los cigarrillos se los conseguían las *aufseherin*. Las miraron solo un momento, no parecieron sorprenderse de que una chica con el vestido rayado entrase en ese lugar. La *kapo* Jelen no las saludó. Continuaron caminando por el pasillo central. Las camas eran individuales y estaban dispuestas unas a continuación de otras. Con el objetivo de preservar la intimidad, se encontraban separadas por gruesas mantas y sábanas de diferentes colores y tamaños que colgaban de barras de madera que sobresalían del techo. Atravesaron una de esas mantas y entraron en la guarida de la *kapo* polaca.

Una cama de verdad, con sábanas y mantas de verdad. Una bombilla pelada que colgaba de un cable del techo como única luz. Un lavabo y, sobre él, un espejo enmohecido por los lados. Un retrete con cisterna. Comparado con sus barracones, ese lugar era un palacio.

La *kapo* Jelen se recostó en el lavabo y cruzó los brazos.

—¿Tú eres Klara Kernova?

—Sí.

—Olga me ha hablado de ti.

«¿Eso era bueno o malo?», pensó Klara. Cada minuto que pasaba, el miedo la atenazaba con más fuerza.

—¿Qué quiere de mí? —La voz de Klara tembló al hacer la pregunta. Su mirada estaba clavada en el suelo.

—Vamos bien, al menos sabes que quiero algo de ti. Mira, todas vosotras vais a morir, a estas alturas ya deberías saberlo. Pero yo puedo conseguir que el tiempo que permanezcas en el *Lager*, tu vida sea algo más fácil que ahora. ¿Te gusta este sitio?

—Sí.

—Bien, yo puedo conseguir que cambies ese apestoso barracón por un sitio parecido a este. Yo misma me voy a mudar allí. Puedo recomendarte para la Unidad de Trabajo de Limpieza en el sector Kanada. Effinger busca chicas de tus características. Claro que, si no te interesa, también puedo seleccionarte para la Unidad de Letrinas y así ayudas a recoger toda la mierda que generáis, o para la Unidad Demoliciones y Escombros. La selección depende de mí...

—¿Qué quiere de mí? —Klara se había armado de valor para repetir la

pregunta.

—Lo mismo que en su día quise de Olga. Ya sabes que Olga no está aquí solo por ser judía. Ahora he perdido a Olga, ha pasado a otras manos. Necesito reemplazarla.

—Yo... yo no soy una confidente. Yo no espiaré para usted a mis...

—Yo no necesito ni confidentes ni chivatas, Klara Kernova. ¿Acaso crees que Olga es una confidente? ¿No sabes lo que realmente es Olga?

—No lo sé, no sé lo que es Olga...

—Es una buena chica. Una chica obediente y disciplinada.

Klara guardó silencio. Pensó en la conversación que tuvo la noche anterior con Helena. Estaba convencida de hacer cualquier cosa para dejar de sufrir en ese lugar infame. El barracón, los mugrientos colchones llenos de piojos, el agua colándose por todas partes, la cercanía del invierno...

—¿Qué tendría que hacer?

La *kapo* Jelen sonrió y descruzó los brazos, situando las manos sobre sus caderas.

—Ven aquí. Arrodíllate.

Klara caminó de manera asustada hacia la *kapo*. Se arrodilló ante ella.

Katarzyna Jelen se subió la falda y se bajo las bragas. Bragas limpias.

Cogiendo con una de sus manos la cabeza de Klara, la acercó a su poblado pubis.

—Enséñame lo que sabes hacer.

* * *

Helena fue seleccionada para la Unidad 110, Demoliciones y Escombros. Tras caminar entre pasillos y más pasillos de alambradas electrificadas, las llevaron hasta un lugar donde se estaba construyendo un edificio alargado de piedra, con otro más pequeño adosado en el centro, donde los operarios trabajaban ya en la construcción de una gran chimenea. Los escombros estaban apilados en grandes montones en un lateral del edificio en construcción. Esta vez, tenían que trasladarlo hasta unas carretas de madera de las que, más adelante, se hacían cargo unos prisioneros. Por lo menos, agarrarse a la carreta al depositar las piedras les daba un momento para descansar. Siempre que las *kapo* estuviesen distraídas.

No todo el mundo aguantaba ese trabajo. Helena sacaba fuerzas de donde no

las tenía para no desfallecer, y no llamar así la atención de las *kapos* y de los SS que las vigilaban. Pensaba en Rivka y en Lenka. Y en Klara, que no se había presentado ni al recuento ni a la selección de la mañana. Y en Rózinka, su hermana, y en los niños. Y en sus padres. Pensar en todos ellos le ayudaba a cargar una piedra tras otra, y no caer al suelo exhausta por el trabajo, la debilidad y la falta de sueño.

Una de las chicas que cargaba piedras cayó de bruces al intentar arrojar una a la carreta. Su aspecto era muy frágil, no tendría más de dieciséis años y estaba muy delgada. Era la segunda vez que le pasaba esa mañana. Una de las *kapo* se abalanzó sobre ella, golpeándola con su porra. Pero entonces la chica hizo algo que jamás debería haber hecho. Comenzó a gritar.

—¡Por favor, no puedo más, no puedo más! ¡Que alguien me ayude! ¡Quiero irme a mi casa!

Otra *kapo* se unió a la primera intentando reducirla. Pero era imposible. La chica pateaba intentando protegerse de los golpes y no dejaba de gritar.

—¡Por favor, que alguien me ayude! ¡No puedo más!

Uno de los SS se acercó hasta la chica. Apartó de mala manera a las *kapo* y la levantó de un solo tirón, agarrándola por el cuello del vestido rayado. Desenfundó la pistola y, agitándola ante su rostro de manera nerviosa, gritó:

—*Sich Hinknien! Sich Hinknien!*

Con el rostro cubierto por las lágrimas y sin dejar de sollozar, la chica se arrodilló.

El SS apoyó la pistola contra su cabeza.

Disparó.

Helena sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. Se llevó la mano al pecho.

La chica cayó al suelo como lo haría una muñeca rota. El impacto de la bala provocó que su pañoleta saliera despedida.

El SS guardó su pistola en la cartuchera y cogió el cadáver de la chica por el pelo. La arrastró hacia una de las carretas que ya estaba cargada de escombros. Fue dejando un reguero de sangre en el suelo. La pañoleta de la chica rodó, movida por el viento.

El SS arrojó el cadáver al montón de escombros. Después, caminó en dirección a sus compañeros.

—*Los! Weiter machen! Weiter machen!* —gritaron las *kapo*.

¡Vamos, seguid trabajando!

Esa noche en la litera del barracón, Helena la pasaría en blanco, reviviendo una y otra vez en su cabeza la escena que había presenciado por la mañana. Y pensando en sus amigas, en que algo parecido podía haber sucedido con ellas. Klara no había regresado al barracón. No la había vuelto a ver desde que esa mañana se marchara en compañía de la *kapo* Jelen. Ahora compartía el colchón con Clarice, y con otras muchachas francesas que no dejaban de parlotear en su idioma. De Rivka y de Lenka no había rastro. Las había buscado todo lo que había podido por los barracones, pero no las había visto por ningún lado. Era como si la tierra se las hubiera tragado.

Tardaría tres semanas en volver a ver a Klara. Justo cuando septiembre llegaba a su fin.

* * *

Sucedió una noche, mientras hacía la cola para recoger la cena. Al desviar la mirada, vio a Klara asomarse a la esquina del barracón. Vestía de manera diferente y llevaba una pañoleta blanca en su cabeza. Y algo parecido a un atillo en una de sus manos. Klara no dijo nada, solo la miró. Helena apartó sus ojos de ella y volvió a mirar hacia el suelo. Al levantar de nuevo la mirada, Klara había desaparecido. Pero Helena sabía que estaba allí, escondida, protegida por las sombras de la noche. Klara empleaba esa treta para encontrarse con Olga. El servicio de la cena era el único momento del día en que las *kapos* relajaban algo la vigilancia. Se giró hacia Clarice y le dijo:

—Clarice, recoge tu hoy la cena. Tengo que hacer una cosa.

Clarice se alarmó. Miró en todas las direcciones y, antes de que Helena abandonara la fila, le preguntó:

—¿Adónde vas?

Helena le hizo un gesto para que guardara silencio, poniéndose el dedo índice en los labios.

Cabizbaja, caminó con paso rápido hacia el barracón. La luz difusa de la fachada principal casi desaparecía cuando se llegaba a la esquina. Allí, envuelta por la oscuridad, se distinguía a alguien apoyado contra la pared.

—¿Klara?

—¡Helena!

Las dos muchachas se abrazaron. Permanecieron así durante unos segundos y, al separarse, Helena acarició el rostro de su amiga. Tenía mejor aspecto que la

última vez que la vio, incluso parecía que había engordado un poco.

—Klara yo...

—Schsss... escúchame, esto es muy peligroso. En este atillo hay unas ropas. Pertenecían a una mujer que ha muerto esta noche. Yo las he guardado. Esa mujer era más o menos de tu estatura. Escóndelas debajo del colchón de la litera. Si hubiera un registro, puedes decir que tú no sabes como ha llegado esa ropa hasta allí. Si no hay ningún problema, mañana por la mañana vístete con ella, debajo del vestido de rayas. Tienes que salir un poco antes del barracón y aprovechar el desconcierto que se genera cuando se hacen las filas para el recuento de la mañana. Camina hasta uno de los últimos barracones. Allí verás a un grupo de chicas que llevan una pañoleta blanca en la cabeza. Colócate en la fila que formen. Normalmente no se hacen recuentos, de hacerlos, son en el sector y no todos los días...

—¿Qué sector?

—El sector Kanada, la Unidad de Trabajo de Limpieza. Desinfectamos y clasificamos todas las pertenencias de la gente que llega en los trenes que se detienen en la vía muerta, junto a la rampa. Una vez que estés allí, es muy probable que aunque te descubran quieran contar contigo, eres el perfil de las chicas que buscan: fuerte, trabajadora, limpia, de aspecto saludable...

—Klara, lo que me estás pidiendo es muy arriesgado...

Klara tapó la boca de Helena con la palma de la mano y, acercándose a ella, le dijo:

—Escúchame bien, Helena, y no digas nada. Todos vamos a morir aquí, ahora ya lo sé. Lo único que debe preocuparte es cómo vivir hasta el momento en que decidan eliminarnos. No sabes cómo es la vida en ese sector. Tenemos camas individuales, podemos quedarnos con mucha de la ropa que clasificamos. Yo llevo bragas limpias, Helena. Yo no hubiera imaginado nunca que existía la lencería que pasa por mis manos. Muchas veces, en las maletas encontramos comida, todo tipo de manjares. Las *kapo* hacen la vista gorda y por la noche nos la comemos en el barracón de madera. Hoy he oído que dentro de algunas semanas ya no podremos salir del sector, quieren aislarnos. Tienes que aprovechar esta oportunidad. Y tienes que arriesgarte. Tienes que arriesgarlo todo. Merece la pena, Helena. Si todo sale bien...

—¿Y si sale mal? ¿Y si me descubren? ¿Qué pasará entonces conmigo?

—Solo adelantarás el final que nos espera a todos. Ningún judío saldrá vivo de este lugar, Helena. No sé los demás, pero los judíos no. Los alemanes quieren

aniquilarnos. Desconozco cómo pretenden hacerlo, pero he escuchado muchos comentarios que lo corroboran. Piensa en el comando de demolición, en ese barracón infecto en el que malvives. Cualquier cosa, incluida la muerte, es mejor que esa vida que llevas ahora, Helena.

Se miraron. La luz moribunda que proyectaba una luna de septiembre pareció conjurarse con ellas cuando apareció detrás de una nube. Empezaba a refrescar. El otoño ya se hacía sentir y después llegaría el invierno. Helena pensó en el invierno. No podría sobrevivir al invierno en ese tétrico barracón en el que ahora habitaba. Klara tenía razón. Tendría que arriesgarse. Tendría que arriesgarlo todo.

—Está bien, lo intentaré...

—Lo conseguirás, estoy segura. Ahora vuelve al barracón y esconde estas ropas.

Klara la besó en el rostro y comenzó a caminar por el callejón por el que había venido.

Helena miró el atillo. Por un momento, pensó en algo que no le había aclarado su amiga y que, para su salud, podía ser importante.

—Klara, ¿de qué ha muerto la mujer que llevaba estas ropas?

—De tristeza —dijo Klara, antes de desaparecer entre las sombras.

* * *

—No me lo puedo creer, Wunsch, es la segunda vez que desestiman mi solicitud de traslado a Berlín...

—Te lo advertí, contable. Eres muy bueno en lo tuyo. No van a arriesgarse a... ¿Me escuchas?

La mirada del contable se había perdido en el final de la cantina. Hans Krauss jugaba a las cartas con Dorf y otros dos hombres. Bebían como cosacos y reían a mandíbula batiente. Ahora Krauss trabajaba en uno de los equipos de Dorf.

—Sí, perdona. Estaba mirando a esa rata de Krauss.

—¿Qué te ha pasado con Krauss? Siempre hemos sido buenos amigos...

El contable dio un trago a su vodka, antes de decir:

—Sé a lo que se dedica. Lo siento Wunsch, pero no puedo soportarlo.

—Todos sabemos a lo que se dedica. Pero ese no es nuestro problema, contable. Tú cuentas dinero, yo organizo el Kanada... todos participamos de lo

mismo. Nos dan órdenes y las cumplimos. Eso es todo. Creo que le das demasiadas vueltas a la cabeza. Tendrías que hacer lo que hago yo: beber más y pensar menos. Ya te lo dije en una ocasión, sentados alrededor de esta misma mesa.

—Desde entonces han pasado muchas cosas, Wunsch.

—No, aquí siempre ha pasado lo mismo. Desde el principio, contable.

—He escuchado que ahora están agilizando las cosas...

Wunsch tardó en contestar. Daba vueltas y vueltas con la mano a su vaso vacío.

—Sí, pronto tendrán muchos más crematorios trabajando. He escuchado comentarios de que quieren aislar el sector Kanada, contable. Los empleados y las trabajadoras quedarán prácticamente separados del resto. Allí tendremos que ver muchas cosas, encajonados entre tres de esos nuevos crematorios. No les parece aconsejable que el personal del Kanada tenga contacto con reclusos de otras partes del *Lager*. Si se hace público lo que sucede tras las selecciones, es posible que cunda el pánico y tengamos que enfrentarnos a motines y levantamientos. Posiblemente sea lo mejor. Total, yo prácticamente solo dejo el sector para venir aquí.

—¿Tienes pensado volver pronto a Austria? —preguntó el contable.

—Sí, en cuanto solucione unos asuntos tengo pensado pedir un permiso. Me corresponde.

—¿Y qué harás allí? Quiero decir, después de saber todo lo que sabemos, de ver todo lo que hemos visto. ¿Cómo podremos mirarlos a la cara? En la patria no saben nada de todo esto, Wunsch. No creo que ni siquiera lo imaginen. No en esta magnitud. ¿Qué vamos a decirles?

—Nada, contable. No diremos nada, porque no sabemos nada. No contaremos nada, porque no hemos visto nada. Hemos firmado una declaración jurada, ¿lo recuerdas? Hemos hecho un juramento de lealtad. Estamos en guerra. En la guerra muere gente, es así de sencillo.

—Pero no de esta manera. Cuando hablas, me parece estar escuchando a Kratzer.

Wunsch sonrió. Puso las manos detrás de la nuca, estiró los brazos y se recostó en la silla.

—Quizá porque Kratzer tiene razón. Es solo un eslabón más en la gran cadena.

—¿Y si perdemos la guerra? Las cosas en el frente oriental no parecen

marchar bien...

—Otros rendirán cuentas, contable. No sé, quizá la Oficina Central de Seguridad, el *Judenreferat*, el *Reichsführer*... o el propio Hitler, llegado el caso. De ellos han emanado las órdenes. No de nosotros.

—Sí, pero nosotros las aplicamos, Wunsch. Nosotros las ponemos en práctica.

—No todos, contable. Yo solo gestiono la clasificación de las pertenencias y tú solo cuentas dinero.

—¿Y Krauss? ¿Y Dorf? ¿Y todos los demás?

—Ese es el problema de Krauss y de Dorf... y de todos los demás. Pero no es nuestro problema.

—Yo estoy en la rampa, Wunsch. Asisto a las selecciones...

—No, tú solamente te aseguras de que las pertenencias acumuladas en la rampa lleguen a mi sector. Tú no clasificas a nadie, contable... vas a seguir insistiendo en lo de salir de este lugar, ¿no?

—Sí, lo seguiré haciendo hasta que me largue de aquí. No hay dos sin tres... No sé, en ocasiones pienso que todos tenéis razón, que debería dejar de pensar en estas cosas. Estamos en guerra, y esos judíos son nuestros enemigos. Esos soldados rusos disparan contra nuestros hombres con la misma frialdad que Dorf hace su trabajo. Estoy seguro que pensando así todo sería más fácil, más llevadero. Los judíos... por su culpa perdimos la Gran Guerra. Su existencia pone en peligro los principales fundamentos de nuestra patria. ¿Por qué deberíamos compadecernos de ellos? Sabes, yo disfrutaba arrojando sus libros a la hoguera. Fui feliz en mi etapa de las Juventudes Hitlerianas. Y el mayor sueño de mi vida era entrar en las SS. Lo conseguí. Mi mundo era idílico y feliz, lo teníamos todo. Nunca me hubiera planteado cuestionar nada o cuestionarme a mí mismo. Todo cambió aquí, en este lugar. Esto ha sido un gran golpe para mí Wunsch, un golpe difícil de asimilar.

Krauss arrojó las cartas sobre la mesa, se levantó y se despidió de Dorf entre bromas y risas. Llevaba una botella de aguardiente en la mano. Los vio y caminó torpemente hacia ellos.

El contable se incorporó.

—Bueno, me tengo que ir. Creo que Krauss viene hacia aquí.

—Por cierto, contable, mañana es mi cumpleaños. Celebraremos una pequeña fiesta en los cuarteles del sector. Si quieres venir, estás invitado. ¡Tenemos hasta un piano! No lo creerás, pero venía en uno de los trenes...

—Te lo agradezco, Wunsch, pero tengo mucho trabajo. Felicidades de todos modos.

El contable se puso la gorra y se marchó. Se cruzó con Krauss, pero no le saludó. Hans Krauss se giró a mirarlo. Señalándole, le preguntó a Wunsch:

—¿Qué le pasa a este?

—Nada, tiene mucho trabajo. Está algo cansado, eso es todo.

—Tocar tanto dinero le ha atrofiado el cerebro —Krauss se sentó en la silla que había dejado el contable—. ¿Qué decías de un piano?

—Ah, que mañana es mi cumpleaños, celebraremos una pequeña fiesta en los cuarteles del sector. ¡Hasta tenemos un piano! No lo creerás pero venía en uno de los trenes...

5

LA CANCIÓN DE AUSCHWITZ. EL SECTOR KANADA

Finales de septiembre de 1942

Helena caminaba de manera asustada hacia los barracones donde tenía que encontrar a las chicas de la pañoleta blanca. Esa mañana, había hecho exactamente lo que Klara le había pedido: se había levantado antes de que las *kapos* entraran en el barracón haciendo sonar sus silbatos y golpeando las literas con sus porras. Mientras todas dormían o lo intentaban, había sacado el atillo que escondió la noche anterior bajo el colchón de paja. Lo abrió con cuidado y se puso la ropa que había dentro: una blusa blanca y un pantalón oscuro de remero que le venía muy ancho, aunque las gomas alrededor de los tobillos le apretaban un poco. Encima, se puso el vestido rayado. La pañoleta blanca la guardó en el bolsillo del vestido.

Esperó a que ninguna *kapo* la siguiera con la mirada para abandonar el barracón. Solo entonces, cuando se perdió entre las cientos de mujeres que buscaban las puertas de sus barracones para formar las filas del recuento, se puso la pañoleta blanca en la cabeza.

Helena vio salir a un grupo de muchachas con pañoletas blancas de uno de los últimos barracones. Aligeró el paso y caminó en esa dirección. El corazón le latía con fuerza. Vio que junto a las chicas que formaban había dos *kapos* con pañoleta negra. Helena no las había visto nunca en el campo. Un grupo de SS con perros custodiaba a las chicas.

Se colocó la última de una de las filas. Las *kapos* advirtieron su presencia, pero ninguna de las dos le prestó demasiada atención. Miró al cielo y respiró aliviada. Tal como le había adelantado Klara, no hubo recuento. Las filas se pusieron en marcha.

El otoño había llegado, la niebla lo cubría todo. En ese lugar podían estar días enteros sumergidos en la niebla. Era una niebla húmeda y fría, una especie de bruma pastosa. Nunca te acostumbrabas a ella, pasara el tiempo que pasara.

La caminata de esa mañana entre la niebla se le hizo interminable. Respiraba con dificultad, se encontraba fatigada. Sabía que era por culpa de los nervios y del miedo, que atenazaban su corazón. El trayecto entre los pasadizos de alambradas electrificadas parecía no terminar nunca, y sin embargo, ese sector del campo al que se dirigían estaba relativamente cercano al campo de mujeres.

Se detuvieron ante una gran puerta de dos hojas que los SS abrieron. Esa era la entrada al *Effektenlager*, aunque nadie lo llamaba así. Todo el mundo lo conocía como el sector Kanada.

El sector se componía de más de treinta bloques, sin incluir los cuarteles. Sin embargo, Helena y el resto de las chicas se dirigieron a uno de los seis bloques de almacenamiento. En sus puertas, decenas de chicas con pañoleta blanca se encontraban ya trabajando. Las *kapos* les marcaron el camino hacia la *Entwesungskammer*, el depósito de ropa de los judíos.

Como el resto de las chicas, antes de entrar en el depósito, recogió una caldereta de café. Lo bebieron andando, mientras se dirigían hacia la entrada. Estaba amargo, algo agrio, pero era mucho mejor que ese agua caliente zarrapastrosa que tomaban todos los días. Fue entonces cuando Helena se quedó paralizada, aunque siguiera caminando. Su aventura había terminado.

Había tres *kapos* charlando junto a la puerta de entrada del depósito de la ropa. Dos de ellas, flanqueaban a una *kapo* muy delgada, de escasa estatura y rostro serio que parecía estar impartiendo órdenes. Aún de espaldas, y con la pañoleta negra en su cabeza, Helena reconoció la figura de una de esas *kapo*. Los malos augurios se confirmaron cuando se dio la vuelta y la miró fijamente a los ojos: era la *kapo* Jelen. La mujer que la había atormentado día tras día durante los últimos meses.

«Se acabó, Helena, aquí ha terminado todo». Agachó la cabeza. Podía sentir el latido del corazón en sus sienes. Por un momento, pensó que iba a desvanecerse allí mismo. Pero no sucedió nada. La *kapo* Jelen apartó de ella la mirada y continuó escuchando a la *kapo* más bajita.

Entraron en el depósito de la ropa. Las chicas se desprendieron del vestido rayado, que colgaron en unos rústicos colgadores de madera que había en la pared contigua a la puerta. Helena las imitó y se quitó el vestido, que colgó encima del que había dejado otra chica. En el enorme depósito había trabajando

ya más de medio centenar de mujeres. Los SS paseaban entre ellas con sus fusiles gritando órdenes amenazantes en alemán.

El suelo del depósito estaba cubierto de cientos de atillos que las mujeres traían a través de una puerta de madera, la mitad de ella acristalada, que comunicaba con un barracón de almacenamiento. Helena se limitó a hacer lo mismo que hacían el resto de las chicas entre las que había llegado a ese sector del campo: recogió del suelo dos pesados atillos de ropa y los cargó sobre sus espaldas. Sabía que la única forma de sobrevivir a ese momento consistía en imitar todo lo que hicieran las otras chicas, con normalidad y sin sorprenderse ante nada. Tenía que causar la impresión de que para ella, todo eso formaba parte de la rutina diaria.

Salió del depósito y se dirigió hacia un tétrico edificio en forma de I que había enfrente de los barracones de almacenamiento. Se le conocía como la *Zentral Sauna*. Mientras caminaba en una fila improvisada de mujeres cargadas con atillos, se dio cuenta de que la *kapo* Jelen pasaba a su lado. Volvió a mirarla, aunque Helena caminaba encorvada y con la cabeza baja. La *kapo* Jelen pasó de largo y se reunió con otra *kapo*, que esperaba en una de las puertas que daba acceso al edificio. Se plantó allí, con el bastón picudo entre sus manos. Helena temió que ahora, cuando entrara bajo esa puerta, la *kapo* pudiera poner el bastón sobre su pecho y cortarle el paso. La *kapo* polaca solía actuar así. Pero muy al contrario, cuando Helena encaraba el camino que conducía al interior del edificio, Katarzyna Jelen se dio la vuelta y comenzó a charlar con la otra *kapo*.

Helena entró en la *Zentral Sauna* por la puerta derecha de acceso. Sobre la puerta había un pequeño farolito que emitía una luz pobre, pero que en esa neblinosa mañana servía como faro guía para penetrar en el edificio. Una vez dentro, avanzó por un largo y oscuro pasillo, pobremente iluminado. Hacía mucho calor, el pasillo era cavernoso y asfixiante, creaba una extraña sensación de claustrofobia. El trasiego de muchachas era incesante; unas que ya habían descargado los atillos y otras que se dirigían a hacerlo. Nadie hablaba, nadie miraba a nadie. Al final se distinguía otro pasillo, de las mismas características. Los dividía una sala.

Incrustadas en las dos paredes de esa sala había una sucesión de puertas negras de hierro. Estaban abiertas. Un grupo de prisioneros charlaban apoyados junto a una de ellas. Más SS con metralletas vigilaban la estancia, de vez en cuando ordenaban a las chicas que traían los atillos que se dieran prisa. Las puertas de hierro conducían a las cámaras de desinfección de vapor. Helena depositó en una de las cámaras sus dos atillos. En la puerta de la cámara se

encontraba grabado el nombre de su fabricante: *Topf*. Las chicas que trabajaban dentro de la cámara cogieron los dos atillos que había dejado Helena y los abrieron. Tenían que extraer una a una las prendas y colgarlas de unos pequeños ganchos. Todo por separado: pantalones con pantalones, camisas con camisas, vestidos con vestidos.

Al pasar junto a una de las puertas de las cámaras de vapor vio a Klara. Estaba colgando elegantes vestidos de mujer en los ganchos de la cámara. Se miraron. Klara no hizo ningún gesto, continuó colgando vestidos como si no la conociera. Helena agachó la cabeza y salió de la sala.

No podría cuantificar cuantos viajes hizo esa mañana entre el depósito de ropa y las cámaras de vapor. Pero fueron muchos y a cada cual, más pesado. En uno de ellos, llevó a sus espaldas dos atillos que contenían abrigos. Durante el trayecto pensó, en más de una ocasión, que iba a caer de rodillas sobre el suelo embarrado. Sin duda, eso le habría delatado. Allí las mujeres estaban mucho más fuertes que en el resto de comandos del campo; no se veían mujeres débiles ni enfermas. Klara le había dicho la verdad. La vida en ese sector del campo no podía ser igual que del que ella procedía.

Ese pensamiento le hizo sentir bien, trabajó con más vigor, con más rapidez, sacando fuerzas de flaqueza aún cuando la debilidad ya la vencía. Pero todo se desmoronó como un castillo de naipes cuando regresaba de su última entrega de atillos. Helena vio que la *kapo* de pequeña estatura y rostro serio la miraba fijamente. Otra *kapo* le estaba hablando al oído y la señalaba con el bastón. Cabizbaja, Helena entró en el depósito de la ropa. Se encontró con que todas las chicas estaban formadas en el centro del depósito. Dos camiones Mercedes llegaban en ese momento. Iban atestados de pertenencias que unos prisioneros se disponían a amontonar en la puerta del barracón de almacenamiento.

Recuento. Esa palabra estalló en el interior de su cabeza. Klara le dijo que no lo hacían todos los días, pero Helena no había tenido suerte. Se situó en el lugar que le correspondía. Las muchachas seguían entrando, haciendo cada vez más larga la fila. Las *kapo* entraron las últimas. Para su sorpresa, no le dirigieron la mirada. «Tenía que suceder, en un momento u otro tenía que suceder. Esto era una locura, en cuanto se produjera un recuento se darían cuenta de que mi número no figuraba en ninguna de sus listas. Si este es el final, que sea rápido», pensó Helena.

Las dos *kapos* se situaron frente a la fila. Primero miraron las listas, para después, pasear su mirada por las muchachas. Helena se dio cuenta que, mentalmente, las *kapos* estaban contando.

—*Alles raus! Also los!* —gritó la kapo de rostro serio.

La fila se rompió, las muchachas caminaron muy deprisa hacia la puerta que comunicaba el depósito de ropa con el almacén del barracón número seis. Tenían que meter dentro los equipajes que los prisioneros estaban amontonando.

Helena caminó en esa dirección, cuando escuchó a la *kapo* decir:

—Tú no.

Se detuvo en seco. No se giró. El resto de las chicas continuó su camino. Ninguna de ellas hizo ademán de mirarla.

Las dos *kapos* la rodearon.

—Enséñanos tu número —dijo una de ellas.

Sin levantar la cabeza del suelo, Helena enseñó su antebrazo izquierdo.

Leyeron el número. La *kapo* de más estatura lo buscó en la lista que llevaba en la mano. Negó con la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó la *kapo* de rostro serio.

Helena no contestó.

—Este no es tu comando de trabajo. ¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar.

Silencio. Helena continuó con la cabeza agachada y las manos cruzadas.

—Está bien. Hoy continuarás trabajando en el almacén, no nos sobran chicas y tenemos mucho trabajo. Pero esta noche, antes del recuento, solicitaré al *unterscharführer* Effinger que te trasladen a una compañía penal. ¿Sabes lo que eso significa?

—No —contestó Helena alzando levemente la mirada.

—Es tu muerte. Antes de una semana estarás muerta. Eso, si no enloqueces y te quitas tu misma la vida. Nadie regresa de una compañía penal. Nadie.

Helena bajó la cabeza y clavó la mirada en el suelo. Afirmó con un movimiento de cabeza que lo había comprendido.

—¿De dónde has sacado la ropa? Tendrás que decirnos quién te ha conseguido la ropa que llevas, o todas esas chicas se irán contigo a la compañía penal —el tono de voz de la *kapo* resultaba atemorizante.

—La robé —dijo Helena.

—Ya lo veremos. Pero antes de que te mandemos a la muerte, todavía puedes hacernos algún servicio. Ponte a trabajar.

Helena caminó hacia los bultos amontonados en la puerta del almacén.

* * *

Con las guerreras desabrochadas, descamisados, pasándose de mano en mano la botella de vodka y el *unterscharführer* Meier aporreando el piano, los ocho hombres reunidos en la oficina de Wunsch cantaban el himno *En la plaza de Adolf Hitler*.

*Freie, frohe Lieder, klingen immer wieder,
Durch die ganze Welt, durch die ganze Welt...*

Las voces de borracho entonando el himno se podían escuchar fuera de los cuarteles de las SS en el sector Kanada. Frente a estos, grupos de mujeres con la pañoleta blanca cargaban pesadas maletas, que introducían en el barracón de almacenamiento número seis.

*Freie, frohe Lieder, klingen immer wieder,
Durch die ganze Welt, durch die ganze Welt...*

—¡Basta, basta! —gritó Wunsch—. Cantamos muy mal y estamos borrachos. Las chicas de Effinger se van a asustar.

Hahn caminó con paso de borracho hacia la ventana. Las «chicas de Effinger» cargaban más maletas que habían llegado en un camión desde la rampa, vigiladas por las *kapos* y sus bastones.

—Las putitas judías de Effinger. Es lo único un poco decente que se puede mirar en este lugar. La cara de las *kapos* margarían al hombre más desesperado y nuestras *aufseherin* parecen hombres. ¿De dónde coño las sacan? ¿Alguien lo sabe?

Gran carcajada general. Meier, aún sentado frente al piano, dijo:

—¿Os acordáis de Wuttke? Al muy animal no se le ocurrió otra cosa que violar a una de esas putitas en las duchas que hay detrás de los bloques de almacenamiento. «¡No lo pude reprimir! ¡No lo pude reprimir!», gritaba el gran cabrón en la oficina del jefe. ¡Qué hijo de puta! Decía que le volvían loco las putitas judías de Effinger.

—¿Qué fue de él? —preguntó Hocker.

—Poca cosa. Lo destinaron a Belsen. Algo así como un destierro. Y una reprimenda.

—¿Y a la putita? ¿Qué le pasó a la putita judía? —preguntó Hassler.

—Tuvimos a un equipo de limpieza quitando sangre de los lavabos toda la tarde. Después de violarla, al hijo puta no se le ocurrió otra cosa que aplastarle el

cráneo contra las baldosas de la pared. ¡Qué poca delicadeza! —explicó Emmerich.

Otra gran carcajada. Meier les hizo un gesto con las manos, como si se le hubiera ocurrido una gran idea:

—Estaba pensando... las putitas de Effinger son también las putitas de Wunsch, ¿no?

—Oh no, no. A mí no me metáis en esto. Mi cometido aquí es otro...

—Podrías traernos a una de esas chicas. Una que sepa hacer algo, bailar o cantar, o hacer ejercicios gimnásticos. ¡Yo que sé! Algún talento tendrán, ¿no? Con perdón, Wunsch, esta fiesta de cumpleaños es una mierda. Lo único que vale es el vodka. Por cierto, ¿de dónde coño lo has sacado? —preguntó Meier.

—Está bien. ¿Queréis que traiga a una de esas chicas?

El sí fue acompañado de un levantamiento conjunto de las copas de vodka.

Wunsch salió del despacho y caminó tambaleante hasta la puerta del cuartel.

—¡Schmidt! ¡Schmidt! —gritó en dirección al barracón de almacenamiento, mientras se agarraba al marco de la puerta.

Una *kapo* delgada, de pequeña estatura y rostro serio cruzó la calle que separaba el barracón número seis de los cuarteles.

—Sí, *unterscharführer* Wunsch, ¿qué desea?

—Escúchame, quiero que me traigas a una de esas chicas judías, una que tenga algún tipo de talento. No sé... una que sepa cantar. En alemán. Una que sepa cantar en alemán.

—Como ordene, *unterscharführer*.

La *kapo* volvió a cruzar la calle con paso firme. Wunsch regresó a su fiesta.

La *kapo* Schmidt entró en el barracón de almacenamiento. La actividad era frenética. Las chicas sacaban las prendas que había en las maletas y las dejaban sobre las grandes mesas de madera. Otras se encargaban de revisarlas una por una.

La *kapo* Schmidt golpeó con su bastón en una de las mesas.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme! —bramó la *kapo*.

La actividad se detuvo.

—¿Alguna de vosotras sabe cantar?

Nadie respondió. Las chicas de la pañoleta blanca agacharon la cabeza o perdieron su mirada en la ropa que estaban revisando.

—¿Ninguna? ¿Ninguna de vosotras sabe cantar?

—Yo sé bailar —dijo una chica griega de aspecto menudo, levantando la mano.

—No quiero chicas que bailen, quiero chicas que canten. Que canten en alemán. ¿Ninguna de vosotras sabe cantar una canción en alemán?

Una de las *kapo* se acercó a la *kapo* Schmidt. Le dijo algo al oído y después, extendió su brazo y señaló con el dedo índice de la mano a una de las chicas.

Señaló a Helena.

—Ella sabe cantar. Yo la escuché cantar una noche en el barracón número cuatro del *Stammlager*. Fue la noche que llegué a este lugar. Todos los barracones estaban atestados y nos metieron en uno de los barracones de las judías. Cantó una canción infantil, en alemán. Nos hizo llorar a todas.

La *kapo* Schmidt escrutó a Helena. Era la chica infiltrada, la que tendrían que enviar a la compañía penal.

—¡Tú, sígueme! —dijo, señalando a Helena con el bastón.

—Yo no sé cantar... —replicó Helena.

—¡He dicho que me sigas!

—Le repito que yo no sé cantar. No sé cantar en alemán...

—No lo estropees más. ¡Sígueme!

Helena abandonó su puesto y caminó hacia la *kapo*. Salieron juntas del barracón de almacenamiento y cruzaron la calle que lo separaba de los cuarteles. Era la primera vez que Helena entraba en una de esas estancias reservadas a los mandos de las SS. Atravesaron un pasillo en forma de T bien iluminado, con puertas cerradas que parecían despachos a los dos lados. Se detuvieron ante el último de los despachos. La *kapo* Schmidt abrió la puerta y dijo:

—*unterscharführer* Wunsch, esta chica sabe cantar.

Había ocho hombres uniformados en el despacho. Todos ellos parecían borrachos, estaban fumando y riendo. Uno estaba sentado frente a un piano de color negro. Las mesas estaban abarrotadas de vasos y botellas de vodka, muchas ya vacías. Una nube de humo cubría el despacho.

Solo lo miró durante un instante, antes de agachar la cabeza y cruzar las manos sobre el pantalón de remero. Un *flash*, parecido al fogonazo que provoca la luz de una linterna que impacta sobre el rostro, acudió a su cabeza. Había visto a ese joven atractivo de rasgos finos una noche, la noche que llegó a ese horrible lugar en compañía de Rivka. Fue nada más descender del tren, junto a las vías férreas. Recordó que le impresionó la simetría de su rostro y sus ojos de un azul muy intenso, pero que desprendían un aroma de fiereza. Los mismos

ojos que ahora la estaban mirando.

Wunsch miró detenidamente a Helena. A su alrededor, las risas cesaron cuando vieron entrar a la muchacha de la pañoleta blanca. Franz Wunsch cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre ella. Apoyó los brazos en la madera del respaldo. Los otros siete hombres permanecían de pie, tras él. Excepto Meier, que continuaba sentado frente al piano.

—¿Sabes alguna canción en alemán, muchacha? —preguntó Wunsch.

Helena empezó a temblar al escuchar su voz. La luz mortecina del atardecer se filtraba por una de las ventanas e incidía directamente en el rostro del joven SS.

—No... bueno, sé una canción. Pero es una canción infantil. La aprendí en la escuela.

Wunsch se giró y miró a sus compañeros. Uno de ellos dijo algo que Helena no entendió. Ella continuaba con la mirada clavada en el suelo.

—¿Y esa canción prohibida que cantáis en los barracones? Creo que se canta en alemán. ¿La conoces? —preguntó Wunsch.

Helena no contestó. La canción prohibida. Nadie sabía como había llegado al campo, pero durante un tiempo todo el mundo la cantaba. Entre otras cosas, servía para acostumbrarse al alemán. Y como un grito sordo de protesta contra las condiciones de vida en ese lugar.

—Si la conoces, puedes cantarla. No te preocupes. No te sucederá nada.

—Sí, la conozco, pero no la cantaré —contestó Helena.

—¿Por qué?

—Porque está prohibida.

—He dicho que no debes preocuparte. Todos nosotros sabemos que la cantáis, todos la hemos oído alguna vez. ¡Es solo una canción!

Sintió que tras ella, la *kapo* la golpeaba ligeramente en la espalda con el bastón. El joven SS volvió a insistir.

—Cántala. Meier podría acompañarte con el piano.

—No conozco la melodía —dijo Meier.

—Sí, la cantan con la melodía de «Cuando las olas rompen en el Mar del Norte».

—¡Esa si que la conozco! —Y empezó a aporrear el piano.

—Cántala, muchacha. Por favor.

Bitte. Por favor. Quizá fueran esas dos palabras. Quizá, en las condiciones en

las que se encontraban, solo hacía falta que alguien pronunciara esas palabras para que la más férrea de las voluntades se quebrara. Era la primera vez desde que llegara a ese lugar que un alemán le pedía algo por favor. La primera muestra de humanidad tras duros meses de maltrato. La primera muestra de humanidad que escuchaba de la boca de esos hombres despreciables.

Helena empezó a cantar:

*Zwischen Weichsel und der Sola schön verstaut
Zwischen Sümpfen Postenketten, Drahtverhau...*

El silencio en el despacho era absoluto. Todos estaban concentrados en la bella voz de la muchacha judía. La *kapo* Schmidt observó que Wunsch escuchaba a la joven como embelesado, como si todo a su alrededor hubiera desaparecido. Como si esa chica y él estuvieran solos. Solos en esa habitación.

Helena no pudo evitarlo. Sus ojos se cubrieron de lágrimas. Lágrimas que no tardaron en rodar por su rostro. Pero ya no sabía por qué lloraba: si por su futuro incierto en esa compañía penal a la que sería enviada, si por tener que cantar obligada ante todos esos hombres detestables, o por la letra de esa canción que le recordaba a los muchos meses de sufrimiento.

*Wo Malaria, Typhus und auch andres ist,
Wo dir grosse Seelennot am Herzen frisst...*

Uno de los hombres se levantó con una botella de vodka en la mano. Se acercó a la ventana y dirigió su mirada a las chicas de la pañoleta blanca que descargaban las maletas de un nuevo camión. La *kapo* Schmidt seguía concentrada en el rostro del joven SS que celebraba su cumpleaños. Quizá solo fuera una sensación, pero tuvo la impresión que los ojos de Wunsch brillaban de una manera especial. Se había encendido un cigarrillo, pero este se consumía lentamente entre sus dedos. Estaba como hipnotizado por la voz que brotaba de la garganta de la muchacha judía.

*Wo so viele Tausend hier gefangen sind
Fern von ihrer Heimat, fern von Weib und Kind...*

Cuando Helena terminó la canción, el silencio seguía reinando en el despacho. Meier dio un largo trago de una botella de vodka que había sobre el piano. Hahn seguía mirando por la ventana hacia la puerta del bloque de almacenamiento. Wunsch le preguntó a Helena:

—¿Cómo te llamas, muchacha?

Helena cogió su brazo izquierdo con la mano derecha y leyó:

—Uno...

—No, te he preguntado tu nombre, no tu número.

Helena volvió a leer su número tatuado en el antebrazo.

—Uno...

—Ese es tu número, no tu nombre...

—Aquí no tengo nombre. Solo un número.

La voz de Helena sonó firme. Su rostro continuaba cubierto por las lágrimas. Por un momento, el rostro del SS se contrajo. Pero solo duró eso, un momento. Tras él, Emmerich hizo acción de levantarse de la silla en la que se había sentado. Pero Wunsch consiguió que se calmara y se volviera a sentar, haciendo un gesto de tranquilidad con su mano.

—Está bien, puedes marcharte.

Helena y la *kapo* Schmidt dieron media vuelta y abandonaron el despacho.

Wunsch se levantó de la silla, se giró hacia sus compañeros, extendió los brazos y exclamó:

—Después de todo... ¿Eso es lo que piensan de nosotros? ¡Pues no es tan malo!

Nuevas carcajadas. Las botellas de vodka volvieron a alzarse.

Mientras los SS llenaban sus vasos, Wunsch dio media vuelta y salió al pasillo. La *kapo* Schmidt y la joven judía todavía no habían llegado a la puerta del cuartel. El SS austriaco gritó:

—¡Schmidt!

La *kapo* y Helena se detuvieron. La *kapo* recorrió nuevamente el pasillo en dirección a Wunsch. Al llegar frente a él, preguntó:

—¿Quiere algo más, *unterscharführer*?

El SS austriaco bajo la voz y dijo:

—Sí, esa chica... quiero que trabaje en el barracón seis...

—Lo siento, *unterscharführer*, pero esta noche antes del recuento, será enviada a una compañía penal...

—¿Por qué?

O se lo pareció a la *kapo* Schmidt, o el rostro de ese joven SS había adquirido un tinte de preocupación.

—Es una infiltrada, no pertenece a este comando de trabajo. La descubrimos

esta mañana. Ya lo he hablado con el *unterscharführer* Effinger.

—Ese es el tipo de chica que buscamos en este comando, Schmidt. Las muchachas de los comandos del campamento de mujeres están demasiado débiles, muchas de ellas enfermas. Y las que llegan de los trenes... en los últimos meses la política ha cambiado, ya no podemos elegir a todas las que queremos. No, quiero a esa chica en este comando.

—¿Y el *unterscharführer* Effinger? —preguntó la *kapo* con voz asustada.

—Olvídese de Effinger, yo hablaré con él. Quiero que la asigne al barracón seis y que le den una cama en el barracón diez.

—¿En el barracón diez?

—Sí, eso he dicho, en el barracón diez.

—Como usted ordene, *unterscharführer*.

Con gesto contrariado, la *kapo* dio media vuelta y regresó junto a Helena. Juntas cruzaron la calle que conducía al barracón de almacenamiento. Solo cuando las vio perderse en su interior, Wunsch regresó a su fiesta.

* * *

A la hora que Helena esperaba ser entregada a la compañía penal, se encontraba atravesando el pasillo central del barracón número diez, en compañía de una *kapo* polaca llamada Edna. Era la misma mujer que la había señalado en el almacén de clasificación y, por culpa de ella, había terminado cantando en la fiesta de cumpleaños de ese joven SS de ojos feroces. Mientras caminaban, Helena no podía dar crédito a lo que contemplaban sus ojos: un barracón de madera donde había una estufa encendida, cierto orden y limpieza y, sobre todo, camas individuales. Además de disponer de taquillas, mesas y sillas y un pequeño lavabo descascarillado donde podías lavarte las manos. Casi todas las camas estaban ocultas por mantas y sábanas que colgaban de vigas de madera. Todas menos una, la cama a la que se dirigían.

Rodeando la cama, Helena tocó el colchón mientras miraba a la *kapo* con un gesto entre ilusionado y sorprendido. No era mucho mejor que el que tenían las literas, aunque este estaba confeccionado con papel y aserrín, pero por lo menos era para ella sola. La *kapo*, una mujer joven y bonita, de rostro tranquilo, golpeó con el bastón en el jergón y le dijo:

—Debajo del colchón he dejado unas sábanas y unas mantas. Podrás utilizarlas para procurarte un poco de intimidad.

Helena afirmó satisfactoriamente con la cabeza.

—«Si te portas bien y no das problemas, no tendrás problemas». Esa es la ley principal de este lugar. Te he observado mientras trabajabas. He visto que eres hacendosa, silenciosa, ordenada y tranquila. Ese es el buen camino. Nosotras vemos muchas cosas aquí, pero si colaboráis en el mantenimiento del orden, sabemos como hacer la vista gorda. Eso sí, sé comedida. Todo exceso se paga.

Helena se sentó sobre el colchón.

—La *kapo* Schmidt me ha contado lo que ha pasado en el despacho de ese joven SS. Ten cuidado, muchacha —El rostro de la *kapo* se había tornado serio.

—¿Por qué? —preguntó Helena.

—Te lo digo por experiencia propia. Quiero que veas algo.

La *kapo* se dio la vuelta. Sacó la blusa blanca, que llevaba metida por dentro de la falda, y enseñó su espalda desnuda. Estaba atravesada por unas horribles heridas, una especie de llagas secas, inclinadas, del grosor del dedo meñique. La *kapovolvió* a cubrirse con la blusa y se giró hacia Helena.

—Antes de venir aquí estuve en otro campo, se llamaba Stuffhof...

—¿Eres judía? —interrumpió Helena.

—No, llegué allí por un motivo que no viene al caso. Lo que sucedió es que uno de esos SS se enamoró de mí. Durante un tiempo todo fue bien, me convertí en su protegida, gocé de privilegios inalcanzables para cualquier otra de las reclusas. Pero en un momento dado, quiso algo más de mí. Yo me negué. Era un joven atractivo, pero a mí me daba asco mantener relaciones más profundas con un hombre que vestía ese uniforme. Él enfureció. Ordenó que me azotaran públicamente, veinticinco azotes que mis compañeras tenían que ir contando de viva voz. Las amenazó con azotarlas a ellas también si se equivocaban en la cuenta. No permitió que me curaran en el dispensario del campo. Deseaba que esas marcas quedaran sobre mi piel, como una especie de recordatorio eterno por mi desplante. Después de aquello, me envió a este lugar. Llegué la noche que tu cantaste aquella canción en el bloque número cuatro. ¿Lo has entendido?

—Sí, creo que sí.

—Nunca te fíes de ellos, muchacha. Por fuera pueden parecer encantadores, pero por dentro son brutales.

Helena no terminaba de entender por qué esa mujer se preocupaba tanto por ese asunto. Ella tenía otras preocupaciones.

—Escucha —dijo Helena, con voz dubitativa—, en este sector hay una amiga mía, se llama Klara. No sé en que barracón se encuentra. ¿Cómo podría

encontrarla?

En el rostro de la *kapo* se dibujó una sonrisa enigmática.

—Klara, es eslovaca como tú, ¿verdad?

—Sí.

—Sé donde se encuentra Klara, pero no te lo diré. Klara anda metida en otras cosas... ella se acercará a ti.

—De acuerdo.

La *kapo* hizo acción de marcharse pero, antes de hacerlo, se giró y le dijo:

—Aléjate de ella. No te interesa. Recuerda todo lo que te he dicho.

—Gracias por todo —dijo Helena con tono sincero.

—No me des las gracias, muchacha. Hay una cosa que tienes que tener muy clara si quieres sobrevivir en este lugar: si tengo que golpearte, lo haré. Si me ordenan que te mate, te mataré. No te confíes, no te confíes nunca.

Después de decir esas palabras, la *kapo* Edna se marchó.

Helena levantó el colchón y sacó las sábanas y las mantas. Miró las vigas del techo. Estaban demasiado altas para ella. No sabía como podría llegar hasta esas vigas para colgar las mantas y las sábanas...

En ese momento la vio. Klara estaba en la puerta del barracón.

Corrió hacia ella, abriéndose paso entre las mujeres que atestaban el pasillo central. Se abrazaron. Permanecieron abrazadas durante unos minutos.

—¡Lo has conseguido, Helena! ¡Lo has conseguido!

Helena no había podido contener las lágrimas. Klara las limpió con sus manos.

—Me he enterado de lo que ha pasado en los cuarteles...

—¿Cómo te has enterado?

—Da lo mismo, llevo varias semanas aquí y he establecido contactos. Este sector funciona así, ya lo comprenderás con el tiempo. He venido para advertirte, Helena.

—¿Advertirme de qué?

—De ese hombre, del SS. Ten cuidado. Ten cuidado con él. No te dejes impresionar por su uniforme, no dejes que te engañen ni su rostro ni sus ojos.

Estaba empezando a intrigarse con el asunto del SS al que le había cantado la canción prohibida. Era ya la segunda persona que le advertía sobre ello en pocos minutos.

—Creo que lo conocía... —dijo Helena.

—¿Que lo conocías?

—Quiero decir, lo vi una vez, la noche que llegué a este lugar. Estaba junto a las vías férreas, me alumbró con una linterna...

Su rostro adquirió un tono de gran tristeza. Rivka. La noche que llegó a ese lugar en compañía de Rivka. Se acordaba de ella todos los días, a todas las horas. La echaba mucho de menos.

Klara la cogió con fuerza por los hombros y le dijo:

—Mira, ese joven es un sádico. Un día, una compañera lo vio golpear a un hombre, golpearlo casi hasta la muerte. Fue junto a la alambrada. El prisionero intentaba entrar en el cable...

—¿Entrar en el cable? ¿Qué significa «entrar en el cable»?

—Arrojarse a la alambrada electrificada. Muchos prisioneros desesperados lo hacen, o lo intentan hacer. Aquí hemos venido a morir, Helena, pero son ellos los que dictan la hora de nuestra muerte. Ten cuidado con el joven SS, evítalo. Recuerda que es un alemán. Y tú, una mujer judía. Siempre será así, las cosas nunca cambiarán.

Bitte. Por un momento, Helena recordó al joven SS pidiéndole por favor que cantara para él.

—Lo sé, Klara, sé que soy una mujer judía. Lo recuerdo todos los días, recuerdo las palabras de mi padre. Esas cosas me mantienen con vida. Pero no entiendo por qué te preocupas tanto, yo solo le he cantado porque la *kapo* me ha obligado...

—Tienen mucho tiempo libre, Helena. Se aburren. A veces, nosotras nos convertimos en una forma de entretenimiento. Ellos son los señores del mundo y nosotras solo somos sus esclavas. Creen que pueden jugar con nosotras, que tienen el derecho a hacerlo. La codicia y la supervivencia, esas son las normas que rigen aquí. Para ellos, todo tiene que ver con la codicia. Para nosotras, nuestra única ley es la supervivencia.

—Yo no soy ni seré el juguete de nadie, Klara. Preferiría morir antes que ser el entretenimiento de uno de esos hombres.

—Me alegra escuchar esas palabras. Tengo prisa, Helena, me tengo que marchar. Vendré a verte siempre que pueda. Y recuerda lo que hemos hablado. Recuérдалo todos los días.

Klara le dio un beso en la mejilla e hizo acción de irse.

—Klara, ¿por qué no me dices en que barracón estás? Yo también podría visitarte...

—No, yo seré la que venga a verte.

En el rostro de Helena se mostró un repentino gesto de preocupación. Las palabras de la *kapo* no se apartaban de su cabeza: «Aléjate de ella».

—Klara, yo también estoy preocupada. ¿En qué andas metida?

—¿Te acuerdas lo que te dije cuando saqué las cerillas aquella noche en el barracón?

—Sí, que no preguntara de donde habían salido.

—Pues eso, no hagas preguntas. Ya lo entenderás cuando lleves unos días aquí. Recuerda, supervivencia, Helena. Todo se reduce a la supervivencia.

Klara se marchó. Echó a correr en dirección a ese edificio al que llamaban la *Zentral Sauna*. Pronto su figura desapareció, se fue oscureciendo bajo las tristes luces del campo. Helena regresó al barracón.

* * *

Klara caminó veloz en dirección al edificio conocido como la *Zentral Sauna*. Dos SS con perros se cruzaron en su camino. Ni siquiera la miraron, esa era la hora en que los reclusos podían visitar a sus amistades de otros barracones. Se limitaron a hacer callar a los perros que habían enloquecido al ver su vestido rayado. Sin levantar la cabeza del suelo, giró hacia un pequeño edificio alumbrado por una triste bombilla pelada encima de la puerta de entrada. Era el barracón de letrinas de las prisioneras arias.

En la puerta de las letrinas, había dos *kapos*, recostadas a cada lado de ella. Una era la *kapo* Jelen.

Al llegar a la puerta, Klara levantó la cabeza y miró al rostro de la *kapo* polaca. Esta le hizo un gesto afirmativo. Klara entró en el barracón de las letrinas.

Una galería oscura y fría daba paso a la sala donde se encontraban las letrinas. Tres jóvenes prisioneras alemanas fumaban en corro en torno a un retrete. Trabajaban en el barracón número cuatro, donde se almacenaban los enseres de los presos arios que llegaban al campo. Las tres miraron de manera despectiva a la joven judía del vestido rayado.

Klara bajó la cabeza y se levantó el vestido. Rebuscó en el interior de su pantalón, llevaba algo cogido entre su piel y sus bragas. Una de las prisioneras alemanas, a la que llamaban Mandy, alargó el brazo en su dirección y abrió la mano.

Klara sacó un reloj y un par de pendientes de oro. Mandy los cogió y los miró. Volvió a lanzar a Klara una mirada de desprecio e hizo un chasquido con los dedos de su otra mano: «Lárgate de aquí».

Klara terminó de arreglarse el vestido. Levantó la cabeza y miró a Mandy. Esta había hecho desaparecer el reloj y los pendientes, dándoselos a otra de las prisioneras alemanas, que los había escondido rápidamente debajo de su falda. Dio una calada a su cigarrillo. Mandy llevaba las cejas perfiladas y tenía los ojos rasgados, de un azul muy intenso. Las dos mujeres se sostuvieron la mirada durante unos instantes, de manera desafiante. Klara volvió a inclinar la cabeza hacia el suelo, dio media vuelta y abandonó la habitación de los retretes. Recorriendo otra vez la oscura galería salió al exterior.

Con el mismo paso rápido, caminó en dirección a su barracón. La *kapo* Jelen la siguió con la mirada. Le hizo un rápido gesto con la cabeza a la segunda *kapo* y las dos, penetraron en el barracón de las letrinas.

* * *

Dos muchachas ayudaron a Helena a arreglar su cubil. Colgaron las sábanas y las mantas alrededor del camastro. Esa noche sería la primera que dormiría sola en el colchón, y con la intimidad que las mantas y las sábanas podían proporcionarle. Una de las jóvenes era eslovaca, se llamaba Esther. Tenía la tez muy blanca, algo que remarcaba aún más sus ojeras oscuras. La otra era polaca, y su nombre era Leah. Era una joven poco agraciada, pero sus ojos destilaban confianza y bondad.

—Esta noche hay reparto en la cama de Dina —dijo Leah.

—¿Reparto? ¿Qué es reparto? —preguntó Helena.

—Ya te acostumbrarás, Helena. Acércate a la cama de Dina y prepáralo todo, ahora mismo vamos —dijo Esther dirigiéndose a Leah.

—De acuerdo, no tardéis —contestó esta.

Apartó con la mano una de las mantas y salió. Esther se subió el vestido rayado y rebuscó algo dentro de su pantalón.

—Pronto descubrirás la utilidad de estos pantalones tan anchos —dijo la joven sonriendo.

Esther extrajo unas bragas. Se las ofreció a Helena.

Unas bragas limpias de algodón. Parecían nuevas. Helena las cogió entre sus manos, las tocó, las acarició. Todo lo que estaba sucediendo le parecía increíble.

—Las cogí para mi, pero me he imaginado que a ti te harían más falta-explicó Esther.

—Pero... ¿De dónde las has sacado?

—De una de las maletas que llegaron esta tarde...

—Pero esta prenda le pertenece a alguien. Tiene una dueña...

—A su dueña ya no le hará falta, Helena.

—¿Por qué?

—Ya lo descubrirás. Ahora venga, guárdalas debajo del colchón. Si las *kapo* las ven encima de la cama te las requisarán, y tú te meterás en un buen lío. Pero ellas no rebuscan nunca debajo de los colchones.

Helena guardó las bragas debajo del colchón. Esther le extendió su mano. Helena la cogió y juntas abandonaron el cubil. Unas lágrimas escondidas brotaron de los ojos de Helena. Esa espontánea muestra de generosidad había conseguido que se emocionara.

Cogidas de la mano caminaron por el largo pasillo central. Tres *kapos* charlaban junto a la puerta, no parecía importarles el trasiego que se vivía en el barracón. Esther apartó con su mano una manta raída de color marrón y se introdujeron en otro de los cubiles. Había dos chicas sobre la cama y junto a ellas, uno de esos atillos en los que metían la ropa ya revisada.

—Esta es Helena, Dina. Es la chica nueva. Es eslovaca, como yo.

—Bienvenida —dijo Dina esgrimiendo una bonita sonrisa—. Venga sentaos, no tenemos mucho tiempo, no tardarán en llamar para el recuento.

Tras estrechar la mano de Helena, Dina abrió el pequeño atillo. Sonreía al hacerlo y, mientras paseaba su mirada por el rostro de las otras tres chicas, dijo:

—No podéis imaginar lo que he traído hoy.

Los ojos de Helena se abrieron como platos cuando vio lo que había en el interior del atillo.

Un queso francés, tres manzanas y una tableta de chocolate.

—Pero...

Helena no pudo terminar la frase, Esther le espetó alborozada:

—¡No preguntes! ¡A comer!

Las cuatro muchachas se lanzaron sobre los alimentos como una manada de lobos se lanzaría contra una presa abatida.

Una porra golpeó una de las mantas. Solo Helena se detuvo, las otras tres chicas continuaron dando grandes bocados a su trozo de queso.

La manta se abrió. El rostro de la *kapo* Edna apareció a través de la ranura.
La manta se volvió a cerrar.

La *kapo* continuó su camino por el pasillo central del barracón.

6

EL CORTEJO DEL DIABLO. LA CARNE QUEMADA

Invierno-Verano de 1943

Helena terminó de ponerse el raído abrigo azul sobre el vestido rayado. La ventisca de nieve y los treinta grados bajo cero habían provocado que tuvieran que proveerlas de esos abrigos, que nadie sabía de donde demonios habían salido. Después del recuento, que como todos los días se había hecho dentro del barracón, Helena y el resto de las mujeres habían corrido a través de la ventisca en busca de su barracón de trabajo. Por el camino, recogió su caldereta de café que ingirió de un solo trago. Hasta mitad de mañana, cuando sacaran al depósito de la ropa los atillos preparados (los llamaban *pinkles*), para llevarlos a las cámaras de desinfección a vapor de la *Zentral Sauna*, trabajarían bajo techo. Eso era para todas ellas una bendición, lo mejor que se podía pasar en un lugar como ese. Todos los días les llegaban noticias de prisioneros que morían por congelación en los comandos de trabajo, incluso en el interior de los barracones. Había quienes enloquecían a consecuencia del frío, se ponían a dar gritos y sufrían ataques de histeria o convulsiones. Entonces los SS los mataban de un certero disparo en la cabeza. Sin embargo, para las chicas de la pañoleta blanca la vida en el campo era mucho más gratificante. Helena había engordado considerablemente en los últimos meses y su aspecto general era mucho más saludable. La limpieza, algo que se había convertido en una obsesión para las mujeres judías del campo, también había mejorado. Podían utilizar la zona de duchas de la *Zentral Sauna* y en ocasiones, si las gratificabas convenientemente, podías utilizar los retretes de las prisioneras alemanas. Ese era el reino de Mandy, una peligrosa delincuente de ojos rasgados, que se había granjeado el respeto y la amistad de todas las *kapos*. Los pantalones anchos de remero

también habían servido para algo: gracias a ellos, ahora llevaba bragas limpias, mitones de algodón en los pies y medias debajo de los pantalones.

Las *kapos* se colocaban en la puerta del barracón número seis para controlar la entrada. No querían que hubiera infiltradas que aprovecharan el desconcierto para colarse en el barracón de almacenamiento y evitar así, aunque solo fuera por un momento, la nieve y el frío. A muchas de esas mujeres no les importaría morir con tal de estar un rato bajo cubierto.

Antes de llegar a la puerta, y como todos los días, Helena desvió la mirada hacia los cuarteles de los SS que se encontraban enfrente del barracón. Pese a ser noche cerrada, todos los despachos se veían iluminados. Todos menos uno, el despacho en que ella había cantado para un SS cinco meses atrás. Había vuelto a ver en alguna ocasión a ese joven atractivo, entrando o saliendo del barracón en compañía de otros hombres de uniformes grises y abrigos negros de cuero. Y en otras ocasiones, lo había sorprendido mirando por la ventana, cuando ellas descargaban las maletas que traían los camiones desde la rampa. Pero hacía tres semanas que no lo había vuelto a ver y que su despacho permanecía en sombras. Helena pensó que posiblemente ese hombre se hubiera marchado. Y ese pensamiento le hacía sentir bien. Porque los detestaba, cada día que pasaba los detestaba más.

Dentro del barracón las chicas ocuparon sus sitios en las largas mesas de madera. Tras ellas las estanterías estaban repletas de maletas, maletines y bolsos que tendrían que clasificar uno a uno. Las *kapos* Schmidt, Edna y Jelen tomaban café y charlaban alrededor de la estufa. Cuando vieran a los *blockführer*, a los *Kommandoführer* o a las *aufseherinacercarse*, empezarían a recorrer las mesas y las estanterías, y golpearían sobre ellas con las porras pidiéndoles a las chicas rapidez.

Helena cogió una de las maletas, la bajó de la estantería y la abrió. Ropa de hombre. Eso estaba bien, era mucho mejor que cuando tenías que clasificar la ropa de los niños, o de las madres que compartían su maleta con ropas de bebé. Trabajaba entre Esther y Dina. Fue esta última la que le indicó que se había olvidado de cortar la etiqueta que colgaba de la maleta. Cogió las tijeras y cortó la cuerda que la ataba al mango. *weisserman, wien*, decía en la tarjeta. Empezaría por una americana de buena calidad. Utilizando las tijeras, fue descosiendo uno por uno los puntos que habían unido la estrella de David amarilla a la americana encima del bolsillo izquierdo. Sin prisa, con los meses había aprendido que lo mejor allí era hacer las cosas sin prisa. Al coger la americana por una de las mangas, sintió algo duro en una de las costuras. Eso

formaba parte de su cometido: tenían que revisar todas las costuras de la prenda por si los propietarios habían escondido algo de valor entre ellas.

Ayudándose de las tijeras, descosió la costura. Introdujo la mano en el descosido y extrajo lo que había en su interior. Fotografías. Un puñado de fotografías. Estaban boca abajo y, al igual que en la etiqueta, llevaban la dirección de un estudio fotográfico de Viena. Cuidadosamente, dio la vuelta a la primera de las fotografías.

Era una familia reunida en torno a la mesa del *Séder*, la cena de celebración de la Pascua Judía. Sobre la mesa se veía la *Keara*, la bandeja pascual, con la *Zeora*, el *Jaroset* o el *Jazeret*... las dos botellas de vino y todo el resto de los elementos ceremoniales. En torno a la mesa, un hombre elegante de mediana edad junto a una mujer rubia muy hermosa, vestida con una blusa blanca, posiblemente de seda, abrochada en el cuello. Las manos de la mujer reposaban sobre una de las manos del hombre. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo del mismo material que la blusa. Dos niños hermosos, una niña rubia con unos vivarachos ojos claros y un niño más pequeño, que en la fotografía parecía enfadado. Por un momento, Helena pensó en su hermana Rózinka y en los niños. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Los habrían llevado a un lugar como en el que ella se encontraba? Estaba claro que Jalenko no los habría protegido, seguramente los habría engañado, como la había engañado a ella. Desechó de su cabeza esos pensamientos que la entristecían y pasó a la segunda fotografía. Ya no pudo verla bien, porque las lágrimas empezaron a cubrir sus ojos. Se veía al mismo hombre en un bonito día de verano. Estaban en un parque precioso, lleno de flores y de grandes árboles. El hombre estaba agachado, sonriendo entre sus dos hijos. La niña llevaba una muñeca en su regazo y el niño, que otra vez parecía enfadado, un dulce en una de sus manos. Tras ellos se distinguía la *Riesenrad*, la famosa noria de Viena. ¿Dónde estaba ahora esa familia? ¿Qué había sido de ellos? ¿Qué sucedía con toda esa gente que llegaba en los trenes? Se escuchaban cosas horribles en el campo, pero Helena quería pensar que todo eran invenciones, habladurías, leyendas. No quería, no podía creer que esas cosas fueran ciertas. Las lágrimas terminaron cayendo, una sobre la mesa, otra sobre la fotografía. Esther se dio cuenta y dejó caer la tijera sobre la mesa. Helena le hizo un gesto con la cabeza: «Ya, ya. Estoy bien». Le horrorizaba la idea de que la siguiente maleta que abriera fuera la de ese niño de aspecto enfadado, o la de esa preciosa niña de ojos claros. No miraría más fotos. Las arrojaría a la estufa. En el barracón de almacenamiento del sector Kanada, todas las fotografías terminaban siempre en la estufa.

* * *

La mesa del despacho de Wunsch estaba cubierta de todo tipo de regalos y presentes. Los había traído de Austria, ahora tendría que repartirlos entre los chicos. Estaba sentado en una silla tras la mesa. Daba vueltas y más vueltas en sus manos a una caja metálica de galletas que había comprado en una lujosa pastelería de Viena. Era alargada y plana, y en cuanto la vio pensó que le podía servir. Llevaba un grabado donde se podían ver los tejados de Viena y las altas torres góticas de la Stephendom, con sus agujas acariciando un luminoso cielo azul. Dejó la caja sobre la mesa, caminó hacia la puerta, la abrió y gritó:

—¡Meier! ¡Meier! ¿Puedes venir?

—¡Voy! —contestó el hombre desde el interior de otro de los despachos.

Wunsch caminó hacia la ventana y cruzó las manos tras su espalda. Las chicas de Effinger se afanaban en introducir maletas y más maletas en el barracón de almacenamiento. Pese a la ventisca de nieve, trabajaban a gran velocidad.

—¡Wunsch! ¿Cuándo piensas repartirnos los regalos?

Wunsch sonrió. Se acercó a Meier y se fundió en un abrazo con él.

—¡Todo a su tiempo! —dijo. Le hizo un gesto a Meier para que se sentara.

—Y bien, ¿qué tal por Austria? —preguntó Meier.

—Ha sido un viaje agradable, siempre es bueno regresar a la patria. Ya hablaremos luego de eso, tengo muchas cosas que contaros. Pero te he llamado por otra cosa. Tengo un problema.

Wunsch volvió a coger la caja de galletas en sus manos. Momentáneamente, perdió su mirada en el paisaje vienés.

—Bueno, pues ya sabes que Meier es especialista en solucionar problemas.

—Por eso he pensado en ti. Por eso, y porque eres la única persona en la que confío.

—Y bien, ¿cuál es ese problema?

—Verás, quiero hacer llegar esta caja de galletas a una persona...

—¿Y eso es un problema? Wunsch, ¿de verdad te ha sentado bien ese viaje a Austria? Llama a una de las *kapo* y...

—No, no puedo. No es a alguien... es a una prisionera, Meier. A una de esas chicas de Effinger.

En el despacho se hizo el silencio. Wunsch dejó la caja de galletas sobre la mesa, se incorporó y caminó nuevamente hacia la ventana.

—¿Una chica judía? —preguntó Meier, rompiendo el silencio. Su tono de voz había perdido la jovialidad.

—Sí, una chica judía —contestó Wunsch sin mirarlo.

—¿Estás seguro, Wunsch? ¿Estás seguro de lo que haces?

—Sí, estoy seguro.

Meier se levantó de la silla y caminó hacia Wunsch. Miró también a través de la ventana. La ventisca arreciaba. Los barracones de almacenamiento aparecían y desaparecían cada vez que el viento arrastraba la nieve. Las chicas de Effinger parecían fantasmas, espectros distorsionados por la nieve y la niebla invernal.

—Bien, tengo un amigo que tiene un amigo, que tiene otro amigo y ese otro amigo tiene un *pipel*[1]. ¿Te sirve? —preguntó Meier.

—¿Me sirve?

—Sí, creo que te servirá. Son muy fiables. Y alguien que tiene un *pipel*, no creo que se vaya de la boca con lo de tu chica judía. Solo tienes que darme esa caja de galletas y decirme quien es la chica.

—De acuerdo, no sé su número ni su apellido, pero la *kapo* Schmidt me dijo que se llama Helena y que es eslovaca.

—¿No será esa chica que...?

—Sin preguntas, Meier.

—Como quieras, sin preguntas. Bueno, solo una pregunta más. ¿De verdad crees que vale la pena?

Wunsch se giró hacia Meier y, mirándolo directamente a los ojos, dijo:

—Sí, merece la pena. Y ahora, cambiemos de asunto. ¿Qué tal todo por aquí? ¿Quieres un trago?

—De acuerdo. Vodka.

Meier volvió a sentarse en la silla. Wunsch caminó hacia un pequeño mueble bar de madera acristalado. Sacó dos copas y una botella de vodka ruso. Llenó las copas.

Acercándose a Meier le entregó una. Él se recostó sobre la mesa repleta de regalos.

—Aquí todo sigue igual, Wunsch. Bueno, no sé si sabes que ahora tu amigo Krauss dirige las operaciones en una de las cámaras.

—No me extraña. A Krauss esas cosas le gustan. Antes de ser destinado aquí intentó entrar en la Gestapo, pero no lo consiguió. A diferencia de nosotros, para él ese asunto de los judíos es personal.

—Dentro de poco estaremos rodeados por tres crematorios. Quieren que estén a pleno funcionamiento para principios de julio. ¿Qué pasará entonces, Wunsch?

—¿Qué pasará con qué?

—Con este sector. Por ejemplo, con las chicas de Effinger. Y con sus hombres. ¿Qué se hará con ellos? Lo verán todo, Wunsch. Se convertirán en algo así como los *sonderkommandos*. Cada cierto tiempo, eliminación colectiva. ¿Será así?

—No lo sé, Meier. Solo sé que empiezo a estar harto de este *Lager*. Durante este viaje a Austria he pensado mucho en el contable. Quizá tenga razón, quizá lo mejor sería largarnos de este lugar.

—El contable lo ha intentado tres veces y todavía no lo ha conseguido...

—Pero lo conseguirá. Es perseverante. Yo estoy cansado de la guerra, Meier. Tengo ganas de que termine. Esta otra guerra también. Este lugar...

—Te devora, ¿verdad? Este lugar te devora...

—Lentamente —dijo Wunsch. Los dos hombres rieron y chocaron sus copas. Tomaron el vodka de un solo trago. Se miraron. Sus rostros resultaban serios.

Wunsch se volvió hacia la mesa y cogió la caja metálica de galletas. Se la entregó a Meier. El SS miró la bucólica imagen de la capital austriaca.

—Viena. Nunca he estado en Viena. A primera vista resulta más atractiva que mi pequeño pueblo de Sajonia. Bueno, ¿qué quieres que le digan a esa chica?

* * *

El viento provocaba que las maderas del barracón crujieran con cada nueva acometida. La ventisca de nieve había arceciado, y la temperatura había descendido otros diez grados. Helena se encontraba amontonando una fila de pantalones de caballero que ya había inspeccionado. Los últimos trenes que habían llegado a la rampa procedían de Holanda. Casi todas las maletas llevaban direcciones de Utrech, Róterdam o Ámsterdam.

Alguien tocó repetidamente a la puerta del barracón. La *kapo* Edna abandonó la estufa y caminó hacia la puerta. Un viento gélido, acompañado de nieve,

penetró en el interior del barracón. Todas las cabezas se giraron sigilosamente en esa dirección.

Había un niño de unos catorce años en la puerta, en mitad de la ventisca. Llevaba un abrigo gris que le quedaba largo. Las mangas le tapaban las manos. Cubría su cabeza con una gorrita, del mismo color que el abrigo.

Intercambió unas palabras con la *kapo* Edna. La *kapo* polaca se volvió y miró directamente a Helena, con un rictus serio en su rostro. Todas las alertas se activaron en ella. Continuó apilando los pantalones, con los que tendría que hacer un atillo. El niño entró en el barracón y cerró la puerta. En compañía de la *kapo* Edna se dirigieron a la estufa. La *kapo* Edna intercambió unas palabras al oído con la *kapo* Schmidt, que también se giró para mirarla. Su rostro también resultó poco amistoso.

Pese al frío que penetraba por las rendijas de madera, Helena empezó a sudar. El corazón le latía muy rápido. Sabía que algo pasaba con ella, no sabía el qué, pero algo que le afectaba estaba sucediendo. La confirmación llegó cuando la *kapo* Edna y el niño caminaron en su dirección. Ella continuó apilando pantalones.

La *kapo* Edna dio un fuerte golpe en la mesa con su porra. Helena se estremeció al escucharlo, aún sabiendo que eso iba a suceder. Cuando se giró, vio a la *kapo* mirándola directamente, y también al niño. El rictus serio no había desaparecido del rostro de la *kapo*. Le hizo un gesto contundente con la cabeza: «Síguenos».

Esther y Dina miraron a Helena con rostro asustado. Esta caminó detrás de la *kapo* y el niño. Las miradas furtivas del resto de las mujeres les acompañaban. Pronto, empezarían los cuchicheos. Caminaron hasta el final del barracón. Presa de los nervios, Helena aprovechó el paseo para arreglarse la pañoleta blanca de su cabeza. Giraron por un oscuro y estrecho pasadizo de madera que conducía a la sala de los zapatos. Normalmente allí solo trabajaba una mujer, que había sido castigada por algún acto de indisciplina. Esa era la manera de separarla del resto de las prisioneras. La sala de los zapatos era el más ingrato y temido trabajo del barracón. Cuando los hombres de Effinger llegaban con las cestas después de las selecciones, arrojaban todos los zapatos de golpe, con lo cual los pares se desaparejaban. Había que buscar zapato por zapato y encontrar el otro par. Gran parte del trabajo se realizaba de cuclillas.

La *kapo* Edna abrió la puerta de la sala de los zapatos y golpeó con su porra en la pared. Una joven checa que había en la sala soltó un zapato rojo de tacón que llevaba en la mano, se incorporó, agachó la cabeza y caminó muy rápido

hacia la puerta. La semana anterior, durante una de las inspecciones, le habían encontrado una lata de salchichas dentro del pantalón. En esos casos, las *kapo* no podían hacer nada. Su castigo había sido permanecer toda la noche desnuda bajo la nieve delante del barracón. Y ahora, trabajar separada del resto en la sala de los zapatos.

Cuando la joven cerró la puerta, la *kapo* Edna miró al niño y le espetó:

—¡Rápido!

La *kapo* Edna se dio la vuelta.

El niño miró directamente a Helena. Abrió su abrigo gris y extrajo de él una caja metálica. El abrigo del niño era militar, Helena advirtió que aún se notaban los descosidos de los galones en las hombreras y en el cuello. Desconcertada, miró la caja metálica. El niño se la entregó y dijo:

—Es para usted. Quien me la dio me dijo que era un regalo para la voz más bonita del mundo.

Helena miró la caja entre asustada y sorprendida. Seguía sudando, sentía como el sudor salía de debajo de su pañoleta y resbalaba por su frente.

Era una bonita caja de galletas, con un grabado en vivos colores de la ciudad de Viena.

No sabía qué hacer con ella. Los ojos de Helena se movían muy rápido, de la caja al niño y del niño a la *kapo* que seguía de espaldas.

—¡Guárdala! ¡Rápido! —ordenó la *kapo* Edna, sin darse la vuelta.

Helena desabrochó los botones del abrigo. Después, hizo lo mismo con el del pantalón. Introdujo la caja sobre uno de sus muslos. Estaba fría. La caja era plana, esperaba que nadie lo notara.

Cuando terminó de abrocharse el abrigo, la *kapo* exclamó:

—¡Fuera!

Los tres abandonaron la sala de los zapatos. Ahora el niño caminaba delante. Aprovechando la oscuridad del estrecho pasadizo de madera, la *kapo* le susurró:

—Yo no he visto nada, pero si se produce una inspección no podré ayudarte.

Y después le dijo algo más. Algo que a Helena le heló la sangre. Unas palabras que tardaría muchos días en apartar de su cabeza.

—Estás en peligro. El diablo ha empezado su cortejo. Ten mucho cuidado, muchacha. Recuerda lo que hablamos el primer día. Recuerda mi espalda. Aquí podría ser mucho peor.

Helena regresó a su puesto. Tenía un montón de pantalones con los que hacer un atillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Esther, mientras descosía una estrella de David de un abrigo de mujer.

—Nada —contestó secamente Helena.

Le abrasaba. Como si fuera un regalo del infierno, la caja de galletas le abrasaba al rozar su piel.

Junto a la estufa, la *kapo* Schmidt preguntó al niño:

—¿Quieres un poco de café, muchacho?

—Sí —contestó el niño ilusionado.

Esa noche, en el interior de su cubil, Helena dio vueltas y más vueltas con sus manos a la caja de galletas. Al salir del barracón, había mirado de soslayo hacia los cuarteles de los SS. La oficina de ese joven SS austriaco estaba iluminada. Había regresado. Hasta el exterior, llegaba la algarabía de voces y risas. Posiblemente estuviera celebrando una fiesta por su regreso.

Como si la caja quemara, Helena la arrojó sobre el colchón. No sabía qué hacer con ella. «El diablo ha empezado su cortejo», repetía la voz de la *kapo* Edna en el interior de su cabeza. Esa noche tenían reparto en el cubil de Leah. Por un lado, pensaba en compartir con las chicas las galletas, diría que las había encontrado en una de las maletas.

Pero por otro lado, esa caja de galletas era un regalo. Un regalo para ella.

Con un gesto de aprensión, Helena guardó la caja de galletas debajo del colchón.

* * *

Unos días más tarde, las *kapo* entraron en el barracón de almacenamiento haciendo sonar sus silbatos.

—*Aufgehen! Aufgehen!* —gritaban agitando las porras.

Helena y el resto de las prisioneras dejaron lo que estaban haciendo y corrieron hacia la puerta. Había dejado de nevar, pero la temperatura rozaba los cuarenta grados bajo cero. Al salir, se encontraron con una comitiva de mujeres y hombres formados: *blockführer*, *rapportführer*, *aufseherin*. Todos estaban enfrente de las puertas del barracón de almacenamiento, acompañados por un grupo de SS con perros. Junto a ellos se encontraba el *unterscharführer* Effinger y, a su lado, un joven atractivo y de porte impresionante. Helena lo reconoció inmediatamente, en el mismo momento en que salió por la puerta. Era Wunsch, el hombre para el que cantó en su cumpleaños, el mismo que le había regalado la

caja de galletas con ese bonito grabado vienés. El joven no la miraba, en estado marcial, tenía sus manos cruzadas tras la espalda y la mirada al frente. Helena agachó la cabeza. No volvió a levantarla hasta que regresó al barracón.

Un recuento. Era algo inusual, algo que no solía suceder fuera de las horas habituales. Cuando terminó el recuento, las prisioneras regresaron a sus barracones. Los oficiales se repartieron por los distintos barracones de almacenamiento: una revista especial, algo que tampoco solía suceder todos los días. Helena continuó registrando las costuras de una chaqueta de mujer. Acompañados por la *kapo* Schmidt, el *blockführer* Lorenz y el supervisor Wunsch entraron en el barracón. Charlaban, reían y caminaban muy lentamente, revisando el trabajo que realizaban las prisioneras. Wunsch parecía explicarle a Lorenz determinados aspectos del cometido de las muchachas. Helena sintió que las piernas le temblaban. Esos hombres... su altura, su cuidada imagen, ese abrigo de cuero negro, la gorra de plato, las manos enguantadas. A ojos de las prisioneras, esos hombres no solo parecían imponentes, sino que, en algunas ocasiones, llegaban a pensar que eran realmente representantes de una raza superior. Pero Helena, como todas las demás prisioneras, sabía que eso era solo el producto del miedo y de la sugestión que les habían infundido a través de la práctica del terror. En realidad, eran solo hombres, hombres comunes y corrientes. Hombres despiadados carentes de cualquier tipo de humanidad. Hombres que carecían de corazón y de alma.

Los dos hombres y la *kapo* se adentraron en el largo pasillo en el que se encontraba Helena. A mitad del mismo, el *blockführer* y la *kapo* Schmidt se detuvieron junto a una pila de maletas que Dina y Esther estaban colocando en las estanterías. Wunsch continuó andando, como si no se hubiera dado cuenta de que el *blockführer* había interrumpido su marcha. Llevaba las manos en los bolsillos de su abrigo negro de cuero y, poco a poco, se iba acercando a la posición de Helena. Ella, con manos temblorosas, continuaba descosiendo con las tijeras las costuras de la chaqueta. Al llegar a su lado, y sin mirarla, Wunsch sacó su mano enguantada del bolsillo. Miró a los dos lados y después, arrojó un pequeño papel doblado sobre la mesa de madera.

Helena actuó con rapidez. Cogió la nota y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Después, continuó descosiendo las costuras de la chaqueta. Había algo que provocaba un sonido tintineante en el interior de esa prenda, algo parecido a unas llaves. Aunque también podía tratarse de joyas. Lo había advertido en cuanto la sacó de la maleta.

Wunsch esperó a que el *blockführer* y la *kapo* Schmidt llegaran hasta donde

se encontraba. Wunsch señaló hacia el techo del barracón, hacia unas tablas sueltas por las que penetraba un aire gélido. El *blockführer* hizo un gesto afirmativo con la cabeza sobre una observación que le había hecho Wunsch. Continuaron caminando lentamente y recorriendo el barracón.

No leería esa nota. No podía leerla. Tenía que deshacerse de ella. Helena miró en todas las direcciones. Observó que la *kapo* Edna la estaba mirando desde la estufa. «El diablo ha empezado su cortejo». Ahora el diablo le había escrito una nota. Era posible que la *kapo* polaca lo hubiera visto, porque seguía mirándola fijamente. Eso le daba una oportunidad de deshacerse de la nota. La *kapo* Schmidt, el *blockführer* Lorenz y Wunsch habían salido del barracón. Se encontraban en el depósito de la ropa, donde ellas dejaban los atillos. Podía verlos a través del biselado de la puerta. El miedo que sintió en un principio se estaba convirtiendo en ira. Los odiaba, los odiaba con toda su alma, con todas sus fuerzas. Cada día, cada hora que pasaba los detestaba más. Esa gente eran los asesinos de su pueblo. Y él era uno de ellos. No la engañaría, no podía engañarla. Detrás de su rostro atractivo y de su porte elegante, se escondía la misma bestia que habitaba en todos ellos. La determinación de Helena era total. Tenía que deshacerse de la nota. Y tenía que hacerlo ya. La estufa. La estufa y la *kapo* Edna serían su coartada.

Sacó la nota del bolsillo y la arrojó sobre la chaqueta. La cogió, como si acabara de encontrarla. Wunsch, el *blockführer* y la *kapo* Schmidt seguían hablando junto a una pila de *pinkles*. Pese al frío, le sudaban las manos. Las secó en el áspero abrigo, sorteó a Esther y a Dina, que bajaban de la estantería otra maleta, y caminó hacia la estufa.

Mientras se acercaba a su objetivo, rompió en trocitos la nota clandestina que le había entregado Wunsch. En ese momento, ni siquiera estaba intrigada por lo que el SS pudiera haber escrito en ese papel. El asco la cegaba. En lo más profundo de su ser, estaba creciendo la idea de que prefería sufrir todos los tormentos que estaba viviendo, incluso morir, antes que aceptar el juego de ese hombre.

Llegó junto a la estufa. La *kapo* Edna se dio la vuelta, mirando en dirección a la calle. No tenía por que hacerlo, era algo habitual que arrojaran fotografías, cartas o papeles a la estufa. Helena se agachó, abrió la portezuela de hierro y arrojó los trocitos de la nota a las llamas. Todos. Todos menos uno. Uno de esos trocitos cayó al suelo. Al ir a recogerlo, Helena pudo leer lo que Wunsch había escrito con una delicada caligrafía. Sintió como si un puñal se clavara en su pecho.

Puede que me esté enamorando de ti...

Arrojó también al fuego ese pequeño trocito. Cerró la portezuela. Antes de volver a su puesto, miró a la *kapo* Edna. La mujer le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Quiero llevar un cargamento a las cámaras de vapor. Tengo que ver a alguien —dijo Helena, sin mirar a la *kapo*.

—Hazlo. Vuelve pronto, antes del recuento.

Presas del asco y la cólera, Helena regresó a su puesto. Miró hacia la puerta biselada que comunicaba con el depósito de la ropa. Wunsch, el *blockführer* y la *kapo* Schmidt habían desaparecido. Dejó la tijera encima del banco de madera y caminó en dirección al fondo del barracón. Sus mejillas estaban encendidas. Sintió como si tuviera fiebre. Abrió la puerta y entró en el depósito de la ropa. Cogió de un montón dos pesados atillos y los cargó a su espalda. Se unió a la fila de muchachas que caminaban encorvadas y de manera torpe sobre la nieve, en dirección a la *Zentral Sauna*.

Volvía a nevar. Los grandes copos casi impedían ver el farolito que servía de guía para alcanzar la puerta derecha del edificio, la única por donde tenían permiso para entrar. La nieve acumulada provocaba que los pies se hundieran hasta los tobillos. Llevaba unas botas que había encontrado dentro de una maleta, pero llevaban agujeros por todos los lados y la nieve penetraba en ellas, empapándole los calcetines y congelándole los dedos. Siempre era así, día tras día. Había días que no conseguía ni un minuto que los pies le entraran en calor.

«Puede que me esté enamorando de ti». Esa frase se había clavado en su cabeza. Mientras caminaba, cada vez de manera más torpe, sintió ganas de vomitar. No sería el divertimento de ese hombre, no se convertiría en su juguete. Sí, eso era lo que él quería. «Se aburren», le había dicho Klara. Posiblemente, con ese juego que había iniciado, ya se estaba divirtiendo. Para ellos todo se reducía a eso: beber, siempre bebían, reír, siempre reían. En cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia. Daba igual que estuvieran celebrando una fiesta o asesinando a un inocente. Aún recordaba cuando uno de esos hombres de las SS había asesinado a aquella chica a la que se le cayó una piedra y se puso a gritar. Después de arrojar su cadáver al camión de los escombros, regresó junto a sus compañeros con una mueca divertida en su rostro. Ellos siempre tenían esa misma mueca, estaba como cincelada en sus rostros. Creía tener la certeza de que Wunsch no sería diferente. Caminaba como ellos, bebía como ellos, reía como ellos, hablaba como ellos. Era uno de ellos.

Solo intentaba ganar méritos, como cuando le pidió por favor que cantara aquella canción, o un rato antes, cuando pareció preocuparse por el frío que penetraba en el barracón por las tablas rotas del techo. Lo había hecho para que creyera que se preocupaba por ellas. Pero eso se habría solucionado ordenando traer a unos prisioneros con conocimientos de carpintería y arreglando esas tablas. Para él todo eso solo formaba parte del juego. Un juego al que ella no jugaría nunca, aunque le costara la vida. Era una mujer judía, como su padre le había repetido tantas veces. Y como una mujer judía, tenía que comportarse. Ese alemán podía ser dueño de su libertad, pero nunca sería dueño de su voluntad. Ni de su cuerpo.

Una fila de hombres desnudos entraban por la puerta izquierda de la *Zentral Sauna* organizados por un grupo de SS. A casi cuarenta grados bajo cero, su piel blanquecina había adquirido un tinte rojizo. La mayoría eran hombres jóvenes, excepto unos cuantos ancianos con aspecto de rabino que cerraban la fila. Uno de los ancianos había caído desplomado sobre la nieve. Dos SS se acercaron a él. Lo introdujeron en el edificio agarrándolo uno por la pierna y el otro por el brazo.

¿Qué hacían esos hombres desnudos en ese edificio? Helena caminó más rápido hacia la muchacha que la precedía. Formaba parte del grupo que se dedicaba a transportar los atillos desde el depósito de la ropa a las cámaras de vapor. Quizá ella supiera algo.

—¿Dónde llevan a esos hombres desnudos? —preguntó Helena al llegar a su lado.

—Desinfección y registro. Ahora están empleando esa zona del edificio para desinfectar a los que llegan en los trenes.

—¿Y luego? ¿Qué hacen con ellos?

—No lo sé, creo que los llevan a ese bosque de abedules.

—¿Al bosque? ¿Para qué?

—No lo sé.

Entraron en el edificio. Avanzaron por el largo y mal iluminado pasillo en dirección a las cámaras de vapor. Como siempre que desafiaba las normas de ese lugar, su corazón se aceleraba. En la sala donde se encontraban las cámaras se distinguía a los SS dando vueltas con sus fusiles. Los prisioneros parecían prepararse para cerrar las cámaras. Vio a Klara en la segunda de ellas, colgando pantalones en las anillas. Arrojó en el interior de la cámara sus dos atillos. Klara se agachó a recogerlos. Al levantar la mirada, sus ojos chocaron. Klara pareció

sorprendida. Helena la notó muy desmejorada. Había adelgazado, su tez estaba muy pálida y las ojeras alrededor de sus ojos se veían cada vez más negras.

—Tengo que hablar contigo —dijo Helena, mientras le ayudaba a abrir uno de los atillos.

—Espérame fuera, ya terminamos —contestó Klara.

Helena miró hacia los SS y abandonó la cámara. Se quedó en el pasillo, apoyada contra la pared de baldosas. Se recostó y cerró los ojos.

Unos minutos más tarde los SS y las chicas de la pañoleta blanca salieron de la sala. Los prisioneros se apresuraron a cerrar las puertas de las cámaras de vapor. Klara se adelantó al grupo de chicas para colocarse a su lado. Hablaron muy bajo, sin mirarse a la cara. Miraban a la pared de baldosas blancas frente a ellas. Los SS se habían encendido un cigarrillo sin percatarse que había una chica de más.

—Esto es peligroso. No deberías estar aquí.

—Tenía que hablar contigo.

—¿Qué ha pasado?

—Ese hombre de las SS. Hace unos días me envió una caja de galletas. Hoy una nota. Estoy asustada, Klara. Muy asustada.

—¿Qué decía la nota?

—No la he leído. La he roto en pedazos.

No se atrevía a decirle la frase que había leído. Sentía vergüenza con solo pensar en ello.

—¿Puede sacarte de aquí?

—No lo sé, nunca he hablado con él. ¿Por qué lo dices?

En la sala, los prisioneros se cercioraban de que todas las puertas de las cámaras estuvieran herméticamente cerradas, antes de conectar el vapor caliente. Las chicas de la pañoleta blanca permanecían en el pasillo, pegadas contra la pared. Uno de los SS miró directamente a Helena a los ojos. Dio una calada al cigarrillo. Continuó hablando con sus compañeros.

—Si puede sacarte de aquí, aprovecha la oportunidad. Tienes que salir de este lugar, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Por qué dices eso? Klara, es un asesino de nuestro pueblo. Tú me dijiste que tuviera cuidado con él. Tú me dijiste que era un sádico. ¿Por qué has cambiado de opinión? Soy una mujer judía, Klara, y él es un SS. Tengo que comportarme como una mujer...

—Y si no sales rápido de aquí pronto serás una mujer muerta. Como yo,

como ellas. Como todas nosotras. Si puede sacarte de aquí, aprovecha la oportunidad. Ya te lo explicaré. Tienes que irte.

—¿Vendrás esta noche al barracón? Necesito que vengas, necesito hablar contigo.

—Esta noche estaré allí.

Los prisioneros salieron de la sala. Helena lo aprovechó para echar a andar por el asfixiante y oscuro pasillo con la cabeza baja y el paso rápido. Los SS siguieron fumando y charlando. Nadie recayó en ella.

Klara no acudió esa noche al barracón de Helena. Ni la siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente. Tampoco volvió a tener noticias de Wunsch en las siguientes semanas. Pero sí que lo vio. Cada mañana cuando ella llegaba al barracón de almacenamiento, Wunsch estaba tras el cristal de la ventana de su despacho, mirándola, esperando su llegada. Después desaparecía, tras correr la cortina. Helena nunca lo miró directamente, pero siempre percibió que él estaba allí.

La siguiente noticia de ese hombre de las SS la tendría unos meses más tarde, bajo un plomizo cielo de abril.

* * *

Una mañana, la *kapo* Schmidt había entrado en el barracón de almacenamiento buscando a una mujer francesa de aspecto enjuto llamada Ruth. Pese a su aparente fragilidad, era una trabajadora incansable, una de las mejores que había en el barracón. Reservada y silenciosa, casi no se relacionaba con nadie. Después de abandonar con la *kapo* el barracón, nunca volvieron a verla. Desapareció así, de repente, como si la tierra se la hubiera tragado. Eso no era algo habitual en el sector Kanada. Helena no había vuelto a ver nada igual desde las selecciones en el *Stammlager*, esas chicas que subían a los camiones para nunca más volver a verlas, como sucedió con Rivka y con Lenka. Desde ese día, las chicas de la pañoleta blanca tenían pánico a que una de las *kapo* las llamara y abandonara con ellas el barracón. Todo tipo de rumores corrieron como la pólvora por los barracones de almacenamiento después de lo sucedido con Ruth.

Abril había llegado y con él los incesantes días de lluvia. Un cielo gris, plomizo, se había instalado sobre el campo resistiéndose a abandonarlo. Los caminos estaban embarrados, un fango negro lo cubría todo. El agua penetraba por los tejados de los barracones, aun bajo cubierto, los suelos siempre estaban

encharcados. Muchas de las chicas habían vuelto a recuperar los zuecos holandeses de madera de una sola pieza. Por lo menos el agua no penetraba a través de ellos.

Una de esas mañanas lluviosas, la *kapo* Schmidt entró en el barracón y se dirigió con paso seguro hacia Helena. Ella estaba clasificando ropa de niña, de un tren que había llegado esa misma noche procedente de Yugoslavia. Era ropa muy pobre, la ropa más pobre que Helena había visto en ese lugar. Corrían rumores de que en otro sector del campo estaban alojando a gitanos de la etnia Sinti. Posiblemente esa ropa perteneciera a esos nuevos habitantes del campo.

—Tú, ven conmigo —dijo la *kapo* de manera desafiante.

Un nudo estranguló el estómago de Helena. Algo había sucedido. Con manos temblorosas, dejó la tijera sobre el banco de madera. El fantasma de Ruth recorrió el barracón. «Se acabó, todo ha terminado», pensó Helena. La *kapo* Edna estaba junto a la estufa. Al pasar a su lado, le hizo un gesto de extrañeza con los hombros. Ella tampoco sabía lo que estaba sucediendo.

Abandonaron el barracón bajo una lluvia torrencial.

—No te preocupes, no te sucederá nada. Tienes un ángel de la guarda y no lo sabes.

El nudo en su estómago apretó un poco más fuerte. No sabía si debía preocuparse más por ese comentario que por un destino incierto, sobre todo, cuando se percató de que caminaban hacia los cuarteles de los SS situados enfrente de los barracones de almacenamiento.

Entraron en los cuarteles. Todas las puertas de los despachos estaban cerradas. Solo se escuchaba el traqueteo de las máquinas de escribir y alguna conversación esporádica en alemán. Su corazón dio un vuelco cuando vio que se dirigían hacia el último de los despachos, el que cerraba ese pasillo en forma de T. El mismo en el que ella cantara la canción prohibida ante ese hombre al que no quería volver a ver.

La *kapo* Schmidt tocó con los nudillos en la puerta.

—Pase —dijo una voz masculina en el interior.

La *kapo* y la prisionera judía entraron en el despacho.

—*unterscharführer* Wunsch, la chica que me pidió.

Wunsch estaba sentado en la mesa, de espaldas a ellas. Sostenía un documento entre sus manos. Hizo un gesto con una de ellas y dijo:

—Que pase la chica. Tú déjanos, Schmidt.

La *kapo* dio media vuelta y abandonó el despacho. Helena se quedó inmóvil,

con las manos cruzadas y la cabeza inclinada hacia el suelo. La misma posición y en el mismo lugar que el día que cantó para aquel hombre.

Sin girarse, Wunsch se miró una de sus manos. Pasó la yema de un dedo por una de sus uñas.

—Me han crecido las uñas. Me preguntaba si tú podías arreglármelas.

Helena levantó la cabeza. La cólera había invadido su rostro. En ese momento, todo el miedo que provocaban esos hombres desapareció de repente. Se evaporó, se esfumó. Dos preguntas cruzaron por su cabeza: Pero ¿quién se ha creído que es este hombre? Pero ¿qué juego es este?

—Yo no hago la manicura. Yo clasifico ropa en el barracón de almacenamiento. Usted debería saberlo. Usted es mi supervisor.

Wunsch se giró. Dejó el documento encima de la mesa. Clavó sus ojos en los ojos de Helena. Sorprendentemente, la fiereza habitual que Helena había visto en ellos había desaparecido. Su mirada era firme, pero calmada, comedida. Helena no apartó la mirada de él, no, esta vez no lo haría. No agacharía más la cabeza ante ese hombre. Aunque le costara la vida.

—No necesito que nadie me arregle las uñas. No necesito que nadie me haga la manicura. Pero no encontraba una excusa mejor para poder verte, para poder estar a solas contigo. Sabes lo que siento, te lo expliqué en aquella nota. Lamento si te has molestado.

¿Estaba siendo sincero? Su rostro desprendía sinceridad. «No, no te engañes, Helena. No dejes que te engañe. Eso forma parte de su juego. Él solo está jugando, solo jugando», pensó para sus adentros.

—Yo no hago la manicura. Ahora tendría que estar clasificando ropa. No quiero verle, no quiero verle más. No quiero venir más a este despacho. Soy una mujer judía, usted es un SS, no deberíamos...

—Soy un soldado, llegué aquí porque resulté herido en el frente, ni siquiera...

—No, es uno más de ellos. Anda como ellos, habla como ellos, ríe como ellos, viste su mismo uniforme... alguien me dijo que intentó matar a un hombre a golpes, junto a las alambradas electrificadas...

Wunsch se levantó. Apoyó sus manos en la mesa. Sus pómulos estaban rojos, habían enrojecido de repente. Los ojos feroces regresaron como si hubieran decidido abandonar su provisional guarida. Pero aunque elevó su tono de voz, esta continuaba sonando franca y sincera:

—¡Eso no es verdad! ¡Yo nunca he golpeado a nadie! Todo el trabajo que he

desarrollado en este lugar es administrativo, burocrático. Solo me encargo de supervisar todo ese material que vosotras clasificáis en ese maldito barracón.

Por un momento, Helena pensó en bajar de nuevo la cabeza, clavar otra vez la mirada en el suelo, como venía haciendo desde que llegó a ese lugar. Pero eso, hubiera significado una claudicación, una derrota. Ya había arriesgado demasiado para estropearlo todo ahora.

—No vuelva a llamarme a este lugar. No quiero volver a verle. Quiero regresar a mi barracón.

Helena dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Wunsch llevó la mano a su cartuchera, desabrochó el botón metálico y extrajo su pequeña *Luger* plateada. Extendió el brazo, su mano sujetó con fuerza la culata del arma y apuntó directamente a la nuca de Helena. Con el rostro rojo por la ira, dijo:

—Pero ¿dónde crees que vas, muchacha?

Helena se detuvo. Sintió la pistola apuntando a su cabeza. Ella también había jugado, y había perdido. Contaba con eso. Bastaría con que ese hombre chascara los dedos para que ella muriera. Podía matarla allí, sin más, solo porque él quisiera. Arrojarían su cuerpo a uno de los camiones que llevaban al crematorio los objetos inservibles. Unos prisioneros limpiarían la sangre que ella dejara en el suelo. Y esa noche allí, en ese despacho en el que ella perdería la vida, los SS celebrarían una de sus fiestas. Todo eso podía pasar pero, llegado ese momento, ya no había marcha atrás.

—Pero ¿quién te ha dado permiso para abandonar este despacho? —la voz de Wunsch mostraba tanta rabia como su rostro.

—Quiero volver al barracón...

—Si atraviesas esa puerta no vivirás.

Helena acarició con su mano el pomo dorado de la puerta. Y Wunsch, el gatillo de su pistola.

Helena pensó que esas últimas palabras del SS habían significado su sentencia. Pero estaba decidida a llegar hasta el final.

Helena cerró momentáneamente los ojos, tomó aire, volvió a abrirlos y dijo:

—¡Dispáreme! ¡Dispáreme si quiere! ¡Pero yo nunca jugaré a ese doble juego! ¡Prefiero morir!

Abrió la puerta. La cruzó y volvió a cerrarla. Nada. No había sucedido nada. Se recostó en ella. Le costaba respirar. El pasillo estaba vacío. Volvió a cerrar los ojos y a tomar aire.

Caminó por el pasillo de manera apresurada y salió al exterior. La lluvia caía

con más fuerza y el cielo había adquirido todavía un color más ocre. Cruzó la calle embarrada en dirección al barracón de almacenamiento. A mitad de camino, se detuvo. Miró en dirección a la ventana de Wunsch.

Estaba allí, asomado, con el rostro todavía rojo por la furia. Sus ojos brillaban como lo harían los de un lobo en el interior de un bosque profundo y oscuro.

Con el rostro cubierto por la lluvia, Helena le lanzó una mirada desafiante. Después, caminó con paso seguro hacia el barracón.

Cuando entró en él, Wunsch cerró las cortinas y desapareció en el interior de su despacho.

* * *

En el verano de 1943, el olor a huesos y carne quemada invadió el sector Kanada. Una pesada neblina cubría buena parte del campo. A la izquierda y a la derecha del sector, las chimeneas empezaron a arrojar día y noche su humo negro al cielo. Ese hedor desagradable, pegajoso, que se introducía en la garganta y no te abandonaba en ningún momento, lo había ocupado todo: los barracones de almacenamiento, los barracones de los prisioneros, los cuarteles de los SS. Las autoridades del campo llegaron a plantear proveer de mascarillas al personal militar y a los prisioneros. Pero finalmente, esa idea fue desestimada: pensaron que eso solo podía alterarlos todavía más. Sin embargo, todo era inútil. Los rumores sobre lo que pasaba en esos cuatro centros que rodeaban el sector se habían disparado y ocultar la verdad se había convertido en poco menos que una quimera.

Una de esas mañanas, Klara había terminado de colocar la ropa en una de las cámaras de vapor. Salió de ella y, como sucedía siempre, esperó a que se sellasen las cámaras junto a las otras chicas, apoyada en la pared de baldosas del pasillo. Tosió. Últimamente tosía con frecuencia. Cuando regresaban a las cámaras todavía solía quedar vapor caliente en ellas y no utilizaban ningún medio que les impidiera inhalarlo. Suponía que ese era el motivo de esos ataques de tos. Casi todas las chicas que trabajaban allí tosían sin parar.

Al mirar hacia el final del oscuro pasillo que conducía a la entrada derecha de la *Zentral Sauna*, divisó a la *kapo* Jelen charlando con Mandy, la prisionera alemana. Eso la ponía enferma. Mandy ponía en peligro los privilegios que ella disfrutaba como protegida de la *kapo* polaca. Los SS que habían abandonado la

sala charlaban entre ellos sin hacer caso de las chicas de la pañoleta blanca. Como en su día hizo Helena, aprovechó que los prisioneros salieran de la sala para, en la confusión, armarse de valor y caminar por el pasillo en dirección a la puerta.

La *kapo* Jelen se sorprendió al verla salir.

—¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí. Vuelve ahí dentro.

Klara hizo caso omiso de las palabras de la *kapo*. Caminó hacia Mandy y se colocó ante ella. Las dos prisioneras se miraron de manera desafiante. La delincuente alemana de los ojos rasgados desvió su mirada hacia la *kapo*, como si no comprendiera por qué estaba consintiendo que esa muchacha judía la mirara de esa manera.

—Sé lo que pretendes, zorra. Pero no lo conseguirás —le espetó Klara.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, puta judía? ¿Quién te has creído que eres?

La *kapo* Jelen interpuso su porra entre las dos muchachas.

—¡Ya vale! ¡Ya está bien! Puedo hacer que...

Los gritos que llegaron de uno de los edificios con chimenea que había a la izquierda de la *Zentral Sauna* provocaron que la *kapo* Jelen interrumpiera su reprimenda.

Un grupo de SS con perros estaban intentando contener a una fila de mujeres desnudas que eran introducidas dentro del edificio. Esa mañana había llegado un tren procedente de Austria. Había todo tipo de mujeres en esa fila: ancianas que casi no podían caminar, madres con niñas, algunas muy pequeñas, adolescentes, mujeres de mediana edad y algunas muchachas como ellas. Tristes, abatidas, resignadas. Miraban al suelo e intentaban cubrir su desnudez con sus brazos y sus manos. Algunas ni siquiera lo intentaban. A su alrededor los SS gritaban sus órdenes, los perros saltaban y ladraban, mientras las *kapos* intentaban mantener el orden. Descendían por una rampa hacia el subterráneo del edificio. Klara había visto muchas veces escenas como esa, pero siempre había algo que llamaba su atención: más tarde llegaría una nueva remesa, de hombres o de mujeres, pero no sabía por donde saldrían esas mujeres que estaban entrando ahora. No había camiones ni ningún otro vehículo para transportarlas. Solo los que conducían sus pertenencias a los barracones de almacenamiento del sector Kanada.

Klara se olvidó de Mandy y centró su atención en esa escena.

—Siempre me he preguntado adónde van. Adónde los llevan —dijo Klara,

sin apartar la mirada de la fila.

—¿No lo sabes? —preguntó Mandy con un tono de malicia en su voz.

—Mandy... —advirtió la *kapo* Jelen.

—No, no lo sé.

—¿De verdad no sabes dónde van todos esos judíos? —insistió con el mismo tono.

—Mandy, no... —repitió la *kapo* polaca.

—No —contestó Klara. —Sé que van a una sala de desinfección, pero luego...

—¿De desinfección? —el tono de la prisionera alemana era cada vez más malvado.

—Mandy, no... —volvió a decir Jelen.

—¡Gas! ¡Primero gas! ¡Y después, chimenea! —dijo Mandy, señalando el humo negro que se perdía en el cielo.

Klara fijó su mirada en la chimenea, en las bocanadas de humo negro que no dejaban de salir. Se llevó una de sus manos a la boca.

—¡Tú has estado allí, *kapo*! ¡Tú has ayudado a organizar a todas esas mujeres que son enviadas al gas! ¡Has estado muchas veces! ¿No se lo habías contado? ¡Cuéntaselo, cuéntaselo a la putita judía!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Klara. Se giró lentamente, mirando con ojos desorbitados a la *kapo* Jelen.

—¿Es eso verdad? —preguntó Klara.

—Así terminaréis todos los judíos. ¡Convertidos en humo! —exclamó Mandy.

—¿Es eso verdad? —volvió a preguntar Klara.

La *kapo* Jelen no contestó. Su rostro permanecía serio, pétreo. Imperturbable.

—Por eso ese olor a carne quemada... ¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! —exclamó, antes de echarse a correr.

—¡Tú, dónde vas! ¡Vuelve aquí! —gritó la *kapo* Jelen.

Klara corrió en dirección a los barracones de almacenamiento. Sin saber por qué pensó en Helena, pensó que tenía que decírselo. Decirle que todos los rumores eran ciertos. Que todas sus sospechas, todas las habladurías que recorrían el campo eran verdaderas. El silencio de la *kapo* Jelen se lo había confirmado. Lloraba, lloraba amargamente mientras corría y pensaba en todas esas mujeres desnudas que acababa de ver. En las ancianas, en las niñas... sobre

todo en las niñas. Las lágrimas provocaban que cada vez viera más distorsionados los barracones de almacenamiento.

Tropezó y cayó de bruces al suelo. Intentó levantarse pero no pudo, sintió una arcada, volvió a tapar su boca con las manos, pero ni siquiera así, pudo impedir el chorro de vómito que escapó de su boca.

En el verano de 1943 casi todas las prisioneras del Kanada descubrieron lo que significaban aquellos cuatro edificios que las rodeaban. Junto a los hombres del *sonderkommando*, se convirtieron en «las guardianas de un secreto».

En el verano de 1943, cuatro crematorios empezaron a funcionar a pleno rendimiento en Birkenau, envolviendo de humo y olor a carne quemada el sector Kanada.

7

DESCENSO A LOS INFIERNOS. SÉ QUE ESTO PUEDE SER UN MILAGRO

Verano de 1943

Una noche de finales de ese verano de olor a carne quemada, la *kapo* Edna entró en el barracón número diez visiblemente alterada. Abriéndose paso con su bastón picudo entre las mujeres que abarrotaban el pasillo central, corrió hacia el cubil de Helena. Apartó de un manotazo una de las mantas y penetró en su interior. Helena se encontraba descansando, tumbada sobre el colchón.

Se incorporó súbitamente. Solo con ver el rostro de la *kapo*, dedujo que algo no andaba bien.

—Escúchame —dijo la *kapo* con voz entrecortada por la carrera—, una *kapo* me ha dicho que acaba de llegar un tren de Eslovaquia. Ha visto a una mujer, un poco más baja que tu. Ha llegado con dos niños, una niña rubia y un niño más pequeño. Estaba gritando tu nombre.

Helena se llevó las manos al rostro. Era la noticia que más temía, la última de las noticias que esperaba escuchar. Muchas veces había pedido a Dios ser la única de su familia en tener que pasar por ese infierno.

—¡Dios mío! ¡Rózinka! ¡Y los niños! ¿Dónde los ha visto? —sus ojos ya habían empezado a cubrirse de lágrimas.

—Estaban en la rampa...

—¿Y dónde los han llevado?

—A uno de esos edificios al otro lado de la *Zentral Sauna*, al que llaman Crematorio IV...

Helena se incorporó, intentó salir del cubil, pero la *kapo* la detuvo

agarrándola con fuerza por los hombros.

—¡Rózinka! ¡Y los niños! ¡Tengo que encontrarlos! ¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que impedir que lleguen a ese edificio!

—¡Escúchame, muchacha! Hay toque de queda, si abandonas el barracón tendré que utilizar el silbato. Tu hermana y los niños ya están condenados, pero tú...

—¡No! ¡Tengo que encontrarlos! —dijo Helena fuera de sí—. Utiliza el silbato pero, por favor, déjame ganar unos metros...

—¡Corre! —dijo la *kapo*.

Helena abandonó el cubil. A la carrera, y ante la mirada curiosa del resto de las prisioneras, atravesó el pasillo central. Desapareció por la puerta del barracón.

A una prudente distancia, la *kapo* Edna recorrió el pasillo. Al llegar a la puerta, pudo ver a Helena que corría ya en dirección a la *Zentral Sauna*. Contó hasta diez y sopló su silbato con todas sus fuerzas.

La *kapo* Schmidt y otras dos *kapos* salieron del barracón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la *kapo* Schmidt.

—Esa chica eslovaca, Helena. Ha abandonado el barracón rompiendo el toque de queda. Se ha enterado de que su hermana ha llegado en un tren a la rampa. Se dirige a uno de los crematorios. Al Crematorio IV.

—¡Seguidla! ¡Las tres! —gritó la *kapo* Schmidt—. ¡Intentad atraparla, si cae en manos de la guardia estará muerta!

Las tres *kapos* obedecieron, y echaron a correr en la dirección en que lo hacía Helena. La *kapo* Schmidt también corrió, pero cogiendo la dirección opuesta. El camino que conducía a los cuarteles de las SS.

Penetró en los cuarteles sin pedir permiso y dando un fuerte portazo. El pasillo estaba oscuro, al igual que los despachos. Solo en uno de ellos se distinguía luz. Rogó al cielo tener suerte antes de abrir la puerta de ese despacho iluminado.

El cielo la escuchó. El *unterscharführer* Wunsch estaba en el despacho, apoyado contra una de las mesas, charlando con los *unterscharführer* Hahn y Meier.

—*Unterscharführer* Wunsch, ¿puede atenderme un momento, por favor?

Los tres hombres detuvieron su conversación y la miraron sorprendidos. Esas no eran horas para que una *kapo* entrara en los cuarteles, ni siquiera podía hacerlo, el acceso de las *kapos* a ese lugar solo podía producirse cuando eran

requeridas por uno de ellos. Lo sucedido esa noche no había ocurrido nunca en los cuarteles del sector Kanada.

Con un gesto de extrañeza, Wunsch caminó hacia ella. Salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

—Schmidt, espero que tenga un buen motivo para molestarnos...

—Escúcheme, *unterscharführer*, por favor, es importante. Esa chica eslovaca, ya me entiende...

El rostro de Wunsch cambió de manera súbita. El gesto de extrañeza dio paso a un rictus de preocupación.

—¿Qué ha pasado con la chica eslovaca? Le dije que...

—Ha abandonado el barracón rompiendo el toque de queda. Se ha enterado de que su hermana ha llegado en un tren a la rampa. Se dirige al crematorio IV.

Wunsch abrió la puerta y gritó a su interior:

—Tengo un asunto que atender, muchachos. Mañana seguiremos hablando.

—Eh, Wunsch, pero ¿no íbamos a ir a la cantina? —preguntó Hahn.

Sin hacer caso al comentario de Hahn, cerró la puerta. Se colocó la gorra y, mirando a la *kapo* Schmidt, dijo:

—Gracias Schmidt, gracias por avisarme. Sabré gratificarla oportunamente.

Y, dicho esto, corrió por el pasillo en dirección a la puerta.

* * *

Consiguió alcanzarla cuando la tragedia ya se cernía sobre ella. Había ordenado a las tres *kapos* que la seguían que regresaran al barracón. Ya cerca del Crematorio IV, una patrulla de la guardia estaba a punto de darle alcance. Habían sido avisados por uno de los SS de las torres de vigilancia. El vigía había dirigido el foco hacia ella, alumbrándola para hacer más fácil el trabajo de la patrulla. Eran tres SS, uno en compañía de un perro al que le habían quitado el bozal. En la noche, los ladridos del can y los gritos de los SS dando el alto a la chica del vestido rayado, que corría de manera desesperada, retumbaban por el *Lager* para perderse en el bosque de abedules que había tras el crematorio.

—¡Dejadla! ¡Es una de mis chicas! ¡Dejadla! ¡Yo me ocupo de ella!

Uno de los SS se había detenido y la apuntaba con su fusil cuando escuchó gritar a Wunsch. Bajó el fusil, y advirtió a sus compañeros de la llegada de un superior.

—¡Dejadla! ¡Es una de mis mejores trabajadoras! ¡Yo me encargo de ella!

Helena no se detuvo, continuó corriendo hacia la rampa que conducía al subterráneo del crematorio. Los tres SS detuvieron la captura al escuchar las órdenes de Wunsch.

Antes de llegar a la pequeña explanada delante del crematorio, Wunsch consiguió darle alcance. La agarró por la cintura deteniendo su carrera. La giró hacia él violentamente. Los dos jadeaban. Helena tenía el rostro cubierto de lágrimas. Sus bonitos ojos pardos proyectaban una mirada brumosa. En un primer momento, ni siquiera pareció ser consciente de que era Wunsch quien había frenado su desesperada carrera.

Wunsch la golpeó con el puño en el rostro y la derribó.

—Pero ¿dónde te creías que ibas, desgraciada?

Se echó a horcajadas sobre ella y la abofeteó con fuerza dos veces. Acercando sus labios al oído de Helena, le susurró:

—Dime cómo se llama tu hermana, antes de que sea demasiado tarde.

Entre jadeos y lágrimas, Helena le contestó:

—Se llama Rózinka. Ha llegado con los niños.

Dos nuevas bofetadas. Los ojos de Helena parecían perdidos, como si no se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Los niños no pueden vivir en este lugar. Intentaré encontrarla. Perdona por esto, pero era necesario.

Agarrándola por el cuello del vestido rayado, la levantó de un solo tirón. Hizo un gesto con la mano a los hombres de la guardia, pidiéndoles que se acercaran.

—Llevadla al barracón número diez del sector Kanada. Entregádsela a la *kapo* Schmidt, ella sabrá que castigo imponerle.

—Como usted ordene, mi *unterscharführer* —dijo uno de los SS.

—¡Camina! —le ordenó otro de ellos.

Rodeada de los tres SS, Helena caminó hacia los barracones del sector Kanada. Giró su cabeza, buscando el rostro de Wunsch. Necesitaba agradecerle lo que estaba haciendo, aunque solamente fuera con una mirada. Pero no lo encontró. Cuando Helena se giró, Wunsch descendía ya por la rampa del Crematorio IV.

Todavía jadeando, Wunsch descendió por la rampa que conducía al sector subterráneo del crematorio. Ya allí, la atmósfera se empezaba a tornar asfixiante. Había un zumbido molesto cuando te adentrabas en esas galerías agobiantes y

hediondas, un zumbido que parecía emanar de las paredes. Se cruzó con los *sonderkommandos* que habían recogido la ropa en esas cestas que luego, se arrojarían a los camiones que las trasladarían hasta el sector Kanada. Caminaban como autómatas, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Cuando la levantaban para mirarlo fugazmente, podían verse sus rostros demacrados, pálidos y esos ojos vidriosos que impresionaban a cualquiera que los mirara.

Otro grupo del *sonderkommando* trabajaba en la sala donde los condenados se desvestían. Recogían la ropa de los colgadores y de los bancos de madera, diseminados por las cuatro paredes de la estancia. Los SS y los *kapos* caminaban entre ellos cerciorándose de que hacían el trabajo con diligencia. No podían dormirse, pronto llegaría otra nueva remesa. Un *sonderkommando* se encargaba de atar con los cordones cada par de zapatos. Era una pérdida de tiempo, un trabajo inútil. Cuando llegaban a los depósitos de la ropa del sector, todos esos zapatos terminaban desemparejados.

Desde el primer momento, desde que empezó a descender por la rampa, Wunsch tuvo el palpito de que había llegado tarde. Y esa sensación se acrecentó, al advertir que toda la ropa que había en la sala era de hombre. Esa muchacha tenía que estar mal informada. Su hermana no se encontraba en ese crematorio. No podía encontrarse en ese crematorio.

Con paso rápido entró en la antecámara. Entre la más horrenda de las visiones que el ser humano pudiera concebir, descubrió a Hans Krauss.

Caminó hacia él. Krauss parecía borracho. Llevaba la guerrera desabrochada y un pico de la camisa salía del pantalón. Mientras daba órdenes, se tambaleaba de un lado para otro. En una de sus manos llevaba una botella de vodka.

Sobre un montacargas había siete u ocho cadáveres amontonados. Eran hombres, estaban desnudos, y sus rostros se habían contraído en una mueca que describía un sufrimiento indescriptible. Dos *sonderkommandos* estaban junto al montacargas, esperaban órdenes para subirlo al piso de arriba, donde se encontraban los hornos crematorios.

La puerta de la cámara de gas estaba abierta. El sonido de los extractores y de los ventiladores que limpiaban los restos del gas en la cámara taladraron los oídos de Wunsch. Unos *sonderkommandos* sacaban más cadáveres desnudos, arrastrándolos por los brazos o por los pies, dejando en el suelo un reguero de sangre. Uno de los *sonderkommandos* se había ingeniado un método diferente para arrastrar los cadáveres hasta el montacargas: lo llevaba cogido del cuello con uno de esos bastones picudos que utilizaban los *kapos*.

Se detuvo ante la puerta de la cámara de gas. Todavía quedaban muchos cuerpos por sacar, pero otro grupo de *sonderkommandos* habían empezado ya a limpiar el recinto. El hedor era insoportable, se subió el pañuelo gris que llevaba anudado alrededor del cuello, cubriéndose la boca y la nariz. Los *sonderkommandos* limpiaban con una manguera el suelo de la cámara, que estaba cubierto de excrementos, sangre, orina y vómitos. Uno de los *sonderkommandos* frotaba una mancha de heces en el suelo con un cepillo de púas y otro, intentaba hacer lo mismo con una gran mancha de sangre que había en la pared.

—¡Krauss! —gritó cuando llegó ante él.

—¡Wunsch! Pero ¿qué coño haces tú aquí? ¿Cómo es que te has decidido a descender a los infiernos?

Hizo acción de pasarle la botella de vodka, pero Wunsch declinó con un movimiento de su mano.

—Estoy buscando a una chica, a una de mis trabajadoras. Ha habido una confusión en la rampa, la han confundido con unas eslovacas que han llegado esta noche en un tren. Es una de mis mejores trabajadoras, no puedo prescindir de ella. ¿Sabes tú algo?

—Sí, que te has equivocado de crematorio. Estos también eran eslovacos, pero eran los hombres que venían en ese tren. Búscala en el crematorio V, Dorf está al mando. Es posible que llegues a tiempo, a ellas les cuesta más desvestirse.

Krauss terminó la explicación con una sonrisa de borracho.

—Gracias Krauss, espero no llegar tarde...

—¿Y qué más da? Si al final todos saldrán por esas jodidas chimeneas convertidos en humo.

—Sí, pero mientras tanto necesito a esa muchacha.

Dio media vuelta y salió de la antecámara.

Un tanto mareado, caminó por las asfixiantes galerías subterráneas en busca de la salida. El Crematorio V no estaba lejos. Posiblemente, todavía podía hacer algo por esa chica llamada Rózinka.

Corrió por el camino que separaba los dos crematorios. Había cuatro camiones aparcados a la entrada. Ninguno de ellos contenía las cestas de ropa que terminarían en su sector, así que todavía había posibilidades de encontrar a esa muchacha con vida.

Cuando llegó a la rampa que descendía hacia la galería subterránea del

crematorio, empezó a ver a los *sonderkommandos* arrastrando las pesadas cestas. El proceso había empezado. Tenía que darse prisa, mucha prisa.

Corrió por la galería con ese desagradable zumbido machacando sus oídos. Corrió como lo había hecho antes, cuando tuvo que dar alcance a esa muchacha eslovaca que había puesto en peligro su vida.

Se escuchaban voces, un gran murmullo, órdenes y gritos que procedían de la antecámara. «Es posible que lo haya conseguido», se dijo a sí mismo.

En la sala donde se desnudaban los judíos, los *sonderkommandos* y las *kapos* trabajaban en la recogida de la ropa. Pero la puerta de la antecámara de donde procedía el murmullo se encontraba cerrada, aunque Dorf estaba junto a ella.

—¡Dorf! ¡Dorf, espera un momento!

—¿Wunsch? ¿Qué haces tú aquí?

—Tienes que ayudarme, Dorf, ha habido un error. Una de mis chicas, una de mis mejores trabajadoras, ha sido confundida en la rampa con unas mujeres eslovacas...

—Estas son eslovacas...

—Por eso, creo que está con ellas. ¿Podrías abrir la puerta? Es importante que la encuentre. No puedo prescindir de ella.

—¿Y por qué no ha dicho que estaba en el comando de...?

—No se explica muy bien...

Sin apartar la mirada de Wunsch, Dorf golpeó con los nudillos en la puerta. Wunsch observó que había envejecido, en pocos meses, parecía que hubiesen pasado años por él. Grandes surcos cruzaban su rostro, tenía bolsas negras debajo de unos ojos cansados y mortecinos, el pelo cano, su aspecto en general era descuidado. Era una sombra del hombre que llegó a ese lugar unos años antes.

—¡Abre la puerta, una de las putitas de Effinger está ahí dentro!

Dos cerrojos se descorrieron.

—Gracias, Dorf...

—No me creo tu historia, Wunsch. Pero tú sabrás lo que haces. Entre ese montón de mujeres desnudas estará la que buscas... Pero procura darte prisa. Esta noche tenemos mucho trabajo y ya voy con retraso.

Wunsch empujó la puerta. Esta se abrió. Antes de entrar, volvió a mirar en dirección a Dorf.

En el rostro de Dorf se dibujó una triste sonrisa.

Unas cien mujeres desnudas se amontonaban en la antecámara. Al fondo, las

puertas de la cámara de gas estaban abiertas. Desde donde se encontraba, podía ver las hileras de las duchas ficticias que colgaban del techo. Dos SS custodiaban la puerta de la cámara. Estaban esperando órdenes de Dorf.

Rodeado por un repentino silencio, solo roto por ese molesto zumbido que parecía emanar de las paredes, se hizo paso entre los cuerpos desnudos. Las mujeres se apartaban a su paso, y lo miraban con ojos asustados.

—¿Rózinka? ¿Alguna de vosotras es Rózinka?

Había mujeres jóvenes y otras de mediana edad, ancianas, adolescentes, niñas de todas las edades y niños, algunos muy pequeños.

—¿Rózinka? ¿Alguna de vosotras se llama Rózinka?

Muchas de ellas cubrían sus rostros con las manos, en una señal de pudor y vergüenza. Otras rezaban. Había una madre joven que sostenía a una niña de no más de dos años en sus brazos. A la niña le habían permitido conservar una pequeña muñeca de trapo.

—¿Rózinka? ¿Alguna de vosotras es Rózinka?

Una muchacha levantó la mano. Wunsch supo en ese mismo momento que era la chica a la que buscaba. Aunque más baja de estatura, y unos diez años mayor, guardaba un gran parecido físico con Helena. Dos niños se aferraban fuertemente a sus piernas: una niña rubia y un niño más pequeño.

—¿Eres Rózinka?

La muchacha movió afirmativamente la cabeza.

Wunsch le ofreció la mano.

—Tienes que venir conmigo.

—*Moje deti!* —gritó la muchacha señalando a los niños.

Los dos niños se agarraron con más fuerza a las piernas de su madre. El niño empezó a llorar.

—Lo siento, los niños no pueden venir.

—*Moje deti! Moje deti!* —volvió a gritar la mujer.

La niña rubia se unió a los lloros de su hermano.

—Lo siento, pero tienes que venir tu sola. Los niños no pueden venir.

La muchacha también empezó a llorar. Wunsch reconoció en sus ojos, los ojos de Helena.

—*Moje deti! Moje deti!* —continuaba gritando, sin querer separarse de sus hijos.

Una anciana se giró hacia Wunsch. Tenía el pelo muy blanco, los ojos de un

azul intenso y un rostro que, aunque curtido por el tiempo, desprendía una gran dulzura. La anciana se agachó y les dijo algo a los niños. Dejaron de llorar. Primero el niño y después la niña rubia se separaron de las piernas de su madre y le dieron la mano a la anciana. Cuando se incorporó, le dijo algo en su idioma a la muchacha llamada Rózinka. Esta pronunció una sola frase, se agachó, besó a sus hijos y, después, cogió la mano de Wunsch.

La anciana miró fijamente al SS y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Wunsch estaba como hipnotizado, no podía apartar la mirada de los ojos de la anciana. Quizá, en toda su vida, no había visto un rostro más tranquilo, sereno y bondadoso que el de esa mujer. La anciana pasó sus manos, reflejo de una vida intensa, por las cabezas de los niños. Y después le dedicó una bonita sonrisa. Wunsch no pudo evitar que sus ojos adquirieran un brillo extraño.

Pasó su brazo por el hombro de Rózinka y empezaron a caminar entre el grupo de mujeres. La anciana, con los niños de la mano, se dio la vuelta en el momento en que las primeras mujeres empezaban a entrar en la cámara de gas. Lo hacían en orden, tranquilas. Pensaban que solo iban a tomar un baño. Menos esa anciana, Wunsch lo sabía. Lo había leído en sus ojos. Esa anciana sabía que iba a morir. Y sabía que los niños morirían con ella. Con esa bonita sonrisa, la anciana le había hablado. Le había dicho algo. Le había dicho: «Gracias. Gracias por salvar una vida».

—*Kde sú Moje deti!* —dijo Rózinka mirando a Wunsch.

—Ahora tenemos que salir de aquí —le dijo Wunsch.

Llegaron a la puerta. Evitó la mirada del SS que esperaba a que salieran. Tras cruzarla, escucharon el sonido que provocaron los dos cerrojos al sellarla.

—Tengo que vestirte —dijo Wunsch.

Tenía que conseguir ropa para la muchacha. Caminaron hacia un *sonderkommando* que todavía estaba llenando su cesta con la ropa amontonada en el colgador de una de las paredes. Entonces Wunsch se percató de algo.

Con su mano, tapó los ojos de Rózinka. La muchacha eslovaca no reaccionó de ninguna manera, solamente se dejó llevar. Pasó su brazo por la cintura de Wunsch, buscando el calor de su cuerpo.

Junto a la puerta de la antecámara estaba Dorf, hablando con dos SS equipados con máscaras antigás. En sus manos llevaban las latas redondeadas que contenían el gas Zyklon B. Tras recibir las instrucciones de Dorf, los *Gaskassierascendieron* por unas escaleras que conducían al techo de la cámara. Mientras lo hacían, Wunsch pensó en el rostro bondadoso de esa anciana, y en

esos dos niños, cogidos de sus manos.

—Necesito ropa para ella —dijo Wunsch al *sonderkommando*.

El hombre rebuscó en la cesta. Casi toda la ropa de la cesta era de niña.

—*Kde sú Moje deti!* —volvió a repetir Rózinka, todavía con los ojos llorosos.

¿Qué le habrá dicho esa anciana? ¿Qué les habrá dicho a los niños? Se preguntó Wunsch, mientras el *sonderkommando* entregaba ropa a Rózinka.

—Ahora vístete, nos tenemos que ir de aquí —dijo Wunsch.

Mientras Rózinka se vestía, vio a Dorf dar tres grandes palmadas en la puerta de la antecámara. Esta se abrió. El murmullo había cesado.

Todas las mujeres, las niñas y los niños se encontraban ya en el interior de la cámara de gas.

* * *

En la soledad del despacho de Wunsch, en los cuarteles de las SS, el *unterscharführer* austriaco y la *kapo* Schmidt miraban a la joven eslovaca. La había vestido con lo que había podido encontrar en el crematorio: dos botas sin cordones que se le salían al caminar, una falda que le quedaba corta y una chaqueta que le venía demasiado grande. Un pañuelo de muselina con brillo de color blanco, simulaba la pañoleta de las trabajadoras del sector Kanada.

—Búsquele ropa apropiada en cuanto llegue al barracón —dijo Wunsch con rostro cansado.

—¿Quiere que la lleve con su hermana? —preguntó la *kapo*.

—Sí, puede dormir con su hermana. A partir de mañana asígnela al barracón de almacenamiento, pero ponga a trabajar a las dos en el depósito de la ropa durante unas semanas, así llamarán menos la atención. Ya me las ingeniaré para procurarle un número e incluirla en las listas. Me escudaré en un documento que hemos recibido esta semana, en los próximos días llegarán nuevos trenes procedentes de Rumanía y Yugoslavia y necesitaremos más personal. Eso es todo, Schmidt.

—Como usted ordene, *unterscharführer*.

Wunsch las despidió con una sonrisa cansada. La joven eslovaca y la *kapo* abandonaron el despacho. Wunsch caminó hacia el mueble bar. Abrió la puerta acristalada, sacó una botella de vodka ruso y un vaso, y se sirvió. Caminó hacia la ventana. Antes de llegar se detuvo un instante ante el retrato del *Führer* que

colgaba de la pared tras su escritorio. Se bebió el vodka de un solo trago.

A través de los cristales de la ventana, vio al turno de la noche de las chicas de Effinger meter las maletas, las bolsas y los bolsos en uno de los barracones de almacenamiento. Procedían de los cargamentos de prisioneros que había visto en los crematorios. Uno de los motivos de asignar a Helena y a su hermana al depósito de la ropa, era evitar que la muchacha eslovaca tuviera que clasificar su propia ropa, o la ropa de sus hijos. No era la primera vez que sucedía, y era un momento traumático que las *kapos* se veían obligadas a reprimir y que alteraba a todas las muchachas del barracón. Ese pensamiento le hizo elevar la mirada hacia las chimeneas que sobresalían por encima de los tejados de los barracones de almacenamiento. Escupían al cielo de la Alta Silesia su humo noche y día, sin descanso. Sin descansar ni un solo minuto. Ya se habían acostumbrado al desagradable olor a carne quemada. El ser humano tenía esa capacidad: era capaz de acostumbrarse a todo, a cualquier cosa. Al menos eso pensaba él hasta esa noche. Se acordó de Krauss y de Dorf. Ahora, ya no estaba tan seguro de ese pensamiento.

Las tristes luces del *Lager* le permitieron ver como caían las primeras gotas de un nuevo aguacero. Las mismas gotas que se estrellaban contra los cristales de su despacho. Perdió su mirada en una de esas gotas de lluvia.

* * *

La *kapo* Edna las esperaba en la puerta del barracón. Al llegar junto a ella, la *kapo* Schmidt le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Acompañadas por la muchacha eslovaca, recorrieron el oscuro y silencioso pasillo central del barracón.

Llegaron al cubil de Helena. La *kapo* Edna retiró una de las mantas y entró.

Helena lloraba desconsolada tendida en el colchón. Dina, Esther y Leah intentaban consolarla. Helena se incorporó de manera abrupta. En su rostro bañado en lágrimas, aún se distinguían las marcas de los golpes de Wunsch.

—Vosotras tres, fuera de aquí. Volved a vuestras camas.

—¿Y mi hermana? ¿Han encontrado a mi hermana? —preguntó Helena con tono desesperado, mientras las otras tres prisioneras abandonaban el cubil.

La *kapo* Edna salió tras las muchachas sin contestar. Quien entró en el cubil fue la *kapo* Schmidt.

—Mucho tiene que quererte el *unterscharführer* Wunsch, muchacha. Esta

noche ha puesto en juego su carrera y su propia vida por ti.

—¡Rózinka!

Helena se levantó de la cama y corrió hacia la *kapo*, pero esta la frenó de golpe. Agarró con su mano la cara de Helena y la apretó con fuerza, hasta desfigurarla. Habló tan cerca de su rostro, que Helena pudo sentir el impacto de su aliento sobre la piel.

—Tenía que haberse enamorado de mí, yo soy una alemana de nacimiento, muchacha, y no una apestosa judía como tú. Pero a veces, el cielo es caprichoso. Ten mucho cuidado, aléjate todo lo que puedas de él. Como me entere que ese joven tiene algún problema por tu culpa, te mataré con mis propias manos. ¿Lo has entendido?

Helena movió afirmativamente la cabeza.

La *kapo* Schmidt la soltó, no sin antes dedicarle una mirada furiosa. Apartó una de las mantas. La *kapo* Edna entró, acompañada por la joven eslovaca.

—¡Rózinka!

—¡Helena!

Se abrazaron. Y lloraron. Permanecieron así durante unos minutos, abrazadas y llorando. Helena limpió las lágrimas que cubrían el rostro de Rózinka con las manos y lo besó repetidamente. La *kapo* Schmidt abandonó el cubil.

—¿Y mis niños, Helena? ¿Dónde están mis niños? ¿Dónde los han llevado?

Helena volvió a abrazarla. Mientras lo hacía, miró a la *kapo* Edna. El rostro de la *kapo* mostraba una tristeza infinita. Mientras las dos continuaban abrazadas y llorando, la *kapo* dijo:

—Ahora le traeré la ropa adecuada.

Tras decir eso, abandonó el cubil.

—Helena, tienes que decirme dónde están mis hijos. Tengo que reunirme con ellos. Estarán muy tristes, nunca se han separado de mí. Por favor, dime dónde están...

Helena tenía que ganar tiempo. Pese a estar contenta por reencontrarse con su hermana, un poderoso dolor la destrozaba por dentro. Sabía que nunca más volvería a ver a sus sobrinos. Sabía que su hermana nunca volvería a ver a sus hijos. A esas horas, sus hijos ya estarían muertos. Habrían sido quemados. Ni siquiera tendría un lugar donde poder llorar por ellos. Los *sonderkommandos* con sus carretillos, tirarían sus cenizas a los ríos Sola o Vístula. Todo el mundo en el Kanada sabía esas cosas. Y tarde o temprano, Rózinka también acabaría enterándose. Pero hasta entonces, quería evitar el sufrimiento de su hermana.

Tendría que inventar algo, y hacerlo rápido.

—Ven aquí, Rózinka...

Se sentaron encima del colchón.

—Una anciana me dijo que separaban a los niños y a los ancianos de las personas que eran válidas para trabajar. Me dijo que podría ir a visitarlos todos los días y que hasta entonces, ella cuidaría de los niños. Me dijo que no había podido tener nietos, y que hacerse cargo de mis niños le hacía mucha ilusión. Me lo dijo antes de que ese soldado alemán me sacara de las duchas donde...

Sin saberlo, esa anciana le había hecho un favor. Un favor inmenso.

—Escucha, Rózinka, esa anciana tenía razón. Aquí hay una guardería donde llevan a los niños. Lo hacen para que no nos distraigamos de nuestro trabajo. Los alemanes son así. Los primeros días no podrás verlos, hasta que te aclimates a este lugar. Pero luego, te dejarán verlos todos los días, ya lo verás...

—Pero ¿qué tipo de sitio es este, Helena?

—Es una fábrica. Clasificamos ropa, ya lo descubrirás mañana. Los alemanes no nos pagan, pero nos dan buena comida y hasta nos permiten quedarnos con algunos manjares que encontramos durante la clasificación.

—¿Entonces Jalenko tenía razón?

—Sí, tenía razón.

Jalenko. Estaba ansiosa por preguntarle por sus padres y por esa bestia de Jalenko. Aunque se temía lo peor.

—¿Y Rivka? ¿Dónde está Rivka?

—En otra fábrica, Rózinka. A unos kilómetros al norte de aquí hay otra fábrica como esta. Ella trabaja allí, pronto podrás verla.

—Pero aquí todos son soldados, Helena...

—Sí, la fábrica la dirigen los militares, ya sabes, lo llaman industria de guerra ...

El rostro de Rózinka parecía más tranquilo, pero sus ojos delataban que la angustia persistía.

—¿Qué será de nosotras, Helena? ¿Qué será de mis niños?

Helena volvió a abrazar a su hermana. Mientras la acunaba, dijo:

—No te preocupes, estaremos bien. ¡Trabajaremos juntas y compartiremos esta cama! Juntas, otra vez juntas... Pronto podrás ver a tus niños. Saldremos adelante, él nos protegerá. No permitirá que nos pase nada malo.

Se separaron. El rostro de Rózinka parecía desconcertado. Y el de Helena

también. ¿Por qué había dicho eso? ¿De dónde había surgido ese pensamiento? Se maldecía por haber pronunciado esas palabras pero, por otro lado, no podía negar que desde esa noche, cuando él la alcanzó en la puerta del crematorio, esa idea había arraigado dentro de su cabeza. «No estoy sola, él me protege. Y no permitirá que nada malo me pase».

—¿Él? ¿Quién es él? ¿Hablas de ese joven y apuesto soldado que ha venido a buscarme a las duchas donde...?

—¡Déjalo, Rózinka! ¡Tienes muchas cosas que contarme! Tienes que hablarme de nuestros padres, de nuestra familia, de nuestros amigos.

El rostro de Helena se tornó serio.

—Pero por favor, cuéntame la verdad. Toda la verdad.

* * *

Le revolvía el estómago. Hacía mucho rato que tenía ganas de vomitar. El opresivo ambiente del cine del *Lagertodavía* provocaba que aumentara más su malestar. Continuamente, se llevaba la mano al cuello de su camisa y giraba el cuello a un lado y al otro, como si se ahogara. Sentado a su lado, Meier se había dado cuenta de su estado.

—¿Te pasa algo, Wunsch? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

Las imágenes que había visto la noche anterior en los crematorios no se apartaban ni un minuto de su cabeza. Ahora había comprendido en toda su oscura profundidad aquellas conversaciones que había sostenido con el contable en la cantina del *Lager*. Ahora comprendía sus motivos para solicitar el traslado a Berlín. Por aquel entonces, él estaba demasiado acomodado en su pequeño mundo burocrático del sector Kanada. Él no asistía a selecciones de ningún tipo, su personal ya llegaba seleccionado al sector. Era muy fácil hablar cuando esas cosas no se veían. Era muy fácil hablar cuando esas cosas las veían otros.

Miró hacia la primera fila de sillas del cine. *El gran amor*, la película que había triunfado en la patria un año antes, había llegado al *Lager* y nadie había querido perdérsela. En esa primera fila estaban sentados el *Kommandant Höss* y toda la corte de altos cargos del *Lager*: Hössler, Kramer, Aumeier, Grabner... como si nada estuviera sucediendo a su alrededor, disfrutaban de la película. Esta había llegado a su escena cumbre: Zarah Leander, que interpretaba a la cantante Hanna Holberg, se disponía a interpretar *Sé que esto puede ser un milagro*. El

silencio en el atestado cine resultaba sepulcral.

Ich weiss

Es wird einmal ein Wunder gescheh'n

Und dann werden tausend Marchen wahr...

Por más que lo intentaba, no podía apartar su pensamiento de lo sucedido la noche anterior. Ese día había tomado una decisión: aferrarse solamente a aquellas cosas que le pudieran hacer sentirse un poco humano en mitad de todo ese infierno. De lo contrario, antes de que terminara esa maldita guerra, acabaría como Krauss o como Dorf. Esa chica judía era de las pocas cosas que le podían hacer sentirse humano. No volvería a presionarla para entablar relación, eso lo tenía muy claro. Primero, porque la chica no quería. Era algo comprensible, lo podía entender: era lógico que esa gente sometida a un tormento inhumano rechazara todo lo que tuviera que ver con el uniforme que él vestía. Admiraba de ella su valentía, su determinación, su lealtad a aquello a lo que pertenecía. En mitad de toda esa podredumbre que la envolvía, ella mantenía intacta su dignidad como persona. Por extraño que pudiera parecer, por diferentes que ellos fueran, esos eran los mismos valores que le habían llevado a alistarse en las *Waffen SS*. Segundo, porque esa relación podía perjudicarlos a los dos. Tenían que sobrevivir, todo se reducía a esa palabra: sobrevivir. Esperar que esa guerra terminara y con ella, todo el horror que la rodeaba. Así, que se conformaría con mirarla. Se conformaría con verla aparecer todos los días en el barracón al que estaba asignada, enfrente de su despacho. Ella sería el lazo invisible que lo atara a la humanidad. Haría todo lo posible para poder verla todos los días y, por eso, ella tenía que seguir con vida. En las sombras, esa sería su nueva misión, la que le ayudaría a levantarse cada mañana y afrontar cada nuevo día.

Ich weiss

So schnell kann keine Liebe vergeh'n...

En la pantalla, Paul Hörbiger, el actor que interpretaba al compositor Alexander Rudnitzky, depositaba una carta sobre el piano. En ella, el amado de la bella cantante, el teniente de la *Luftwaffe* Paul Wendlandt, le comunicaba que había sido destinado a Rusia, al frente oriental. Y esa noticia, le rompería el corazón.

Delante de ellos, se encontraba sentado un grupo de *aufseherin*. Todas ellas llevaban pañuelos en las manos. Con ellos, secaban las lágrimas que les

provocaba la romántica canción que estaba interpretando Zarah Leander. A su alrededor, miles de seres humanos padecían el mayor de los tormentos, sufrían las más humillantes de las vejaciones, caminaban hacia la muerte cada hora, cada día. Hombres, mujeres, niñas, niños, ancianos y ancianas. Las cámaras se llenaban y se vaciaban, para volver a llenarse a los pocos minutos. Los trenes llegaban a la vía muerta cada vez con menos diferencia y cada vez, con más gente en su interior. Las chimeneas no detenían su humareda ni de noche, ni de día, ni una sola hora, ni un solo minuto. Y sin embargo ellas, que participaban activamente en todo eso, lloraban compungidas por una historia de ficción que proyectaba el celuloide. Eso fue demasiado. Ya no pudo aguantar más.

Se levantó para abandonar la sala.

—¿Qué haces, Wunsch? ¿Adónde vas? —le preguntó Meier susurrando.

—Tengo que salir. Necesito tomar el aire.

—¿Te vas a perder el final de la película?

Se hizo paso entre la fila de SS sentados a su lado y salió al pasillo. Lo recorrió con paso firme y seguro. Nadie se giró a mirarlo. Todos estaban concentrados en lo que pasaba en la película. Bueno, solo lo miró el camarógrafo. Levantó un instante la mirada, mientras introducía el primer rollo de película en su caja redonda de hojalata.

Salió al exterior. La noche caía sobre el *Lager*. Paseó la mirada por las alambradas electrificadas, por los postes de piedra retorcidos que servían como enlace entre unas y otras, por la torre de vigilancia donde un SS paseaba con su fusil entre las manos.

Apoyó una mano en la pared. Esa visión le provocó una arcada.

* * *

Helena no se esperaba, al llegar la mañana siguiente al barracón de almacenamiento, que su lugar habitual en el banco estuviera ocupado por unas chicas nuevas, unas judías rumanas que habían llegado el día anterior al campo. La *kapoSchmidt* les hizo un gesto con la cabeza. Helena y Rózinka la siguieron por el largo pasillo en dirección a la puerta que comunicaba con el depósito de la ropa. Rózinka miraba el barracón con gesto sorprendido y, por su parte, las trabajadoras les lanzaban miradas curiosas y cuchicheaban a su paso. El sector era como una pequeña ciudad de provincias y las noticias recorrían pronto los barracones, pasando de boca en boca.

Al llegar al depósito, la *kapo* les señaló con su bastón picudo un montón de atillos preparados para llevar a las cámaras de vapor.

—Durante las próximas semanas trabajaréis en el depósito. Así lo ha sugerido el *unterscharführer* —explicó la *kapo*.

Tras decir esas palabras, dio media vuelta y regresó al barracón. Rózinka se percató del gesto de sorpresa en el rostro de su hermana.

—¿Eso es bueno o malo, Helena?

Helena se repuso en un instante.

—Eso es bueno, Rózinka. Él sabe lo que tiene que hacer.

Helena cogió dos de los atillos y los cargó sobre la espalda.

—Coge dos de los atillos, Rózinka —dijo Helena.

—¿Qué tenemos que hacer con ellos?

Encorvadas y con los dos atillos cargados a sus espaldas, empezaron a caminar.

—Tenemos que llevarlos hasta ese edificio de allí, lo llaman la *Zentral Sauna*. Allí están las cámaras de vapor.

—¿Las cámaras de vapor? ¿Qué son las cámaras de vapor?

—En las cámaras de vapor desinfectan las prendas que almacenamos.

—¿Y qué hacen después con las prendas?

Tenía que improvisar sobre la marcha: pregunta/mentira, pregunta/mentira.

—Creo que después las utilizan para hacer prendas militares. Estoy muy contenta de que vayamos a ese edificio, Rózinka. Estoy ansiosa por que conozcas a Klara, es mi mejor amiga en el... en la fábrica. Es de Kezmarok, la conocí el primer día que llegué aquí. Ya verás, se pondrá muy contenta de conocerte...

Rózinka no la estaba escuchando. Miraba con un gesto muy serio a la chimenea que lanzaba su humo al cielo.

—¿Y ese edificio? Es donde nos llevaron ayer. ¿Todavía estarán allí mis hijos? ¿Cuándo podré verlos? ¿Y el humo? Anoche también salía humo de esa chimenea. ¿Nunca se detiene?

—Ese edificio es otra fábrica, Rózinka. En algunos edificios, una parte se emplea como fábrica y la otra como recepción para los recién llegados. Allí es donde están las duchas. En el edificio al que nos dirigimos sucede lo mismo. El ala de la derecha, por donde entraremos, conduce a las cámaras de vapor y el ala izquierda a la zona de recepción. Allí también hay duchas. No te preocupes por la chimenea, en varias de esas fábricas es donde queman todas las prendas que

nosotras desechamos en el barracón de almacenamiento. Son muchas prendas, Rózinka. Ya has visto que hay seis barracones trabajando las veinticuatro horas del día.

—¿Y mis hijos?

—No, los niños ya no están allí, Rózinka. El sector donde se alojan los niños y los ancianos está en el otro extremo del complejo. Allí es donde está el jardín de infancia.

Se detuvieron. El rostro de Rózinka mostraba una expresión preocupada.

—No sé si los niños llevarán bien estar sin mí, Helena. No sé si esa anciana sabrá cuidarlos. Mi niña...

—No te preocupes y sigue caminando. Esa anciana cuidará de ellos, allí no tienen otra cosa que hacer. Hay muchos niños en ese lugar, Rózinka. Seguramente ahora, tus hijos ya estarán jugando con otros niños. No tienes que preocuparte. Solo tienes que demostrar que eres una buena trabajadora y ya verás que pronto te permiten ir a verlos.

Continuamente tenía que hacer un esfuerzo para que sus ojos no se cubrieran de lágrimas.

En la puerta de entrada había tres *kapos* hablando en un círculo. Una de ellas era la *kapo* Jelen.

—¿Y ese olor, Helena? Desde anoche me di cuenta...

Caminaban por el pasillo mal iluminado que comunicaba con la sala donde se encontraban las cámaras de vapor.

—¿Te acuerdas de que te dije que Rivka trabajaba en otra fábrica, a unos kilómetros de aquí? —preguntó Helena—. Allí fabrican artículos para el ejército alemán utilizando pieles de animales. Queman los animales en unas fosas, por eso el olor...

—No, pero ese olor es como...

—Mira, Rózinka, ahí están las cámaras de vapor —interrumpió Helena.

Los SS patrullaban las cámaras con sus armas al hombro. Los prisioneros esperaban charlando en un corro. Las chicas se afanaban en colgar las prendas que sacaban de los atillos en el interior de las cámaras. Antes de entrar, Helena advirtió a su hermana:

—No mires nunca a los SS a la cara. Cuando estés en su presencia, baja la cabeza. Deposita los atillos en el suelo de la puerta de la cámara, ábrelos y márchate.

Era extraño. Buscó a Klara entre las chicas que colgaban las prendas, pero no

la encontró. Klara siempre solía estar en el turno de la mañana. En realidad, recordó que hacía semanas que no la veía. Dejó los atillos en la puerta de una de las cámaras. Al abrirlos, se percató que era ropa de niño. Miró a Rózinka. Tenían que salir de allí, tenían que salir cuanto antes.

Caminó hacia su hermana, que estaba intentando abrir uno de los atillos. Tocando ligeramente su brazo, le dijo:

—Venga, salgamos de aquí.

—Pero no tenía que...

No le dio tiempo a terminar la frase. Helena echó a andar. Rózinka caminó tras su hermana. Una de las chicas que trabajaba en el interior de las cámaras terminó de abrir el atillo. Contenía ropa de niña.

—¿Y tu amiga? No me has presentado a tu amiga.

—No estaba, Rózinka. Es extraño, pero no estaba.

Aquella mañana Helena vio a Klara, pero no fue en el interior de las cámaras de vapor.

Al salir del edificio, volvió a mirar a la *kapo* Jelen. A su lado, estaba Mandy, la delincuente alemana de los ojos rasgados. Ahora también se había convertido en una *kapo*. Cuando descubrió quien era la tercera persona que había con ellas, su corazón dio un vuelco. En el brazo izquierdo de su guerrera marrón, llevaba el brazalete blanco con la palabra *kapoescrita* en letras negras. Era Klara.

Helena empezó a caminar muy rápido. Rózinka casi no podía seguirla. La furia la consumía por dentro. Ella nunca pensó ver a una mujer judía colaborar con los nazis. Había escuchado que había *kapos* judíos en el sector de los hombres, pero no creía que entre las mujeres eso fuera posible. Nunca volvería a hablarle. Nunca volvería a dirigirle la palabra.

—¿Qué te pasa, Helena? ¿Por qué vas tan rápido? ¿Y por qué estás tan pálida? Parece que hayas visto a un *Dybbuk*.

—No me pasa nada, Rózinka. Tenemos que traer más atillos. Vamos retrasadas.

Sí, en eso su hermana tenía razón. Había visto un *Dybbuk*, un fantasma. A partir de ese momento, Klara para ella sería eso. Un fantasma.

8

LOS PÁJAROS NEGROS DE AUSCHWITZ. DÍAS DE CENIZA

Otoño de 1943-Otoño de 1944

Todas las mañanas, Helena sentía la misma excitación. Era un sentimiento privado, un sentimiento prohibido, algo que no podía compartir con ninguna de las otras prisioneras, ni siquiera con su hermana Rózinka. Algo que pertenecía a ella misma y que, sin embargo, sabía que compartía con otra persona. Con otra persona que, a su vez, tampoco podía compartirlo con ninguno de sus compañeros.

Esa excitación crecía en intensidad cuando recogía su caldereta de café y caminaba hacia la puerta del barracón de almacenamiento. Era el ritual de todos los días, de días soleados y calurosos, de días bajo la lluvia o la nieve, o entre esa niebla viscosa que tantas veces invadía el campo durante semanas. Sucedió siempre antes de poner un pie dentro del barracón. En ese momento, Helena desviaba la mirada hacia los cuarteles de los SS. Y allí, tras los cristales de la ventana de su despacho, estaba él. Las dos miradas convergían durante un solo segundo, pero para ellos ese segundo podía resultar eterno. Era un beso en la distancia. El único contacto que podían tener, el único que les estaba permitido. El único contacto que ellos mismos se habían marcado. Después, ella entraba en el barracón y él, cerraba las cortinas de su despacho. Fue un sentimiento que para Wunsch, nadie sabe cuando comenzó y que para Helena, empezó después de que ese hombre salvara la vida de su hermana.

Pero luego llegaba la dura realidad. Por aquellos días, el miedo volvía a llamarse «selección». Desde que empezaron a llegar a la rampa los trenes cargados con judíos procedentes de Hungría, las selecciones se convirtieron en rutina en el hasta entonces intocable sector Kanada. Alguien pensó que iba

siendo hora de llenar los barracones de almacenamiento con judías húngaras e ir terminando poco a poco con las prisioneras más veteranas del sector. A diferencia de otros sectores del campo, las residentes del Kanada sabían todo, habían visto todo, vivían encerradas entre los cuatro crematorios de Birkenau. La marcha de la guerra estaba poniendo muy nerviosos a los gobernantes del campo y ya se estaban haciendo planes para tapar el mayor crimen en masa de la historia. Y entre esos planes estaba, que ninguna prisionera del Kanada sobreviviera para poder contarlo.

Sin embargo, para Helena las selecciones no eran su principal preocupación. Se sentía segura, sabía que Wunsch no permitiría que les sucediera nada malo, ni a ella ni a su hermana. Se había jugado su carrera y su vida por ellas, y no consentiría que ahora fueran víctimas de una selección. Aunque, en calidad de supervisor, él nunca participaba ni estaba involucrado en las selecciones, movería sus importantes contactos para que ellas no resultaran afectadas. Así lo pensaba Helena, y ese pensamiento le ofrecía tranquilidad y seguridad. Por el contrario, su hermana Rózinka se había convertido en su principal preocupación. Pasaban los meses y no llegaba el momento de poder ver a sus hijos. Cada día, veía y escuchaba cosas que la acercaban más a la realidad de lo que estaban viviendo. Todavía las mentiras de Helena parecían surtir efecto, pero eran un muro que lentamente se iba resquebrajando. El derrumbamiento total de ese muro se produjo un lluvioso día de otoño y, precisamente, uno de sus detonantes fue una selección.

Aquella mañana, la actividad en el barracón se detuvo cuando la *kapo* Schmidt entró en compañía de un *unterscharführer* llamado Emmerich y de dos SS armados. Ese hombre de rostro mezquino y burlón era el encargado de las selecciones. Con un golpe de su bastón, la *kapo* dio la orden de que todas dejaran sus labores y formaran delante de los bancos y de las estanterías. Las piernas empezaban a temblar y el sudor se reflejaba en la frente de las chicas.

Emmerich caminaba por los pasillos señalando a las mujeres seleccionadas.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Esa palabra taladraba la cabeza de las muchachas. Esa palabra y el sonido que provocaban las mujeres seleccionadas abandonando el barracón.

Emmerich caminó por el pasillo donde se encontraban Helena y Rózinka. En una muestra de sadismo, solía mirar a todas las mujeres durante unos segundos, aunque después no las señalara como seleccionadas. Cuando llegó ante Helena y Rózinka, ni siquiera las miró. Sí lo hizo con Esther, aunque no la señaló. Pero al llegar ante Dina, dijo:

—¡Tú!

Y lo repitió ante Leah:

—¡Tú!

Las dos chicas abandonaron su puesto. Lanzaron una mirada triste a Esther, pero bajaron la cabeza cuando pasaron por delante de Helena.

No le sorprendió. La relación de Helena con las prisioneras del barracón había cambiado después de la llegada de Rózinka. Muchas de ellas no soportaban a Rózinka, hablando todo el día de sus hijos y preguntando una y otra vez cuándo podría visitarlos. Además, los celos y la envidia se hicieron patentes en los barracones de almacenamiento. Muchas habían perdido a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos, a familias enteras. Y sin embargo, ella había conseguido salvar a su hermana. Nadie sabía de dónde había surgido, pero las habladurías del asunto de Helena y Wunsch, y de un posible trato de favor, corría por los barracones como corre la pólvora. Los chismorreos se encendían cada vez que ella pasaba y el vacío se hizo evidente. Helena y Rózinka estaban prácticamente aisladas.

Emmerich había seleccionado a dieciséis muchachas. Estaban formadas en la puerta del barracón, en una única fila. En compañía de los SS, la fila echó a andar. Caminaban en dirección al edificio de la *Zentral Sauna*. Pero todas sabían que no se detendrían allí, que girarían a la izquierda y enfilarían el camino que conducía a uno de los dos crematorios.

—¡A trabajar! —gritó la *kapo* Schmidt en el interior del barracón.

Cada una volvió a su trabajo. Helena hizo el intento de entablar conversación con Esther, quería decirle que lo sentía, pero Esther hizo caso omiso, se dio la vuelta y bajó una maleta de la estantería.

—¿Adónde las llevan? —preguntó Rózinka a su hermana.

—A otro barracón —contestó Helena.

Esa tarde, veinte judías húngaras sustituyeron a las mujeres seleccionadas.

* * *

Esa noche, durante la cena, el muro de mentiras de Helena cayó definitivamente. Rózinka había pasado una mala tarde, no había dejado de hablar de sus hijos ni un solo momento. Con paciencia, Helena había contestado estoicamente a cada una de las preguntas de su hermana. En la mesa que ocupaban dentro del barracón, Rózinka removía una y otra vez la sopa, sin probar bocado.

—¿Qué te pasa, Rózinka? ¿Por qué no comes? —preguntó Helena a su hermana, con voz preocupada.

—No puedo más, no aguanto más. Llevo más de dos meses sin ver a mis hijos y tú me dices...

—Deja de hablar de tus hijos —Esther escupió esas palabras sin levantar la mirada de su plato de sopa.

—Esther, por favor... —replicó Helena.

Esther se incorporó, dio un puñetazo en la mesa y miró desafiante a Helena. Los platos bailaron y todas las cabezas se giraron hacia ella.

—¡Y tú deja de mentir a tu hermana! ¡Ya estoy harta! ¡Dile la verdad!

Ahora fue Helena la que clavó la mirada en su plato.

Rózinka también se levantó y se dirigió a su hermana:

—¿Qué está diciendo, Helena? ¿Por qué dice que me mientes? ¿Cuál es la verdad?

—Nada, Rózinka, siéntate y...

—¿Tú has visto a los pájaros? —preguntó Esther a Rózinka, alzando aún más la voz.

—¿Qué?

—¿Que si has visto a los pájaros?

—Sí, yo he visto...

—¿De qué color son los pájaros de este lugar?

—Ya vale, Esther, por favor —intentó terciar Helena.

Pero Esther no se detuvo, no le hizo caso.

—¿De qué color son los pájaros de este lugar, Rózinka? —volvió a preguntar.

—Negros, aquí todos los pájaros son...

—¿Y por qué crees que son negros?

A esas alturas, todas las prisioneras habían dejado de cenar, se habían levantado de las mesas o salido de sus cubiles y contemplaban la escena que se desarrollaba entre Esther, Rózinka y Helena con ojos expectantes.

Esther caminó hacia Rózinka. Su rostro parecía muy exaltado. Helena también se había levantado. Las lágrimas tintineaban en sus ojos. Su engaño estaba a punto de saltar por los aires.

—Yo no sé por qué...

Esther agarró a Rózinka por el brazo y la arrastró hasta la puerta del

barracón. Helena las siguió y también, en tropel, el resto de las prisioneras.

Continuaba lloviendo. No había dejado de llover en todo el día. Esther sacó a Rózinka del barracón y, levantando su brazo hacia el cielo, señaló con su dedo índice la columna de humo que brotaba de la chimenea de uno de los crematorios.

—¡Por las cenizas! —gritó. Rózinka pareció entenderlo, porque comenzó a sollozar—. ¡Están negros por las cenizas! ¡Allí están tus hijos! ¡Tus hijos murieron la noche que llegaste a este lugar! ¡Y después los quemaron! ¡Todos los niños son quemados! ¿Lo entiendes? ¡Y a nosotras nos pasará lo mismo! ¡Todas seremos quemadas, todas nos convertiremos en humo! ¡Nunca saldremos de aquí! ¡Nunca! ¡Solo saldremos de aquí por esas chimeneas! ¿Lo entiendes, Rózinka? ¡Solo saldremos de aquí convertidas en humo!

Se hizo un silencio absoluto. Solo se escuchaba el sonido que provocaba la lluvia y los sollozos de Rózinka.

Rózinka caminó lentamente hasta donde se encontraba Helena. Su rostro estaba desencajado. Con voz trémula, le preguntó:

—¿Es eso verdad, Helena? ¿Mis hijos están muertos? ¿Mis hijos fueron quemados?

Helena no pudo contestar. Las lágrimas rodaron por su rostro. Agachó la cabeza, como tantas veces había hecho.

—No, Dios mío... No, Dios mío... ¡¡No, Dios mío!!

Rózinka se hizo paso entre los cuerpos inmóviles de las prisioneras y entró corriendo en el barracón número diez.

Tres *kapos* se acercaban a la carrera hacia el barracón haciendo sonar sus silbatos.

Helena se acercó a Esther, mirándola fijamente, mientras la lluvia y las lágrimas rodaban por su rostro.

—Dios mío... ¿Por qué has hecho eso, Esther? ¿Por qué lo has hecho?

—¡Porque estoy harta, Helena! ¡Harta! ¡Harta de las preguntas de tu hermana! ¡Harta de que hable todo el día de sus hijos! ¡Harta de escuchar tus mentiras! ¡Y harta de que mientras Dina y Leah han sido conducidas a la muerte, tú y tu hermana...!

—¿Qué está pasando aquí? —gritó la *kapo* Schmidt. Estaba acompañada por la *kapo* Edna y por una *kapo* eslovaca llamada Mancy—. ¡Todas dentro! ¡Rápido!

Todas las prisioneras regresaron al barracón. También Helena, que corrió en

busca de su hermana.

—¡Tú no! —le dijo la *kapo* Schmidt a Esther—. ¡Tú eras la que estaba armando este alboroto!

—Yo...

—¡Desnúdate! —gritó la *kapo* Schmidt.

Esther se quitó el vestido rayado. Lo dejó caer al suelo embarrado.

—¡La ropa interior también! ¡Todo!

Esther terminó de desnudarse. La lluvia empapaba todo su cuerpo.

—¡Arrodíllate y extiende los brazos en cruz!

Desnuda, Esther se arrodilló sobre el barrizal y colocó los brazos en cruz.

La *kapo* Schmidt agarró a Esther por el pelo y pegó su boca al rostro de la joven judía.

—Estarás así toda la noche. Así aprenderás a mantener el orden en el barracón.

En su cubil, Helena acunaba a su hermana que lloraba de forma desconsolada.

—Me has mentado, Helena. No te lo perdonaré nunca. ¡Tú lo sabías! ¡Tú sabías que mis hijos estaban muertos! ¿Por qué no me lo contaste, Helena? ¿Por qué no me lo contaste?

—No quería hacerte sufrir, Rózinka. Solo quería protegerte. Protegerte de todo esto.

La *kapo* Edna entró en el cubil.

—¿Está bien? —preguntó.

Helena movió afirmativamente la cabeza.

—Tenía que suceder —dijo, antes de abandonar el cubil.

Esa madrugada resultó difícil dormir en el barracón número diez. Desde el cubil construido en torno al colchón donde dormían Helena y Rózinka, llegaban los llantos desconsolados de esta, que no se detuvieron ni un solo minuto, acompañados esporádicamente por gritos desesperados que decían: «Dios mío, mis hijos» o «¿Por qué han matado a mis hijos?».

A mitad de la noche, se escuchó otro sonido que procedía de la puerta del barracón. Fue cuando Esther cayó desplomada sobre el barro.

* * *

Varios prisioneros tiraban de las carretas de madera cargadas con nuevos equipajes. La distancia que separaba la rampa de los judíos del sector Kanada no era muy grande, pero se hacía enormemente complicada por culpa del barro que cubría los caminos. Las carretas se atascaban continuamente y entonces, los gritos amenazantes de los SS arreciaban.

En las últimas semanas recorrer ese camino se hacía especialmente duro. Los trenes procedentes de Hungría no dejaban de llegar a Birkenau, y los crematorios funcionaban a pleno rendimiento. Uno de los prisioneros que tiraban de la carreta se llamaba Avram. Para él, trabajar en el comando de Effinger había sido una alegría. Gracias a ese trabajo, había descubierto la única satisfacción que ese lugar de enfermedad y muerte podía ofrecerle a un hombre. Sin embargo esa tarde, las lágrimas que caían de sus ojos se mezclaban con la lluvia que golpeaba su rostro. A un lado del camino por el que transitaban, caminaba una fila de mujeres y niños húngaros que acababan de llegar en uno de los últimos trenes que habían arribado a la rampa. Habían dibujado en sus espaldas una tétrica cruz con pintura roja. Eso significaba que iban directamente al crematorio. Todos ellos estarían muertos en pocas horas.

Avram agradeció que tomaran un nuevo camino, el que les conduciría hacia uno de los depósitos de ropa del sector Kanada. Allí descargarían las maletas y después, como siempre solía suceder, descansarían unos minutos antes de volver a la rampa a recoger más maletas. Aunque él, no descansaría. Él tenía planes mejores que descansar. Eso sí, esa tarde tendría que jugársela para disfrutar de ese placer. Pero por otro lado, tampoco le preocupaba. En Birkenau, te la jugabas en todo momento: bastaba con que miraras a la cara del SS equivocado, para que este decidiera practicar su puntería con tu cabeza.

Esa tarde el depósito de la ropa de ese barracón estaba atestado. Las carretas llegaban y llegaban al almacén sin parar ni un minuto. Había también dos camiones repletos de enseres. Grupos de SS patrullaban el depósito. Las chicas de Effinger introducían sin descanso las maletas, los bolsos y las mochilas en el interior de lo que llamaban barracones de almacenamiento o de clasificación.

Cuando terminaron de descargar la carreta, guiñó un ojo a sus compañeros y caminó hacia la puerta que conducía al barracón de almacenamiento. Miró a los dos lados y tocó tres veces en la puerta.

Klara abrió la puerta del almacén. Conocía al hombre de Effinger que estaba allí parado. El hombre se quitó la gorra, miró en todas las direcciones y extrajo de ella una pequeña bolsa. Con sigilo, se la entregó a Klara. Klara imitó sus movimientos, miró hacia todos lados y guardó la bolsita en el bolsillo de su

chaqueta.

—Pasa, Avram —dijo casi susurrando.

Las chicas trabajaban en el interior del barracón sin descanso. Las maletas se amontonaban al lado de las estanterías. En estas ya no cogía ni una maleta más. Los bancos de madera también estaban repletos: algunas chicas desaparecían detrás de las montañas de ropa.

Avram permaneció junto a la puerta, dando vueltas a la gorra con sus manos. Klara avanzó por el pasillo casi hasta la puerta de entrada del barracón. Allí, sobre tres maletas vacías, habían colocado una radiogramola. La habían encontrado dentro de una de las maletas unas semanas antes. Klara cogió un disco de Electrola en sus manos, un tango interpretado por Hilde Hildebrandt. Lo malo, que ese disco era el único que tenían. Lo tenían que poner una y otra vez, porque hacer que ese tango dejara de sonar era la señal de aviso. La señal de aviso de que se acercaba alguien, alguien de las SS. Klara puso con delicadeza la aguja sobre el disco y giró el botón del volumen para ponerlo al máximo. Hizo un gesto con la cabeza hacia otra de las *kapos*, que se lo devolvió. La cautivadora voz de Hilde Hildebrandt envolvió de misterio el barracón de almacenamiento:

*Liebe ist ein Geheimnis
Das wunderbar und unergründlich ist
Liebe musst Du erleben,
Sie schenkt Dir Stunden...*

Escuchaban tantas veces la canción, que hasta unas jóvenes húngaras recién llegadas casi se la habían aprendido. Klara se acercó a una joven muy bonita, de tez muy blanca, ojos claros y un deslumbrante cabello negro azabache. Se llamaba Romy, era una judía de Sajonia. Klara golpeó con su porra en la estantería, la muchacha la miró, esbozó una sonrisa y caminó tras ella.

Al llegar junto a la puerta, Avram se les unió. Caminaron hacia el estrecho y oscuro pasillo de madera que conducía al almacén de los zapatos. Ya antes de llegar, Avram y Romy se besaron. Llevaban dos meses viéndose con la complicidad de las *kapos*.

—Tenéis diez minutos —dijo Klara, antes de darse la vuelta.

De manera apresurada, Romy se quitó el pantalón de remero, unos leotardos rojos que había cogido de una de las maletas y las bragas. Avram se bajó los pantalones hasta la rodilla y se abalanzó sobre Romy.

Para Klara, montar guardia en ese pasillo no era agradable, pero formaba parte del negocio que llevaba con la *kapo* Jelen y con la *kapo* Mandy. Extorsionaban a los prisioneros que querían verse con las chicas con las que mantenían algo más que una amistad. Ese oscuro y apestoso pasillo era el único lugar del campo donde podían mantener esos encuentros. En ocasiones, Klara se daba la vuelta para ver la penetración, pero a ellos parecía no importarles. Esa tarde lo hizo. De reojo, pudo ver las salvajes embestidas de Avram sobre la chica. Romy, que apoyaba una mano contra la pared de madera, estuvo a punto de golpearse en varias ocasiones la cabeza contra la pared. Esa tarde el prisionero resultaba incontenible. Cuando Klara consideraba que los gemidos excedían el límite de lo conveniente, golpeaba con su porra en la pared. En esa ocasión no lo hizo: Romy había tomado precauciones y se había metido la pañoleta blanca en la boca para amortiguar los gemidos que escapaban de su garganta.

Pasados los diez minutos, Klara dio un golpe con la porra y dijo:

—¡Venga, fuera! ¡Se acabó el tiempo!

Avram y Romy se vistieron con la misma rapidez con la que se habían desnudado.

Al regresar al barracón, Avram lo abandonó por la puerta que comunicaba con el depósito de la ropa. Klara acompañó a Romy hasta su puesto y luego, se dirigió a la radiogramola. Con el mismo cuidado con que la había puesto, apartó la aguja del disco. La voz de Hilde Hildebrandt se apagó en el barracón de almacenamiento.

Regresó al oscuro pasillo de madera. Tenía que esperar allí. Katarzyna Jelen y Mandy, que la seguía a todos lados como un perrito faldero, no tardaron en llegar.

La *kapo* Jelen extendió la mano. Klara sacó la bolsita que le había dado Avram del bolsillo de su chaqueta y vació su contenido en la mano de la *kapo* polaca.

—¡Piedras! ¡Tres piedras!

Avram se la había jugado. Tres piedras. En la mano de la *kapo* Jelen solo había tres piedras.

—¡Maldita judía hija de puta! ¡Te ha engañado! ¡Ese judío hijo de puta te ha engañado!

—Lo siento, yo...

La *kapo* Jelen colocó su bastón en el pecho de Klara y la empujó contra la

pared. El rostro de Klara se contrajo en un gesto de dolor. Se había clavado en la espalda la punta de una tabla suelta.

Las dulces facciones del rostro de Katarzyna Jelen contrastaban con la ferocidad de sus ojos, de los que parecía brotar el fuego.

—¿Por qué no has mirado antes lo que contenía la bolsa?

—Me he fiado de él, siempre ha pagado. El otro día nos entregó un reloj y un par de gemelos de oro...

La *kapo* Jelen apretó más el bastón en el pecho de Klara. Esta sintió una repentina sensación de asfixia, pero peor que esa sensación, eran las palabras que salían de la boca de la *kapo* polaca.

—Me he cansado de ti, ya no me sirves. ¡No sirves para nada! Sabes, necesitan *kapos* en los crematorios, ahora funcionan sin interrupción. Por lo menos, podrás ayudar antes de morir a la gente de tu pueblo...

—¡No, por favor! ¡Eso, no! ¡Lo de hoy no volverá a suceder! ¡Lo prometo! ¡Lo prometo!

Tras la *kapo* Jelen, Mandy no dejaba de sonreír.

—¿Tú qué piensas, Mandy?

—Que aquí hace falta alguien mejor que ella. Esta judía no es de fiar. Ya que como todos los judíos ha de terminar en la cámara de gas, por lo menos podía echarles una mano antes de morir. Creo que sí, que tendrías que enviarla al crematorio.

—¡No, por favor! ¡Al crematorio, no! ¡No podría resistirlo! ¡No podría! ¡Os contaré todo! ¡Sé cosas! ¡Sé muchas cosas!

La *kapo* Jelen relajó la presión del bastón sobre el pecho de Klara. Miró a Mandy. Sus rostros estaban serios.

—¿Qué sabes? ¿Qué quieres decir con que sabes cosas? —preguntó la *kapo* Jelen.

—Cosas, sé muchas cosas. Cosas que nadie sabe. Cosas que nadie sospecha —contestó Klara.

—¿A quién se ha follado ese judío?

—A Romy. La chica se llama Romy.

—¿Conoces a Romy, Mandy?

—Sí.

—Tráela aquí. Ella pagará el engaño de ese judío malnacido.

Mandy salió del pasillo en el mismo momento en que la *kapo* Jelen soltó a

Klara.

Se miraron. Klara jadeaba. Tragó saliva. La dulzura había regresado al rostro de la *kapo* polaca. El fuego de sus ojos se había apagado.

—Klara, Klara, Klara. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Katarzyna Jelen le acarió el rostro. Klara cerró los ojos.

Mandy apareció con la joven judía llamada Romy. Muy alterada y con rostro preocupado, la muchacha preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos hecho algo malo?

La *kapo* Jelen susurró al oído de Mandy:

—Llévatela al almacén de los zapatos. Cuando acabes con ella, quiero que ni el más necesitado de los judíos se vuelva a fijar en su rostro.

Mientras escuchaba esas palabras, la sonrisa de Mandy se convirtió en una mueca malvada.

—Ven conmigo —le espetó Mandy a Romy.

La joven prisionera judía y la delincuente alemana de los ojos rasgados desaparecieron tras la puerta del almacén de los zapatos.

—Bien, Klara. ¿Qué son esas cosas que sabes? ¿Qué son esas cosas que nadie sospecha?

Los dedos de la *kapo* Jelen acariciaron el cuello de Klara. Esta echó para atrás la cabeza y volvió a cerrar los ojos.

* * *

Las siguientes semanas fueron las más duras que Helena vivió en el sector Kanada. Rózinka se desmoronó, cayó en un estado de absoluta desesperación. Helena pensaba que ese hundimiento en su estado de ánimo sería pasajero, que poco a poco, día a día, iría asimilando la terrible realidad. Pero no fue así, y eso que Helena lo intentó todo. Continuamente le explicaba que eran unas privilegiadas, le habló de sus primeros meses en el campo, en el *Stammlager*, de todas las humillaciones que padeció, de los sufrimientos, el hambre, las privaciones. Le contó todo aquello que sabía que estaba sucediendo en otras partes del campo: los barracones donde cuatro y cinco prisioneros ocupaban un solo colchón, la malaria, el tifus, las prisioneras comidas por los piojos y mordidas por las ratas, le habló del hambre. Le contó que una de las prisioneras húngaras le había hablado de un lugar llamado México, no muy lejos de donde ellas se encontraban, donde las mujeres deambulaban casi desnudas, famélicas,

sin recibir alimento y deseando que la muerte llegara antes de terminar el día. Sin embargo ellas trabajaban bajo techo, dormían en camas individuales, recibían buenas raciones de comida y un buen trato general por parte de las *kapos*. Pero nada, nada surtía efecto. Todas las conversaciones terminaban con las mismas palabras: «Sí, pero han asesinado a mis hijos».

Rózinka se abandonó: prácticamente no comía, descuidó su higiene, no dormía ni un solo minuto por la noche. Afortunadamente, contó con la complicidad de la *kapo* Edna. En dos ocasiones, Rózinka se desvaneció en el trabajo y, entre ella y la *kapo*, consiguieron reanimarla antes de que nadie más se diera cuenta.

Solamente había una cosa que mantenía a Helena con fuerzas para seguir adelante: esa mirada furtiva con Wunsch de todas las mañanas. Y un día, hasta eso le falló. Cuando corría con su caldereta de café hacia la puerta del barracón, al mirar hacia los cuarteles de los SS, vio la persiana cerrada en el despacho de Wunsch. Eso no había pasado ni una sola mañana desde que ese joven SS salvó a su hermana en el crematorio. Durante ese tiempo, Helena había llegado a olvidar que ella era una prisionera judía y él un SS. Había llegado a verlo como un hombre. Solamente un hombre. Esa mañana, Helena entró en el barracón con una enorme tristeza que terminó reflejándose en su rostro. Nunca se hubiese imaginado, que Wunsch estaba dentro del barracón.

Las piernas empezaron a temblarle cuando lo vio. Una sensación extraña y desconocida, que nunca antes había experimentado, se instaló en la boca de su estómago. Wunsch y otros dos *unterscharführer* recorrían el barracón con un portafolios de madera con pinza en sus manos, escribiendo algo en unas hojas que llevaban sobre el portafolios. En concreto, Wunsch recorría las estanterías donde se depositaban las maletas. Rózinka y ella se miraron. Mientras se dirigían hacia los colgadores para dejar sus vestidos rayados, la *kapo* Edna salió a su encuentro. En voz baja, les dijo:

—No os preocupéis, no sucede nada anormal. Los supervisores están haciendo un inventario de existencias en los barracones. Comportaos con normalidad.

Helena y Rózinka caminaron hacia su posición habitual en el largo banco de madera. Precisamente ese día, Helena tenía que ocuparse de las maletas. Wunsch se encontraba no muy lejos del lugar en el que ellas solían trabajar. Esther también la miró, pero Helena no le devolvió la mirada. Desde el día que Esther le contó a Rózinka la verdad sobre lo que había pasado la noche que llegó al campo con sus hijos, Helena no había vuelto a dirigirle la palabra, ni la mirada,

aunque Esther había intentado en varias ocasiones pedirle disculpas.

No se encontraba bien. Sentía cierta envidia del resto de las mujeres, que trabajaban indiferentes a la presencia de los SS. Pero ella no podía. En más de una ocasión, pasó por su cabeza la idea de dejarse llevar, arriesgarlo todo. Dejar las maletas y la ropa que tenía que clasificar, caminar hacia él y decirle algo que hacía muchos meses que tenía que haberle dicho. Algo que tenía que haberle dicho desde la noche en que ese hombre salvó a su hermana de una muerte segura. Era un puñal que tenía clavado en su pecho, un puñal que un día u otro tenía que arrancar. Ese podía ser el día y, sin embargo, no lo hizo. Siguió haciendo su trabajo y dejó que fuera él quien, poco a poco, fuera acercándose a ella.

Rózinka se dio cuenta de su estado de nerviosismo. Helena no dejaba de morderse el labio y secar sus manos en los pantalones de remero. Disimuladamente miraba hacia el lugar donde se encontraba Wunsch, a escasos pasos de ella. Se había arreglado tres veces la pañoleta. Ahora miraba a Rózinka, ahora hacia donde se encontraba Wunsch. Ahora miraba a la *kapo* Edna, que paseaba por los pasillos con los brazos cruzados tras la espalda y la porra entre sus manos, y ahora dirigía la mirada hacia Wunsch. Ahora miraba a Esther, que cortaba a trocitos con las tijeras una estrella de David, y ahora miraba otra vez hacia donde se encontraba el SS. Hasta que, sin darse cuenta, en una de esas ocasiones, Wunsch se encontraba junto a ella.

Sin saber qué hacer, Helena se reclinó para extraer una maleta y Wunsch hizo lo mismo para anotar algo en sus papeles.

Helena pensó que había llegado su oportunidad, había llegado el momento de arrancar de su pecho ese puñal que tenía clavado desde hacía meses.

Sin mirarlo, con la mirada postrada en la maleta que sacaba de la estantería, Helena dijo:

—Gracias.

Sin mirarla, con la mirada postrada en los papeles donde escribía, Wunsch le contestó:

—Te quiero.

Helena cargó con la pesada maleta y la dejó sobre el banco de madera. En su dorso había un nombre y una dirección escritos en grandes letras con pintura blanca: rezső kovacs, györ.

Wunsch continuó caminando. Pasó al lado de Rózinka como si no la hubiera visto nunca.

—¿Qué te ha dicho? Sé que te ha dicho algo, Helena, le he visto mover los labios —preguntó Rózinka. Por un momento, su voz había recuperado la alegría.

—Nada, no me ha dicho nada —contestó Helena, muy seria.

—Venga, dímelo. Sé que te ha dicho algo —insistió Rózinka.

—Te he dicho que nada. Venga, sigue trabajando.

Mientras abría la maleta, Helena sonrió. No, no se lo diría a nadie, ni siquiera a su hermana.

Eso era para ella. Solo para ella.

* * *

La cantina del *Lager* estaba atestada esa noche. Hahn, Meier, Emmerich y Krauss jugaban a las cartas en una de las mesas. Las botellas de vodka iban y venían. Ya ni siquiera podían precisar cuántas habían tomado.

Hacía rato que, entre jugada y jugada, la conversación giraba sobre otra mesa y sobre otros hombres. Sobre Wunsch y el contable. Siempre se sentaban en la misma mesa, siempre solos. Y eso, levantaba la sospecha de sus compañeros y amigos.

—El contable mira fijamente la mesa y Wunsch por la ventana. Míralos, parecen dos almas en pena —dijo Hahn con sorna.

—Tienen mucho de lo que hablar, el contable tiene mucho que contarle de sus devaneos con los chicos de la Gestapo —explicó Emmerich, con tono críptico. Arrojó las cartas sobre la mesa y bebió un trago de vodka.

—¿Devaneos con la Gestapo? ¿Qué le ha pasado al contable con la Gestapo? —preguntó Meier.

—¿No lo sabéis? Hubo un problema con la Gestapo en el Departamento Económico. Dos de los compañeros del contable fueron detenidos. Fue cuando ese buitre de Morgen llegó al *Lager* para poner todo patas arriba. A nosotros también nos investigaron, pero no nos encontraron nada. Sin embargo, en el Departamento Económico fue diferente. Allí sí que habían metido la mano en la caja —relató Emmerich.

—¿Y el contable también estaba en el asunto?

La pregunta procedía de Krauss. Arrojó también las cartas, se recostó en la silla y se encendió un cigarrillo.

—Ese hombre, ahí donde lo véis, es más listo que todos nosotros juntos. Cuando sucedió el registro estaba en Berlín, creo que en un permiso. Al volver,

se encontró con la taquilla sellada. Los chicos de Grabner se la habían precintado. Es posible que escondiera algo en su interior, porque pidió a dos de sus compañeros que le ayudaran a reventar la taquilla. Ya sabéis, desmontó la parte posterior, retiró la lámina metálica que la cubre, sacó de su interior lo que pudiera guardar y volvieron a cerrarla como si nada. Al día siguiente, se presentó en el bloque once. Les dijo a los chicos de la Gestapo que había regresado de Berlín y que se había encontrado la taquilla precintada. Los hombres de Grabner le dijeron que lo estaban esperando, que querían abrirla en su presencia. Así lo hicieron. Lo acompañaron al Departamento Económico y, delante de sus narices, abrieron la taquilla. Nada, en su interior no había nada que no tuviera que estar allí. Le pidieron disculpas y se marcharon. No me pidáis que os diga cómo me enteré, pero así fueron las cosas. ¡Menudo pájaro está hecho ese contable!

Se hizo un silencio en la mesa. Meier silbó y después, dijo:

—Hay que tenerlos bien puestos para hacer eso.

—Pues no lo parece —dijo Krauss—. Wunsch me dijo que ha pedido dos veces salir del *Lager*...

—Tres —rectificó Hahn—. No todo el mundo tiene tus arrestos, Krauss.

Hans Krauss cogió la botella de vodka y dio un largo trago. Ya no utilizaba el vaso.

—No son arrestos, es el sentido del deber. Es nuestra obligación, somos SS. Hemos hecho un juramento. Se nos ha ordenado matar judíos, ¿no es así? Pues yo mato judíos. Claro, que es mucho más cómodo lo que hacéis vosotros, estar todo el día asomados a la ventana viendo mover el culo a las putitas de Effinger.

—Ya no son las putitas de Effinger, Krauss —corrigió Emmerich—. Effinger se suicidó...

—No se suicidó, Emmerich. Hablas de cosas que no conoces. La familia de Effinger murió durante uno de los bombardeos en Hamburgo. Enloqueció, eso es todo. Lo trasladaron a un lugar más tranquilo —sentenció Meier.

—Entonces ya no podremos hablar de las putitas de Effinger. Ahora tendremos que decir... ¡las putitas de Wunsch! —sentenció Emmerich, dando una palmada sobre la mesa y lanzando una sonora carcajada.

—¿Wunsch? Pero si Wunsch es solo un jodido supervisor... —dijo Krauss con tono sorprendido.

—¿Un supervisor? ¿No sabes lo de Wunsch, Krauss? Pasas demasiado tiempo en los crematorios viendo morir judíos, ya no te enteras de nada —dijo Emmerich. Dio otro trago a su vodka.

—¿De qué me tengo que enterar? ¿Qué pasa con Wunsch? —volvió a preguntar Krauss.

—¿De verdad no lo sabes?

—Eso es mentira, Emmerich... —terció Meier.

—¿Qué es mentira?

Emmerich se giró y lanzó una mirada a Wunsch. Después, inclinándose sobre la mesa y bajando el tono de voz, le dijo a Krauss:

—Se dice que Wunsch tiene una amante. Una amante judía.

—¿Cómo? —preguntó Krauss. Parecía que la borrachera se le había pasado de repente.

—Eso es mentira, Emmerich. Tú lo sabes —volvió a repetir Meier.

—¿Cómo que una amante judía?

—Sí, una amante judía, una de las chicas del barracón de...

Meier dio una palmada en la mesa. Lanzó a Emmerich una mirada furiosa.

—¡Te repito que es mentira, Emmerich! Eso te lo conté yo. Es verdad que en una ocasión, después de volver de un permiso en Austria, me pidió que le ayudara a entregar una caja de galletas a una de las chicas del barracón seis. Pero no fue a ninguna chica judía. Fue a una *kapo* alemana. Ahora ya no está allí, fue trasladada. Compréndelo, todos tenemos nuestras necesidades...

—¿Y tú qué vas a decir? —repuso Emmerich—. Wunsch es tu amigo. Pero yo he investigado por mi cuenta. No fue a una *kapo* alemana, fue a una prisionera judía. A una judía eslovaca o polaca, eso no lo sé bien. A esa muchacha judía que cantó en su cumpleaños.

—Eso es asqueroso, repugnante. ¿Una judía? ¿Y las Leyes Raciales? Eso es una violación de las Leyes Raciales. ¡Joder es un SS! ¡Y eso es un crimen de raza! ¿En qué coño está pensando Wunsch? —exclamó Krauss.

Nadie contestó. Hahn miró hacia la mesa donde Wunsch y el contable estaban hablando. Meier dio un trago a su vodka.

—Bueno, que... ¿Echamos otra? —dijo Emmerich.

—Yo me tengo que ir. Noche en el crematorio —dijo Krauss.

Se levantó a trompicones. Cogió la gorra que tenía sobre la mesa y se despidió de sus compañeros. Antes de abandonar la cantina, lanzó una mirada aprensiva a Wunsch y al contable. Wunsch levantó la mano despidiéndose de él. Krauss no le respondió. Salió al exterior.

Tambaleándose, se dirigió hacia uno de los camiones Opel *Blitz* aparcado frente a la cantina. Uno de los conductores, dejó el corro en el que estaba

hablando con otros conductores y se acercó a Krauss.

—¿Al crematorio IV, mi *Unsterscharführer*?

—Más tarde. Primero llévame a la *Kommandatur*, Franz —dijo Krauss con voz de borracho.

* * *

Durante el verano y el otoño de 1944 más de 420.000 judíos húngaros llegaron a Auschwitz. La gran mayoría de ellos descendieron directamente de los trenes para dirigirse a los cuatro crematorios activos, sin pasar ya selección alguna. Si un año antes, el número de judíos que terminó en la cámara de gas era de 1.500 al día, en aquellos días se llegó a eliminar diariamente a más de 10.000 personas. Esa etapa se conoció como «los días de ceniza».

Durante los días de ceniza, el *SS unterscharführer* Wunsch recibió una visita en su despacho de los cuarteles del sector Kanada. Su superior directo, el *Obersturmführer* Theodore Kratzer, se presentó por sorpresa en compañía de dos hombres vestidos de paisano y con aspecto de policía.

—Wunsch, estos señores pertenecen a la Policía de la Corte XV, rama Kattowitz —le explicó Kratzer con tono preocupado—. Están aquí porque se han descubierto diversas irregularidades en los inventarios de existencias de los barracones que usted supervisa.

Uno de los hombres, muy alto, con la cara salpicada de cicatrices (posiblemente por el efecto de una granada), y con un sombrero de fieltro que le confería un aspecto de personaje cinematográfico, colocó sobre la mesa de su despacho unos documentos y señaló con el dedo una hoja de inventario.

—Aquí lo tiene. El total ascendería a unos treinta *Reichmarks*. No es mucho, pero ya sabe que el nuevo *Kommandantestá* obsesionado con cortar de raíz cualquier nuevo brote de corrupción en el *Lager*, y especialmente, en este sector. Ya hemos tenido bastante, *Unsterscharführer* Wunsch. ¿Reconoce usted estas pertenencias desaparecidas?

—Sí —dijo escuetamente Wunsch.

—¿Las cogió usted?

—Sí.

—Por Dios, Wunsch. ¿Plumas estilográficas? —preguntó Kratzer con voz de sorpresa.

—Lo siento, mi *Obersturmführer*, fue antes de uno de mis permisos a

Austria, no sabía qué llevarles a mis amigos y no pensé que estas pequeñas cosas...

El otro policía le entregó otra carpeta al que tenía el rostro cubierto de cicatrices. Sabía que había más, lo supo desde el primer momento. La Gestapo no se hubiera molestado por la desaparición de unos objetos que en su totalidad sumaban 30 *Reichmarks*. Él no había cogido ninguno de esos objetos, pero pensó que era mejor inculparse de ese pequeño delito que de lo que vendría a continuación. Ese asunto de las pertenencias desaparecidas solo podía ser una cortina de humo. Una cortina que tapara algo más importante.

—Ese pequeño hurto podría sancionarse con unas semanas de reclusión, incluso podríamos hacer la vista gorda. Pero hay otro asunto mucho más delicado —tras decir estas palabras, Kratzer le indicó al policía del rostro con cicatrices que pusiera sobre la mesa una fotografía que había sacado de la otra carpeta.

Wunsch cogió la fotografía en sus manos. Era una fotografía de registro. Estaba fechada a finales de marzo de 1942.

—¿Conoce a esa prisionera, Wunsch? —preguntó Kratzer.

—Sí, naturalmente. Es una de mis trabajadoras en el barracón seis. Una de las mejores.

—¿Y qué relación mantiene usted con esa prisionera judía, *unterscharführer* Wunsch? —preguntó el otro policía. Hasta ese momento no había abierto la boca.

—Ninguna. Bueno, recuerdo que en una ocasión estuvo en este despacho. Fue en uno de mis cumpleaños. Los chicos y yo estábamos celebrando una pequeña fiesta. Le pedimos a una de las *kapos* que nos trajera a una de esas chicas judías, una que supiera cantar. Sí, la *kapo* acudió con esta chica. Recuerdo que nos interpretó una canción, una canción infantil. Era la única que sabía en alemán. Por cierto, no cantaba nada mal.

—¿Y nada más? —preguntó el policía.

—No, nada más.

—¿No le hizo llegar usted a esa chica una caja de galletas, por medio de algún turbio contacto que tenía en el *Lager*? —preguntó Kratzer.

—No.

—¿Y no le escribía usted notas que le entregaba cuando visitaba el barracón?

—No.

Kratzer caminó hacia los dos policías y les dijo algo en voz baja. El policía

de la cara con cicatrices caminó hacia la mesa de Wunsch y se sentó en ella. Lo miró a los ojos. Sonriendo, le dijo:

—¿Qué pasó en el crematorio con la hermana de esa chica judía, *unterscharführer* Wunsch?

—En una ocasión tuve que ir al crematorio a por una de mis mejores trabajadoras. Hubo una confusión en la rampa, alguien la confundió con unas judías eslovacas que acababan de llegar en uno de los trenes y la llevaron a los crematorios. Ella no se expresaba bien en alemán y no supo explicar que estaba asignada a un barracón de almacenamiento. Como comprenderán, yo velo por los barracones que superviso, por mi sector. Ese es mi cometido en este *Lager*. Creí que estaba haciendo lo correcto. Desconozco si esa mujer y esta de la fotografía son hermanas. Pero les aseguro que ese asunto del crematorio no tuvo nada que ver con esta prisionera judía de la fotografía.

Kratzer caminó lentamente hacia la mesa de Wunsch. Parecía que estuviera pensando lo que iba a decir. Su mirada era fría, serena. Sus palabras sonaron firmes y contundentes:

—Wunsch, este asunto no es una nimiedad como la falta de unos objetos de poco valor del inventario de existencias. La relación de un SS con una prisionera judía es uno de los peores delitos que se pueden cometer en este *Lager*. Es una violación de nuestras sagradas Leyes Raciales. Un crimen de raza. De momento, quiero que entregue su arma. Pasará cinco semanas de reclusión en estricto régimen de aislamiento. Y eso, solo por el robo de las existencias. Le dije que podía ser flexible, pero usted no ha colaborado. Tenemos pruebas de su relación con esa prisionera judía, Wunsch. Y ruegue que esa mujer no le delate porque, por supuesto, será sometida a interrogatorio...

Esas palabras fueron una puñalada para Wunsch. Se incorporó, se desabrochó la cartuchera que llevaba alrededor de su cintura y dejó la Luger encima de la mesa.

—Ella no ha tenido nada que ver, *Obersturmführer*. Reconozco, y así quiero declararlo, que en alguna ocasión me he dirigido de manera provocadora hacia esa mujer. Pero solo ha sido eso. Tienen que entenderlo, paso el día encerrado en este despacho, soy joven y soy un hombre. Como todos, tengo mis necesidades. Ustedes han visto esas fotografías, esa mujer, aún siendo judía, puede atraer a cualquier hombre. Pero ella nunca me ha seguido el juego, nunca ha hecho caso a mis comentarios. Me desprecia, tanto como desprecia mi uniforme. Si alguien se ha comportado incorrectamente, he sido yo. Solamente yo. Acepto de buen grado el castigo que me ha impuesto, y cualquier otro que se derive de mi

inaceptable comportamiento, como miembro de las SS y como caballero, hacia esa mujer. Solo les pido que actúen con justicia hacia esa prisionera, y que recuerden que el único responsable de esta inaceptable situación he sido yo.

—Ya lo veremos —dijo Kratzer, con el mismo tono serio—. Ya lo veremos, Wunsch. De momento, acompaña a estos caballeros.

* * *

Durante los días de ceniza, la *kapo* Schmidt entró en el barracón de almacenamiento y caminó con paso firme hacia el lugar donde Helena trabajaba en el banco. Pegó con su porra un fuerte golpe en la mesa y, dirigiéndose a Helena, dijo:

—¡Tú, sígueme!

Rózinka se llevó las manos a la boca. Las mujeres siguieron trabajando, pero las miradas preocupadas recorrieron de arriba abajo el barracón. Aquello era Auschwitz, y el fino velo que separa la vida y la muerte podía cabalgar al lomo de solo dos palabras: «¡Tú, sígueme!».

Helena cruzó las manos, bajó la cabeza y caminó detrás de la *kapo* Schmidt. Si aquello era el final, no quiso despedirse de nadie con la mirada. Ni siquiera de su hermana. Desde el primer momento, con solo ver el rostro de la *kapo*, sintió el palpito de que algo no iba bien. De que ese podía ser el último de sus paseos por ese barracón. Que el final estaba cercano.

En la puerta del barracón había aparcado un camión Mercedes. Dos SS con sus fusiles al hombro esperaban junto al camión. La *kapo* Schmidt se dirigió a ellos y les dijo:

—Esta es la mujer.

Los SS caminaron hacia Helena. Uno de ellos abrió la portezuela de la parte trasera del camión y le ofreció su mano para que pudiera subir. Helena se sentó en un banco de hierro dentro del camión. Estaba sola, no había nadie más. Los dos SS subieron a la cabina del vehículo. Helena miró en dirección a la *kapo* Schmidt, pero esta ya había desaparecido dentro del barracón.

Casi dos años antes, en un camión como ese, había llegado a ese lugar llamado Birkenau. Ahora, algo le decía que regresaba al punto de origen. Al que fue su primer hogar en Auschwitz.

Tras recorrer su camino, el camión se detuvo en el patio entre los barracones once y doce del *Stammlager*. Nada había cambiado, todo estaba igual que como

ella lo recordaba. Quizá había más prisioneros, ahora todos eran hombres, y quizá se les veía más famélicos, cansados y derrotados que de costumbre.

Cuando llegó, estaba anocheciendo. Sus peores augurios se convirtieron en certidumbre cuando vio la pequeña plaquita de madera que anunciaba:

Block 11

Ella ya había estado en ese lugar dos años atrás, la noche que fue registrada. Y recordó lo que Klara les dijo en aquel infecto barracón número cuatro, sobre los dos lugares que tenían que evitar visitar a toda costa en ese campo: «Los barracones diez y once». Y recordaba perfectamente, lo que Klara le contestó cuando ella preguntó qué había en el barracón número once: «La Gestapo». Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Empezaba a entender. Empezaba a entenderlo todo.

El mismo SS que le había ayudado a subir, le tendió la mano para descender del camión. Los dos SS la llevaron hasta el interior del edificio. Ascendieron por una escalinata y caminaron por un lóbrego pasillo de paredes descascarilladas. Tenía la sensación de que todo ese asunto estaba relacionado con Wunsch. Alguien los había delato. Pero ¿quién? Nadie podía conocer su secreto, no le había confiado a nadie sus sentimientos hacia ese hombre, ni siquiera a su hermana. Rózinka y Klara sabían algunas cosas, pero dudaba que su hermana y su mejor amiga la hubieran podido delatar. Aunque claro, ahora Klara era una *kapo* y hacía meses que no se veían. También estaba la *kapo* Schmidt. Y la *kapo* Edna. Y luego estaban las envidiosas, todas las muchachas del barracón...

Torcieron por otro siniestro pasillo al que se accedía tras pasar un arco con humedades, donde estaba la palabra *Frauenescrita* en letra gótica negra. De alguna parte del edificio llegaban gritos. Gritos de hombre, espeluznantes gritos de dolor. Tortura. Esa palabra se instaló en su interior. Mientras caminaba por ese largo pasillo había elevado la cabeza. Dignidad. No volvería a bajarla hasta que no saliera de ese lugar. Si es que salía. Y no diría nada, porque nada había sucedido. Solo aquello que habitaba en su corazón. Y nadie podría extraerle ese sentimiento, si no le extraía antes su corazón. Y para entonces, ya estaría muerta. Y los muertos, no pueden confesar.

Se detuvieron ante una puerta viselada. Uno de los SS hizo girar el pomo y la abrió. En su interior solo había una mesa y dos sillas de madera de aspecto rústico. Y dos mujeres, dos *aufseherin* que la estaban esperando.

Una de ellas, muy guapa y con un bonito pelo rubio recogido en una trenza Gretchen, estaba sentada en una de las sillas, tras la mesa. Encima de esta había un flexo de pantalla, la única iluminación de la sala, y una carpeta con papeles. La otra *aufseherin*, alta, espigada y con cara de pocos amigos, estaba de pie, a un lado de la mesa. En sus manos llevaba una porra. En una de las paredes había una ventana, pero la persiana estaba herméticamente cerrada.

—Acércate y siéntate —le dijo la *aufseherin* de la trenza sobre la cabeza.

Helena caminó hacia la silla y se sentó. Cruzó las manos en su regazo y no bajó la cabeza.

No se andaron por las ramas. Fueron directamente al grano. Todo sucedió muy rápido.

—¿Sabes por qué te encuentras aquí?

—No.

Sin apartar la mirada de Helena, la *aufseherin* cogió la carpeta y extrajo una fotografía. La dejó encima de la mesa. Con los dedos, la arrastró hacia Helena.

Era una fotografía de membresía de las SS. Helena sintió un fuerte pinchazo en el estómago. Era Wunsch. Una fotografía de Wunsch vestido con el uniforme de gala.

—¿Conoces a este hombre?

—Sí, es uno de mis supervisores en el barracón número seis.

—¿Qué relación tienes con este hombre?

—¿Yo? Ninguna, no tengo ninguna relación con él. Solo es uno de mis supervisores.

La *aufseherin* cruzó los brazos sobre la mesa y acercó su rostro al de Helena. Sus bonitos ojos azules brillaban ante la luz que proyectaba el flexo.

—¿No has estado nunca en el despacho de este hombre?

—No... bueno, sí, en una ocasión. Era su fiesta de cumpleaños. La *kapo* Schmidt entró en el barracón preguntando si alguna de nosotras sabía cantar. Otra *kapo* le dijo que yo cantaba bien, así que la acompañé a ese despacho. Allí estaba ese joven de la fotografía y otros supervisores. Les interpreté una canción en alemán, una canción infantil que había aprendido en la escuela judía. Luego me marché.

—¿Una canción infantil?

—Sí, no conocía ninguna otra canción en alemán.

La *aufseherin* de la trenza Gretchen desvió su mirada hacia la *aufseherin* espigada. Fue esta quien continuó el interrogatorio.

—¿Y nunca más visitaste su despacho?

—No, nunca más.

—¿No es verdad que en una ocasión, ese hombre te hizo llegar al barracón una caja de galletas por medio de un intermediario?

—No, ese hombre nunca me ha regalado nada. Tampoco galletas.

—¿Y tampoco es verdad que te enviaba mensajes cuando visitaba el barracón?

—No, nunca me ha enviado ningún mensaje. No podría hacerlo, siempre estamos atareadas, tenemos mucho trabajo. Y nunca ninguna de nosotras ha hablado con un supervisor. No, al menos que yo sepa.

—¿Cómo llegó tu hermana al *Lager*?

—En un tren, procedente de Eslovaquia. Desde el primer momento fue asignada al Kanada. Tuvimos mucha suerte, compartimos el mismo barracón de trabajo. Luego, yo hablé con una *kapo* para ver si podía dormir conmigo, aunque compartiéramos las dos el colchón. La *kapo* me dijo: «Bien, peor para ti». A mí no me importó...

—¿Qué pasó con tu hermana en el crematorio?

—Una noche, una *kapo* me informó que había habido una confusión con mi hermana en la rampa. Alguien la confundió con unas prisioneras que llegaban de Eslovaquia. Mi hermana no está muy capacitada para hablar idiomas, así que no pudo decirles que estaba asignada al Kanada. La *kapo* me dijo que ya habían dado órdenes para que la buscaran, porque ella es una de las mejores trabajadoras. Me dijo que un supervisor ya estaba de camino a...

—¿Sabías que ese supervisor era el *unterscharführer Wunsch*?

—¿Se llama así? No, no lo sabía. Pero ahora me alegra saberlo, siempre he querido darle las gracias. Al cabo de unas horas, mi hermana regresó al barracón. ¿Puedo hacer eso? ¿Puedo darle las gracias?

Las dos *aufseherin* guardaron silencio. Se miraron. Volviendo a cruzar las manos sobre la mesa, la mujer de la trenza Gretchen dijo:

—No estamos satisfechas con tus respuestas. Sabemos que estás mintiendo. Dentro de veinticuatro horas volveremos a hacerte las mismas preguntas. Intenta recordar, recordar bien. O no saldrás viva de aquí. ¡Llévatela!

Helena se incorporó. La *aufseherin* espigada la cogió del brazo. Salieron de la habitación. En la puerta, había amontonadas unas cajas de cartón. La *aufseherin* cogió una.

—Ven conmigo.

Caminaron por varios pasillos, todos iguales, hasta que llegaron a unas escaleras que descendían hasta una especie de mazmorras. Los gritos se seguían escuchando, aunque con menos intensidad y más lejanos que cuando llegó al edificio. Descendieron por las escaleras. Al final de estas, había otro pasillo largo alumbrado por una triste bombilla. A los dos lados, puertas de hierro atravesadas por grandes cerrojos. Le sorprendió que las puertas no tuvieran una gran altura, más o menos, la altura media de una persona.

Se detuvieron delante de una de las puertas.

—Desnúdate y mete tu ropa en esta caja —dijo la *aufseherin*.

Se quitó la pañoleta blanca y la dejó caer dentro de la caja. Después el vestido rayado y las botas agujereadas que ya no soportarían otro invierno. El pantalón de remero y la blusa blanca. Y por último, la ropa interior. La llevaba nueva y limpia, hacía dos días que la había robado de una maleta.

Cuando toda la ropa estuvo dentro de la caja, la *aufseherin* la apartó a un lado con el pie. Descorrió el cerrojo y abrió una de las puertas. Un gesto de terror invadió el rostro de Helena.

Era como un ataúd. Tres paredes en vasto y un techo metálico con tres agujeros. En el interior de esa celda solo cabía una persona, y de pie. Imaginó que estar ahí dentro sería como ser emparedada viva. Pero peor fue, escuchar las palabras que dijo la *aufseherin*:

—Tendrás tres comidas al día, agua por la mañana, sopa al mediodía y agua por la noche. Tendrás que hacer tus necesidades ahí dentro y de pie. Si no quieres morir rodeada de tu propia mierda o tener todo el día los pies empapados por tu orina, aguántate. Dentro de veinticuatro horas volveremos a interrogarte. Estoy convencida de que recordarás mejor que hoy. Ahora, entra en la celda.

Helena entró en el interior de ese ataúd de cemento y hierro. La puerta se cerró. La oscuridad la envolvió por los cuatro costados. Solo más tarde, cuando sus ojos se acostumbraron al interior de ese nicho encrustado en la pared, podría ver una brizna de luz entrar por los agujeros de la placa metálica que servía de techo.

Cuando la *aufseherin* cerró la puerta se escuchó un grito. Cuando echó el cerrojo, el grito se había convertido en un alarido.

* * *

Durante los días de ceniza, Klara acompañaba por la galería subterránea del

Crematorio IV a un numeroso grupo de mujeres y niñas húngaras en su camino hacia la cámara de gas. Sus ojos se encontraban vidriosos, su mirada resultaba turbada. Llevaba días así. Deambulaba por el *Lager* sin saber muy bien qué hacer, no se relacionaba prácticamente con nadie. No hablaba, excepto cuando tenía que llevar a las prisioneras húngaras al crematorio. Pensaba, hacía preguntas al cielo y este no le respondía. Rezaba. No había sido una mujer religiosa, sus padres tampoco lo eran. Sin embargo, ahora rezaba. Rezaba todo el día. Tenía miedo, mucho miedo. Pensaba que su cobardía le había llevado a cometer pecados, pecados execrables, por los que un día u otro tendría que expiar. Muchas veces, mientras recorría esa asfixiante galería, pensó que ese momento había llegado, que esa era la hora de rendir cuentas. Tenía que expiar esos pecados. Sin embargo, una y otra vez, su cobardía se lo impedía. Siempre que rezaba le suplicaba a Dios que la perdonara y le recordaba, que no había sido la maldad lo que la había empujado hacia el pecado, sino el miedo. El miedo a afrontar el destino que le esperaba.

Llegaron a la habitación donde los recién llegados se desnudaban. Los *sonderkommandos* ya estaban preparados con sus cestas para recoger la ropa y llevarla al sector Kanada. Otras dos *kapos* y ella se encargarían de vigilar que todo el proceso transcurriera en orden, sin que se produjeran escenas de pánico o altercados.

—¡Venga, desnudaos en silencio! ¡Dejad vuestra ropa en los colgadores! ¡La recogeréis cuando salgáis de la ducha!

Repetía esas palabras una y otra vez, mientras caminaba entre las filas de mujeres y niñas que se desvestían en silencio y con rostros asustados.

Una madre joven había desnudado a su niña y no sabía dónde dejar la ropa. Miraba a todos lados con las prendas en la mano. Klara vio su rostro de sufrimiento, y caminó hacia ella.

—Ven aquí —le dijo—. Mira, déjalas en este banco. Cuando te desnudes, pon las tuyas encima. Es importante que cuando salgáis de la ducha, recordéis donde habéis dejado la ropa, para no extraviarla.

—¡Klara! —la llamó otra de las *kapos*.

Klara la miró. La *kapo* le hizo un gesto. Se le había olvidado ponerse el pañuelo que cubría la nariz y la boca. Las otras *kapos* lo llevaban, los *sonderkommandos* también, y los SS que patrullaban el recinto. Era una forma de protegerse de las enfermedades y las infecciones que toda esa gente pudiera portar. Llegaban a Birkenau en trenes de ganado, en condiciones higiénicas

lamentables, tras días de viaje en esos vagones infectos y malolientes. Muchos de los que trabajaban en los crematorios habían contraído el tifus y la malaria. Era el miedo a... el miedo. Klara sonrió, el miedo, por una vez, y aunque fuera como consecuencia de un descuido, había vencido al miedo. No lo haría. No cubriría su rostro con ese pañuelo gris.

Cerca de la puerta que daba acceso a la antecámara, había una niña de unos seis años. Estaba sola y lloraba. Aunque estaban al final del verano, llevaba puesto un abrigo azul de invierno. La niña miraba asustada a todos lados, sin saber bien qué hacer. Klara se dirigió hacia ella.

—¿Alguna de vosotras es la madre de esta niña? ¿Alguna de vosotras cuida de esta niña? —gritó al grupo de mujeres que se estaba desvistiendo.

Las cabezas se giraron a mirarlas, pero todas la movieron negándolo.

—Creo que esa niña viaja sola —dijo una joven morena de pelo largo.

Klara se agachó y limpió con sus manos las lágrimas del rostro de la niña. Era muy guapa, con un bonito pelo negro recogido en dos coletas. Llevaba un lazo azul en cada una de ellas.

—¿Por qué lloras, cielo? Eres muy guapa y te estás poniendo muy fea. ¿Cómo te llamas?

—Giulia —respondió la niña con la voz entrecortada por el llanto.

—Giulia, ese es un nombre muy bonito. Ven, yo te ayudaré a desvestirte.

Klara le ayudó a quitarse el abrigo, que dejó sobre uno de los bancos de madera.

—Ahora te darán una ducha para ponerte limpia y después podrás recoger tu ropa —dijo Klara, mientras desabrochaba la bonita blusa blanca, con el cuello de puntilla que llevaba la niña.

Con mucho cuidado, le quitó los dos lazos azules de sus coletas. Peinó con sus manos la bonita melena negra, dejándola caer sobre la espalda.

—Tienes un pelo precioso, Giulia.

—¿Y tú no te duchas con nosotras? —preguntó la niña, aún con ojos llorosos.

Klara clavó su mirada en los inocentes ojos de la niña. Eran muy bonitos, de un negro profundo. Una lágrima descendió por su rostro y después, otra.

—Ves, ahora lloro yo.

Klara se incorporó.

—¿Te gustaría que entrara en la ducha contigo?

—Sí, estoy sola y tengo miedo.

—¿Has viajado sola en el tren?

—No, he venido con mis padres.

—¿Y dónde están tus padres, cielo?

—Muertos. Murieron en el tren.

Klara se quitó el brazalete de kapo, que guardó en el bolsillo de su blusa.

—Sí, no te preocupes. Yo entraré contigo a la ducha. No me vendrá mal una ducha. ¿Puedes terminar de desnudarte tú sola?

La niña le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien, así yo también me desnudaré.

Klara empezó a desabrocharse los botones de su blusa.

Otra de las *kapos* la vio, cuando ya se estaba quitando la falda. Caminó, apartando a las demás mujeres, en su dirección.

La *kapo* la cogió por el brazo y le dio la vuelta de manera violenta.

—Klara, pero ¿qué estás haciendo?

—Desnudándome, Liselotte, ¿no lo ves?

Klara se quitó la ropa interior y la dejó sobre el banco de madera.

—Pero...

—Pero nada, Liselotte. Soy judía. Y no puedo dejar que esta niña entre sola ahí dentro. Está muy asustada y me necesita.

—Pero Klara, si entras ahí dentro...

La puerta de la antecámara se abrió, provocando un sobresalto colectivo. El grupo de mujeres empezó a entrar en la dirección que los SS y las *kapos* les indicaban.

Sin apartar la mirada de los ojos de la *kapo*, extendió la mano en dirección a la niña.

—Dame la mano, Giulia. Vamos a la ducha.

Klara y la niña se unieron al grupo y entraron en la antecámara. El silencio más absoluto reinaba en el interior de la sala, solo se percibía un extraño y molesto zumbido que parecía emanar de las lámparas redondas del techo o de las paredes. Las puertas de la cámara de gas estaban abiertas.

—Mira, ahí dentro es donde tomaremos la ducha. ¡Ya verás que limpias vamos a salir!

Los SS apostados a los dos lados de la puerta se retiraron para que el grupo de mujeres entrara en la cámara.

La niña miró a Klara y le sonrió. Klara le devolvió la sonrisa. Después irguió

su cabeza y caminó sin soltar la mano de la niña.

Juntas, entraron en la cámara de gas.

* * *

Durante los días de ceniza, un camión dejó a Helena junto a la puerta de acceso al sector Kanada. Estaba muy débil, había perdido muchos kilos y le costaba caminar. Era curioso pero, aunque en el cielo brillaba un frío sol de finales de verano, estaba nevando sobre los barracones del Kanada. Pequeños copitos de nieve que se estrellaron en el rostro de Helena. Se quitó uno de esos copitos y, al acariciarlo entre sus dedos, se dio cuenta de que se descomponía en un extraño polvo gris. No era nieve, eran cenizas. En el horizonte, las chimeneas de los crematorios escupían su humo negro al cielo y las cenizas caían como una copiosa nevada sobre el sector Kanada.

Había pasado cinco días en una de las celdas de castigo del bloque número 11. Todos los días a la misma hora la sacaban de la celda y volvían a interrogarla. Siempre las mismas preguntas, un día tras otro. Y ella, siempre respondía con las mismas palabras, una y otra vez. Los últimos días incluso repetía palabra por palabra, como si fuera el guión aprendido por una actriz.

A los cinco días, llegó la orden de que fuera liberada y que volviera a su sector. Caminó entre los barracones buscando el suyo. Cada pocos pasos se detenía y se apoyaba en la pared. El sol frío golpeaba su rostro, provocando que tuviera que protegerse de él con la mano, sus ojos todavía no se acostumbraban a la luz del día. Las cenizas seguían cayendo sobre ella. Una fina película de ceniza cubría el suelo. Las piernas le dolían como si fueran a partirse a cada paso que daba. Tenía la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento.

En el sector, todo continuaba igual. Los camiones cargados de maletas y enseres personales llegaban sin pausa a los depósitos de la ropa. Los prisioneros transitaban por los caminos abiertos entre las alambradas electrificadas, empujando las carretas de madera. Las chicas de la pañoleta blanca trabajaban sin descanso.

En los cuarteles de los SS se veía el trasiego habitual de todos los días. Pero el despacho de Wunsch estaba oscuro, y la cortina cerrada. ¿Qué le habría sucedido?

Con ese pensamiento en su cabeza, entró en el barracón número seis.

—¡Helena! —pudo escuchar el grito de su hermana Rózinka que corrió hacia

ella. También lo hizo la *kapo* Edna.

Antes de llegar a la estufa, se desplomó en el suelo.

* * *

Dos días recibiendo los cuidados de su hermana y con la complicidad de las *kapos* bastaron para que estuviera otra vez lista para trabajar. Cuando llegó al barracón tras esos dos días, volvió a mirar hacia la ventana del despacho de Wunsch. Nada, el despacho continuaba envuelto en la oscuridad y con las cortinas echadas. Había preguntado por él, a su hermana Rózinka mientras estaba convaleciente, pero su hermana le dijo que no lo había visto, que su despacho estaba cerrado. Desde el mismo día que ella fue conducida al *Stammlager*, nadie lo había vuelto a ver.

Cuando entró en el barracón le esperaba otra sorpresa. La *kapo* Edna le pidió que la acompañara. Recorrieron el barracón en dirección a la puerta que comunicaba con el depósito de la ropa. Entonces la *kapo* giró y se dirigió hacia el estrecho pasillo de madera que conducía al almacén de los zapatos. Entraron en el almacén.

—Trabajarás aquí, apartada del resto de las mujeres. Lo siento, pero son las órdenes que hemos recibido.

Helena caminó lentamente por el almacén, mirando las montañas de zapatos acumuladas a ambos lados. Se giró hacia la *kapo* Edna y le sonrió.

—No pareces muy disgustada —dijo la *kapo* polaca.

—No lo estoy —contestó Helena—. Después de todo lo que he pasado, trabajar aquí es una bendición.

La *kapo* Edna movió afirmativamente la cabeza y también le sonrió.

Cuatro semanas más tarde vio a Wunsch. Una neblinosa mañana de octubre, corría hacia el barracón con su caldereta de café en la mano, cuando distinguió a Wunsch hablando con otro SS en la puerta de los cuarteles. Wunsch también había adelgazado y su rostro se veía mucho más demacrado. El otro SS era un joven alto y rubio, con unas significativas gafas redondas en su rostro y un macuto militar cargado a su espalda. Parecía que se estaban despidiendo.

—Así que al final lo has conseguido, contable. Te marchas de aquí...

—Sí, lo he conseguido, Wunsch. Pero demasiado tarde, lo he conseguido demasiado tarde.

—¿Sabes ya adónde te destinarán? —preguntó Wunsch.

—Algo sé. De momento voy a Berlín, después, me han dicho que a una unidad de combate de las *Waffen SS* en el frente occidental. Todavía no sé a qué unidad.

—Dadles fuerte, contable. Los frentes se están desmoronando, la guerra se está perdiendo y si perdemos esta guerra...

El rostro del contable adquirió un tinte lúgubre. Miró en derredor antes de decir:

—Si perdemos esta guerra tendremos que dar explicaciones de todo esto, Wunsch. De todo. De todo lo que ha sucedido aquí. No será fácil...

—No, no será fácil. Pero tendremos que hacerlo, contable. Si hemos sido capaces de cumplir las órdenes y hacer todo esto, tendremos que ser capaces de asumir la responsabilidad que devengue de nuestros actos. No será sencillo, pero lo tendremos que hacer. No nos queda otra.

Se miraron. Después se abrazaron, un abrazo sincero. Wunsch le dio unas palmadas en la espalda, mientras le decía:

—Te echaré de menos, contable.

Se separaron, el contable hizo una mueca de resignación con su rostro y se colocó la gorra.

—Cuidate, Wunsch.

—Cuidate, contable.

El contable dio media vuelta y se marchó. Wunsch lo vio desaparecer por un callejón entre los barracones de almacenamiento.

Sin mirarla, Wunsch entró en los cuarteles. Y Helena en su barracón. Su rostro parecía satisfecho.

«Lo ha hecho por mí. Me ha visto, pero no ha querido mirarme. Me sigue protegiendo. Lo ha hecho por mi bien. Puedo estar tranquila, él sigue ahí», se dijo para sí misma.

9

LA EVACUACIÓN. UNA SOMBRA EN LA VENTISCA

Enero de 1945

La explosión se produjo en mitad de la noche. El jergón de madera se vino abajo, y muchas de las mantas y las sábanas con las que las prisioneras construían sus cubiles salieron despedidas en todas las direcciones.

—¡Los rusos! ¡Dios mío, ¿son los rusos?! ¡Ya están aquí!

El rostro de Rózinka estaba desencajado. Hacía días que era frecuente escuchar los cañonazos de la artillería rusa en la lejanía. Sabían que se estaban evacuando partes del campo. Sin embargo, Helena tenía la certeza de que esa explosión se había producido muy cerca, en las proximidades de su sector. Miró a su hermana de manera asustada y dijo:

—No lo sé, Rózinka. No lo sé.

Lentamente, poco a poco, caminando en silencio, las prisioneras fueron saliendo de sus cubiles. El sonido de la explosión dio paso a otro tipo de sonidos que procedían del exterior del barracón: el ulular del viento que acompañaba a la ventisca, gritos en alemán, carreras y otras pequeñas explosiones.

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?

No se veía a los SS. Las *kapos* habían desaparecido. Las prisioneras caminaron hacia la puerta del barracón. Hacía mucho frío, el vaho emergía de sus bocas cada vez que respiraban. La estufa estaba apagada. La *kapo* Edna se preocupaba todas las noches de mantener la estufa encendida, pero esa noche no había rastro de ella.

Una de las prisioneras abrió la puerta del barracón. El viento arrastró la nieve hacia el interior. Dos SS pasaron corriendo, pero ni siquiera miraron hacia esa

posición. Las prisioneras se habían amontonado en la puerta. Algunas de ellas, las más atrevidas, se arriesgaron a salir. Helena se había cubierto con una de las mantas que habían caído del cubil, y había tapado con otra a Rózinka.

—Espérame aquí, Rózinka. Voy a ver qué está pasando.

—¡No! Helena, no salgas, no sabemos qué está sucediendo ahí fuera...

Pero Helena ya había salido. La nieve golpeó su rostro, y el fuerte viento provocó que tuvieran que caminar agarrándose a la pared.

Lo pudieron ver al doblar la esquina. Más allá de la *Zentral Sauna*, grandes llamaradas anaranjadas se elevaban hacia el cielo, acompañadas de dos enormes columnas de un humo muy negro.

—¿Serán los rusos? —preguntó una de las prisioneras.

Se podían distinguir otros pequeños incendios y columnas de humo en otras partes del sector. Uno de los incendios se localizaba en la calle que separaba el barracón de almacenamiento en que trabajaba Helena de los cuarteles de los SS. De allí, entraban y salían sombras distorsionadas por la ventisca, que arrojaban algo en la hoguera. Helena pensó en Wunsch. Él podía ser una de esas sombras distorsionadas.

Otra de esas figuras corría por la calle en su dirección. Fue Helena la primera que la pudo distinguir.

—¡La *kapo* Edna! ¡Es la *kapo* Edna! ¡Ella nos contará lo que ha sucedido!

Cuando llegó, tuvo que apoyarse con una mano en la pared y otra en su rodilla, inclinar el cuerpo y respirar repetidamente antes de poder hablar. Debía de llevar un buen rato corriendo entre la ventisca.

—¿Son los rusos? ¿Han llegado los rusos? —preguntó una de las prisioneras llamada Rachel.

La *kapo* Edna les hizo un gesto con la mano: calma.

—No, no, no son los rusos. Son los alemanes. Vamos al barracón —ordenó, con la voz entrecortada.

«¿Los alemanes? ¿Los alemanes estaban bombardeando sus propias instalaciones?», Helena no entendía nada. Capeando la ventisca regresaron al barracón. Helena entró la última y se encargó de cerrar la puerta.

Las prisioneras que permanecían en el interior del barracón rodearon a la *kapo* Edna, avasallándola con sus preguntas. La *kapo* polaca volvió a pedir calma para, al final, terminar pegando un grito:

—¡Silencio!

Todas las prisioneras callaron, muchas agacharon la cabeza. Las menos

veteranas regresaron a su cubil. Junto a la estufa, el lugar donde las *kapos* solían reunirse, la *kapo* Edna se dirigió a las prisioneras del barracón número diez:

—Escuchad, escuchadme todas. Los alemanes han demolido uno de los crematorios, esa es la explosión que habéis escuchado. Es posible que en breve vuelen otro...

—Están borrando las huellas de su crimen —sentenció Esther.

Sin hacer caso al comentario, la *kapo* Edna continuó hablando.

—Reina una gran confusión. Nadie sabe quién está al mando. Las *kapos* han desaparecido, yo he buscado a la *kapo* Schmidt pero no he encontrado rastro de ella. Los SS deambulan por todo el sector, es posible que prendan fuego a los barracones de almacenamiento. Mientras corría hacia aquí, he visto como colocaban bidones de gasolina en los depósitos de la ropa. En los cuarteles de los SS están destruyendo documentos.

El silencio en el barracón era absoluto. Helena observaba fascinada la escena: podía parecer increíble, pero un miedo difícil de describir se había adueñado de las prisioneras. Esas bestias que las habían humillado, torturado, golpeado y amenazado con matarlas noche y día habían perdido el control del lugar que dirigían con puño de hierro y ellas, en lugar de alegrarse y celebrarlo, temblaban de miedo. Ella misma, estaba más asustada esa noche que cuando el *blockführer* realizaba una de sus inspecciones de rutina.

—¿Qué va a ser de nosotras ahora? —preguntó una joven húngara llamada Dora.

—Lo mejor es que esperemos aquí. De momento, en este barracón estamos protegidas. Volved cada una a vuestros cubiles, esperaremos acontecimientos.

Un terrible estruendo asoló el barracón. Las prisioneras se arrojaron al suelo. Gritos, alaridos, sollozos. Lo que quedaba de los cubiles se vino abajo. Dos tablas del techo cayeron en el pasillo central, afortunadamente, sin causar daño a nadie.

—Han volado otro de los crematorios —dijo la *kapo* Edna.

Helena se incorporó, se había arrojado al suelo. Buscó a Rózinka con la mirada, la vió levantarse ayudada por Esther.

—Vamos a encender la estufa. La noche será larga —dijo la *kapo* Edna.

Dos prisioneras se acercaron a la estufa. Helena y Rózinka caminaron hacia lo que quedaba de su cubil. Rózinka empezó a llorar. Pese a ser casi diez años mayor que Helena, siempre había sido la más débil de las dos hermanas.

—¿Qué pasará con nosotras, Helena? ¿Qué nos harán? ¿Tú crees que nos

matarán a todas? Algunas dicen que vendrán aquí a matarnos...

—No te preocupes, Rózinka, tenemos que confiar en la *kapo* Edna, ella siempre nos ha tratado bien.

—¿Y ese hombre? ¿Tú crees que ese hombre...?

—¿Qué hombre, Rózinka?

—Ya sabes, el SS...

—Sí, él nos protegerá. Siempre lo ha hecho. Por eso no tienes que preocuparte.

Esther y otras prisioneras se habían reunido en torno a su cama. Esther llevaba entre sus manos un vestido rayado, un pantalón de remero y una pañoleta blanca. Otra de las prisioneras se acercaba hacia ellas con un viejo y raído abrigo azul. Al pasar junto a ellas, Esther le hizo un gesto a Helena para que se aproximara. Helena se acercó y Esther le dijo algo al oído. Dirigiéndose a Rózinka, Helena dijo:

—Espérame en la cama, Rózinka. Ahora mismo voy.

Esther, Helena y otras tres prisioneras caminaron por el pasillo central en dirección a la *kapo* Edna, que había conseguido encender la estufa. Al llegar junto a ella, la rodearon. Esther se adelantó al grupo, y le ofreció la ropa que llevaba en la mano.

—Queremos que se ponga esto. Queremos que se vista como nosotras.

La *kapo* Edna las miró entre sorprendida y emocionada.

—¿Por qué? ¿Por qué hacéis esto?

—Porque queremos devolverle todo lo que usted ha hecho por nosotras — dijo Esther.

Los ojos de la *kapo* Edna se cubrieron de lágrimas.

—No, no puedo aceptarlo. He sido *kapo* durante los últimos dos años. Si los rusos entran en el campo, tendré que rendir cuentas de mi participación en...

—Usted ya ha rendido cuentas, *kapo* Edna. Y este es el veredicto.

Al decir esto, Esther puso la ropa en sus manos.

Las lágrimas terminaron por brotar de los ojos de la *kapo* polaca.

Empezó por quitarse el brazalete blanco de su brazo izquierdo. Se lo entregó a una de las prisioneras, que abrió con un gancho la portezuela de la estufa y lo lanzó dentro. La mirada de Helena se perdió en ese brazalete con la palabra *kapoescrita* en letras negras, que rápidamente fue devorado por las llamas.

* * *

Empezaron por sacar los documentos en cajas, pero terminaron por arrastrar hasta la calle los archivadores enteros. Wunsch, Meier y Hahn se encargaban de arrojar miles de documentos al fuego. Casi todas las directivas, los informes y los memorandos acumulados durante años en el sector Kanada eran pasto de las llamas. Lo que en un principio era una pequeña hoguera, que tardó en prender por culpa de la ventisca, se había convertido en una enorme pira que iluminaba la fachada de madera de los barracones de almacenamiento.

Cada vez que miraba en esa dirección, Wunsch pensaba en Helena. Estaba preocupado. El Ejército Rojo estaba acercándose al *Lager* y habían recibido órdenes de Berlín de destruirlo todo, de borrarlo todo. Habían volado los crematorios y ahora, pensaban incendiar los barracones de almacenamiento y los depósitos de la ropa. Pero la preocupación de Wunsch era otra. Porque más allá de esos barracones, centenares de muchachas se hacinaban sin saber qué iba a ser de ellas. Las que habían sido las chicas de Effinger o las muchachas de la pañoleta blanca, eran también una prueba del crimen que allí se había cometido. Y Helena era una de ellas. Mientras arrojaba documentos al fuego, Wunsch le preguntó a Meier:

—¿Qué será de ellas? ¿Qué harán ahora con ellas?

—¿Con quién? —preguntó Meier.

—Con las trabajadoras del sector.

—Las trasladarán al *Stammlager* y después emprenderán la marcha a pie fuera del *Lager*. Eso he oído comentar a unos oficiales. Bueno, si algunos locos como Krauss no dan antes con ellas...

—¿Krauss? ¿Qué pasa con Krauss?

—Su frenesí de sangre no ha terminado, Wunsch. Él y otros van por ahí impartiendo la «justicia aria» a los prisioneros. Sé que han entrado en uno de los barracones de los *sonderkommandos* y han abierto fuego contra ellos. Los han matado a todos. Dicen que Krauss iba rematando a los que habían quedado heridos. Hocker me ha dicho que están borrachos como cubas, y que gritaban que estaban borrando pruebas... ¿Dónde vas?

Wunsch no esperó a que terminara la frase. Regresó dentro de los cuarteles y caminó con paso rápido hacia su despacho. El suelo estaba cubierto de informes y documentos que habían caído de los archivadores cuando los arrastraban hacia la calle. Abrió la puerta de un manotazo, y se dirigió hacia un armario que había

en uno de los rincones. Mientras hablaba con Meier se había acordado de algo. Cogió una bolsa y se agachó delante del mueble. Extrajo dos pares de botas de piel forradas y las metió en la bolsa que había cogido. Cerró el armario de un golpe, aunque no consiguió que se cerrase y volvió a abrirse, pero él ya se encontraba delante de su escritorio. Arrancó un papel de agenda, timbrado con las runas *Sieg* de las SS y el águila del Reich, y escribió algo con rapidez. Dobló el papel por la mitad y lo guardó en el bolsillo de su guerrera. Salió del despacho con la bolsa en la mano y caminó por el pasillo, apartando con las botas los papeles del suelo.

Meier lo miró preocupado cuando lo vio salir por la puerta.

—¿Adónde demonios vas, Wunsch? Tenemos que terminar con esto...

—Tengo algo que hacer, Meier. No tardaré en volver.

* * *

En el interior del barracón número diez reinaba el silencio. Nadie dormía, todas las mujeres permanecían despiertas, mirando el techo del barracón. Ahora la nieve penetraba en el interior, a través de las dos tablas que se habían venido abajo después de la última explosión. La *kapo* Edna, ya vestida como las demás prisioneras, continuaba junto a la estufa, intentando que esta no se apagara.

El miedo entre las muchachas crecía conforme pasaban las horas. Desde muchos de los colchones, llegaba el sonido que provocaban los sollozos. La angustia se había apoderado de todas, una angustia que crecía cada vez que se escuchaban nuevas explosiones, ladridos de perros, gritos y disparos. En ese momento de esa larga noche, a la *kapo* Edna se le ocurrió algo.

Recorrió el pasillo central buscando lo que quedaba del cubil de Helena. Las dos hermanas pasaban la noche acurrucadas, la una contra la otra. Helena tenía los ojos abiertos, pero Rózinka se había dormido.

—Helena, las muchachas están muy nerviosas. He pensado algo —le dijo la *kapo* Edna, casi susurrando.

—¿Qué has pensado?

—Podrías cantar, como aquella noche en el barracón...

—No, no creo que sea una buena idea. Esa canción es muy triste, todavía les provocaría más desasosiego...

—Pues canta otra canción, cualquier canción. Por ejemplo, la que cantaste en la fiesta de cumpleaños de aquel SS.

Helena apoyó la cabeza de Rózinka en el colchón y se incorporó.

—No puedo cantar esa canción. Esa canción está prohibida.

La *kapo* Edna sonrió. Helena no supo como interpretar esa sonrisa.

—Helena, están destruyendo el campo, los rusos se encuentran a escasos kilómetros de aquí. Ahora ya no está prohibida. Además, prohibida o no, la saben casi todas las muchachas.

—Está bien, la cantaré, pero solo porque tú me lo pides.

Volvió a recostarse en el colchón, apoyó su cabeza en una manta doblada que hacía las funciones de cabezal, y empezó a cantar:

*Zwischen Weischel und der Sola schön verstaat,
Zwischen Sümpfen Postenketten, Drahtverhau...*

En un principio, solo el ulular de la ventisca acompañó la voz de Helena. Pero poco a poco, otras voces se fueron sumando a la suya. Voces temerosas, voces cansadas. Las voces de una triste coral. Pero que poco a poco, conforme más voces se añadían, crecía en ánimo y en intensidad:

*Liegt das KL- Auschwitz, das verfluchte Nest,
Das der Häftling hasset, wie die böse Pest...*

* * *

Cuando Wunsch llegó al primero de los barracones de almacenamiento, este ardía por los cuatro costados. El cielo estaba adquiriendo un tinte más blanquecino, señal de que se acercaba el alba. Un grupo de SS colocaba bidones de gasolina en las paredes de madera del segundo barracón. Ninguno de ellos lo miró o le dio el alto. La anarquía y el caos se habían adueñado del *Lager*. Al doblar la esquina, se encontró con Krauss.

El fulgor de las llamas del barracón incendiado recortaba su figura contra la blanquecina luminosidad de la noche.

En una de sus manos llevaba la *Luger*, en la otra una botella de vodka. A sus pies, ante una fosa abierta en la tierra y cubierta por la nieve, había tres *kapos* arrodilladas. Una de ellas, una jovencita de ojos rasgados lloraba amargamente. A su lado, otra de las *kapos*, una mujer de gran belleza y facciones dulces, miraba hacia el frente, con una mirada tranquila y a la vez desafiante.

—¡Krauss! ¿Qué estás haciendo?

Hans Krauss se tambaleó al escucharlo, mientras apuntaba a la cabeza de una de las *kapos*.

—¿Que qué estoy haciendo? ¡Lo que deberías estar haciendo tú, Wunsch! ¡Estoy borrando pruebas!

Disparó a la cabeza de la *kapo*. Esta cayó al interior de la fosa como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Había más cadáveres amontonados en el interior de esa fosa improvisada.

—¡Déjalas, Krauss! ¡Ellas solo han hecho lo que nosotros les hemos ordenado!

Hans Krauss levantó la *Luger*, apuntándole directamente.

—¿Que las deje? No, no dejaré ninguna prueba atrás. ¡Estoy cumpliendo órdenes, Wunsch! ¿Entiendes? ¡Órdenes! Y como intentes impedírmelo, tendré que dispararte a ti también.

Wunsch levantó las manos. No quería problemas, tenía algo más importante que hacer. Esas mujeres estaban sentenciadas. Si no las mataba Krauss, lo harían las prisioneras que habían soportado años de humillaciones bajo sus bastones y sus porras, o los rusos en cuanto pusieran sus pies en el *Lager*. Los rusos solían colgar a los colaboracionistas. Sin embargo, él todavía podía salvar vidas. Vidas que para él eran muy importantes.

—¡Pagarás por esto, Krauss! ¡Pagarás por todo lo que has venido haciendo durante estos años!

—¿Y tú no? ¿Tú crees que te salvarás? ¿Por qué, Wunsch? ¿Por haberle regalado una caja de galletas a una puta judía? ¡No, no te salvarás! ¡Todos pagaremos lo que hemos hecho aquí! ¡Todos! ¡Lo pagaremos eternamente! ¿Lo entiendes? ¡Eternamente!

En ese momento sintió pena por Krauss. Estaba asustado. Esa era la reacción de un hombre asustado. Sabía que había llegado la hora de rendir cuentas. Pero ese hombre no estaba preparado para hacerlo. Imaginó, que antes que acabara esa noche, Krauss pondría fin a su vida. Esa orgía final de sangre no era nada más que el anticipo de su propia muerte.

No podía perder más tiempo. Otros muchos Krauss, igual de asustados que él, recorrían a esa hora el *Lager*. Tenía que llegar al barracón de esa chica antes de que fuera demasiado tarde. Dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria.

—¡Eso, corre, corre! ¡Es lo que llevas haciendo todos estos años! ¡Correr!

Hans Krauss dio un largo trago al vodka y colocó su pistola en la cabeza de

Mandy. La joven no paraba de llorar.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Tú por qué lloras?

—No me mates, por favor. Soy alemana, soy alemana de origen...

—Alemana o no alemana, qué más da.

Disparó. La cabeza de Mandy reventó, salpicando con su sangre a Krauss y a la *kapo* Jelen, la última de las mujeres que quedaba arrodillada ante la zanja. Krauss golpeó con la bota en la espalda del cadáver de Mandy para que cayera dentro de la fosa. Se limpió la sangre y los trocitos de masa encefálica que habían salpicado su cara con la manga del abrigo de cuero negro.

—Si tienes que matarme, hazlo ya. ¡Rápido! —exclamó Katarzyna Jelen.

Hans Krauss colocó la *Luger* en la nuca de la *kapo* polaca. Antes de disparar, canturreó con voz de borracho:

—Una, dos y tres, tu cabeza ya no... ¡ves!

Katarzyna Jelen abrió la boca y los ojos como si estuviera viendo algo que hubiera causado una gran impresión. Una bocanada de sangre emergió de su boca, cayendo sobre la nieve. El cuerpo de la *kapo* polaca se desplomó sobre la improvisada fosa.

Krauss dio un último trago a la botella de vodka y la arrojó contra los cadáveres ensangrentados. Tras él, las llamas adquirirían cada vez mayores proporciones. El segundo barracón de almacenamiento del sector Kanada también estaba ardiendo.

* * *

La tranquilidad del barracón número diez se rompió cuando un SS dio una fuerte patada a la puerta. Helena despertó a Rózinka y la abrazó con fuerza. Muchas de las prisioneras que deambulaban por el barracón corrieron asustadas a lo que quedaba de sus cubiles. La tensión y el miedo se reflejaban en sus ojos.

Fueron tres los SS que entraron al barracón: un hombre de mediana edad con aspecto de oficial, que caminó muy despacio por el pasillo central observándolas con ojos furibundos; los otros dos se quedaron junto a la puerta, apuntándolas con sus armas.

—¿Sois todas prisioneras?

Todas las cabezas se movieron en un gesto afirmativo. Alguna mirada nerviosa se dirigió a la *kapo* Edna, que estaba sentada en el colchón de Esther.

—¡Está bien, coged toda la ropa de abrigo que podáis y salid fuera del

barracón! ¡Formad fuera en filas de cinco!

—¿Qué está pasando, Helena? —preguntó Rózinka, con un rictus alterado en su rostro.

—Creo que nos van a evacuar, Rózinka.

Helena se puso por encima dos de las mantas que utilizaba para aislar su camastro del resto y le dio otras dos a su hermana. Miró en derredor, pero no tenían más ropa que poder llevarse, solo la que llevaban puesta y esas dos mantas. Helena miró sus botas agujereadas y los zuecos de Rózinka. Eso sería lo peor, con el frío que hacía en el exterior y en mitad de una ventisca de nieve, ese calzado no podía protegerlas de la congelación. Se maldijo por no haber aprovechado sus últimos días en el almacén de los zapatos para haber cogido calzado más resistente para ella y para su hermana.

Caminaron por el pasillo central del barracón junto al resto de prisioneras y salieron al exterior. Un resplandor, mitad blanquecino y mitad rojizo, envolvía el *Lager*. Blanquecino, porque estaba empezando a amanecer y rojizo, porque gran parte del sector Kanada se encontraba en llamas. Tres de los barracones de almacenamiento ardían ya descontroladamente.

Bajo los gritos de los SS formaron en filas de cinco. La ventisca era todavía más fuerte que cuando ella había salido unas horas antes. Muchas de las prendas que las mujeres se habían puesto para protegerse del frío salieron despedidas empujadas por el viento.

Frente a ellas había otra larga fila de mujeres, las prisioneras de los otros barracones. Un numeroso grupo de SS, todos armados y algunos con perros, vigilaban y organizaban las filas. Varios camiones cargados con material militar, pasaron junto a ellas. Helena observó que en una torre de vigilancia cercana, dos SS estaban desmontando una ametralladora MG-42 de su trípode.

—¡La primera fila, caminad y colocaos al final de la fila más larga! —gritó uno de los SS. El viento impedía que sus palabras pudieran ser escuchadas por todas las prisioneras.

La fila de Helena y Rózinka se puso en marcha.

* * *

Tambaleándose de un lado a otro, Hans Krauss calentaba sus manos en la gran hoguera que Wunsch, Meier y Hahn habían hecho con los documentos frente a los cuarteles de las SS. No había ni rastro de ellos por ninguna parte. Frente a la

hoguera, varios SS vaciaban bidones de gasolina dentro del barracón número seis.

—Vodka, necesito vodka —dijo Krauss.

Miró hacia los cuarteles y, con ese mismo andar tambaleante, penetró en su interior. Con la suela de las botas llenas de nieve, resbaló por culpa de los papeles que cubrían el suelo del pasillo. Dio patadas de borracho a los papeles, mientras exclamaba:

—¡No han hecho ni su trabajo! ¡Estos inútiles no han tenido cojones ni para hacer su trabajo!

Entró en el primero de los despachos, el que pertenecía a Karl Meier. Encendió la luz y caminó hacia el mueble bar acristalado donde se guardaban las bebidas. Abrió una de las puertas y sacó una botella de vodka. Con ella en la mano, se dirigió hacia el centro del despacho. Desenroscó el tapón de la botella y dio un largo trago. Se limpió la boca con la manga de su abrigo de cuero, dejando un rastro de sangre sobre sus labios. Miró fijamente el retrato de Adolf Hitler que colgaba de la pared tras la mesa despacho. Levantó la botella en señal de saludo y dirigiéndose al cuadro, dijo:

—*Heil, Hitler!* ¡Les hemos aplicado toda la niebla que hemos podido a esos piojosos judíos, pero no hemos podido terminar nuestro trabajo! ¡Por su culpa, *mein Führer!* ¡Por su maldita culpa! ¡Diez mil! ¿Escucha bien, *Herr Sombra?* ¡Hemos eliminado hasta diez mil al día, pero esos trenes han evacuado a miles de ellos, porque usted y sus jodidos generales no han tenido cojones de frenar a los rusos! ¡Traidores, son todos una manada de cobardes! ¡Cobardes, los quería haber visto aquí, y no en sus lujosos cuarteles de Berlín! Allí todo es muy fácil... muy fácil.

Volvió a levantar la botella en dirección al cuadro.

—¡Brindo por usted! ¡Espero que cuando esto termine, los rusos le metan una bala por el culo! *Heil*, maldito hijo de puta!

Tropezó con una carpeta archivadora que había quedado olvidada en el suelo. Se agarró al borde de la mesa, mientras tarearaba la melodía de *Berlín Luft*. Dorf y él solían cantar esa canción, pero cambiándole la letra. La cantó antes de sentarse en la silla de Meier:

Auschwitz, Auschwitz, te amo hasta en la oscuridad...

Dejó la botella encima de la mesa, se quitó la gorra y mesó su cabello. De la cartuchera, extrajo su *Luger*.

Mientras la miraba, volvió a canturrear la misma canción:

Auschwitz, Auschwitz, te amo hasta en la oscuridad...

Sonrió. Lentamente, se llevó la pistola a la boca.

Disparó.

Una parte de su cerebro se estrelló contra el retrato de Adolf Hitler.

* * *

Helena y Rózinka esperaban iniciar la marcha, cuando se sobresaltaron al escuchar un disparo. En la puerta de uno de los barracones que estaban evacuando, había un cuerpo tendido en el suelo. Un SS con una pistola en la mano estaba junto a él. Gritó a otro SS que caminaba en su dirección.

—¡Era una inútil! ¡Estaba coja! ¡Hubiera entorpecido la marcha!

Tras las figuras de los dos SS y el bulto tirado en el suelo, Helena vio a alguien que llegaba corriendo. Llevaba una especie de bolsa en una de sus manos. Pese a la ventisca, avanzaba a una gran velocidad. Helena se giró sobresaltada, cuando vio a un SS a caballo pasar junto a ellas. Iba contando a las mujeres de la fila. El sonido de botas golpeando la nieve se iba acercando poco a poco. Nuevamente, volvió a girarse. Entonces lo reconoció.

Era Wunsch. Jadeando por el esfuerzo, la miró fijamente. Rózinka iba a decir algo, pero Helena la frenó agarrando su brazo. Wunsch desvió su mirada en todas las direcciones y le entregó la bolsa que llevaba en la mano. Helena la guardó disimuladamente bajo una de las mantas con la que se cubría.

—Son dos pares de botas forradas de piel. Pensé que os harían falta. En cuanto os detengáis a descansar, ponéoslas. La marcha será larga.

—Gracias —dijo Helena, sin apartar la mirada de sus ojos.

Ya no eran aquellos ojos fieros que le daban miedo. Se habían convertido en dos ojos tristes, abatidos, aunque en ellos aún brillaba una luz muy especial. Una luz distinta a la que había visto en cualquier otra persona durante aquellos años. Una luz que quizá no había visto nunca en ningunos otros ojos. Nunca se habían podido besar, nunca se habían tocado. Pero se habían mirado todos los días, semana tras semana, mes tras mes. Ahora esa mirada rápida, furtiva, en la lejanía, se había convertido en una mirada sostenida, frente a frente. Quizá por eso había descubierto ese brillo extraño en sus ojos que le perturbaba, que no podía descifrar. Apartó de su mente esos pensamientos inquietantes. Prefería

conservar para ella la esencia de esa mirada. Era algo que le pertenecía.

—¿Qué será de ti? —preguntó Helena.

Wunsch sonrió. La sonrisa más triste que Helena pudiera recordar.

—No te preocupes por mí, supongo que me enviarán al frente. Pero estoy preparado. Ya sé lo que es combatir.

Volvió a mirar en todas las direcciones. Había amanecido. La marcha se iba a iniciar de un momento a otro.

—Abre tu mano —dijo Wunsch.

Helena abrió la mano, la llevaba protegida por un calcetín grueso que hacía la función de guante.

Wunsch depositó un papel en la mano de Helena.

—Escúchame bien, no tenemos demasiado tiempo, partiréis de un momento a otro. Sé que vuestra intención será llegar a vuestro país cuanto antes, pero la situación es muy complicada y no será fácil que lo consigáis. Intentad llegar a Viena. En ese papel he escrito la dirección de mi madre en Viena. Es una buena mujer, ella os acogerá, cuidará de vosotras y os ayudará a regresar a vuestro país. Por favor, hacedme caso. Tenéis que llegar a Viena, sea como sea. Solo allí estaréis seguras.

La fila echó a andar. Helena y Rózinka movieron afirmativamente la cabeza. Esa fue su última mirada. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Helena. Porque solo al escuchar esas últimas palabras, comprendió lo que significaba el brillo que emanaba de los ojos de ese hombre: era un brillo crepuscular. Los ojos de Wunsch eran el reflejo de un crepúsculo incierto que no solo se cernía sobre él, sino también sobre ellas. Sobre todas ellas.

Mientras caminaba, Helena dijo:

—Adiós.

Y Wunsch le respondió:

—Adiós.

Rodeadas de grupos de SS, algunos de ellos a caballo, la fila de muchachas judías caminó en dirección a la salida del sector Kanada. Helena giró su cabeza. Wunsch continuaba allí, parado, detenido en mitad de la ventisca. Poco a poco, la fuerte nevada fue distorsionando su imagen.

—Lo haremos, ¿verdad, Helena? Iremos a Viena. La madre de ese caballero...

—No —respondió Helena, de manera tajante y sin mirarla.

—¿Cómo? ¿Que no iremos a...?

Helena volvió a girar la cabeza. Wunsch aún estaba allí, no se había movido, ahora era solo una sombra en mitad de la ventisca. Una sombra que terminó por desaparecer totalmente.

Mientras caminaban, se había quitado los calcetines que utilizaba como guantes. Rompió en trocitos el papel que le había entregado Wunsch ante los ojos atónitos de Rózinka.

—¿Te acuerdas de lo que nos decía siempre padre, Rózinka?

—Sí, claro que lo recuerdo, que éramos mujeres...

—Que éramos mujeres judías, y que teníamos que comportarnos siempre como mujeres judías. Y eso es lo que haremos, Rózinka. Comportarnos como mujeres judías hasta el final. Sea cual sea nuestro final.

Arrojó los trocitos de papel al suelo. Trocitos de papel que no tardaron en ser arrastrados por la ventisca.

EPÍLOGO

LA MARCA ETERNA

Cinco meses más tarde, en algún lugar cercano a la frontera entre Alemania y Checoslovaquia

Helena había encontrado la bicicleta apoyada contra una de las paredes de la casa en ruinas donde se habían detenido a descansar. Posiblemente, habría sido abandonada por algún soldado del Ejército Rojo. Ellos solían desplazarse en bicicleta por ese territorio, ya los habían visto en otras ocasiones. Ese pensamiento preocupó a Helena, no le había gustado dejar a Rózinka y a las chicas solas sabiendo que podía haber soldados rusos merodeando por la zona. Pero por otro lado, tenía unas ganas irrefrenables de pasear por ese maravilloso bosque de robles y abedules.

Eran una treintena de muchachas las que intentaban alcanzar la frontera entre Alemania y Checoslovaquia. Ya estaban más cerca de regresar a casa. Con ellas todavía estaban Esther, Rachel o Dora, con las que había compartido barracón en Auschwitz. Eran algunas de las pocas que habían sobrevivido a aquella marcha infernal sobre la nieve entre Auschwitz y la estación de ferrocarril de Gleiwitz. La gran mayoría había muerto, víctimas del hambre, de la sed, del frío o de las balas de los SS. Estos les disparaban solo por agacharse. Solo por pararse, solo por detenerse un momento, los SS se acercaban y les descerrajaban un tiro en la cabeza. Conforme caminaban, dejaban tras de sí un río de cadáveres inertes tendidos sobre la nieve. El solo intento de agacharse para recoger un poco de nieve e introducirlo en la boca para saciar la sed era una sentencia de muerte. Dormían en parideras y casas abandonadas y, cuando les ordenaban reanudar la marcha, muchas de las mujeres que formaban parte de su columna ya no se incorporaban, o bien habían muerto o bien esperaban que los SS las remataran de

un certero disparo y de esta manera terminar su sufrimiento. Después, una vez en Alemania, deambularon entre la masa de refugiados que escapaban de las ciudades bombardeadas por la artillería, entre los restos de unidades del ejército derrotado que huían del avance del Ejército Rojo. Allí se les unieron otras chicas eslovacas que habían estado internadas en otros campos e incluso un pequeño número de jóvenes checas. Ahora todo había terminado, o al menos así lo creía Helena. Ahora tocaba regresar al hogar, reunirse con lo que quedara de su familia y olvidarse para siempre de esos terribles años pasados en ese pozo infernal llamado Auschwitz. Ahora ya conocían que millones de ellos habían muerto en esos campos de la muerte y, sin embargo, ellas habían sobrevivido. Después de todo, eran unas privilegiadas. Por eso, pasear en bicicleta por ese bosque de cuento de hadas, en aquella bonita mañana de primavera, significaba para ella una especie de homenaje. Una manera de celebrar la vida.

Mientras pedaleaba por ese camino que serpenteaba por el bosque, cerró los ojos. Aspiró el olor de los fresnos de montaña. Durante sus años en aquel infierno, había llegado a pensar que todas esas cosas no existían, que no habían existido nunca. El bosque, la montaña, el aire de la mañana, la libertad. Algo tan sencillo como el olor a heno fresco. A ella le encantaba ese olor cuando era pequeña, el olor a heno siempre le recordó a su niñez. Sabía que recuperar todas esas cosas sería difícil, que olvidar todo lo que había visto y lo que había vivido le costaría mucho tiempo. Era posible que nunca lo olvidara o que regresara cada vez que cerrara los ojos, una pesadilla sin final que le acompañaría noche tras noche el resto de su vida. Pero en aquella mañana de primavera quería olvidarse de todo eso, apartarlo de su mente, borrarlo de su memoria. Solo quería disfrutar de ese paseo en bicicleta, de ese bosque, de la pradera que se abría ante ella. Una pradera donde florecían las campanillas y las flores de Bingel.

Echando un pie a tierra, frenó la bicicleta y descendió de ella. Alzó su mirada a ese cielo azul decorado por pequeñas nubecillas. En el horizonte se distinguía la torre de una iglesia, con el campanario cubierto por un tejadillo de pizarra. Helena dejó la bicicleta en el suelo y se tumbó en la mullida hierba. Extendió los brazos, cerró los ojos y volvió a respirar. En la lejanía, repicaron las campanas.

Le hubiera gustado dormirse allí, mientras escuchaba el sonido de las campanas y aspiraba el aire fresco y el olor de las flores silvestres. Pero otro sonido la sobresaltó, un sonido que procedía del bosque, del camino por el que ella había llegado hasta esa pradera. El sonido de una motocicleta.

Rózinka se lo había advertido: era muy peligroso internarse sola en el bosque. Habían sufrido el acoso de los soldados rusos desde hacía semanas.

Estaban en Alemania y para ellos la mujer alemana era un botín de guerra. A ellas las confundían con mujeres alemanas, porque vestían como mujeres alemanas. Habían cogido la ropa que llevaban de casas abandonadas o que habían sido bombardeadas por la artillería soviética. Nada en ellas hacía indicar que eran judías, y que habían sobrevivido a los campos de la muerte.

Antes de poder levantar la bicicleta y montar en ella, lo vio llegar. Era un soldado ruso muy joven, casi un niño. Llevaba el fusil en la espalda, cogido por una correa que cruzaba su pecho. En cuanto la vio, hizo un movimiento extraño: saltó de la motocicleta en marcha. Esta terminó cayendo a un lado del camino, sobre la hierba verde. La rueda trasera de la motocicleta seguía girando, provocando que continuara dando vueltas sobre la hierba hasta que se detuvo definitivamente.

El joven soldado ruso sonrió de una manera que provocó que Helena sintiera un estremecimiento. Pese a su corta edad, a su cara de niño, su rostro no ocultaba un gesto salvaje. Helena dejó caer la bicicleta y, con las manos, le hizo un gesto al soldado para que se mantuviera tranquilo.

—*Komm Frau!* —gritó el soldado, moviendo los dedos de sus manos e indicándole que se acercara a él.

—¡Déjame en paz! —le contestó Helena, intentando demostrar que no se dejaba intimidar.

Pero el joven soldado volvió a sonreír. Se acercó más a Helena, con pasos cortos y sin dejar de mirarla a los ojos.

—*Komm Frau!* —volvió a gritar el joven.

—¡He dicho que me dejes en paz! —reiteró Helena, mientras daba dos pasos atrás.

El joven soldado ruso se abalanzó sobre ella. Helena no lo pudo frenar, y ambos cayeron sobre la hierba. El muchacho se sentó a horcajadas sobre ella e intentó arrancarle los botones de la blusa. Helena aprovechó para morderle en el brazo. El soldado lanzó un grito de dolor.

En su rostro se instaló un gesto todavía más salvaje. Helena pataleaba, le golpeaba con las manos en el pecho, al mismo tiempo que lloraba. Una idea horrenda cruzó por su cabeza: había sobrevivido a los alemanes, para terminar siendo violada o incluso asesinada por un soldado ruso. «No, esto no puede terminar así», pensó, intentando sacar fuerzas de flaqueza para seguir forcejeando y defendiéndose de ese animal.

El soldado cogió con fuerza las muñecas de Helena y extendió sus brazos

sobre la hierba. Intentaba besarla, cuando algo lo detuvo. Sus ojos se abrieron desorbitadamente y una expresión de terror se dibujó en su rostro. Los ojos del joven soldado se habían detenido en uno de los brazos de Helena. En su antebrazo izquierdo.

—¡Sí, soy judía! —le espetó Helena—. ¡Auschwitz! ¿Entiendes? ¡Auschwitz!

El soldado apartó sus manos de las muñecas de Helena y se incorporó. Sus ojos continuaban muy abiertos y el gesto de terror no había desaparecido. Helena cogió con su mano derecha su brazo izquierdo y volvió a mostrarle al soldado su siniestro tatuaje.

—¡Judía! ¡Soy judía! ¡Auschwitz!

Desconcertado, el muchacho dio varios pasos hacia atrás hasta que dio media vuelta y se alejó corriendo hacia su motocicleta. Se subió en ella, la puso en marcha y aún se giró una vez más, para mirarla con ese gesto de terror en su rostro. El zumbido de la motocicleta fue desapareciendo paulatinamente, hasta perderse en el interior del bosque.

Helena se levantó y limpió con la mano las lágrimas que caían de su rostro. Clavó su mirada en el número. El número tatuado en su antebrazo izquierdo.

Lo comprendió. En ese momento, lo comprendió todo. El cielo azul salpicado de pequeñas nubecillas, la torre de la iglesia, las flores silvestres de la pradera, el olor de los fresnos de montaña, todo, se diluyó en un mundo gris, plomizo, que la arrastraba hacia un universo de alambradas electrificadas, torres de vigilancia y edificios de piedra rojiza con tejados inclinados de teja gris.

Todo lo que había vivido esa mañana de primavera era una fantasía, una ilusión.

Ella nunca abandonaría Auschwitz.

Porque Auschwitz estaba allí, grabado sobre su piel.

Como una marca.

Como una marca eterna.

NOTA DEL AUTOR

Franz Wunsch y Helena Citrónová tardaron veintisiete años en volver a encontrarse. Ese encuentro se produjo en Viena, entre el 25 de abril y el 27 de junio de 1972 cuando, en el marco del segundo Juicio de Auschwitz contra los miembros austriacos de las SS destinados en ese campo de exterminio, Rózinka y Helena Citrónová testificaron a favor de Franz Wunsch. Wunsch había sido acusado de disparar y dar muerte a prisioneros judíos y polacos durante la revuelta del *sonderkommando* en 1944. La fiscalía también lo acusó de participar en selecciones y de ayudar a conducir a miles de judíos a las cámaras de gas durante su servicio en el sector Kanada del campo de exterminio. El cargo de asesinato contra miembros del *sonderkommando* se rebajó a homicidio en aplicación del artículo 211 del código penal austriaco. Durante el juicio Wunsch declaró: «Conocer a esa joven judía cambió mi vida. Mis ideales y mis creencias se desmoronaron en mi interior...». El 27 de junio de 1972, en una sentencia que todavía hoy continúa siendo controvertida en Austria (LG Wien Vr 3805/64), el tribunal de circuito de Viena absolvió a Wunsch de todos los cargos.

Franz Wunsch murió en Austria en el año 2009.

En el año 2005, la historia de Franz Wunsch y Helena Citrónová se hizo mundialmente conocida después de que Helena la contara en la serie documental de la BBC *Auschwitz, los nazis y la Solución Final*, dirigida por Laurence Rees. Rees había dirigido con anterioridad una de las que, a mi criterio, puede encontrarse entre las mejores series documentales sobre el nacionalsocialismo: *Nazis, un aviso de la Historia*. El documental de la BBC *Auschwitz, los nazis y la Solución final* se convirtió también en un libro, editado en España por la editorial Crítica. Yo me enamoré de esa historia en aquel momento, y pensé en convertirla en novela algún día. Todas las escenas de la relación entre Franz Wunsch y Helena Citrónová que aparecen en *La canción de Auschwitz*, están basadas en la declaración de Citrónová en ese documental de la BBC y en

futuras averiguaciones a las que llegué durante el proceso de documentación, aunque profundizaré en este asunto más adelante.

El mismo año que se estrenó el documental, 2005, Helena Citrónová falleció en Israel.

El personaje del contable que aparece en la novela, está basado en el testimonio de vida de Oskar Gröning, conocido como «el contable de Auschwitz». Tras ser capturado por los británicos durante la batalla de las Ardenas, Oskar Gröning regresó a Alemania donde disfrutó de una vida pacífica y trabajó en una fábrica de vidrio. A partir de los años setenta, Gröning se convirtió en un azote para los negacionistas del Holocausto, defendiendo que, aunque él no había participado activamente en la puesta en práctica de la Solución Final, esta había existido en los términos que la comunidad académica internacional había demostrado. Pero esta posición beligerante contra los negacionistas no evitó que, en septiembre de 2014, la fiscalía alemana abriera un proceso contra Gröning por considerarlo corresponsable de los crímenes cometidos en Auschwitz. El juicio contra «el contable de Auschwitz» comenzó en Lunenburg el 20 de abril de 2015. El 15 de julio del mismo año, Oskar Gröning fue declarado culpable como cómplice de la muerte de al menos 300.000 judíos en el campo de Auschwitz-Birkenau y condenado a cuatro años de prisión. Su abogado, Hans Haltermann, presentó una apelación contra la sentencia, pero el 28 de noviembre de 2016 el recurso fue rechazado por el Tribunal Federal de Justicia alemán.

En el momento de concluir esta novela, Oskar Gröning tiene 96 años y todavía no ha ingresado en prisión. En Alemania se mantiene una agria controversia sobre si a una persona de su edad debe aplicársele o no una condena que conlleve la privación de libertad.

* * *

El trabajo documental de *La canción de Auschwitz* ha sido especialmente complicado. Para recrear la historia de Helena Citrónová, Franz Wunsch y Oskar Gröning, además del documental antes mencionado, he buceado en artículos periodísticos y de investigación publicados en los cinco continentes, y en las actas de los juicios a Wunsch y Gröning, al no existir ningún trabajo biográfico o autobiográfico concreto sobre estas personas. Me gustaría precisar que, aunque durante el largo proceso de documentación me he encontrado con pequeñas

contradicciones que podían llevarme a cuestionar algunas partes concretas de esos testimonios, y dado que tengo una opinión personal sobre esta historia, no he querido contaminar ninguno de los testimonios originales durante la creación de la novela. De esta manera, todas las escenas en que se narra la relación de Franz Wunsch con Helena Citrónová, además de las vivencias propias de Oskar Gröning, se corresponden con la integridad de los testimonios por ellos relatados públicamente, tal como han llegado hasta nosotros, únicamente modificados por mis manos en el proceso de dramatización de la novela. Piense lo que piense de esta historia, no he alterado, ni siquiera por el bien de la obra, ninguno de los hechos por ellos descritos, dejando al público lector la decisión final sobre el contenido histórico o moral de los mismos. Es para mí muy importante resaltar que, en mi función de novelista, no he dudado en ningún momento en convertir a personas reales en personajes de una novela, sin tener por eso que renunciar a defender la veracidad de los testimonios por ellos relatados y de los sucesos por ellos vividos.

Para la recreación de la vida en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, he recurrido al estudio del material bibliográfico existente, principalmente de los testimonios escritos dejados por los supervivientes e incluso por los verdugos, además de las actas de los juicios contra los criminales de guerra nazis entre 1945 y nuestros días. Por poner un ejemplo, para la recreación de las cámaras de gas he mantenido los criterios y las explicaciones del comandante de Auschwitz entre 1940 y finales de 1943, Rudolf Höss, durante el proceso de Núremberg, aun cuando, estudios posteriores sobre este asunto, pueden entrar en contradicción con sus palabras expuestas ante el tribunal. Por supuesto, he corroborado ese testimonio con los relatos de muchos prisioneros del *sonderkommando* que, posteriormente, han refrendado la dinámica de funcionamiento de los crematorios expuesta inicialmente por Höss. En esta línea, he creado los personajes que acompañan a Franz Wunsch, Helena Citrónová y Oskar Gröning en la historia, como Rivka, Klara, la *kapo* Jelen o Hans Krauss. Los sucesos que viven estos personajes están también basados en situaciones que sucedieron realmente, pero que he camuflado bajo nombres, identidades o nacionalidades falsas para respetar su derecho a la privacidad. Aquellos que perecieron en Auschwitz no pudieron contarnos de viva voz o por escrito sus experiencias y por lo tanto nunca sabremos si, de haber sobrevivido, las hubieran hecho públicas y compartido con nosotros.

Originalmente, y bajo el título *Un cuento de amor y muerte en Auschwitz*, elaboré *La canción de Auschwitz* en mi cabeza como un guión argumental que

pensaba enviar a determinadas productoras. Convertido en novela, he mantenido algunas partes de ese guión originario. En el aspecto narrativo, había decidido trabajar en el estilo empleado por los supervivientes en sus escritos para narrar los primeros capítulos de *La canción de Auschwitz*, y reconozco que después me reafirmé en desarrollar, en las partes que narran los acontecimientos desde la perspectiva de Helena Citrónová, ese estilo hasta el final. Conforme avanzaba en la historia, me di cuenta que esto convertía a la novela en una obra muy rápida, dinámica y fácil de leer, renunciando a los tiempos muertos, las largas explicaciones y las descripciones tediosas que nunca conducen a ninguna parte y que no aportan nada al mensaje que la novela pretende transmitir al lector.

Nunca sabremos qué canción interpretó Helena Citrónová en el despacho de Franz Wunsch aquel día de septiembre de 1942. De esa manera, decidí incluir *Auschwitz Lied*, una canción de origen incierto. La canción fue compuesta por Margot Mohaupt, en otras ocasiones citada como Spielbichler o Bochner, y un preso judío. Pronto se convirtió en un himno prohibido, cantado por los prisioneros en los barracones de manera clandestina. Decidí incluirlo en la novela como un homenaje a todas las víctimas de la barbarie en Auschwitz.

Hablando de canciones, en el prólogo de la novela aparece un fragmento del himno nacional de Eslovaquia, *Relampaguea sobre los Tatra*, la letra pertenece a Janko Matúška; en el capítulo II aparece *Es geht alles Vorüber*, letra de Fred Raymond; en el capítulo III *Der Lindenbaum* con texto de Franz Schubert; en el capítulo V *Am Adolf Hitler Platz*, texto de Wilhelm Friedrich Weiss; en el capítulo VII *Ich Weiss, es wird einmal ein wunder gesche'n*, con letra de Michael Jary y Bruno Balz, y en el capítulo VIII *Liebe ist ein Geheimnis*, texto de Martin Lingnau.

Me gustaría terminar esta nota de acercamiento al lector con unas palabras dedicadas a los negacionistas, pero que no salen de mí, sino de uno de los protagonistas de esta novela: Oskar Gröning, el contable de Auschwitz.

Oskar Gröning mantuvo una agria polémica con Thies Christopherson, célebre negacionista conocido por su libro *Las mentiras de Auschwitz*, publicado en los años setenta. Gröning le escribió una carta en la que reprendía su posicionamiento y que terminaba con estas palabras: «Quiero decirles a los negadores que yo he visto las cámaras de gas, he visto las fosas ardientes, y quiero que me creáis, esas atrocidades sucedieron. Lo puedo decir, porque yo estuve allí».

Francisco Javier Aspas, febrero de 2018

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y como en mis anteriores novelas, quisiera agradecer a mi mujer, Maria Ángeles, su ayuda. Ella me ayudó en la revisión del borrador inicial, además de aguantarme durante las inacabables charlas que tuvimos en los meses en los que trabajé en esta historia. Esas charlas siempre me han servido para ir dando forma a mis libros.

Quisiera también agradecer su ayuda a Antonio José Chinchetru, periodista y amigo, gran conocedor de todo lo referente al Holocausto. Gracias a su criterio y a sus recomendaciones, conseguí mejorar el resultado final. Y a la editorial Kailas, por confiar en mí y darle una oportunidad a esta novela.

Por supuesto, me gustaría hacer una mención especial a Laurence Rees, por dar a conocer esta gran historia a nivel mundial en su magnífico documental de la BBC; al proyecto *Rena's Promise*, en homenaje a una de las víctimas desaparecidas en Auschwitz, Rena Kornreich, y del que participa la USC Shoah Foundation. Gracias a su minucioso y riguroso trabajo de investigación he podido recabar valiosa información sobre las primeras mujeres eslovacas deportadas a Auschwitz en el invierno de 1942, para así poder dar forma a muchos de los personajes de la novela. De la misma manera, quisiera extender mi agradecimiento a los *Dokumentationarchiv des Österreichischen Widerstandes*, por su aportación sobre el proceso a Franz Wunsch durante el Segundo Juicio de Auschwitz, y a James Owen, por su sensacional trabajo sobre los interrogatorios a los jefes nazis en el proceso de Núremberg en *Evil on Trial*. Agradecer igualmente a todos los periodistas e investigadores que a lo largo de los años han trabajado sobre la pista de esta historia, cada uno de ellos ha aportado su pequeño grano de arena para dar vida a este libro. Además, quisiera agradecer y recomendar especialmente la extensa y soberbia entrevista de Matthias Geyer a Oskar Gröning en el diario *Der Spiegel*, titulada *Una historia alemana*; este trabajo más que ningún otro me permitió penetrar en la mente del contable de

Auschwitz para poder crear su perfil psicológico.

Y por descontado, a todos y cada uno de los supervivientes de Auschwitz que, de manera generosa, han compartido con nosotros sus vivencias en el campo de exterminio a lo largo de los años. Con su testimonio encendieron una llama que no se debe apagar nunca y que, nosotros y las siguientes generaciones de europeos, debemos proteger como un recuerdo permanente y constante contra la barbarie.

EL AUTOR

FRANCISCO JAVIER ASPAS (Teruel, 1966), apasionado de la Segunda Guerra Mundial, ha consagrado varios años a una investigación independiente sobre el fenómeno del nazismo, tanto en su aspecto político, como en sus vertientes sociológica, esotérica e histórica. Anteriormente ha publicado *Los hijos del Führer* y *La casa del bosque de Marbach*.

NOTAS

[1] En el contexto del *Lager*, un *pipel* es un niño, en general menor de quince años, que era utilizado para satisfacer las necesidades sexuales de los *kapos*. A cambio, el *pipel* recibía una alimentación mejor y un trato preferente.